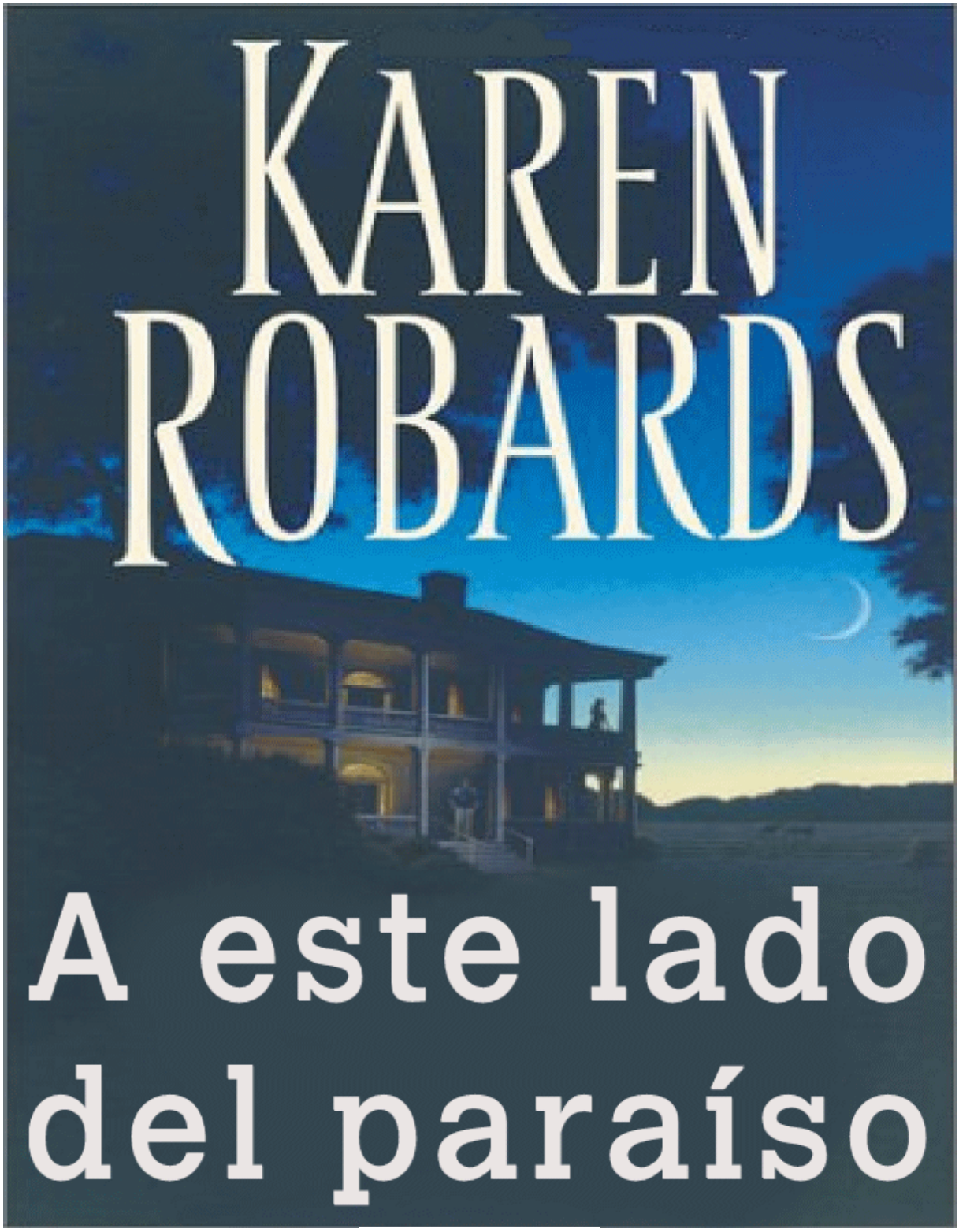
A ESTE LADO DEL PARAISO
KAREN ROBARDS



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Capítulo 1

La proa de la chalupa del Dove golpeó por accidente contra el primero de los pilotes del desembarcadero. Los barriles de azúcar y miel que atestaban la popa del bote se tambalearon, restregándose uno contra otro ruidosamente.

-¡ Cuidado allí! -gritó el capitán Rowse a los remeros cuando el movimiento inesperado de la carga hizo que el bote se inclinara. Sentada exactamente frente a él (él estaba en la popa y ella casi en el centro del bote), Caroline tuvo que asirse del borde de la tabla que servía de asiento para poder mantener el equilibrio. Sus zapatillas resbalaron sobre la tapa de cuero de uno de sus enormes baúles, los cuales se habían colocado allí al no encontrar otro lugar mejor. El gran canasto cubierto que descansaba en su regazo se ladeó ante la inestabilidad. Lo sostuvo, colocándolo de nuevo en posición antes de que su precioso contenido se vaciara en la bahía. Volvió a colocar sus pies en el mismo lugar. Una de sus manos reposaba sobre la tapa del canasto, la otra se aferraba con fuerza a la gruesa asa apretándola hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Esa era la única señal visible que demostraba su ansiedad, revolviendo su estómago de tal manera que apenas le permitía digerir el desayuno. Si se hubiera percatado de cuán reveladora era esa actitud, se habría relajado enseguida.

Sería muy humillante permitir que los hombres silenciosos que la rodeaban supieran lo aprensiva que se sentía por el recibimiento. Evitó las miradas con cautela, manteniendo una postura solitaria aunque también altiva mientras miraba más allá de los fatigados marineros, hacia la tierra desconocida que sería su nuevo hogar.

Sus ojos eran inescrutables. Había aprendido que era mejor mantenerlos de esa manera. No reflejaban la consternación que sentía mientras observaba con la mirada el borde de la playa gris y amenazante que ascendía hasta terminar en fortificaciones de tierra y la madera tosca del embarcadero. Más allá, unos cien acres de campo habían sido abiertos a golpe de machete en el imponente bosque verde azulado. La campiña estaba salpicada con filas de casas semejantes a cajas diminutas. ¿Qué podrían ser? ¿Chozas de pescadores? Con seguridad eran demasiado insignificantes, demasiado pobres y muy escasas para contener a la ciudad que se suponía que se extendía más allá de la bahía.

El aire fresco de la mañana que soplaba desde el mar traía un fuerte olor a sal y pescado. Una leve llovizna salpicó desde la cresta de una ola traviesa mojando su mejilla y la capa con agua helada. Caroline levantó su mano blanca y de dedos largos, y enjugó las gotas de su rostro. Comenzaba la primavera de 1684, y en su casa de Inglaterra el clima sería brumoso y fresco. Pero aquí el aire de marzo era frío, aunque el sol brillaba casi con la intensidad de siempre. Caroline recordó con desconsuelo que esto no era Inglaterra. Las posibilidades de volver a Inglaterra de nuevo eran escasas.

Saybrook no era como ella había imaginado. Las cartas de su hermanastra Elizabeth estaban repletas de descripciones entusiastas de su casa en la colonia de Connecticut. Durante los años difíciles que habían precedido a este momento, mientras cada golpe de remos la acercaba a lo que ella tanto temía fuera un castigo humillante, Caroline había confiado en las palabras de su hermana y creado sobre la base de ellas la imagen de un paraíso verde que podía ver cada vez que cerraba los ojos.

Pero, como siempre ocurría, la realidad se revelaba muy inferior a la fantasía. Sin duda, la esperanza que ella había alimentado de la cálida bienvenida de su hermana también estaba equivocada. Lo cierto es que, dadas las circunstancias, no podría culpar a Elizabeth si esta no sentía demasiado entusiasmo al ver a su hermanita, a quien debía recordar muy poco.

-¡Ah, oiga! ¡Daniel Mathieson!

El grito del capitán Rowse resonó en su oído y sobresaltó a Caroline; sus manos sujetaron con fuerza el asa del canasto y apretó los labios en un esfuerzo por contener las palabras desagradables que pugnaban por salir de su boca. Pero la coraza de impasividad que había aprendido a llevar permanecía inamovible, y se limitó a observar fríamente por encima de su hombro al capitán, quien hacía señas a alguien en el muelle. Por el apellido, sabía que el hombre a quien saludó debería ser familiar de su hermana. Su corazón latía con violencia pero su expresión era la misma. Había aprendido que la apariencia de arrogante dignidad era mucho más efectiva que las disculpas humillantes.

El bote rozó los pilotes de nuevo, situándose algo más lejos del lugar donde se había producido el primer contacto con el embarcadero, y esta vez un marinero saltó sobre el muelle para sostener la guindaleza y actuar con más rapidez. Caroline apretó los dientes. El momento del arreglo de cuentas se acercaba.

-Arriba, señorita. -El capitán Rowse tomó a Caroline por el codo y la hizo ponerse en pie-. ¡Eh, Homer, da una mano a la señorita Wetherby! ¡Eh, Daniel Mathieson!

Sobresaltada por el fuerte grito, Caroline rechazó la mano que le ofrecía el marinero y trepó al muelle sin necesidad de ayuda. Las tablas de madera de repente se movieron debajo de sus pies, y se tambaleó. Una mano de hombre la tomó del brazo, sosteniéndola.

-Tenga cuidado ahí, todavía no está acostumbrada a la tierra firme -le advirtió una voz ronca. Caroline se liberó de un tirón. Encogiéndose de hombros, el marinero regresó a sus quehaceres mientras un hombre con un sombrero negro de ala ancha emergió de la multitud parlanchina para mirar cómo descargaban la gran embarcación. El capitán Rowse, saltando sobre el muelle al lado de Caroline, saludó al recién llegado con una palmada cordial en el hombro, mientras que en otros puntos del muelle arribaban más chalupas del Dove y comenzaban a bajar el cargamento junto con otros pasajeros.

-¿Qué puedo hacer por ti, Tobías? -Daniel Mathieson, era obvio que era él, saludó afablemente al capitán del Dove. Alto, de cabello castaño rojizo y piel curtida por la intemperie, Daniel era atractivo a pesar del porte soberbio y el cabello corto que lo caracterizaba como Roundhead. Sus ojos azules recorrieron la figura de Caroline con curiosidad. Hizo frente a su mirada escrutadora con calma. Por nada del mundo permitiría que notara su ansiedad, la cual era ahora tan aguda que tuvo que apretar los dientes para evitar indisponerse en cualquier momento.

-¿Esta Matt por aquí?

-No, está en la casa, no espera nada, y dice que tiene mucho trabajo para perder el tiempo en cosas tan inútiles como mirar la llegada de un barco.

El capitán Rowse rió entre dientes.

-Eso es muy propio de Matt -permaneció pensativo, observando a Caroline- Sucede que tengo algo para él. Esta joven... dama, para ser preciso.

-¿Qué? -Daniel volvió sus ojos incrédulos de nuevo hacia Caroline. Ella encontró su mirada sin pestañear.

-Cierto. Afirma ser su cuñada. Dice que viene a vivir con él.

-¡Primera vez que escucho esto!

Antes de que Daniel siguiera demostrando su sorpresa, que le hacía abrir bien los ojos como platos y fruncir la boca, Caroline se interpuso con fría dignidad. ¡No era una niña ni una idiota para que discutieran acerca de su persona como si no estuviera presente!

-Soy Caroline Wetherby. Ephraim Mathieson está casado con mi hermana Elizabeth. Por su apellido, presumo que también tiene que ver algo con usted. Quizá sea tan amable de llevarme con ella.

-¡Que el buen Dios nos ampare! -El tono de voz de Daniel mostró la misma sorpresa que la expresión de su rostro. Sin dar respuesta directa a la petición de Caroline, se entretuvo en hacer un inventario completo y rápido de su persona.

Los ojos de Caroline se entrecerraron mientras era descaradamente observada y hasta parecía ser deseada, aunque había muy poco que él pudiera ver. Excepto por su rostro, de facciones delicadas y regulares, los grandes ojos almendrados de un castaño tan dorado que parecía ambarino y unos mechones de cabello negro lacio echado hacía atrás, que de manera alguna un caballero habría encontrado desagradables, la gran capa con capucha que llevaba escondía el resto. Pero esa capa. De terciopelo y de un profundo color escarlata, que había comprado cuando su padre se hallaba en la prosperidad y conservado durante los años de escasez siguientes, era suficiente para provocar consternación en ese hombre. A juzgar por los trajes de color pardusco, gris y negro que eran la vestimenta predominante de los ciudadanos que la rodeaban, ese color vívido no contaría con la entera aprobación. En realidad, varios de los que se encontraban entre esa multitud ya estaban lanzando miradas de reprobación. Las más despreciativas provenían de los otros pasajeros del Dove, quienes estaban enterados de alguna manera, de esa forma en que las noticias viajan a través de las comunidades pequeñas, de su difícil situación. Caroline comprendió que la historia se sabría muy pronto por todo Saybrook, mientras observaba cómo los recién llegados saludaban a amigos y conocidos entre los colonos. Algunos ya se acercaban a aquellos que habían venido a recibirlos y dirigían miradas furtivas hacia su persona. La espalda de Caroline se irguió al sentirse observada de manera tan inoportuna, pero esta fue la única señal perceptible que revelaba que se sabía objeto de tanto chismorreo.

-Pero aún no has oído lo peor -El capitán Rowse, sin duda aliviado ante la perspectiva de que pronto se libraría de esa carga indeseable, estaba decididamente divertido- La señorita Wetherby me debe el pasaje. Ha pasado gran parte del viaje asegurándome que su cuñado lo pagaría.

-¿Cómo es posible? -Daniel parecía espantado.

-La joven... dama... se embarcó a última hora y sedujo a mi segundo oficial para que aceptara una alhaja en lugar de dinero contante por la tarifa. Las gemas resultaron ser de vidrio. Tuvo la mala suerte de que tuviéramos un joyero a bordo, o nunca nos habríamos enterado de tal engaño hasta que hubiéramos querido cambiarlas por dinero. Sin duda, este había sido su plan desde el principio.

-¡Le he dicho muchas veces que no tenía idea de eso! El broche era de mi madre. Pensé que era verdadero -Esa explosión de ira se escapó antes de que Caroline pudiera evitarla. Sus ojos brillaban con indignación al mirar hacia el capitán Rowse; entonces se contuvo, forzándose a borrar la expresión de ira de su rostro, suavizando sus maneras, y retrayéndose una vez más a esa apariencia de hielo. Sostuvo la cabeza en alto mientras se enfrentaba a la vacilante incertidumbre de Daniel Mathieson y la incredulidad patente del capitán Rowse.

-¿Cuánto es? -preguntó Daniel con voz cavernosa. Al oír la contestación el capitán Rowse, sus ojos se agrandaron y profirió un silbido grave- A Matt no le va a gustar.

-Eso pensé. Pero, ¿qué podemos hacer? Supongo que podría llevarla ante un juez...

-No, no -Daniel sacudió la cabeza- Si es cierto que es familiar de Matt...

-¿Serían tan amables de dejar de hablar de mí como si no estuviera y llevarme con mi hermana? Estoy segura de que ella, por lo menos, se alegrará de verme. -Caroline no estaba tan segura de sí misma como demostraba, pero nadie sino ella podía saber de las náuseas que sentía y de lo húmedas que estaban las palmas de sus manos a causa de la ansiedad.

Una expresión de impotencia cruzó por el rostro de Daniel. Él y el capitán Rowse intercambiaron miradas, y el capitán se alzó de hombros.

-Si yo fuera usted, dejaría que Matt resolviera todo el asunto.

-Sí -por fin pareció haber tomado una decisión, asintió y recogió el canasto de Caroline-. Es mejor que venga conmigo, señorita. Soy el hermano de Matt... es decir Ephraim. Aunque a él no le importa mucho el nombre.

-Yo llevaré mi canasto, gracias -dijo con serenidad- Si es tan amable, podría ocuparse de mis baúles.

-¿Baúles? -preguntó Daniel, mientras Caroline se alejaba con la cabeza en alto.

-Son tres -contestó el capitán Rowse con una sonrisa burlona, señalando el equipaje que sus hombres habían apilado allí cerca-. Bastante engreída, ¿no es cierto? Me preguntó qué hará Matt con ella.

Daniel sacudió la cabeza y se agachó para cargar un baúl sobre su hombro.

-No le agradará mucho, te lo aseguro.

Capítulo 2

El camino enlodado por donde Caroline pisaba mientras seguía a Daniel y al capitán Rowse, conducía al centro del grupo de casas que había visto desde el bote. Al verlas más de cerca se dio cuenta de que en realidad eran pequeñas viviendas construi¬das con tablas de chilla que todavía no habían tenido el tiempo ne¬cesario para airearse. Cuadrados de papel amarillento, o tal vez cuero, cubrían las ventanas. Los niños, bajo el cuidado de una her¬mana mayor de apariencia hostil, correteaban de una casa a la otra, riendo cada vez que observaban el trío que pasaba por allí y lo extraño del traje de Caroline. Una mujer vestida con sencillez sostenía a un niño sobre sus caderas; llevaba el cabello modesta¬mente escondido debajo de un gorro de paño y los saludó desde el pórtico, con una expresión de notoria curiosidad.

-¡Buenos días, Mary! -exclamó Daniel, levantando la mano para saludarla.

-¡Señora Mathieson! -dijo el capitán Rowse, tocándose el sombrero. El apellido hizo presumir a Caroline que esa mujer jo¬ven tenía también alguna relación con su hermana. ¿Tal vez la cuñada? Se sintió agradecida cuando Daniel no se detuvo sino que continuó con paso enérgico hacia las afueras del pueblo.

Mientras caminaba, descubrió que las casas rodeaban, de una manera casual, un prado que ella supuso que sería propiedad de la comunidad. Un edificio grande y rectangular con vidrios de verdad en las ventanas se había erigido en el centro. Por el campa¬nario cuadrado en la cima y el pequeño cementerio que yacía a la izquierda, Caroline dedujo que se trataba de la iglesia. Un pastor con vestiduras negras y peluca blanca apareció situándose en la parte superior de los escalones, y confirmó así sus suposiciones

Los miró, con aire serio, aunque su mano se levantó en res¬puesta al saludo de Daniel.

-Parece que el reverendo Miller tiene un mal día hoy -observó el capitán Rowse cuando estuvieron fuera del alcance de su oído.

Daniel gruñó.

-El y Matt tuvieron una discusión, y como resultado ninguno de nosotros le simpatizamos. Dice que Matt es profano.

El capitán Rowse sonrió.

-No creo que eso se lo diga fren¬te a frente.

Daniel sacudió su cabeza.

-Su insensatez todavía no llega a la completa locura. Aunque sin duda vendrá a curiosear dentro de un día o dos para averiguar acerca de ella.

Con un movimiento de cabeza señaló a Caroline, cuyos hombros se pusieron tensos ante la leve naturaleza de la referen¬cia, pero no dijo nada. En verdad, mientras se acercaba a destino su ansiedad se acrecentaba cada vez más. Estaba demasiado an¬gustiada para ponerse a discutir con sus acompañantes. ¿Elizabeth le daría la bienvenida? Si no era así, ¿entonces qué sería de ella? Levantando la barbilla en alto Caroline rehusó permitirse es¬pecular.

Una vez que dejaron atrás el pueblo no se podía ver otra co¬sa que extensos campos llenos de tocones macheteados del bosque virgen, que se elevaban, oscuros y fríos, a una milla de distancia a cada lado del camino. En la Inglaterra civilizada el campo estaba bien delimitado y ordenado, y la norma siendo praderas y granjas debidamente cultivadas

bordeadas con paredes bajas de piedra o arbustos regulares. Pero esto... esto era algo salvaje y agresivo. La sorpresa al descubrir que las chozas de madera eran casas no era nada comparado con el asombro que sentía al darse cuenta de que esa plaza con la pequeña comunidad de iglesia y viviendas seme¬jantes a cajas conformaba Saybrook. Todo Saybrook. Excepto por las granjas distantes, no había nada más en la ciudad.

Se cruzaron con un hombre con un chaquetón de cuero que guiaba un caballo cojo hacia el pueblo. Daniel y el capitán Rowse intercambiaron saludos con el extraño pero no se detuvieron a conversar, aunque por la mirada interesada que lanzó a Caroline sin duda sentía curiosidad en cuanto a su identidad. Caroline otra vez estaba agradecida por la discreción de sus acompañantes. En su brillante plumaje escarlata, el cual no habría sido merecedor de una segunda mirada en su tierra, se sintió tan conspicua como un cardenal entre una bandada de gorriones. Apenas logró controlar el impulso de esconder su rostro con la capucha. Pero su orgullo no le permitiría esconderse.

-Por aquí. -Daniel, quien llevaba la delantera con un baúl haciendo equilibrio sobre cada hombro, salió del camino para continuar a grandes zancadas por un sendero que conducía hacia el bosque. El capitán Rowse, quien cargaba el tercer baúl sobre su hombro, lo siguió.

Caroline, después de comprobar con conster¬nación hacia dónde se dirigía el sendero, se dio cuenta que no tenía elección. Los siguió, sosteniendo el canasto más cerca del cuerpo mientras se encaminaba por el sendero angosto.

Se vio envuelta en las sombras siniestras del bosque cuando dio los primeros pasos por el sendero; los árboles eran enormes, el follaje se entretejía sobre su cabeza como dedos entrelazados cerrando el paso de la luz del sol. Las parras se extendían para ro¬zar su piel; hasta el aire mismo parecía estar vivo con el gorjeo de los pájaros y los gritos de otros animales. Pero unos pasos al fren¬te, los hombres caminaban enérgicamente abriéndose camino. Ya estaban casi fuera de la vista. Cobrando valor -no había llegado tan lejos ni se había aventurado tanto como para desanimarse por un simple bosque, no importa cuanto la atemorizara-, se apresuró para alcanzarlos. Ninguno de los hombres se molestó en quitar las ramas de su camino, así que Caroline, sosteniendo el canasto con una mano y a veces con dos, esquivaba y sorteaba de la mejor ma¬nera posible las ramas que colgaban. La rama flexible de un árbol pegó hacia atrás cuando pasó el capitán Rowse y la golpeó en el rostro; con un grito apenas audible colocó su mano sobre la meji¬lla dolorida y miró indignada al ofensor, quien siguió caminando abstraído. Luego desapareció en una curva del camino, y sé en¬contró sola. El pelo de su nuca se erizó mientras pensaba en los distintos tipos de bestias que en ese momento podrían estar ob¬servándola hambrientos desde la maleza. ¿Había osos en la colo¬nia de Connecticut, o tobos? Miró a su alrededor y se estremeció. Levantando la falda sobre el brazo para liberar los pies, casi corrió detrás de los hombres.

Durante toda su vida, junto con su padre, había viajado de pueblo en pueblo por toda Inglaterra, y no siempre rodeada de lu¬jos. Pero su padre se había ganado la vida jugando a las cartas o echando los dados, y tal profesión, por su naturaleza, siempre se llevaba a cabo dentro del ambiente de la civilización. Tenía mucha experiencia en lo que respectaba a la vida de la ciudad, y muy pocos conocimientos prácticos sobre granjas o campiñas. Este lugar salvaje y primitivo estaba más allá de su comprensión. Caroline sintió que una especie de hormigueo corría por su piel cuando echó una mirada al monte sombrío que la rodeaba. La convicción de que había sido una necia al emprender este viaje había estado carcomiéndola durante semanas. Y nunca había sido tan intensa como en este momento. ¿Pero qué otra cosa podía haber hecho? Había sido destituida, sin tener a nadie a quien recurrir y ningún lugar adonde ir. La única alternativa hubiera sido convertirse en prostituta, y eso jamás lo haría.

Daniel se detuvo en el borde de un claro. El capitán Rowse lo alcanzó enseguida, mientras Caroline, recordando el decoro, soltó la falda y emergió de entre los árboles detrás de ellos.

-Ya llegamos. Dejaremos esto aquí -Daniel bajó los baúles al suelo con gran alivio- hasta que Matt decida qué es lo mejor que se puede hacer.

-Eso es sensato. -El capitán Rowse habló haciendo un ges¬to de aprobación y dejó el baúl que había estado cargando al lado de los otros dos. Ante su negativa para llevar el pesado equipaje más lejos, Caroline entendió que temían que muy pronto tuvieran que llevarlo de vuelta por donde habían venido. Su estómago se revolvió otra vez; ellos no pensaban que sería bienvenida, y podían muy bien tener razón. Pero su hermana Elizabeth la querría, con seguridad. Aunque no se habían visto desde que Caroline tenía siete años. ¿Habían pasado ya quince años?

Caroline se detuvo a unos pasos detrás de los hombres, ajustando furtivamente la capucha y quitando las hojas y las ramas que colgaban de su falda. Su primera panorámica del lugar de des¬tino era desde un ángulo que abarcaba la casa, algunas edificacio¬nes anexas y el terreno que la rodeaba, y era al menos en parte tranquilizadora. Las viviendas del pueblo eran algo más que cho¬zas. El lugar parecía confortable y próspero.

La casa era de dos plantas, con ventanas alargadas y estre¬chas de vidrios guarnecidos y una puerta principal maciza. La planta alta sobresalía de la planta baja con un diseño que con se¬guridad tenía el propósito de resguardar las habitaciones de aba¬jo del mal tiempo. Parecía también que estaba destinada a servir de mirador y sin duda sería un lugar estratégico desde donde dis¬parar cuando surgiera la necesidad, y en semejante tierra incierta era probable que ocurriera muy a menudo. La casa en su totalidad estaba construida con troncos labrados toscamente, con altas chi¬meneas de piedra originaria del lugar que se erigían a cada lado de la casa. Detrás había un establo cercado que daba cobijo a un gran número de vacas y caballos. Un muchacho pequeño y en mangas de camisa alimentaba a las gallinas en el corral, y más allá se podía observar a dos hombres trabajando en el más cercano de los vastos campos que habían sido ganados al monte. A un costa¬do de la casa un joven revolvía una olla humeante que colgaba sus¬pendida sobre el fuego. Un enorme perro mestizo blanco y negro se hallaba recostado a sus pies; y se levantó de repente, para ladrar con furia cuando vio a Daniel, al capitán Rowse y a Carolina.

-Ese es Matt, en aquel campo. -Levantando una mano pa¬ra saludar al joven que revolvía la olla, Daniel se puso en marcha otra vez, seguido por el capitán Rowse y Caroline. El muchacho devolvió el saludo mientras que el perro se lanzó hacia ellos.

-Cuidado con tus modales, Raleigh -dijo Daniel al pe¬rro con tono indulgente mientras el animal corría, gruñendo ferozmente, hacia las piernas del capitán Rowse. El capitán lo apartó con su bota, con una expresión imperturbable, como si estuviera muy acostumbrado a ser atacado por un perro del ta¬maño de un poney. La frustrada bestia, corría alrededor de los tres, sin dejar de ladrar. Entonces, para horror de Caroli¬ne, centró su atención en ella.

No tenía mucha experiencia con perros, y este espécimen en particular, además de ser enorme, parecía tener un número ex¬traordinario de dientes afilados y brillantes, que exhibió con una mueca burlona antes de atacar.

-¡Oh! -A pesar de sus mejores esfuerzos por mantener la sangre fría, no pudo retener un alarido.

-Es una lástima que tenga miedo a los perros -observó Da¬niel, pareciendo divertirse mientras ella sostenía con fuerza el ca¬nasto y giraba, dando la espalda a esa bestia terrible.

-¿Sí? -En circunstancias normales, su voz era suave, bien modulada y bastante armoniosa. Más de una vez le habían dirigi¬do cumplidos por su bella voz. Pero en su esfuerzo por mantener¬se indiferente cuando el animal agarró y sacudió el borde de su ca¬pa, su tono podría haberse descrito como un chillido.

Ninguno de los hombres se movió para rescatarla. En lugar de ello, ambos sonrieron abiertamente mientras observaban esa pelea desigual. Cuándo el monstruo hundiera los dientes en su carne, ¿aún mirarían tan alegres?, se preguntó, y llegó a la conclu¬sión que sí, lo harían. Rechinando los dientes, tratando de conte¬ner tanto su genio que aumentaba cada vez más como su pánico intenso, Caroline tiró de la capa con cautela. Pero el perro no la sol¬taba. El ribete se rasgó, el perro tiró aun con más fuerza... y suce¬dió lo inimaginable. El seguro frágil que cerraba el canasto cedió -como había amenazado hacerlo durante toda la mañana-, la tapa se levantó y una cabeza negra y peluda apareció. Caroline la vio, supo lo que iba a suceder, y trató de meter al gato a salvo de vuel¬ta en su lugar, pero era demasiado larde. A Millicent le llevó sólo un instante evaluar la situación. Dando un aullido saltó por un la¬do del canasto y huyó.

-¿Qué diablos...? -Si Daniel dijo algo más, Caroline no lo oyó. Después de permanecer inmóvil por la sorpresa, Raleigh soltó la capa para salir a toda velocidad detrás del gato que corría como una exhalación. El ladrido frenético se mezcló con los chilli¬dos de Caroline mientras que su mascota trataba de eludir los dientes del perro. Dejando de lado todos los pensamientos de dig¬nidad y seguridad personal, Caroline soltó el canasto, levantó su falda y corrió al rescate del gato. Pero Millicent no tenía intencio¬nes de esperar a que la socorrieran. Huyó por debajo de la cerca del corral mientras que Raleigh, que por fin había logrado alcan¬zarla, saltó sobre la gata.

-¡Millicent, detente!

La gata no prestó atención a sus gritos. Las gallinas caca¬rearon y se esparcieron mientras los animales zigzagueaban rápi¬damente entre ellas. El muchacho que las había estado alimentan¬do soltó la olla de comida cuando Millicent pasó como un rayo por entre sus piernas; Raleigh lo esquivó justo a tiempo y evitó tirar al suelo al pobre muchacho, que daba vueltas como un molinete. Evi¬tando la colisión de los dos hombres, el perro continuó la persecu¬ción de su presa con intensidad aterradora. Con un grito, el mu¬chacho se unió a la persecución.

-¡Millicent! Oh, ¿alguien podría llamar a ese maldito perro?

Caroline se aferró a la parte superior de la cerca y se lanzó hacia el otro lado para caer en el medio de la bulla producida por las gallinas, el muchacho, el perro y el gato. A su espalda, entre lo que parecían risotadas, Daniel llamó con un grito a Raleigh para que regresara. En el campo, los hombres que estaban trabajando detuvieron la labor y desviaron la vista hacia la escena tumultuosa. Uno de ellos gritó algo que fue ininteligible para Caroline.

Millicent se disparó por debajo de la cerca del lado opues¬to al corral al mismo tiempo que Raleigh y el muchacho continua¬ban la persecución. Caroline, con la falda levantada que dejaba entrever sus enaguas blancas y sus pantorrillas delgadas que se agitaban violentamente, hizo lo mismo. El muchacho se detuvo, y parecía decidido a no hacer más que encaramarse a la cerca y ob¬servar cómo el perro y el galo corrían por la pradera. Gritó algo a Caroline cuando ella trepó y cruzó al otro lado de la cerca. Tan concentrada estaba en la persecución que no registró tales pala¬bras hasta que estuvo a mitad de camino por el campo. Entonces se percató del sentido de lo que había dicho. El muchacho había gritado.

-¡Cuidado con el toro!

¿Un toro?

Los pies de Caroline vacilaron. Su mirada abandonó al pe¬rro y al gato y giró formando un amplio arco. Lo que vio hizo que se detuviera de repente y soltara las faldas. Su boca se abrió y sus ojos se agrandaron con horror. En efecto, había un toro.

Era tan negro como el diablo y tan grande como un coloso, ¡y miraba directamente hacia ella desde no menos que unos once metros más allá!

Durante un momento, que pareció estar suspendido para siempre en el tiempo, Caroline y la bestia se miraron el uno al otro. Luego, asintiendo con la cabeza en señal de aprobación al

proverbio que decía que la discreción era la parte fundamental de la valentía, Caroline recogió sus faldas, dio la vuelta y huyó de re¬greso a la seguridad del corral, con su capa escarlata ondeando a su espalda como un estandarte.

Detrás de ella, con un rugido terrible, la bestia cargó.

-¡Corre!

Desde la cerca el muchacho la alentaba, pero Caroline ape¬nas lo oyó. Estaba ensordecida, y ciega de temor. Sus ojos se con¬centraban en la cerca, y sus oídos se llenaban con los bufidos y re¬soplidos del animal que corría pisando con firmeza.

-¡Vamos, vamos!

El muchacho continuaba dándole ánimo, pero no era nece¬sario. El mejor corredor de todo Londres no hubiera podido al¬canzar la velocidad que Caroline logró esa mañana. Corrió hacia la cerca como un galgo. Detrás de ella podían oírse los gritos en¬furecidos del monstruo, y los golpes de sus pezuñas.

Caroline gritó. El muchacho que estaba en la cerca aulló. Hombres y niños provenientes de todas direcciones con¬vergieron en el corral.

Imaginó que sentía el aliento cálido del animal sobre su espalda.

-¡Su capa! ¡Arroje su capa!

Todavía a algunos pasos de la cerca, Daniel la previno, aun¬que ya corría en su ayuda.

Caroline sostuvo la falda con una mano -un tropiezo a esta altura podría haber sido fatal- y levantó la otra mano para tirar de las cintas de la capa. Un instante después la vestimenta se liberó y voló al suelo.

-¡Buena niña!

El terror le dio alas a sus pies cuando saltó hacia el resguar¬do de la cerca desde casi un metro de distancia. Daniel, subido a la cerca desde el otro lado, la tomó del brazo y la alzó hasta el la¬do seguro. Sintió un tirón cuando su falda se enganchó, y se es¬cuchó el ruido de tela rasgándose, y entonces fue lanzada por el ai¬re hasta el suelo con un ruido seco, cayendo boca abajo en la suciedad del corral.

Mientras yacía tendida en el suelo, sintiendo dolor en cada uno de sus huesos y luchando para respirar, Millicent apareció no se sabe de dónde y frotó la cabeza contra su dueña. Desde el bos¬que, más allá de los pastos del toro, Raleigh continuaba ladrando frenéticamente mientras buscaba al gato, que, de un modo miste¬rioso propio de su naturaleza, había logrado eludirlo. Caroline no tenía siquiera fuerzas para gruñir cuando su mascota prorrumpió en fuertes ronroneos

Capítulo 3

Durante lo que pareció una eternidad, Carolina permaneció inmóvil, con el ronroneo consolador de Millicent, haciendo eco en su oído. La caída había detenido su respiración; el suelo duro e irregular le había arañado el rostro y las manos, provocándole ardor. Sentía que su cuerpo entero estaba magullado por la fuerza de la caída, y su corazón todavía no conseguía reprimir los latidos provocados por el pánico. Además, estaba segura de que cuando abriera los ojos una boca enorme llena de dientes caninos gigantes estaría acechándola para devorarla bajo la mirada sonriente de sus amos, ninguno de los cuales había parecido dispuesto a levantar tan sólo un dedo en su defensa.

Pero finalmente no pudo posponer lo inevitable por más tiempo. Alargando un brazo, recogió a Millicent para acunarla contra su tórax magullado. Con sigilo, abrió los ojos y rodó con cautela apoyándose sobre el codo mientras observaba a su alrededor. El perro no estaba a la vista. Carolina lanzó un suspiro de alivio. Se encontraba sola, a excepción del muchacho que había estado alimentando a las gallinas, y que ahora la miraba con el entrecejo fruncido. Moviéndose con cuidado, se sentó.

-Está viva, papá.

El niño habló por encima de su hombro, luego volvió sus ojos grandes y azules hacia Carolina. Su cabello negro, fino como la seda, formaba un flequillo irregular sobre sus ojos; observó que necesitaba cortarse un poco el cabello, y había un rasgón en la rodilla de sus pantalones que requería un zurcido. Era de apariencia descuidada y sus modales dejaban mucho que desear. Pero eso no le concernía, y por ello debía estar agradecida.

Apartando la vista por el sol, Carolina miró más allá del chiquillo ara descubrir a cinco hombres y el joven que había estado revolviendo la olla, apoyados contra la cerca que hacía sólo un momento había escalado. Más allá de ellos el toro bufaba y retozaba mientras arrojaba al aire con sus cuernos lo que quedaba de la capa. Los cinco observaban a la bestia malévola con un ansia que habría sido reconfortante si hubiera sido dirigida hacia ella. Pero, tratándose del toro, tal interés era una locura.

Ante el anuncio del muchacho todos volvieron la cabeza. Seis pares de ojos se fijaron en Carolina demostrando diversos grados de reprensión. Su atención se centró en el más viejo de los tres hombres, al que todavía no había visto. Si no estaba equivocada, él era el hombre al que Daniel se había referido antes como Matt. Los ojos de Carolina reflejaban su hostilidad mientras miraba como Ephraim Mathieson se aproximaba.

Era un hombre alto, incluso más alto que Daniel. Quien estaba de pie a su lado en la cerca, con hombros anchos y un pecho amplio, caderas estrechas y piernas largas y fuertes. Al igual que los dos muchachos, no usaba ropa de abrigo ni chaleco. Su camisa era de mangas largas, blanca y sin cuello, sus pantalones, negros y amplios, hasta debajo de la rodilla. Sus medias eran de lana gris, y sus zapatos sencillos de cuero con tacones cuadrados. No tenía sombrero, y su pelo era tan negro que lanzaba reflejos azules bajo la luz brillante del sol, con un tono tan raro y fino como el de ella. Como el cabello de Daniel, era corto al estilo Roundhead, aunque los rizos y las grandes ondas caían como determinadas a desafiar esa moda sencilla.

Aun antes de que observara bien su rostro, Carolina decidió que el marido de su hermana era un hombre muy atractivo. Sólo cuando se acercó se dio cuenta de que cojeaba. Su pierna izquierda, por lo visto imposibilitada de doblarse en la rodilla, se balanceaba con torpeza cuando caminaba. Una gran dosis de hostilidad se desvaneció de la mirada de Carolina. Debía ser mortificante para este hombre obviamente vigoroso estar impedido por semejante aflicción.

Cuando se encontraba a algunos pasos de ella se detuvo, con los puños sobre las caderas, mientras la estudiaba con el entrecejo fruncido. Conscientemente, su mirada siguió el mismo camino que la de él. Intentó suprimir una expresión turbada, mientras hacía un inventario de sus propios impedimentos. Era alta y delgada por naturaleza pero alguna vez había sido rolliza en todos los lugares donde se suponía que las mujeres debían serlo. Los rigores del viaje y los meses desolados que habían precedido le habían quitado la redondez femenina, reduciéndola a una lastimera delgadez. Por desgracia, su vestido – era el mejor que tenía, una creación exclusiva de seda arrugada color esmeralda – había sido hecho cuando sus contornos se semejaban más a los de una mujer. Ahora colgaba de ella, el cuello mucho más bajo de lo que debería estar, las mangas largas hasta el codo, la cintura caída y la falda varios centímetros mas larga. En realidad, la vestimenta parecía haber sido hecha para una persona más grande que ella. También estaba rasgada y sucia por la caída. Su peinado estaba torcido – era todo lo que quedaba del delicado nudo que una vez había tenido sobre la nuca-; mechones gruesos y negros aparecían dispersos indecorosamente alrededor de su cuello y por su espalda, y su enagua estaba levantada, exponiendo sus piernas casi hasta la rodilla. Se dio cuenta con desazón de que no era algo muy hermoso de contemplar.

Él estaba mirando sus piernas descubiertas con desaprobación. Toda la hostilidad anterior regresó a ella con toda su fuerza.

-¿Ephraim Mathieson?

Su tono era helado. Él asintió en confirmación, mientras ella, a pesar de sus músculos dolientes, se puso de pie como le fue posible, tratando sin mucho éxito de quitar la suciedad de su falda y al mismo tiempo sostener con firmeza a Millicent. El gato observó al hombre; Carolina apenas pudo controlar el deseo de hacer lo mismo mientras se esforzaba por arreglar su apariencia.

El cuello cuadrado del jubón se había deslizado de un hombro, descubriendo la parte de arriba de la camisa y bastante más de su piel color crema de lo que hubiera deseado. Con sacudidas violentas, tironeó de la blusa hasta que consiguió una apariencia algo más decente. No había nada que pudiera hacer por el rasgón en su falda, que revelaba parte de la enagua blanca de volante fruncido a la cintura. Con respecto a su cabello, con Millicent en sus brazos estaba forzada a dejar que colgara como quisiera. Al levantar la barbilla – trató de no pensar demasiado que su cara estaba tan sucia como su vestido – se encontró con su mirad. Nunca en su vida se había sentido en tal desventaja. ¡Pero prefería que la colgaran antes de que se dieran cuenta!

-Puede considerarse afortunada -dijo con un tono profundo y brusco-, porque no ha causado daño a mi toro.

Después de todo lo que había tenido que soportar, esa declaración era demasiado. Carolina exhaló un suspiro largo e irregular, tratando, sin mucho éxito, de recuperar el control que estaba pediendo.

-¡Causar daño yo a su toro! -Farfulló, con ojos irritados por la indignación-. ¡Esa bestia casi me mata! ¿Sabe qué le digo? ¡Al diablo con su maldito toro!

-¡Cierra tu estúpida boca, mujer! -El rugido que escuchó a sus espaldas la sobresaltó y casi hizo que soltara a Millicent. Asiendo al gato, que se retorcía como si quisiera liberarse Carolina se volvió para descubrir al pastor a unos cuantos pasos de ella, detenido en su camino ante las palabras coléricas que acababa de oír. La indignación aparecía escrito claramente sobre sus duros rasgos. Bajo los rizos blancos y apretados del peluquín, su cara se veía muy roja.

-¡Dios mío! -murmuró Carolina, desconcertada ante la presencia inesperada del pastor. Lo que había surgido de su boca la mortificó casi tanto como horrorizó al clérigo. Creía que las penas que había aprendido a soportar la habían llevado a forjarse un carácter temperamental y a hablar con sinceridad todo el tiempo. ¿Por qué tanto el maldito clérigo como su supuesta nueva familia debían estar presentes para ser testigos de la reaparición de sus debilidades?

-¡Así que tú eres blasfema además de ladrona, prostituta y mentirosa! -La voz del pastor aumentó en insultos mientras que con la mirada rastrillaba su persona antes de fijarse en el hombre que estaba detrás a sus espaldas-, ¡Ephraim Mathieson, si aún no ha repudiado a esta mujer sinvergüenza, le insto a que lo haga enseguida, y públicamente! ¡Cuándo uno de mis fieles me habló de sus actos perversos a bordo, me estremecí de indignación y corría a advertirle! Pero parece que no es necesaria ninguna advertencia: ¡sus propias palabras la condena!

La acusación del pastor vibró en el aire. Los ojos de Carolina lanzaban destellos de indignación y abrió la boca para defenderse con palabras que serían con seguridad más fuertes que diplomáticas. Pero antes de que pudiera proferir siquiera una sílaba fue detenida por una mano fuerte y cálida que apretó su brazo como advertencia.

-Buen día le deseo también, señor Millar.

El saludo de Matt fue sarcástico y frío, pero Caroline estaba demasiado concentrada en la sensación de hormigueo engendrada por el contacto de su mano como para poder registrar el tono de las palabras. Mientras intentaba liberarse, se preguntó si alguna vez dejaría de sentir rechazo por la sensación de la mano de un hombre sobre su persona. Al cesar ese

contacto repulsivo su mente se esclareció y una vez más pudo concentrarse en la conversación entre los dos hombres.

Deslizando su mirada del clérigo encolerizado hacia Matt, Carolina vio que la expresión de su cuñado era aún más desagradable que su voz. También constató algo más en esa primera inspección de su persona que hizo que sus ojos se agrandaran de forma involuntaria. Estaba observando al pastor con frió disgusto, pero su expresión de ninguna manera desfiguraba el oscuro esplendor de su rostro. Sus facciones podrían haber agraciado una estatua clásica; su mandíbula y sus pómulos habían sido esculpidos por una mano maestra. Su nariz era recta, su boca ancha y bien formada, con el labio inferior un poco más grueso que el superior. Sus ojos eran profundos, con cejas gruesas negras y rectas. El iris era de un brillante azul celeste y su claridad contrastaba con la piel morena tostada por el sol. La única marca de disonancia era una cicatriz blanca y aserrada que dividía su mejilla izquierda desde la esquina del ojo hasta la parte superior de la boca. Si no hubiera sido por ello, Carolina lo habría considerado sin lugar a dudas como el hombre más atractivo que contemplara en su vida.

Por fortuna, él no se percató de esa reacción debida a su apariencia. Su atención se centraba en el clérigo.

-¡Le ordeno que ponga su casa en orden, Ephraim Mathieson, y denuncie a esta pecadora! -refunfuño el pastor.

Los labios de Matt se apretaron, y sus ojos se entrecerraron.

-No es de su incumbencia decirme cómo manejar los asuntos relacionados con mi casa, Joachim Miller. Ni condenar a una desconocida sin pruebas.

-¿Pruebas? -el hombre sonrió con cólera-. ¿Pruebas por la blasfemia que he escuchado con mis propios oídos? ¡Cómo prueba de su latrocinio y sus mentiras tengo la palabra de los otros pasajeros del Dove! ¡Pregúntele usted mismo a Tobías si quiere; no tengo ninguna duda de que le confirmará la historia! ¡Cómo prueba de prostitución sólo tiene que observar cómo se muestra con esas vestiduras escandalosas! ¡Es un insulto a la decencia! ¡Debería ser embarcada y enviada de vuelta al otro lado del océano de Gomorra, de donde vino!

-Creo que soy capaz de manejar mis propios asuntos sin su interferencia.

-¿Se atreve a oponerse a la palabra de Dios?

-¡Siempre escucharé la palabra de Dios, pero su charlatanería no! ¡Fuera de mi vista, señor Millar, mientras pueda!

-¡Así que ahora va tan lejos como para amenazar a un hombre de la Iglesia! ¡Será considerado responsable por sus acciones, Ephraim Mathieson! -El pastor se alejo, con su barbilla temblando de cólera-. ¡Lamentará este día, se lo juro! –Agitando sus ropas, marchó a través del corral, y se dirigió con brusca prontitud hacia el sendero entre los árboles.

-Es poco sensato convertirse en enemigo del clérigo Matt. -La declaración inquieta de Daniel hizo que su hermano y Carolina volvieran la mirada hacia él. No se había percatado de su presencia durante el intercambio de palabras entre Matt y el pastor, pero ahora Daniel, otro muchacho que podría ser hermano suyo teniendo en cuenta su parecido con él, un tercer hombre con cabello castaño y una sonrisa furtiva y los dos niños formaban un semicírculo detrás de Matt. Tobías Rowse estaba a un costado, moviendo la cabeza y frunciendo el entrecejo.

-Sabes que Daniel tiene razón -dijo el hombre con cabello castaño.

Matt se alzó de hombros, por lo visto indiferente a esa advertencia. Su atención se centraba ahora en Carolina. Los ojos azules se encontraron con los ámbar y permanecieron mirándose.

-¿Siempre provoca tantos problemas? -preguntó después de un rato.

Carolina alzó la barbilla. ¡Ephraim Mathieson era sin duda tan incivilizado como la tierra en que vivía!

-Casi nunca tengo problemas, en especial cuando no me veo acosada por perros monstruosos, toros que me atacan y hombres rudos -replicó agriamente. Habiendo perdido el control de la apariencia que se había esforzado en ofrecer, y que pensaba que podía llegar a transformarse en su verdadera naturaleza, no parecía que iba a poder recuperarla de nuevo.

Matt refunfuñó. Detrás de él, Daniel comenzó a hablar con expresión preocupada; con un movimiento de la mano Matt le ordenó que se callara.

-Por lo que mi hermano y Tobías han podido comunicarme, infiero que llegó de Inglaterra esta mañana, diciendo que es un pariente cercano de mi familia. Tal vez ahora que nos ha sacado de nuestras labores y ha causado tal conmoción que no quisiéramos volver a ver, podría ser tan amable de explicar de qué se trata.

Los ojos de Carolina destellaron; hubiera deseado contestarle alguna grosería. Pero en lugar de ello inspiró profundamente al recordar, de pronto, que enemistarse con el mismo hombre cuyo apoyo necesitaría podía resultar peligroso. ¿Qué haría si él, como esposo de su hermana, la enviara de regreso? No quería pensar en ello.

-Soy la hermana de Elizabeth -dijo suavemente-. Soy Carolina Wetherby.

Hubo una exclamación de asombro por parte de uno de los muchachos, que se parecía a Daniel, y miradas significativas en los rostros de los dos niños. Los ojos de Matt vacilaron y recorrieron su persona antes de regresar a su rostro.

-No veo demasiado parecido.

-Créame, soy quien le digo. Tengo documentos que prueban mi identidad. Aunque Elizabeth me reconocerá, con seguridad.

-Ah, ¿la vio hace poco tiempo entonces?

-Debe saber que no la he visto en más de quince años -había rabia en su voz-. Desde un poco antes de que se escapara con usted, para ser precisa.

Matt torció la boca, luego permaneció inmóvil. Su expresión era indescifrable.

-Ella me hablaba de usted.

La aceptación de que ella era en realidad la persona que clamaba ser era lo único que requería de él, e hizo que Carolina sintiera alivio. Hasta que fue totalmente consciente de lo que él había dicho.

-¿Ella hablaba de mí? -preguntó con cautela, sintiendo que el dedo helado de una premonición corría por su espalda-. ¿Ya no lo hace?

-No debe haber recibido mi carta.

-N-no. No recibí ninguna carta de usted.

-Escribí el año pasado. A usted y a su padre. ¿El no está con usted?

-Murió hace algo más de dos meses.

-Ah, le doy mis condolencias.

-Gracias.

Se notaba cierto desvelo en sus ojos azules, y pareció dudar, como si estuviera pensando las palabras que seguían. Junto con el silencio ponderado de los otros, su reticencia confirmó la peor sospecha de Carolina.

-Elizabeth está muerta, ¿no es verdad? -aunque parecía como si una mano gigante estuviera desgarrando sus entrañas, su tono era firme.

Él apretó los labios, y asintió una vez.

-Sí.

-Oh, no. -Caroline cerró los ojos con fuerza, respirando profundamente para combatir las náuseas que de repente surgieron con insistencia-. ¡Oh, no! -Hubo un silencio pesado por parte de los hombres que observaban la escena. Después de un momento, sus ojos se volvieron a abrir. Esta vez estaban sombríos por la conmoción-. ¿Cómo…cómo murió?

-Se ahogó -dijo Matt de manera sucinta-. Hará dos años en mayo.

-¡Oh, no! -Parecía que era todo lo que acertaba a decir. Los niños, los hombres…. Sus rostros se volvieron borrosos de repente. El pensamiento del largo viaje que había emprendido, de cuánto se había arriesgado para poder viajar, de pronto la aturdió. Todo en vano, todo en vano. Las palabras resonaban en su cabeza. Su estómago se revolvió pero apretó los dientes, decidida a no ceder. Sin embargo, esta vez no tuvo la suerte de poder contener el malestar incipiente. Con un resuello, arrojó a Millicent a ciegas a los brazos del sorprendido Ephraim Mathieson. Poniendo una mano en su prisa por alcanzar el refugio más cercano.

El establo estaba allí cerca; apenas logró llegar a la esquina antes de desplomarse sobre sus rodillas y vomitar con violencia. Cuando hubo acabado, se arrastró para acurrucarse debajo de la sombra fresca de la estructura, con su cabeza descansando contra la madera áspera. Nunca se había sentido tan desgraciada, tanto física como espiritualmente.

Elizabeth estaba muerta. A Carolina no le quedaban fuerzas siquiera para llorar por su hermana. En ese momento su interés se centraba en ella misma: se sentía desamparada, echada a la aventura en una tierra extraña con nadie a quien poder recurrir. Había quemado los puentes que la unían a Inglaterra con una venganza, pero aunque no lo hubiera hecho no tenía dinero para regresar. ¿Qué podía hacer, excepto abandonarse a merced de su cuñado, que no la aceptaba?

Carolina tembló ante la idea de semejante humillación.

El objeto de sus pensamientos se acercó por la esquina del establo hacia ella. Carolina lo observó acercarse, y apenas se percató del paso cojearte que él debía despreciar. Se acercó hasta que se colocó de pie a su lado; ella permaneció en silencio durante un momento y le dirigió una mirada de soslayo con la vista perdida más allá. Requería un gran esfuerzo regresar al presente.

-¿Qué ha hecho con mi gata? -Millicent era todo lo que le quedaba en el mundo, y el bienestar del animal fue lo primero que apareció en la mente de Caroline.

-Daniel la tiene. Está segura con él.

-Límpiese la cara.

Después de vacilar un momento, Carolina asió el trapo e hizo lo que le había ordenado. Apenas hubo terminado, sin pensarlo se lo devolvió en forma de una pelota arrugada. Solo una leve mueca reveló el disgusto que le debía de haber ocasionado aceptarlo, y lo metió en su cinturón.

-Eso está mejor -la recorrió con la mirada, y sus ojos se entrecerraron-. Recuerdo muy bien el caballero remilgado que era su padre. Usted se le parece físicamente. Tengo escasas esperanzas de que el parecido sea solo superficial, pero desearía comprobar que estoy equivocado. Tobías me ha dicho que viene para establecerse con nosotros. También me dice que le debo el dinero de su pasaje, una historia a la que apenas puedo dar crédito. No tengo paciencia con los ladrones, pero, si deseo ser justo, no puedo condenarla sin darle la oportunidad de hablar. Así que, señorita Caroline Wetherby aquí esta su oportunidad: dígame lo que quiera, y yo la escucharé. No puedo prometerle más que eso.

Capítulo 4

-¡No le permito que hable de mi padre con desprecio!

Los ojos de Caroline relampaguearon mientras defendía el honor del padre que, en verdad, había carecido de estabilidad y tenía otros numerosos defectos, pero aun así lo había amado con toda su alma.

-¿No? No es más que la verdad, aunque los defectos de Marcellus Wetherby no son el tema central en este caso.

Caroline se puso de pie, apretando los puños al devolver la mirada sombría con los ojos llenos de ira.

-No quiero escucharlo ensuciar su memoria. Fue un gran hombre, ¡amable y bueno!

-Fue un libertino irresponsable, con un amor descaminado hacia un rey corrupto, entre otros rasgos menos agradables -expresó Matt con sequedad.

-¡Lindas palabras para el descendiente de una familia de regicidas! ¡No dudo que diría otras cosas si el rey Carlos no hubiera accedido a confiscar la propiedad de todos los traidores!

Según lo que sé padre le había contado acerca del marido de su hermana, su familia había perdido la tierra y la fortuna con la restauración del monarca legítimo después de la muerte de Cromwell. Durante los años que siguieron, los otros poderosos Mathieson habían comenzado a vivir de la tierra, de lo que había sido una de las granjas de uno de sus arrendatarios. Entonces papá Mathieson, por aquel entonces un puritano fiel, había muerto, y Ephraim, o Matt como parecían llamarle, tomó la decisión de emigrar en tanto fue nueva cabeza de familia. Un número desconocido de miembros de su familia habían abandonado Inglaterra con él, como lo había hecho Elizabeth Wetherby, que tenía entonces veinte años de edad. Caroline comprendió, aun cuando ya había hablado, que no era una actitud demasiado discreta arrojar tales recuerdos a la cara de un hombre cuya ayuda necesitaba, pero la cólera gobernaba su lengua y las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas.

Por fortuna, su temperamento no coincidía con el de ella.

-Los regicidas tenían razón. El primer rey Carlos estaba muy equivocado y el hijo está hecho con el mismo molde de su padre. Pero no discutiré sobre política con una chiquilla que ni siquiera había nacido cuando el lío comenzó. En lugar de ello, podría decirme el motivo que la impulsó a venir a la colonia de Connecticut. ¿No tenía a nadie en Inglaterra a quien poder dirigirse después de la muerte de su padre?

Caroline lo miró con resentimiento, pero la prudencia le sugirió que se abstuviera de continuar con la disputa.

-No

-Una joven atractiva como usted debe de haber tenido al menos un pretendiente. ¿No pudo haberse casado?

-No tenía deseos de casarme.

-¿En vez de ello prefirió dejar su hogar y su país y emprender un viaje arriesgado hasta este lugar salvaje para formar un hogar con desconocidos? – sus cejas se levantaron con escepticismo.

-Elizabeth es... era... el único familiar que me quedaba. Deseaba verla, estar con ella. Por eso he venido. Si hubiera sabido que... si hubiera sabido de su muerte, habría hecho otros planes

-Ya veo. Así que ahora llegamos al punto de la cuestión. Al decidirse a venir, decidió pagar su pasaje con joyas sin valor. Lo que quisiera saber es si usted sabía que las gemas eran de vidrio.

Los ojos de Caroline Parpadearon.

-No

-La verdad, por favor. No me gustan los mentirosos.

-¡No soy una mentirosa!

Matt la observó mientras reflexionaba.

-Tobías me mostró el broche. Es algo precioso, muy distinguido. En realidad, tan distinguido que me trajo algo a la memoria: hace algunos años, Elizabeth me habló de un broche magnífico hecho en forma de pavo real como el suyo, que su padre utilizaba para apostar en los juegos de azar cuando estaba bajo de fondos. Ella decía que era mejor que ganara a menudo, ya que las gemas eran falsas y podrían haberlo colgado si lo hubieran averiguado. Es mucha coincidencia que ambos broches hayan sido moldeados de forma idéntica, ¿no le parece?

Sus ojos parecían atravesarla y quemarla con fuego. Caroline tuvo que luchar para no cerrar los párpados para eludir esa mirada tan abrasadora. En lugar de ello apretó los dientes y alzó la barbilla

-Muy bien entonces. Lo sabía -dijo de pronto.

-Ah.

-¿Qué significa exactamente eso? – su pregunta fue violenta.

-Significa que sería mejor que me cuente toda la historia mientras pueda. Mi intención es lavarme las manos de toda responsabilidad sobre usted. Ya le he dicho que no me caen simpáticos los mentirosos y menos los ladrones.

La amargura le arrancó una mueca.

-¿Quiere toda la historia? Bien, se la contaré. Durante los últimos dos años de su vida mi padre estuvo enfermo e incapaz de mantenernos. Acepté coser por muy poco, pero los escasos ingresos apenas alcanzaban para pagar el techo sobre nuestras cabezas y mucho menos para alimentarnos. Tuvimos que vender todo lo que poseíamos de valor, pero aun así no era suficiente. El arrendador, el hombre propietario de los cuartos donde nos alojábamos, se encaprichó conmigo y no nos pidió más la renta durante los escasos últimos meses. Cuando mi padre murió, quiso ser pagado. Con... con mi persona.

Caroline se detuvo, incapaz de continuar mientras le sobrevenían esos recuerdos terribles. Las manos de Simon Denker recorriendo su cuerpo, su boca, fétida y húmeda, forzando besos en ella. Apretó los puños y luchó para detener las lágrimas que le quemaban detrás de sus ojos. Se había degradado lo suficiente; no lloraría.

Los labios de Matt estaban fruncidos, los ojos atentos mientras la observaban.

-¡No tiene que mirarme de ese modo! -exclamó-. ¿Qué hubiera hecho usted en mi lugar? Utilizar el broche de la suerte de papá no parecía tan terrible si usted hubiera tenido que enfrentarse a tal decisión.

Él pareció medir sus palabras. Entonces asintió.

-Eligió el menos de dos males. Aunque habría sido mejor que no hubiera mentido acerca de ello cuando se le preguntó.

Caroline inspiró de forma profunda y agitada. Como ocurría siempre cuando los recuerdos de esos días asaltaban su mente, se sintió curiosamente débil y enferma. Se tambaleó una vez y entonces se contuvo, apoyando una mano contra la pared del granero para sostenerse. El resentimiento ardía en sus ojos mientras miraba a su cuñado, que se encontraba de pie pronunciando sentencia. ¡Era fácil llevar la moral bien en alto cuando uno no estaba necesitado con desesperación!

-¿Ser santurrón es algo natural en usted, señor Mathieson, o tiene que esforzarse para eso?

-Yo, en su lugar, controlaría esa lengua de arpía -un cierto aire divertido alumbró de repente su expresión-. Y no se moleste en desmayarse, si ese es el truco siguiente que quiere emplear para ganar mi simpatía. Ya he decidido rembolsar a Tobías el dinero de su pasaje.

-Qué gentil -el sarcasmo hizo sonar frías esas palabras corteses. Abandonando el apoyo de la pared, se mantuvo bien erguida. No se desplomaría ahora aunque permanecer de pie la matara-. Pero innecesario, después de todo. He descubierto que no requeriré más de su ayuda.

La arrogancia gélida que asumió fue bálsamo para su espíritu humillado. El orgullo y el temperamento podrían haberse combinado para emitir un buen juicio sobre ella, pero en ese momento Caroline hablaba en serio.

-Si no reembolso a Tobías el dinero de su pasaje, él la llevará ante el magistrado y la venderá como una esclava para recuperar ese dinero.

Caroline era orgullosa pero no estúpida, y esa declaración la sobresaltó.

-¡Algo semejante no puede ser legal!

-Le aseguro que lo es.

-¡Por supuesto que es posible, en este país bárbaro! Ustedes los Roundhead, ¿practican alguna otra abominación además de la esclavitud? – La amargura afiló sus palabras.

Los ojos de Matt se entrecerraron.

-Un consejo muchacha. No profiera sus patrañas monárquicas a este lado del océano. Nuestros castigos por tales comentarios ligeros son severos.

-¿Entonces debo vivir con temor a ese clérigo suyo de rostro amargado?

-¡Ya basta! Le advierto que no voy a tolerar más su insolencia. Si va a ser un miembro de mi familia, entonces se comportará de modo decente. Eso significa, cuando menos, nada de ratería, ni mentiras, ni lenguaje blasfemo y ningún tipo de arengas monárquicas.

En otra situación habría percibido los tenues destellos de humor en lo profundo de sus ojos. Lamentablemente no llegó a observarlo.

-¡Le sorprenderá saber que ya no tengo el más mínimo deseo de convertirme en un miembro de su familia! -Caroline, hablando entre dientes, lanzó su buen juicio al viento y se sorprendió por lo maravilloso de esa sensación.

-¿Prefiere ser vendida como esclava? – arqueó sus cejas hacia ella.

-Prefiero encontrar algún tipo de empleo. No soy extraña al trabajo duro. Puedo cocinar, mantener una casa y coser. Si usted paga al capitán Rowse su dinero, se lo reembolsaré de mis ganancias tan pronto como pueda. Solo estaría haciéndome un préstamo.

Matt resopló.

-¿Quién de por aquí cree que daría trabajo a una mujer grosera, vestida con ropa extravagante, de convicción monárquica? Se moriría de hambre antes de que hubiera ganado lo suficiente para comprar un mendrugo de pan.

Frustrada, Caroline frunció el entrecejo.

-¡Usted tiene una notable falta de cortesía, señor!

-Entonces yo diría que somos un buen par. Como usted es la hermana de mi esposa fallecida y la tía de mis muchachos, estoy dispuesto a proporcionarle un hogar. Trabajará para ganarse la vida y para rembolsar el dinero dado a Tobías por su pasaje. Tenemos necesidad de una cocinera y una casera, y esa es la labor que debe realizar. Todo lo que le pido es que trate de no constituir una molestia. No quisiera pasar día tras día por algo parecido a la idiotez de esta mañana.

-¡Idiotez! -antes de que Caroline pudiera decir más, y por cierto había mucho más que deseaba decir, un ruido fuerte surgió del corral. Caroline se entumeció, pero antes de que pudiera moverse Millicent apareció por la esquina del granero a la carrera con ese sabueso del demonio que corría ladrando en su persecución. Viendo su dueña, Millicent hizo una línea recta hacía Caroline, rasgando dolorosamente su vestido para situarse sobre su hombro, con los pelos crispados, soplando a la bestia llena de baba que galopaba detrás de ella.

-¡Vete! ¡Fuera! -Caroline gritó, con una mano sosteniendo al gato mientras mantenía la otra extendida en un intento frenético por protegerse del perro que se aproximaba.

-¡Raleigh, no! -gritó Matt, pero era demasiado tarde.

Raleigh se lanzó hacia delante, con las patas extendidas. El perro se estrelló contra Caroline con la velocidad de un carro fugitivo, golpeándola y arrojándola al suelo. Ella gritó, Millicent cayó, sopló y pateó con sus patas afiladas como una navaja de afeitar; Raleigh aulló; Matt gritó. Unos metros más allá, apareció la manada ruidosa del resto de los Mathieson.

Después, mientras Caroline yacía atontada otra vez en el polvo, Millicent clavó sus garras y trepó por la superficie del granero mientras Raleigh histérico y los espectadores variados gritaban, reían y sostenían al impetuoso perro.

Por segunda vez en ese día, reinó el pandemónium.

Capítulo 5

-¡Abajo, Raleigh! ¡No soportaré ninguna más de estas tonterías, señor! -Matt rugió, totalmente exasperado, mientras sostenía por el cogote al animal frenético. Reconociendo la voz de la autoridad, el perro disminuyó el aullido ensordecedor a un lloriqueo y se dejó caer para arrastrarse sobre el suelo a los pies de Matt. Desde el techo del granero, Millicent observó con satisfacción malévola como recibía la primera reprimenda merecida su atormentador. Entonces, convencida de que estaba amedrentado, procedió a sentarse y lavarse la cara con tranquilidad. Caroline se sentó con esfuerzo y frotó con cuidado su dolorido trasero. Dándose cuenta de repente de que era una fuente de diversión extrema para su público, se detuvo, avergonzada.

-¡Maldito gato! Debería haber hecho que uno de los marineros lo arrojara por la borda. No fue más que un montón de problemas desde el comienzo. -El capitán Rowse, quien, además de Matt, era el único de todos los hombres presentes que no reprimía la risa, se acercó para ofrecer una mano a Caroline mientras hablaba. Mirando refunfuñada al capitán, que había sido casi tan desagradable al querer arrojar por la borda a Millicent como con el broche falso, declinó su oferta de ayuda con frialdad y se puso de pie por sí sola.

-Millicent no provocó problemas a bordo del barco -protestó con vehemencia.

-¿Ah, no? ¿No es cierto que estuvimos inmóviles cuatro días y tuvimos que sacar los remos? ¿La harina no se enmoheció y hubo que tirarla? ¿El respaldo de la silla alquilada especialmente por la tía Shoemaker no se rompió en pedazos cuando un barril se volcó sobre ella? ¿Mi cabo no se cortó la pierna hasta el hueso mientras hacía algo tan simple como rebanar una cuerda? ¿Eh, niña?

-¡Nada de eso es culpa de Millicent!

-Todos saben que un gato a bordo del barco trae mala suerte. Y un gato negro es peor. Nunca me ha pasado que tal sarta de calamidades aconteciera en una embarcación a mi mando durante un viaje. Tuvo que ser el gato.

-¡Qué total estupidez! -exclamó Caroline con desdén.

-O la dama -dijo Matt por lo bajo. Caroline no estaba segura de si otro además de ella misma pudo oír sus palabras-. Ella ha provocado suficientes estragos aquí.

Había atado una cuerda alrededor del cuello de Raleigh. Caroline volvió sus ojos coléricos hacia él, pero le estaba haciendo señas al mayor de sus dos muchachos. Como su hermano pequeño, este niño tenía un montón de pelo negro muy lacio y ojos azules. Pero era mucho más alto que su hermano menor y delgado como una caña. Hasta donde Caroline pudo juzgar, parecía tener alrededor de diez años de edad.

-Llévalo y átalo detrás de la casa -Matt entregó la cuerda a su hijo.

-¡Pero, pa…!

-Sólo hasta que las cosas se arreglen. No le hará ningún daño. Ahora haz lo que te digo.

-Sí, señor -el muchacho fue hosco pero obediente, y Raleigh con visible actitud reacia fue en parte persuadido, en parte arrastrado.

Caroline dio un suspiro audible de alivio cuando el animal desapareció de su vista.

-¡Usted no puede echarme la culpa por la revuelta de esta mañana! -dijo Caroline a Matt con indignación-. ¡Toda la culpa es de ese monstruo mal enseñado, y usted lo sabe!.

-En realidad debería tratar de vencer su miedo a los perros -observó Daniel, sonriendo, antes de que Matt pudiera responder.

-¡Hasta un tonto tendría miedo de semejante bestia feroz! -prorrumpió Caroline, abriendo grandes los ojos. Daniel fue flanqueado por su hermano casi idéntico a él y también por el hombre con cabello de color castaño. Los tres rostros mostraban sonrisas lunáticas. Ella lanzó miradas de odio a los tres.

-¡Feroz! ¡Raleigh no lo es! ¡Lo que pasa es que ella no es más que una cobarde! -El muchacho más joven frunció el entrecejo.

Caroline tuvo que resistir el impulso de devolverle el gesto. El pequeño no tenía más de cinco años de edad, y ofenderse con un niño que apenas usaba pantalones era una tontería, ¡pero ya estaba harta de todos y cada uno de estos hombres arrogantes!

-Silencio, Davey Mathieson -Matt lo hizo callar con una mirada austera-. Serás cortés con tu tía, o sentirás la palma de mi mano en el lugar donde te sientas.

-¡Ella no es mi tía! ¿No es cierto? -El niño parecía fascinado y al mismo tiempo aterrado.

-Claro que lo es. Esta es tu tía Caroline, que al parecer vivirá con nosotros en el futuro. -Matt observó a Caroline.

Ella estaba casi tan desconcertada por la idea de su parentesco como el muchacho de ojos grandes, pero por supuesto que era verdad. Si estos eran los hijos de Elizabeth, entonces ella era su tía. O media tía, ya que ella y su hermana habían tenido madres diferentes.

-Mucho gusto, Davey -le dijo, tratando de parecer razonablemente agradable, hazaña por la cual se felicitó ella misma, considerando las circunstancias.

-¡No quiero que ninguna tía viva con nosotros! -exclamó Davey, echando una mirada indignada a Caroline –. ¡Estamos bien solos, sólo nosotros los hombres!

-¡Silencio! -El rugido de Matt había dado resultado con Raleigh, y también fue eficaz con Davey. Avergonzado el niño cerró la boca, pero su expresión fue beligerante mientras miraba enfurruñado a Caroline.

-Dice que puede cocinar, limpiar y coser, y eso es algo que nos puede servir por aquí. Además de eso, es de la familia. ¡Se quedará, y eso es todo lo que tengo que decir sobre este asunto! –Como si esperara ser desafiado su mirada barrió el semicírculo formado por los tres hombres y su hijo. Los adultos miraban dudosos y el niño con rebeldía. Caroline frunció el entrecejo a todos ellos. Hacia la derecha, el capitán Rowse emitió un ruido sofocante que se transformó enseguida en una carraspera, pero ninguno de ellos siquiera miró en su dirección.

-Ya conoce a Daniel, y ese a su izquierda es nuestro hermano Thomas -Matt indicó al hombre del cabello de color castaño-. Y Robert a su derecha. Ellos viven aquí, trabajan en la granja conmigo y mis muchachos. John es mi hijo mayor. Este es Davey -sus ojos se deslizaron hacia el capitán Rowse. Tobías, si vienes conmigo a la casa, arreglaré nuestro negocio y al mismo tiempo te ofreceré algo de beber.

-Me parece bastante justo -el capitán Rowse sonrió a Daniel y los otros hombres que se hallaban detrás de Matt.

-Caroline, usted puede venir conmigo, también. Le mostraré dónde se guarda todo y cómo nos gusta que se hagan las cosas. El resto, volved al trabajo. Tú también, Davey. Consigue más raíz y termina de dar de comer a los pollos -su tono se suavizó cuando le habló a su hijo.

-¿Qué hacemos con los baúles? -preguntó Daniel.

-¿Baúles? -Matt miró a Caroline arqueando las cejas.

-Son tres -respondió Daniel-. Y pesados, además. Y un cesto.

Matt gruñó.

-Traedlos -meneó la cabeza- ¡Tres baúles!

Se dirigió hacia la casa por la esquina del granero con el capitán Rowse, mientras que los otros se alejaron para cumplir el mandato. Pero, en lugar de seguirlo, como Matt le había dicho claramente que hiciera, Caroline se volvió para buscar al gato, que se encontraba en lo alto del tejado puntiagudo.

-Vamos, Millicent –le instó.

Millicent la observó, sus ojos dorados sin pestañear.

-¡Millicent, baja de ahí!

Millicent pestañeó una vez, lentamente, luego se puso de pie, su cuerpo negro se estiró con suavidad y la cola se irguió.

-Mujer, ¿dónde está? ¿Viene o no? El grito de fastidio de Matt desde alguna parte fuera de su campo visual hizo que Caroline se sobresaltara.

-¡Es sólo un minuto! -respondió. Dirigiéndose animal, que se paseaba a lo largo de la línea del tejado como si no le importara nada del mundo, Caroline apremió al animalito- ¡Millicent ¡ ¡Ven!

-¡Deje a ese gato! La criatura bajará cuando quiera y no antes -Matt había reaparecido. Cuando vio lo que intentaba hacer se dirigió hacia ella, la tomó del brazo y la impulsó hacia donde él deseaba ir-. He perdido demasiado tiempo por un día, me propongo no perder más despachando los antojos de un maldito gato.

Caroline se liberó.

-¡Pero el perro la atrapará!

Matt se detuvo, plantó los puños sobre las caderas y la miró con furia:

-Está atado, y de todas formas no la lastimaría. Tenemos gatos en abundancia alrededor del granero y todos ellos han sobrevivido con bastante facilidad. Lo que ocurre e s que le gusta perseguir cualquier cosa que corre -tomó su brazo de nuevo. Caroline dio un paso hacia atrás rápidamente para evitar el tacto.

-¡Se perderá! La tengo desde que era un cachorrito, y…-su voz era una súplica inconsciente.

Los labios de Matt se apretaron. Vaciló, mostrándose bastante disgustado. Luego suspiró.

-¿Si bajo esa molestia infernal de gato por usted, se meterá entonces en la casa y hará todo lo posible para alejarse de los problemas el resto del día?

Su oferta, aunque expresada con displicencia, la sorprendió. En agradecimiento Caroline casi le sonrió antes de que se diera cuenta.

-Lo prometo.

-Muy bien entonces -se volvió para gritar por encima de su hombro-. Espérame un minuto, Tobías.

Fue hasta el granero. Emergiendo momentos más tarde con una escalera, la apoyó contra un lado de la construcción y procedió a subir con bastante torpeza a causa de su pierna rígida. Millicent lo observó con atención cautelosa mientras subía al tejado y se dirigía hacia ella. Justo cuando se inclinó para levantarla, la gata sopló, escupió y se lanzó, volando hacia abajo por el declive del tejado y saltando con agilidad a tierra.

-¡Millicent!

El gato se lanzó hacia Caroline, quien se inclinó y recogió la mascota en sus brazos. El capitán Rowse, quien se había acercado hasta ella mientras esperaba a Matt, estaba convulsionado por una risa silenciosa. Caroline lo ignoró mientras sus hombros se agitaban.

Con la reprobación visible en cada línea delgada de su cuerpo, Matt se volvió para inspeccionar a hombre, mujer y gato desde su posición sobre el techo del granero antes de desandar sus pasos. Un poco después, habiendo devuelto la escalera al granero, fue hacia ellos, fijando la vista en Caroline y Millicent con mirada displicente.

-¿No le dije que era una bestia maldita? -espetó Matt. Sin esperar respuesta, la dejó atrás, dirigiéndose a la casa. El capitán Rowse, milagrosamente sobrio ahora que Matt estaba al alcance de su vista y oído, se le unió.

Caroline los siguió con humildad, con Millicent agarrada sobre su pecho. De cualquier modo dio resultado, él había intentado ser amable. Su ánimo se levantó de forma infinita. Quizá, sólo quizá, vivir con los Mathieson no sería tan terrible después de todo.

Capítulo 6

Matt podría haber sido más amable con respecto al gato, pero sus maneras no eran mejores que las de Daniel o el capitán Rowse. Caroline descubrió que él se había abierto paso

por la puerta sin cerrojo sin más que una mirada hacia ella, quien se hallaba a unos pocos pasos de los dos hombres. ¿Había esperado en realidad que se detuviera para permitirle pasar? Dadas las experiencias de la mañana, resolvió que no. Cada colono que había encontrado hasta el momento, desde el clérigo con cara de pepino al muchacho Mathieson más joven, habían sido maleducados a más no poder. Por lo visto, las convenciones externas de comportamiento caballeroso no tenían gran valor en el Nuevo Mundo.

-Pase, Tobías, y sírvase una cerveza. Hará que dé vueltas la cabeza, se lo aseguro. ¿Cuánto le debe la chiquilla?

-Es una buena cantidad.

-Entiendo -Matt sonó como si cobrara ánimo- ¿Cuánto?

La cantidad que el capitán Rowse mencionó hizo gruñir a Matt. Lanzó una mirada tenebrosa a Caroline, quien justo había pasado por el umbral. Entonces, sacudiendo la cabeza, desapareció a través de una puerta en el lado opuesto del cuarto, con el capitán Rowse sobre sus talones.

Sintiéndose amonestada, Caroline permaneció donde estaba, parpadeando mientras observaba a su alrededor en el interior oscuro de la casa. Sus ojos tardaron sólo unos segundos en ajustarse al cambio de luz. Cuando esto sucedió, recorrieron la enorme habitación delantera y se agrandaron con incredulidad.

Había desorden por doquier: monturas y sombreros, botas y útiles de granja, un tronco de árbol a medio tallar que estaba por lo visto en proceso de ser transformado en un taburete, un baúl de marinero abierto con ropa de cama apilada de cualquier manera. Los muebles estaban cubiertos de ropa. Caroline no pudo decir si estaban limpios o sucios. El suelo de tablones anchos lucía una senada de costras de lodo que recorrían la circunferencia de la habitación marcando con notoriedad el camino por donde los habitantes de la casa circulaban habitualmente. Hacia la izquierda de la puerta, una escalinata estrecha y empinada trepaba hacia arriba y al lado de la pared y cada escalón proveía espacio suficiente para una colección de objetos amontonados. El aire de la casa era indiscutiblemente frío y todo estaba cubierto por una capa de polvo. Un olor a moho, combinado con el aroma de cebolla que debía de haber sido parte de la cena de la noche anterior, atacaba las ventanas de su nariz. Arrugándola por el olor, Caroline dio un paso cauteloso. Si alguna vez ella hubiera poseído semejante casa, habría estado inmaculada. No podía imaginar que alguien, ni siquiera esos bárbaros, como eran sin duda los Mathieson, permitiera que una vivienda llegara a este estado.

En la habitación contigua oyó hablar a Matt en voz baja con el capitán Rowse. Segura de que ella era el tema de su conversación, no iba a permitirles que discutieran sin su presencia. Abriéndose paso a través de la miscelánea de objetos que estaban desordenados en el suelo, al fin los alcanzó. Deteniéndose en la puerta, observó la habitación. Como había temido, la cocina era un desastre.

Un fuego absurdamente tenue parpadeaba en la inmensa chimenea que ocupaba la mitad de un lado de la habitación. Estaba hecha de piedra y oscurecida hasta el techo por la carencia de una limpieza regular; a juzgar por el humo que le provocaba picazón en los ojos, sin duda necesitaba ser deshollinada. Una colección de ollas manchadas colgaban solitarias sobre el hogar, el cual estaba colmado de cenizas de fuegos previos. Aquí el olor a humo sofocaba la memoria de las cebollas. La mesa de madera simple que había delante del fuego estaba limpia, pero el suelo no estaba barrido y los platos de madera cruda, aunque raspados (tanto como pudo ver), estaban apilados en el balde cerca de la puerta junto con jarras y cucharas de peltre. Por lo visto, alguien había tenido la intención de llevarlos afuera para lavarlos pero se había olvidado o había encontrado alguna otra tarea que merecía más su atención.

Matt estaba de pie con ambos brazos cruzados sobre el respaldo de una silla, inclinado hacia delante mientras hablaba con el capitán Rowse. Este parecía satisfecho, y estaba a punto

de levantarse del banco que se hallaba al lado de la mesa cuando Caroline apareció. Ambos la observaron y detuvieron de inmediato la conversación. Después de una vacilación apenas perceptible, el capitán Rowse tomó un trago de su jarra. Debía de contener una clase muy sabrosa de cerveza si los relamidos apreciativos eran alguna indicación de ello.

-Me alegro de que esta cuestión se haya arreglado de manera tan beneficiosa. -El capitán Rowse colocó la jarra sobre la mesa y asintió a Caroline de un modo que era ahora muy amistoso- Matt se ha encargado del pago de su pasaje, señorita Wetherby. Espero que no haya resentimiento entre nosotros.

-Por supuesto que no -dijo Caroline con frialdad. Sus manos sostenían con fuerza a Millicent mientras reprimía el impulso de hacerle saber con exactitud lo que pensaba de su trato hacia ella a bordo del Dove. Por lo menos, el capitán Rowse había dejado claro que la despreciaba. Su actitud había provocado que los marineros y los otros pasajeros la trataran casi como a una paria. ¿Realmente la habría llevado ante el magistrado para venderla como esclava si no hubiera recibido el dinero que le debían? Observándolo, fanfarrón, rollizo y jocoso como ahora se mostraba, supo que si Matt la hubiera repudiado él también lo habría hecho. Caroline sintió un repentino “flujo” de gratitud hacia su enfurruñado hermano político. Enseguida reprimió la emoción. Esos sentimientos hacen a uno demasiado vulnerable y eso era algo que se proponía no ser nunca más.

-¡Bien, bien! -El tono del capitán Rowse era tan solo un poco más cordial. Caroline lo contempló con seriedad. Tras una primera reacción de gratitud, surgió una sensación casi abrumadora de alivio. Estaba libre de él y de su barco, libre de la incertidumbre de no saber qué les esperaba al finalizar el viaje. La ansiedad que había sido su compañera asidua durante las seis semanas de viaje pertenecía al pasado.

-Oh, a propósito, esto es suyo entonces, si lo quiere.

Buscando en la bolsa que colgaba de un lazo, el capitán Rowse extrajo el broche del pavo real. Con los labios apretados y la cabeza en alto, Caroline extendió la mano hacia él. Con una rápida mirada a Matt, quien asistió con frialdad, el capitán lo dejó caer sobre la palme de su mano. Sus dedos se apretaron sobre la joya falsa o no, era el único lazo que tenía con su padre. La angustia golpeó su corazón cuando el rostro bienamado de su padre surgió en su imaginación, pero ahuyentó el dolor que le provocaba su recuerdo. Hasta la pena por su padre quería dejar atrás. En esa tierra nueva, comenzaría a vivir otra vez. Simplemente no iba a permitirse recordar Inglaterra y todo lo que había ocurrido allí. Pero durante esos pocos segundos, sus dedos se apretaron con fuerza alrededor del broche. Millicent se retorció y Caroline la bajó al suelo. Entonces se metió el broche en el cinto. Cuando tuviera la oportunidad guardaría la joya en los baúles, para no mirarla más.

-No me gustan los animales en la casa -dijo Matt. Se irguió y observó a Millicent, quien olfateaba con prudencia y desconfianza un cubo de leche derramada.

Caroline rió con un sonido débil mientras aún luchaba por reprimir la pena que no se permitía sentir.

-¿Qué daño cree que mi pobre gata puede hacer? ¡Por favor! Es bastante más limpia por naturaleza que otros que viven aquí.

El entrecejo de Matt se arrugó, mientras la mirada de Caroline recorría el cuarto con evidente desdén.

El capitán Rowse aclaró su garganta, mirando a uno y a otro con inquietud.

-Bien, ahora que todo se ha arreglado felizmente, será mejor que regrese a mi barco -dijo.

Matt asistió. Lanzando a Caroline una mirada dominante, escoltó al capitán fuera del cuarto. Hubo un murmullo de voces y Caroline oyó que la puerta se abría y se volvía a cerrar. Recorrió la cocina, cada vez mas aterrada al encontrar telas de araña, bolas de polvo y pruebas evidentes de ratones, que Millicent olfateó con interés. Para una mujer a quien le gustaba

cocinar, como a ella, una cocina tan descuidada era una abominación. ¿Qué clase de gente era esta, que poseía tanto y en apariencia valoraba tan poco?

Cuando Matt regresó, Caroline estaba de pie cerca de la chimenea, escudriñando con incredulidad el interior de una vasija llena hasta la mitad con algo de comida que había sido carbonizada de manera impensable. No pareciendo notar su expresión de repugnancia, Matt se dirigió hacia un recipiente de madera cubierto que se encontraba en un rincón. Millicent, que estaba sentada encima, contorsionando la cola, llevó las orejas hacia atrás. Con un gruñido impaciente la echó de allí.

-Esto es la harina de maíz -dijo Matt, levantando la tapa un poco para que echara un vistazo al contenido antes de colocarla de nuevo-. Hay carne y grasa en el ahumadero detrás de la casa, mantequilla y queso en el manantial. Está afuera detrás del ahumadero. No tendrá problemas en hallarlo. La harina está aquí -levantó la tapa de otro recipiente-, y tenemos manzanas y patatas en la despensa. Si necesita cualquier otra cosa, no tiene más que preguntar. Seguro que está por aquí, en alguna parte.

Hizo una pausa y con el pie empujó fuera del camino una pieza de arnés, como siempre sin parecer considerar en primer lugar que no tenía por qué estar apilada en un montón sobre el suelo de la cocina.

-Trabajaremos al mediodía, ya que hemos perdido tanto tiempo, pero para el anochecer vamos a estar listos para comer. Somos seis, y excepto por Davey todos tenemos un gran apetito. Espero que haya dicho la verdad cuando aseguró que sabía cocinar.

Entonces, antes de que Caroline pudiera decir sí, no o quizá, se volvió con rapidez para dirigirse hacia la puerta, por lo visto con el simple propósito de dejarla con todo eso.

Capítulo 7

-¡Espere un minuto, si es tan amable! -La voz de Caroline temblaba de ira- ¡Seguramente que no espera que prepare una comida en esta... esta pocilga!

Su espalda se irguió ante sus palabras y se volvió para ob¬servarla con mesura.

-Si el hospedaje no es del agrado de su señoría -dijo con irritación en la voz-, tiene mi permiso para limpiarlo.

Caroline rió.

-¡Se necesitarían seis mujeres trabajando to¬do el día durante una quincena para limpiar este desastre! ¡No co¬cinaré en ollas mugrientas, ni serviré la comida en una cocina tan sucia donde ni siquiera puedo ver por las ventanas! ¡Sólo conver¬tir esta habitación en lo mínimo de decencia me tomará el resto del día! ¡Y también debo preparar una cena comestible para esta noche, necesitaré ayuda!

-¿Holgazana, no es cierto? Debería haberlo supuesto.

-¡No soy holgazana! -Caroline dijo entre dientes.

Matt alzó una ceja, pero antes de que pudiera respon¬der se oyó que una de las puertas que daba al exterior se abría y el golpe sordo de algo pesado que golpeaba el sue¬lo. Matt se volvió y se dirigió hacia el cuarto del frente, don¬de Daniel estaba entrando el último de los baúles de Caro¬line.

-Me habías dicho antes de irte esta mañana que casi habías terminado de construir el establo de la vaca -dijo Matt en tono se¬vero.

-Sí, -Daniel se irguió, observando a su hermano. - ¿Y qué?

-Bien. Como no hay nada más urgente que requiera tu aten¬ción, puedes pasar el resto del día ayudando a la duquesa aquí en la casa. Dice que necesita ayuda para la limpieza, porque el lugar es tal pocilga...

Daniel parecía horrorizado.

-¿Limpiar la casa? ¡Pero, Matt...!

-Encárgate.

Matt dio por finalizada la conversación, pasó al lado de su hermano y salió por la puerta. -Daniel se dio la vuelta para mirar¬lo fijamente, después miró a Caroline con una expresión de tal de¬sesperación que, si se hubiera encontrado con mejor estado de ánimo, le habría costado trabajo no reír.

-No sé nada del trabajo de las mujeres. -Había un tono apagado en la voz de Daniel.

-Es obvio que ninguno de ustedes sabe nada del trabajo de las mujeres -corroboró Caroline.

-Es época de siembra. -Dijo Daniel a modo de disculpa-. Por lo general el lugar no está tan mal.

-¿Ah? -Caroline arqueó las cejas-. Me sorprendería que el suelo hubiera visto una escoba en algún momento durante los últi¬mos seis meses. Pero no hay razón por la cual lamentarse por lo que ya está hecho. Si llevas mis baúles al lugar donde dormiré, nos pondremos en marcha. La cocina primero, ya que creo que es lo más urgente... y lo más sucio.

-Bien, pues, hay otro problema -dijo Daniel-. No tengo idea de donde vas a dormir. Hay cuatro habitaciones arriba, pero Davey y John comparten una, Thomas y Robert otra. Yo tengo la tercera y Matt la cuarta.

-Entonces tú y Matt tendrán que compartir, ¿no es cierto? -Caroline sonrió con forzada dulzura. ¡Porque no tengo in¬tención de dormir en el rellano de la escalera!

-Pero hay sólo una cama en cada habitación. -Caroline ya se había dado cuenta de que Daniel era un hombre que no podía improvisar con facilidad-. Dudo que Matt esté dispuesto a com¬partir la cama conmigo. Hemos compartido una antes y dijo que antes preferiría dormir con un oso gris. Y yo también.

-¡Basta con Matt! -Caroline prorrumpió y suspiró, sa¬biéndose derrotada-, Muy bien, solo lleva mis baúles arriba para que estén fuera del camino. Lo arreglaremos cuando Matt regrese.

Daniel no pareció darse cuenta, o no se molestó, cuando Caroline le hizo burla debido al modo en que él habló de Matt como si se tratara de un ser supremo. Sea como fuere, pareció aliviado cuando alzó el primero de los baúles y subió por las escaleras con él.

Para cuando hubo terminado, Caroline ya estaba ocupada, Había descubierto un pequeño cuarto de provisiones fuera de la cocina que contenía una gran variedad de avíos como también un lavabo. El espejo sobre el lavado era diminuto, dejándole ver sola¬mente una parte de su rostro, pero era suficiente para permitirle enmendar lo peor del estrago provocado por los encuentros con el ganado de la granja. Se lavó la cara y las manos, sujetó su cabello y -con un suspiro mental de pesar por la pérdida de su mejor ves¬tido- se dispuso a quitar la suciedad de la cocina. Al menos no tendría que preocuparse por si lo estropeaba.

Apresó un borde del vestido en su cinturón para ocultarla rasgadura. El vestido era apropiado para el trabajo que pretendía hacer, pero el desgarro lo había echado a perder. Sin lugar a du¬das encontraría pronto su camino hacia la bolsa para los trapos.

-¿Qué quieres que haga ahora? -preguntó Daniel me¬lancólico desde el umbral de la puerta.

Caroline le asignó que avi¬vara el fuego, después hizo que llevara los utensilios de cocina al arroyo, donde debían ser raspados hasta ver el fondo y después restregarlos con arena. Trabajando junto a él, con los brazos su¬mergidos en el agua helada, Caroline luchó para destituir la sen¬sación de irrealidad que la acechaba siempre que su mente se des¬viaba de la tarea inmediata. ¿Era ella realmente, Caroline Wetherby, el dulce de cientos de infiernos de juego llenos de hu¬mo, que trabajaba con dedos entumecidos por el frío en tal queha¬cer doméstico? ¡Cómo reirían todos los hombres que se la habían querido llevar en vano a la cama, si no a casarse, si pudieran verla caer tan bajo! No obstante, era extraño, estaba satisfecha de que fuera así. El trabajo honesto parecía de repente preferible al en¬gaño que, si fuera honesta, admitiría que había sido un recurso usual por largo tiempo. Durante años había

sido un poco más que el señuelo de su padre, la atracción rutilante que había utilizado para engañar a los tontos y despojarlos. Las víctimas de Marcellus Wetherby habían mirado a su bella hija con codicia mientras él es¬condía en la palma de la mano una carta o producía un as sin con¬trol, sin darse cuenta nunca, sólo hasta que sus bolsillos estaban aliviados considerablemente, que no iban a ser consolados por sus pérdidas en el modo en que habían imaginado.

Aunque hasta la última enfermedad de su padre había estado expuesta casi todas las noches a ojos lujuriosos y sugerencias indecentes, físicamente él la había mantenido a salvo. Había sido un bribón pero no tan bribón como para permitir el deshonor forzado sobre su propia carne. Pero cuando creció y se percató aun más de lo que aquellos hombres que la miraban con deseo pensaban con exactitud de ella, se había sentido manchada. En esta nueva tierra, no necesitaba so¬portar tal cosa nunca más y ese conocimiento la animaba. Se esfor¬zaría en la más agobiadora de las tareas, siempre y cuando pudie¬ra mantener la cabeza en alto al hacerlo.

-¿Es suficiente? -preguntó Daniel, exhibiendo una vasija bien restregada. De pronto regresó a la realidad y asintió en apro¬bación, alegre de poder concentrarse una vez más en su trabajo.

A pesar de su mala predisposición inicial, Daniel demostró ser un trabajador capaz. Cuando este quehacer estuvo concluido, Caroline pidió que llevara los implementos de la granja esparcidos por toda la casa de vuelta al granero donde pertenecían, mientras ordenaba la ropa en montones de acuerdo con la necesidad de la¬varlas, remendarlas o plancharlas. Casi todas las prendas re¬querían de algo de atención y cuando examinó el tamaño de los montones quiso gemir. Mantener a seis hombres con ropa decen¬te iba a ser con seguridad una tarea de nunca acabar. Pero era al¬go que podía hacer y bien.

Así como cocinar y mantener una casa, la costura fue una habilidad que había aprendido durante aquellos días de su niñez. Había ocupado una casita de campo en la pequeña aldea del Obis¬pado de Lynn con su madre, quien se había cansado de los viajes constantes de Marcellus una vez que la primera ilusión de la dicha del matrimonio se había transformado en la realidad de criar a un niño. Allí había vivido feliz hasta que su madre murió debajo de las ruedas de un carro fugitivo y su padre, quien sólo la había visi¬tado raras veces, vino a llevársela lejos con él. Tenía casi doce años en ese momento y Marcellus, con su rostro hermoso, ropas finas y modos elegantes, parecía un ser magnífico. Había ido de buena gana a aventurarse con él y permitido que la transformara en la clase de mujer que quería que fuera. Pero en los últimos años había comenzado a hallar su existencia migratoria tanto agotado¬ra como vulgar y ansiaba establecerse en algún lugar. Como creció amando a su padre profundamente, nunca expresó lo qué sentía por temor a herirlo. Ahora, la idea de tener un hogar de nuevo, con comidas que preparar y una casa para limpiar y gente para cuidar, era tan atrayente que estaba casi temerosa de permitirse creer que se hallaba a su alcance. A lo largo de varios años de vi¬da dura había aprendido el valor de la tierra, el hogar y la vida doméstica y de repente se encontró deseando todo esto como el hombre hambriento clama por el alimento. Aunque estaba cansí da y exhausta debido a todo lo que la había traído a este lugar, emprendió el trabajo con una energía que hizo exclamar a Daniel.

Algunas horas más tarde, barridas, restregadas y desempolvadas, las dos habitaciones del frente eran casi presentables Había aún mucho para pulir y encerar y Caroline había decidido que las ventanas, así como el lavado tendrían que esperar para otro día, pero el cambio era notable. Hasta Daniel, quien estuvo pelando las verduras con lentitud sobre el aparador en la cocina, estaba impresionado por el cambio que habían logrado.

-Supongo que hemos dejado pasar las cosas -dijo con pe¬sar-. Ninguno de nosotros es una pizca de práctico para las tareas domésticas, así que sólo hemos hecho el mínimo para poder arre¬glarnos. En la época de siembra, apenas se hace algo más que preparar una comida

ocasional. Pero debo admitirlo, es agradable poder caminar por la habitación sin tropezar siempre con algo.

Caroline estaba de pie delante de una olla de agua humean¬te y arrojaba en su interior trozos de carne cortados en cubos. El plato para la comida de esa noche sería guiso de conejo con hojue¬las; había preparado masa para pan y la había puesto a elevar, pe¬ro no estaría lista para hornear hasta la mañana siguiente. Era una comida simple, pero sabrosa que satisfaría el estómago, ya que no había tenido tiempo de preparar otra cosa más elaborada. Por for¬tuna, preparar alimentos sabrosos con lo que uno encontraba o pedía era un arte que ya había aprendido bien.

-Es entendible que el manejo de la casa sufriera desde la muerte de Elizabeth, -respondió Caroline. Ella y Daniel, después de un comienzo un tanto inestable, estaban ahora en términos bas¬tante buenos. Era un hombre amable, si no lo forzaban a tomar de¬cisiones que podrían situarlo en conflicto con su hermano mayor y muy agradable por cierto. Hasta parecía dispuesto a tolerar a Millicent, quien ronroneaba con satisfacción desde la parte superior del banco, lo cual la situó cerca del codo izquierdo de Daniel. De vez en cuando él le rascaba distraídamente la cabeza.

-Elizabeth no era hogareña. Ella... -Daniel lanzó a Caroli¬ne una mirada fugaz y se calló la boca.

-¿Ella qué? -Caroline preguntó con curiosidad, alejándose de la olla humeante para mirarlo.

-Nada. Sólo que no le gustaba mucho limpiar la casa, es to¬do. -Daniel masculló, cortando una zanahoria como si su vida de¬pendiera de ello.

Caroline lo miró pensativa.

Daniel -comenzó-, si voy a ser un miembro de esta familia, me ayudaría mucho conocer tanto como pueda acerca de ella. ¿Hubo alguna razón por la cual Elizabeth no limpiaba la casa? Dímelo por favor.

Daniel frunció el entrecejo a la zanahoria que estaba redu¬ciendo a pedacitos. Caroline estaba demasiado ansiosa de oír lo que él podría decirle como para rescatar al vegetal mientras aún estaba en estado digno para la olla.

-Estuvo enferma, realmente enferma desde que Davey na¬ció -dijo Daniel a la zanahoria-. Raras veces dejaba la cama. Matt tuvo que dormir conmigo para no molestarla. Decía que nunca podía dormir si él estaba.

-De modo que estuvo enferma por largo tiempo, pero tu her¬mano dijo que murió ahogada. Si pocas veces abandonaba la ca¬ma, ¿cómo sucedió eso?

-La abandonó ese día. Salió y fue al arroyo. Y se ahogó. -Las palabras de Daniel eran tensas-. No puedo decirte más. Yo no estaba. Para cuando llegué a casa, ya estaba sepultada.

Algo en su voz hizo fruncir el entrecejo a Caroline.

-¿No te agradaba, Daniel?

La miró entonces, sus ojos eran opacos.

-Era la esposa de Matt. No corresponde decir si me agra¬daba o no.

Su tono le indicó que no podría conseguir más de él en lo que respectaba al tema de Elizabeth. Arrojando lo último de car¬ne que quedaba en el agua hirviendo, se dirigió a recuperar las verduras. La vista de los fragmentos picados con tanta torpeza hi¬zo que esbozara una mueca mientras las agregaba a la olla.

-¿Quién diablos ha estado haciendo la comida para todos ustedes? No tú, es obvio.

Visiblemente aliviado por haberse librado del tema de Eli¬zabeth, Daniel giró sobre su taburete y se encogió de hombros.

-Rob es bastante buen cocinero, cuando lo desea. Y a veces Mary -es la esposa de James, nuestro hermano que vive en la ciu¬dad- nos invita a todos a comer a su casa. La viuda Forrester quie¬re conquistar a Matt y está siempre enviando pan y pasteles y esas cosas.

Patience Smith le echó el ojo a Rob y hace una olla de sopa sabrosa. Thom tiene un grupo entero de muchachas detrás de él y rivalizan para atraerlo -y por necesidad, el resto de nosotros- con sus talentos culinarios. Para el resto, obtenemos lo suficiente para nosotros mismos. Ninguno ha muerto de hambre todavía.

Caroline estaba mezclando la leche de manteca y la harina para las hojuelas.

-Me sorprende que ninguna de las damas que mencionaste pensó en ofrecerse como voluntaria para encargarse del manejo de la casa. No es un camino tan seguro de llegar al corazón de un hombre como a través de su estómago, pero es un modo.

-A Matt no le gusta que las mujeres estén siempre dando vueltas por aquí. Él fue quien les dijo que no vinieran.

Caroline estaba bastante sorprendida.

-Bastante caballero tu hermano -musitó, dejando el batido a un lado para que espesara. Entonces, alejándose del hogar, se movió hacia Daniel- Falta una hora o más aún para la cena. Comencemos con el piso de arriba.

Daniel gruñó, pero la siguió cuando abandonó la habitación.

Capítulo 8

-¡No pienso comer lo que ella cocina!

Carolina pudo oír la voz aguda de Davey desde la despensa, adonde había ido a buscar un pote de fruta en conserva. Por lo que Daniel le había dicho, supuso que era la ofrenda de una de las admiradoras de sus hermanos, y cuando lo probó con un dedo cauto enseguida se dio cuenta de que había sido hecho con alguna clase de baya que no podía identificar. Sea lo que fuere, era tan agria como dulce y serviría para comer con las hojuelas. En el verano, cuando los frutos y bayas estuvieran de nuevo maduros, haría sus propios dulces. Carolina frunció el entrecejo al darse cuenta de cuánto placer le provocaba esa idea; tal vez, se recordó a sí misma con furia, ya se habría ido para entonces. No serviría de nada imaginar que había encontrado un hogar permanente. A Davey no le había agradado y ninguno de los otros Mathieson parecía sentirse mucho más feliz por su presencia. Además, ella misma podía escoger irse a otra parte. No tenía la intención de perder más tiempo del que ya había perdido para atender a estos hombres imposibles. Podía irse cuando se le antojara… o ellos podían echarla fuera.

-¡Cállate, Davey! ¡Te va a oír! -dijo John. Como la de Davey, su voz era aún aguda como la de un jovencito.

Colocando una mano en la cintura sobre su espalda, Carolina estiró los músculos doloridos de ese lugar. Dios ¡estaba cansada! Demasiado cansada para resentirse con un niño mal educado, o con cualquier otro. Demasiado cansada casi hasta para pensar. La transpiración le había ondulado los rizos de pelo en las sienes y la nuca tenía círculos de sudor que manchaban su vestido verde debajo de las axilas. Le dolía la cabeza, las piernas también y ansiaba una cama.

Entonces recordó que no tenía dónde dormir. Y se recordó a sí misma, otra vez, que este no era su hogar. Estaba aquí solo por tolerancia.

-Comerás lo que te pongan delante y mantendrás la boca cerrada mientras tanto -la reprimenda de Matt vino cuando Caroline entró en la cocina. Él y Davey se miraron con idéntico disgusto. Detrás de ellos estaban John, con las manos metidas en el cinturón de forma desgarbada, y Thomas. Todos parecían tan cautelosos como Carolina. Por el sonido evidente, Robert estaba hablando con Daniel en la habitación del frente. Probablemente no querían tener nada que ver con ella tampoco.

-Pueden lavarse y sentarse a la mesa -dijo Carolina con frialdad-. La comida está lista.

-¡Lavarse! -Las palabras horrorizadas provenían de Davey, pero, por la expresión que pudo ver en los rostros de los hombres, todos pensaban lo mismo.

-Se detuvo par deslizar otra hojuela encima del montón que yacía sobre un plato de peltre y miró indignada de un rostro aterrado al otro.

-Si quieren comer en esta cocina, todos y cada uno de ustedes se levarán las manos y l cara antes de sentarse. No serviré a puercos.

Deslizando la mano por su frente húmeda, se volvió par poner más batido sobre la sartén caliente y humeante. Detrás de ella dedujo que el tema de la limpieza estaba siendo estudiado. Pero había hablado en serio: ¡si intentaban comer sin lavarse, arrojaría la comida al fuego! ¡Y, si su comportamiento no les convenía, no tenían más que echarla fuera! No permitiría que la idea de que no tenía adónde ir la sometiera a la servidumbre humillante. Había superado obstáculos imposibles antes, ¡y si era necesario lo haría de nuevo!

-Davey, John, vuestra tía tiene razón. Id al pozo, los dos. Todos, Thomas, ve a buscar a Robert y a Daniel -Matt era la voz de la autoridad, pero aun así los muchachos protestaron.

-¡Pero, pa…!

-Harás lo que te he dicho -respondió, encaminando a sus hijos hacia la puerta. La espalda de Carolina se relajó un poco por el alivio. Había ganado esta partida, sin ninguna de las consecuencias espantosas para las cuales había estado preparada. Hubiera sido muy sencillo no decir nada y permitirles que hicieran lo que deseaba. Sólo por esta noche, cuando estaba tan cansada, no les hubiera sucedido nada si se sentaban a la mesa todos sucios a comer lo que había preparado. Pero pensó que era mejor comenzar si tenía la intención de continuar, y no era todavía tan débil de carácter como para permitir que la trataran con desacato.

Un momento más tarde, Thomas, Robert y Daniel pasaron por la cocina y salieron por la puerta, enviando a Carolina miradas indirectas. Ella siguió cocinando, ignorándolos. Cuando regresaron, guardaban silencio mientras ocupaban sus lugares alrededor de la mesa. Manos y rostros estaban visiblemente limpios. Carolina se volvió hacia la mesa llevando los platos con las pilas de hojuelas planas y aromáticas. Si se sintió de alguna manera victoriosa, se cuidó de no demostrarlo.

-En esta casa bendecimos la comida -Matt se sentó en el extremo de la mesa y sus palabras fueron un claro desafío.

-Muy bien -respondió Carolina, colocando los platos sobre la mesa, y enlazando las manos enfrente de ella-. Por favor, proceda.

Los hombres intercambiaron miradas furtivas el uno con el otro; entonces todos se levantaron e inclinaron sus cabezas. Matt hizo una invocación breve, y después todos se sentaron otra vez, manteniendo el mismo silencio incómodo de antes.

Los labios de Carolina se apretaron mientras servía el guiso en los platos de madera y los llevaba, de dos en dos, a la mesa, en medio de un silencio absoluto. Cuando la comida estuvo servida ante cada uno de ellos, junto con las jarras de agua, se sirvió y llevó su propio plato y jarra a la mesa para unirse a ellos. Los hombres y los muchachos comían con apetito, pero nadie habló o levantó la vista cuando ella se acercó. Todos los ojos se centraban en los platos mientras tragaban la comida.

Había bancos a ambos lado de la mesa, con una silla grande de madera en cada extremo. Matt y Daniel ocupaban las sillas, mientras que Davey y Thomas llenaban un banco y John y Robert el otro. No había sitio para que Carolina se sentara.

Permaneció allí, sosteniendo el plato y la jarra, esperando que alguien notara su situación. Pero nadie lo hizo.

-Si no les molesta, caballeros, me gustaría sentarme -entonces levantaron la vista. Matt frunció el entrecejo, mirando alrededor de la mesa.

-Muévete, Davey -ordenó.

-¡No quiero que se siente a mi lado! -era un lamento.

-¡Haz lo que te digo, y deprisa!

-No es justo -refunfuñó Davey, con expresión hosca.

Pero cuando se encontró con la mirada de su padre se acercó con obediencia a Thomas, su plato y jarra haciendo un ruido áspero al arrastrarlos por la mesa.

-Bueno, siéntese -Matt volvió su atención a la cena. Apretando los labios, Carolina se sentó, tratando de no notar que Davey se amontonaba tan cerca de Thomas como podía, sin duda para que ninguna de sus partes experimentara su roce contaminante.

-¿Hay mas? -Thomas remojó la hojuela en lo último que quedaba de salsa en su plato, se la metió en la boca y miró a su alrededor como si esperara que la comida apareciera por arte de magia frente a él.

-En el caldero -dijo Carolina, con la cuchara suspendida a mitad de camino de su boca. Todavía no había tenido oportunidad de probar un bocado.

-Esta bueno -Daniel dejó de comer el tiempo suficiente para hacerle un cumplido mientras Thomas le pasaba su plato. Al igual que sus hermanos y sobrinos, era de ojos azules y atractivo. Su cabello y piel claros servían para disfrazar la semejanza con los otros, pero eso se hacía evidente cuando hablaba o se movía. Carolina dedujo que era el más joven de los cuatro, aún delgado a la manera de un joven que no ha desarrollado demasiado su altura. Robert también era más hueso que músculo, mientras que Daniel era más fornido. Matt, que era el más alto, era también el más musculoso. Su figura parecía fuerte y poderosa. Hubo un tiempo en el que semejante físico habría acelerado el pulso de Carolina, pero ya no. La muchacha que una vez hubiera respondido instintivamente al absoluto encanto masculino de Matt estaba ahora enterrado muy profundo debajo de la coraza de hielo que había construido para mantener alejado al dolor.

-Quiero un poco, entonces… por favor. -La cortesía renuente de Thomas le ganó la respuesta que buscaba. Devolviendo la cuchara a su plato, con su contenido humeante sin probar, Carolina tomó el plato y se puso de pie para llenarlo. Cuando se lo dio, él lo acepto con una inclinación de cabeza y siguió comiendo. Sentándose de nuevo, Carolina comenzó a comer. Esta vez realmente fue capaz de tragar un bocado antes de que Matt pidiera una segunda ración. Después de eso, Carolina logró algunos bocados entre los viajes desde la mesa hacia la olla y viceversa, pero no mucho. Con una sensación de alivio se dio cuenta de que por fin la ella estaba vacía. ¡Por fin podría acabar con su propia comida!

-Quiero más. -Este era Davey. Al comer más lento que el resto, apenas estaba terminando su primera ración.

-Lo siento, pero se ha acabado. -Carolina tomó otro bocado cuando habló. Estaba aún en su porción original y solo a mitad de camino de terminarla. ¡Estos hombres Mathieson debían de tener las piernas huecas para tragar semejante cantidad de comida con tanta rapidez!

-¡No hay más! -El rostro de Davey se frunció como si fuera a llorar. Desde la mesa, los otros cinco hombres la observaron con idéntica expresión de descreimiento.

-¿No hay más? -dijo Carolina con firmeza, como si estuviera tratando con un sexteto de idiotas. ¿No entendían inglés común y corriente?

-Pero le dijo que éramos seis y que teníamos buen apetito.

-¡Excepto por Davey, han tenido tres raciones cada uno! -poniendo la cuchara en el plato otra vez miró a Matt con indignación.

-Sí y hemos trabajado todo el día, también. Trabajo duro, al aire libre, sin almuerzo. Somos hombres y tenemos hambre. En el futuro, por favor, recuerde eso.

Como todos los reproches, ese era bastante leve, pero aun así hizo que Caroline enrojeciera.

-¡En el futuro prepararé lo suficiente para un corral lleno de cerdos, ya que eso es lo que parece que estoy alimentando! -Intentó ponerse de pie, sólo para ser bloqueada por el peso sólido del banco que rehusaba moverse. Fuera de sí, se deslizó por el borde del mismo y se puso de pie, apretando los puños y lanzando miradas feroces a todo el grupo.

-No hay necesidad de enfadarse. Todos estamos dispuestos a ser tolerantes, considerando que este es su primer día con nosotros. Nos llenaremos con las hojuelas. ¿Hay más hojuelas? -El tono de Matt era el de un hombre razonable tratando con un irracional.

-No. No hay. ¡Hice dos decenas de hojuelas y han devorado cada una de ellas! -Si había un tono histérico en su voz, no era nada comparado con la manera en que se estaba sintiendo. Quería gritar, quería maldecir y golpear los pies en el suelo. ¡Quería moler a estos desagradecidos hasta hacerlos polvo! Haber trabajado tan duro para conseguir una recompensa como esta era irritante.

-¡No hay más hojuelas! -Este era Davey de nuevo, y esta vez rompió en un llanto sonoro. Observándolo, Carolina sintió ganas de llorar. Estaba cansada y también hambrienta, a causa de que ni siquiera había tenido la oportunidad de terminar su propia cena, no tenía dónde dormir y aún debía limpiar la mesa y lavar los platos y …

Era demasiado. Apretó los labios, giró sobre sus talones y salió con dignidad de la cocina, atravesó el cuarto de las provisiones y abandonó la casa por la puerta trasera.

Era el crepúsculo, casi la oscuridad total. Las estrellas comenzaban a aparecer en lo alto. Un cuarto de luna flotaba en un extremo del cielo, su luz oculta por nubes. Los sonidos de insectos que chirriaban y ranas que croaban llenaban el aire. De alguna parte, a lo lejos, provenía un aullido triste. Y fue ese aullido lo que la conmovió. Nada aullaba de ese modo en Inglaterra. Tiritando cuando el aire frío de la noche se coló por su vestido liviano, Carolina caminó hasta la cerca que bordeaba el corral. Colocando la mano sobre el portón, apoyó la frente encima de esta. Y entonces se puso a llorar.

Capítulo 9

A pesar de la levedad de su caminar, Caroline era consciente de la proximidad de Matt aun estando de espaldas. Había algo, un sexto sentido, que le decía que estaba allí.

Irguiéndose, enjugó con furia las lágrimas de sus mejillas, agradecida por la oscuridad, que esperaba que escondiera su debilidad. Lo último que deseaba en el mundo era compasión, de él o de cualquier otro.

-Gracias a Dios ha dejado de lloriquear. No soporto a las mujeres que lloran.

Ante esa insensible declaración su columna vertebral se enderezó con la rigidez de un fusil. Apretando los puños a ambos costados, se volvió para mirarlo de frente.

-¡No estoy llorando!¡Nunca lloro!

La noche lo envolvió al igual que a ella, haciendo difícil leer su expresión. Era consciente de la altura y el ancho de su cuerpo mientras estaba de pie a media docena de pasos, de la blancura de su camisa, de su salvaje olor masculino, pero los detalles de su apariencia estaban ocultos. De la misma manera que esperaba que los suyos lo estuvieran para él.

-Todas las mujeres lloran como regaderas, esperando conmiseración. No lo voy a tolerar en mi casa.

Caroline dio un profundo suspiro.

-Usted -dijo con calma forzada- es obvio que ha tenido una experiencia muy limitada con mujeres.

-Estuve casado durante trece años.

-¿Estas diciendo que Elizabeth era una regadera? No me asombraría, habiéndose encontrado con usted, sus hijos y sus hermanos.

-No sabe nada de mí ni de mi familia.

-Créame, sé tanto acerca de usted y de su familia hasta donde me interesa saber. Me iré por la mañana. Debe de haber algo, algún trabajo que pueda hacer, en la ciudad.

-Usted no se irá -la seguridad de esa declaración desconcertó a Caroline.

-¡Por supuesto que lo haré!¡No puede detenerme!¡Usted es sucio, rudo e ingrato, y eso es ser benévola! ¡Prefiero trabajar como una... como una... como cualquier cosa que encuentre antes de hacer de esclava para todos ustedes!

-Esas palabras son fuertes, pero me temo que no puede usted escoger.

-¡Por supuesto que puedo!¿Que quiere decir con que no puedo escoger?

-Se olvidaba que pagué su pasaje. Está legalmente endeudada conmigo. Puede trabajar cuanto quiera de manera informal, como un miembro de la familia, o podemos ir ante el magistrado y hacerlo oficial. No tengo inconveniente en tomarla como esclava.

-¡Una esclava!

-Estoy seguro de que Tobías estará dispuesto a testificar en lo que concierne a su deuda.

-¡No haría algo semejante!

-Lo haría... si usted me obliga a hacerlo -permaneció en silencio mientras la incredulidad y la atrocidad se combinaron para aturdirla por completo. Cuando habló de nuevo, parte de la severidad había abandonado su voz-. Pero preferiría que no fuera necesario. Sería mejor para todos los interesados si pudiéramos intentar llegar a algún tipo de arreglo de conveniencia mutua. Admito que al principio, cuando me presentaron ante usted y sus... ah... dificultades, no estaba muy complacido. Pero ahora veo que la situación puede muy bien ofrecer beneficios reales para todos nosotros. Usted necesita un hogar. Nosotros necesitamos un toque femenino aquí. En particular, mis muchachos necesitan que los cuiden. Usted es su tía. ¿Quién mejor para asumir la tarea?

-¿Si quiere una madre para sus hijos, por qué simplemente no vuelve a casarse? -el resentimiento aguzó su tomo de voz.

-No tengo deseos de casarme otra vez. Nunca más -había una finalidad impasible en su tono que le indicó que hablaba en serio.

-Soy una ladrona y una mentirosa de ideas monárquicas, ¿recuerda? ¿Está seguro de que no quiere que mis aficiones corrompan a sus niños inocentes?

-No tengo miedo de que les enseñe a robar o a mentir -dijo. Entonces, justo cuando Caroline se estaba recuperando de su sorpresa por el aparente cumplido, añadió-: La moral de los niños está arraigada con demasiada firmeza para que eso suceda. Además, sienten un temor considerable a mi ira. Y, con respecto a sus tendencias monárquicas, es evidente que las aprendió sobre las rodillas de su padre, y por lo tanto no son del todo su culpa. Simplemente tendremos que volver a enseñarle.

-¡Inténtelo!

-Podríamos tener éxito.

-¡Es probable que no!

-He descubierto que algunas cosas de la vida tienen que ver con el destino. Considere su llegada, por ejemplo. He pasado la mayor parte de la tarde reflexionando, y por último he decidido que podría ser un regalo de la Providencia. De acuerdo con la Biblia, el Señor trabaja de manera misteriosa -había un destello de humor en su voz-. Tratándose de usted, diría muy misteriosa.

-Gracias -su respuesta fue seca.

-Vamos, sólo estaba bromeando -se detuvo un momento para estudiar lo que podía ver de su expresión en la oscuridad. Cuando habló de nuevo, su voz se había alterado de un modo que sonó casi persuasiva-. Esta noche es la primera vez en mucho tiempo que nos hemos encontrado con una casa limpia y una cena cocida. Nos sentimos bien de tener a una mujer en la cocina, aun con su insistencia de que nos laváramos. Se me ocurrió entonces que usted puede ofrecer algo que mis muchachos necesitan, algo que no puedo darles: la atención de una mujer.

-Bien -aunque era reacia a admitirlo incluso para sí misma, la imagen que pintó de seis hombres anhelando el toque gentil de una mujer la suavizó. La necesitaban, eso era lo que le

estaba diciendo. Cuando se dio cuenta de ello, también comprendió que lo que le ofrecía era bálsamo para su corazón dolorido y cansado: el hogar y la familia que había reconocido esa misma tarde cuando suplicaba-. No soy adversa a hacer lo que pueda por mis sobrinos, pero no seré tratada con desacato, recuerde, ni recibiré órdenes como una criada.

-La trataremos con todo el respeto, se lo prometo, aunque en recompensa confío en que no haga una tragedia de cada expresión mal dicha o acción precipitada. Hemos estado solos durante mucho tiempo, y puede ser que nuestros modos sean un poco más rudos de lo que debieran ser. Ya que viene al caso, lo que se ha dicho esta noche no fue para herir sus sentimientos. La comida era buena; en realidad, era una comida tan sabrosa que no recuerdo cuándo he comido otra igual.

-Me gusta cocinar -Caroline bajó la guardia con prudencia. Su lisonja estaba logrando el efecto que quería. Se dio cuenta de que utilizaba palabras suaves para obtener lo que deseaba de ella, pero no obstante respondió. Casi con avidez imaginó tenerlos a todos a su disposición.

-Bien, entonces, como a nosotros nos gusta comer, usted es sin duda una enviada del cielo.

Le sonrió entonces, una sonrisa lenta y curvada que se iluminó cuando la luna salió por detrás de una nube. Liberó algo dentro de ella que había estado atado muy fuerte desde la muerte de su padre. Hasta ese momento no había pensado que él pudiera sonreír. Lo hacía parecer más joven, mucho más joven de lo que hubiera imaginado, y casi hermoso de forma deslumbrante. En otra época, ¡ah, cómo se habría sentido atraída por él!

-¿Cuántos años tiene? -la pregunta saltó a su cabeza y de allí a la boca, sin quererlo. Tan pronto como la formuló, Caroline se ruborizó hasta la línea del cabello. Una vez más estuvo agradecida por la oscuridad. Su edad no era de su incumbencia, ¡y su pregunta implicaba un interés en él que en verdad no sentía!

Su sonrisa se extinguió. Sus ojos se entrecerraron, y una medida de distancia entró en su voz cuando respondió.

-Treinta y dos.

-Pero Elizabeth tiene... tendría... -su respuesta la sorprendió tanto que no pudo abandonar el tema.

-Era tres años mayor que yo.

-¡Usted debería de tener sólo diecisiete cuando se casó con ella y se fue de Inglaterra!

-¿No se lo mencionó en las cartas que siempre estaba escribiendo a usted y a su padre?

Había un matiz de fondo en su voz que ella no comprendió. ¿Era amargura, dolor, ira o alguna combinación de las tres?¿O era simplemente incomodidad por sus preguntas?

-A decir verdad, raras veces lo mencionaba -tan pronto como lo dijo, Caroline se dio cuenta de qué falto de tacto era ese comentario.

-Me refiero también a los muchachos -la amargura era reconocible esta vez.

-No -Caroline se sorprendió al comprender la situación. Tal omisión jamás le había parecido extraña, pero entonces no conocía a la familia de su hermana ni había pensado en ellos como seres humanos que vivían y respiraban. Era incomprensible cómo una mujer podía haber descuidado alardear de dos hijos lozanos y un marido tan guapo. Pero las cartas de Elizabeth, que habían sido frecuentes al principio y cada vez más escasas con el trascurso de los años, se había referido en su mayor parte a la belleza escénica del Nuevo Mundo y cuan diferente era del Viejo. Caroline frunció el entrecejo cuando comprendió cuán desprovista de información personal había sido la correspondencia de su hermana. Nunca había mencionado la edad de Matt (o el señor Mathieson, como Elizabeth siempre se había referido en forma tan correcta) ni su notable gallardía, ni su cojera. No había escrito nada de sus hermanos, quienes habían ido a vivir con ellos, y poco acerca de las condiciones en que vivía. De vez en cuando Elizabeth había hecho una vaga referencia a sus hijos, pero nunca había escrito algo que

trasmitiera la realidad enérgica de aquellos dos muchachos vivaces. ¿Cómo pudo haberles dado tan poca importancia a aquellas cosas que sin duda eran esenciales en su vida? Si había una respuesta a eso, Caroline no pudo encontrarla en ese momento.

A lo lejos un animal aulló de nuevo. Desde la parte de atrás de la casa donde aún estaba atado, Raleigh se unió en respuesta triste. Caroline tiritó, sintiendo frío de repente. ¿O el temblor se debía a otra cosa en particular?

Matt emitió un sonido en voz baja.

-Tengo que desatar al perro- su mirada se desvió hacia su rostro-. Venga conmigo. Si va a vivir con nosotros, usted y Raleigh deben ser amigos.

-No, gracias -Caroline de repente sintió la necesidad de estar segura dentro de las cuatro paredes de la casa. Cuando había salido tan deprisa, apenas había notado la oscuridad avasallante del bosque en su entorno. Ahora aparecía denso y amenazante, aún más siniestro en la oscuridad de lo que había sido durante el día. El aullido continuó en un coro pavoroso cuando más y más criaturas se unieron con sus aullidos. Caroline se rodeó el cuerpo con los brazos y miró nerviosamente a su alrededor.

-¿Qué es eso? A pesar de sus mejores esfuerzos, casi no podía ocultar su temor. Matt la tomó con un gesto involuntario de confianza, cuando la mano rodeó su brazo justo arriba del codo. Dirigiéndose hacia la casa, la llevó con él. Caroline sintió el calor de la palma de su mano, la fortaleza de sus dedos, incluso a través de la seda de su manga, e intentó luchar contra lo que venía. Pero, a pesar de toda su determinación por vencerle, el disgusto surgió como bilis, nublando sus pensamientos, provocando el deseo de quitar la mano. El tacto la acobardaba más que el coro pagano que retumbaba a su alrededor. Incapaz de detenerse, sacudió el brazo para liberarse. Para su alivio, él apenas pareció notarlo.

-¿Eso? -su voz era natural-. Lobos. Pero no muy cerca.

-¡Lobos! -Eso llamó su atención. Sus ojos observaron aterrorizados todo el perímetro sombrío del bosque. Aún más temerosa ahora de los lobos que recelosa de él, se acercó más todavía al calor seguro de su cuerpo. No lo tocaba, simplemente caminaba a su lado, pero era confortante tenerlo cerca. Aunque los lobos atacaran, no apostaría su vida a que no la abandonaría a ellos. Parecía estar tan poco acostumbrado a las mujeres como ella a los hombres.

-Sí. Pero no se preocupe. Permanecen lejos de las áreas pobladas, en la mayoría de los casos. Hasta cuando el hambre los atrae, no devoran por lo general a mujeres jóvenes. Jacob es más de su gusto, por eso está encerrado en el granero durante la noche.

-¿Jacob?

-El toro. ¿Sin duda recuerda a Jacob de la Sagrada escritura? Fue el padre más prolífico, y eso es lo que esperamos de su tocayo.- Sus palabras sonaron divertidas al mismo tiempo que le lanzó una mirada de reojo. Caroline sabía que le estaba recordando su mortificante presentación con el animal. Si no hubiera tenido tanto miedo de lo que pudiera estar oculto en el bosque, se habría alejado de él con justa indignación. Así que se conformó con mirarlo con frialdad.

-Espero que los lobos atrapen a su maldito Jacob. Voy a entrar.

Habían rodeado la esquina de la casa, y ahora estaban tan cerca de la puerta que se sentía por fin segura. Al verlos, Raleigh interrumpió el aullido para ladrar con excitación, saltando de aquí para allí hasta donde le alcanzaba la cuerda. Instintivamente Caroline se colocó detrás de Matt, que sacudió la cabeza.

-Tiene miedo de los perros, los toros y los lobos. Al menos podemos considerarnos afortunados de que no tenga miedo de los hombres.

Sus palabras la siguieron mientras se alejaba antes de que él desatara al perro, y se apresuró hacia la seguridad de la casa. Entonces dijo algo que por un par de segundos hizo que detuviera la marcha.

-¿O sí les tiene miedo? -creyó oírle murmurar, pero cuando se volvió para mirarlo, estaba de espaldas desatando al perro.

Sabiendo que la criatura quedaría libre en cualquier momento, se recogió las faldas y corrió hacia la casa. Pero las palabras oídas a medias la perturbaron. ¿Las había proferido realmente o había sido el viento?

-¡Abajo, Raleigh!

Cuando Matt desató la cuerda, el perro exaltado casi lo hizo caer. Enderezándose, tuvo que soportar un par de lametones del perrazo en la mejilla a pesar de los intentos por detenerlo. Cuando Raleigh saltó a su alrededor y sobre él, lo tomó por las patas y lo empujó lejos, lo cual estuvo bien para Raleigh, ya que parecía pensar que todo ello era un juego nuevo y divertido. Ladrando como loco, el perro salió a toda velocidad por el corral formando círculos rasantes y concéntricos, expresando con estrépito la alegría de estar libre otra vez.

Una leve sonrisa se dibujó en la boca de Matt al observar las travesuras del animal. Como perro guardián -esa era su misión-, Raleigh tenía un éxito dudoso. Aunque el tamaño que presentaba era intimidante, nunca se supo que el perro hubiera lastimado a algo mas que una ardilla diminuta. Pero los muchachos lo querían, sus hermanos lo trataban como a la más preciada mascota y él mismo se estaba encariñando con esa peste enorme también. Sólo necesitaba que el nuevo miembro de la familia descubriera que lo que consideraba un monstruo era, en realidad, casi todo ladrido y ningún mordisco, y así Raleigh se transformaría en el favorito universal.

Con ese pensamiento, Matt desvió los ojos hacia la puerta trasera, por donde había visto desaparecer a Caroline hacía solo un momento. Recordando los acontecimientos del día, hizo una mueca. Era muy posible que hubiera cometido otro error colosal. Caroline Wetherby no era una modesta señorita puritana sino la hija de un jugador, un monárquico, un ladrón, un mentiroso, y sólo Dios sabía qué más. No obstante, había estado de acuerdo en permitirle que se quedara, y, más aún, le había pedido que brindara cuidados femeninos a los muchachos. ¿Por qué? No tenía idea.

Lo cual no era del todo verdad, por supuesto. Lo sabía muy bien. Siempre había sido presa fácil de una mujer bella en apuros. Así fue como había adquirido a su difunta y poco lamentada esposa, a quien habría clasificado como el peor error de su vida si no hubiera sido por los hijos que le había dado.

Como Elizabeth, su media hermana era bonita, aunque en un estilo diferente. Caroline era alta para ser mujer, y demasiado delgada, lo cual suponía que era el resultado de esos últimos tiempos difíciles que era evidente que había soportado. Elizabeth era más baja y bien redondeada, casi sensual, aunque la palabra llevaba consigo una connotación en la cual prefería no pensar. Algunos recuerdos eran tan desagradables que era mejor olvidarlos.

Mientras que el cabello de Caroline era tan negro como el ala de un cuervo, tan negro como el suyo, el de Elizabeth, en realidad, era castaño rojizo y rizado, y el de Caroline era lacio. El rostro de Caroline era afilado, con facciones pequeñas y delicadas, y la piel era tan blanca y suave que sus dedos estaban ansiosos de tocarla, sólo una vez, para ver si era tan aterciopelada como parecía. Aunque por supuesto no haría tal cosa. No era ya un muchacho tonto, sino un hombre, bien templado por los fuegos de la vida. Nunca más sucumbiría a la lujuria acrecentada por el amor. La destrucción que semejante tontería forjaba era poco menos que incurable.

Aunque él y sus muchachos se habían curado.

Ahora solo faltaba enseñarles que no todas las mujeres eran como su madre. Y suponía que eso era lo que en realidad le había persuadido a dejar que Caroline se quedara. Las cicatrices que quedaban de su matrimonio eran más físicas que mentales; temía que sus muchachos resultaran heridos mentalmente a menos que tomara alguna medida. Su madre no había sido madre para ellos, sino una fuente de vergüenza y temor. Necesitaban aprender que

no todas las mujeres eran como Elizabeth. Había sido negligente al no considerar eso antes. Pero entonces había temido sus propios recuerdos perniciosos contra los cuales luchar. Caroline, como él le había dicho, podría bien ser considerada como caída del cielo.

De modo que su decisión de permitir que la hermana de Elizabeth fuera un miembro de su familia había sido inducida por un interés paternal. No había sido influida un ápice por esos ojos de color miel con pestañas negras, provocativamente alargadas, que le hablaban de cosas que era mejor no mencionar; ni por una boca grande de labios gruesos, que prometía más sensualidad que las curvas del cuerpo entero de Elizabeth.

Al menos no había influido demasiado. Se le ocurrió preguntarse si era promiscua. Recordó como había evadido su contacto y el semblante se aclaró. Cualesquiera que fueran las faltas de Caroline Wetherby, y estaba seguro de que eran muchas y variadas, no incluía eso.

Darse cuenta de ello trajo consigo una sensación de alivio profundo. Pensó que no sería capaz de enfrentarse a eso otra vez.

Un parpadeo de luz atrajo su atención hacia el bosque del lado derecho. No una, sino dos o tres llamas vacilantes en lo profundo del bosque, cerca del arroyo.

Los ladridos alegres de Raleigh cambiaron de tono cuando también vislumbró las luces. Para ser un perro decididamente inofensivo, sonaba casi amenazante. Por lo visto, los poseedores de las luces lo pensaron así, ya que el fulgor parpadeante se desvaneció de repente.

Faroles, pensó, extinguidos.

Comenzaron de nuevo; los discípulos tenebrosos de Satanás que visitaban el bosque, condenados al infierno sangriento. Practicaban sus ritos de brujería maldita en el bosque por la noche; era lo más sensato para proteger sus identidades; aunque Matt conocía, o había conocido al menos, el nombre de uno de ellos: Elizabeth Mathieson.

Su religión se llamaba “Wicca”, le había contado una vez, de la manera en que le contaba todo, arrojándole la información con furia en el punto culminante de una discusión penosa. Utilizaban el poder de la tierra para llamar a los espíritus y llevar a cabo hechizos. Sobre sus hogueras infernales elegían un sitio diferente cada vez para que no pudieran detectarlos, marcando el lugar con un sortilegio garabateado en su propio lenguaje antiguo para que sus miembros supieran dónde unirse cuando la luna fuera la correcta-, ella había visto al mismo diablo, retorciéndose en el humo.

La decadencia de Elizabeth hacia la locura se había iniciado cuando comenzó a imaginar que era una bruja. Cuando Matt descubrió los paseos nocturnos y su propósito, quedó horrorizado, asqueado y sí, si era sincero consigo mismo, hasta un poco asustado. Le prohibió las excursiones, por supuesto, y cuando ella se negó a hacerle caso tomó la medida extrema de encerrarla en su alcoba por la noche. Cuando ella descubrió que no se apartaría de su determinación de mantenerla lejos del bosque, lo maldijo, una verdadera maldición de bruja, al alcance del oído de sus hermanos y de un granjero vecino que estaba de paso. Desvariando en algunas sílabas ininteligibles, su cabello despeinado cayendo sobre sus hombros y por su espalda, vestida nada más que con una camisa de dormir, se había asomado por la ventana de la alcoba y proferido gritos a Satanás para que tomara rigurosa venganza contra él. Fue después de eso cuando comenzaron los rumores de que ella era una bruja. Cuando se enfrentaron a ella, y ya que sólo uno o dos de los aldeanos se atrevieron lo suficiente para hacerlo, respondió con risas y burlas. Pero hasta el mismo día de su muerte había vivido con el temor de que un día fuera detenida, juzgada y acusada de brujería. La pena por eso era la muerte, en la horca o ardiendo en una estaca como había hecho en colonias vecinas. Por más creciente que fuera el desprecio por su esposa, no podía desearle un fin como ese. Y, con respecto a sus hijos, semejante desenlace sería un horror que los perseguiría durante toda su vida. Esa era la razón por la cual, aunque diría mucho acerca de la falta de

gracia de Dios en su corazón, cuando se ahogó no quiso investigar demasiado sobre el incidente ni sintió otra cosa más que un alivio profundo. Si, como sospechó, un grupo de vecinos del pueblo se había tomado la molestia de probar la veracidad del rumor de la bruja sometiendo a Elizabeth a una prueba en el agua y la zambullida había finalizado en su muerte, nada de lo que hiciera la devolvería a la vida. Se encargó de que tuviera un entierro cristiano, pero aparte de eso dejó que la cuestión quedara como estaba.

Pero los seguidores de la serpiente todavía visitaban el bosque, y su propia existencia era una abominación para todos los hombres devotos. Simplemente tenía más razones que la mayoría para odiarlos y temerlos.

Era probable que una reunión de brujas no se rematara con una andanada de disparos, pero Matt levantó el mosquete que siempre guardaba a un costado de la puerta trasera y de todos modos disparó en dirección a las luces que se habían desvanecido. El resplandor amarillo y el estampido agudo lo hizo sentir mejor, como lo hizo el choque del mosquete contra su hombro y el olor acre de la pólvora. No importaba cuán inútil fuera su esfuerzo al menos había hecho algo.

Permaneció un instante, mirando en la oscuridad, pero no vio nada más. Un momento después Raleigh se acercó hasta él, con la lengua colgando mientras mendigaba un juego a la manera de los perros. Para Raleigh el incidente por lo visto había terminado.

Y para él también. Al no estar Elizabeth, no había razón para que se mezclara con las actividades oscuras del bosque. En tanto ningún miembro de su familia estuviera inmiscuido, no era de su incumbencia.

Cargando el mosquete sobre su brazo, Matt se volvió y entró en la casa.

Capítulo 10

El canto de un par de gallos roncos anunció la llegada del amanecer. Caroline habría dormido más, sin prestarles atención, si no hubiera sido por el sonoro estruendo que se originó al mismo tiempo llenando la casa. Después de un momento de consternación, durante el cual sus ojos se abrieron nublados para escudriñar a través de la oscuridad grisácea con incredulidad, comprendió que ese horrible ruido era en realidad un hombre cantando a todo pulmón. Pasó un momento. Todavía atontada por el sueño, Caroline imaginó que estaba acostada en una de las tabernas de baja calaña en la que ella y su padre habían pasado tantas noches. Entonces su cabeza se aclaró. Recordó donde estaba y descubrió que el cantante era Matt. Su voz era desentonada al extremo y estaba marcando el ritmo de sus canciones con estallidos de alguna herramienta de metal contra las paredes de la casa, de modo que el alboroto era ensordecedor. Millicent, que había estado acurrucada en la almohada de Caroline, saltó con la piel erizada al escuchar el ruido. Entonces bajó al suelo y desapareció debajo de la cama. Caroline deseaba poder desaparecer así de rápido.

All the people that on Earth do dwell!Bang!
Sing to the Lord with cheerful voice !Bang!
Him serve with mirth, His praise forth tell !Bang!
Come ye before Him and rejoice !Bang!
(¡Toda la gente que habita en la tierra!
¡Cantad al señor con voz alegre!
¡A Él servid con regocijo, cantad sus alabanzas!
¡Venid ante Él y regocijaros!)

Un coro de rezongos y gritos se elevó para que el cantante guardara silencio, pero el intérprete del himno bramante no se dio por aludido. Caroline gimió, cubriéndose los oídos con una almohada mientras buscaba algo para ahogar el ruido. En el momento en que hubo terminado con todo su trabajo, la noche anterior, se había sentido desfalleciente por la fatiga.

Ahora minúsculos rayos de luz apenas comenzaban a marcarse en el cielo. ¡Y ya la estaban forzando para que se despertara!¡ No era justo!

-Por amor de Dios, Matt, ¿tienes que hacer ese maldito ruido? -El primer regaño inteligible pertenecía a Thomas o a Robert, Caroline no estaba segura.

-Es hora de levantarse, cobarde. No toleraré la ociosidad en esta casa. All the people that on Earth do dwell !Bang!

-¿Oh, papá, tenemos que levantarnos ahora? -ese era John, gimiendo.

-Sabes que sí, Davey, sal de la cama. No conviene llegar tarde a la escuela. Sing to the Lord with cheerful voice !Bang!

-¿Podemos quedarnos en casa hoy, papá? La mayoría de los muchachos están ayudando con la siembra. Dijiste que fuimos de gran ayuda ayer.

-Tuvisteis vacaciones ayer porque el director de la escuela se casó. Estará de vuelta hoy, y lo mismo vosotros. La escuela es importante, John, como bien lo sabes. Tus tíos y yo nos arreglaremos bastante bien con la siembra sin vosotros, seáis de gran ayuda o no. Prefiero que aprendáis a leer, a escribir y a calcular mientras tengáis oportunidad. Him serve with mirth ,His praise forth tell !Bang!

-¡Está bien, ya va, ya va! ¡Tu maullido es capaz de despertar a los muertos! -ese fue Daniel, pensó.

-Bien. Come ye before Him and rejoice !Bang!

Esta vez lo que estaba causando el ruido golpeó la puerta de Caroline. Dio un salto, su cabeza asomó por debajo de la almohada mientras miraba con ira hacia la puerta aún cerrada. Tal vez si lo ignoraba la bestia sádica se rendiría y se iría.

-¡Arriba, señora perezosa! -el grito retumbó a través de la puerta-. ¡El estilo monárquico de estar acostada a toda hora no servirá por aquí! ¡Es hora de desayunar!

Caroline pensó gritarle la sugerencia de que viajara a una región más calurosa de las que podían encontrarse en esta tierra, y después lo pensó mejor. Después de todo, Matt había sido muy gentil al cederle su cama la noche anterior (aunque había estipulado que dormiría con Daniel sólo hasta que pudieran hacerse otros arreglos para el alojamiento de Caroline y demasiado generoso al ofrecerle un hogar en primer lugar (aunque la oferta pudiera haber sido por su propio interés.) Pero esas consideraciones eran sólo una pequeña parte de lo que la llevó a cerrar la boca. Lo que la silenció al final era la convicción de que, si contestaba con un grito, él entraría por esa puerta en un abrir y cerrar de ojos para sacarla de la cama personalmente.

El objeto chocó en su puerta otra vez.

-¡Ya voy, ya voy! -exclamó.

-¡Ya era hora!

Sus pisadas se retiraron con el acompañamiento de más versos desentonados y golpes atronadores. Caroline suspiró y rodó fuera de la cama.

Un cuarto de hora más tarde se encontraba a medio vestir y en la cocina preparando la avena. Había recogido su cabello de cualquier modo, y los mechones caprichosos se habían soltado para dispersarse alrededor de las orejas y por la espalda. En la prisa por abrocharse la espalda de su vestido olvidó un par de ganchos, de modo que el corsé estaba torcido de manera torpe debajo de sus pechos. Sus faldas demasiado largas la hacían tropezar, y ansió tener un momento para sujetarlas. Pero un momento era lo que no tenía. La familia tenía prisa, y Matt le había informado que tenía aproximadamente media hora para preparar el desayuno y mandar a los muchachos a la escuela.

Dentro de la casa aún estaba tan oscuro como si fuera de noche. Un par de velas chisporroteantes proporcionaban la mayor parte de la iluminación para su trabajo. Daniel había sido enviado al manantial para buscar mantequilla y leche, y los niños estaban afuera en el pozo de agua. Matt, Thomas y Robert disputaban entre ellos para mirarse en el único

espejito mientras intentaban, todos al mismo tiempo, afeitarse. Ahora se levantaba vapor del lavabo abollado que Matt había utilizado para efectuar la parte de percusión de su concierto matutino, y esta agua era la que los hombres usaban para afeitarse. El caldero, descubrió Caroline cuando lo encontró, había sido vaciado y abandonado a un costado del lavabo. Cuando lo trajo, intentando no mirar ni tocar a los hombres a medio vestir -lo cual era toda una hazaña, ya que el cuarto de provisiones era pequeño y estaba abarrotado-, sintió un par de ojos persistentes sobre su rostro desviado. Levantando la vista instintivamente, se sorprendió al encontrar la mirada atenta de Matt. Pero, un momento antes de que bajara la vista, rompiendo así el contacto adrede, pudo leer en la profundidad de su mirada azul una evidente y ruda apreciación que le revelaba cuán deseable aparecía a sus ojos. El hechizo que la mantuvo inmóvil se desvaneció, y Caroline se volvió. Se sintió trémula, y su corazón latió con fuerza mientras volvía a llenar el caldera y lo colocaba sobre el fuego. Pasaron algunos minutos antes de que pudiera calmarse. Ni siquiera estaba dispuesta a admitir ante sí misma que ese breve intercambio de miradas la había afectado. Con la espalda muy rígida y con un rechazo silencioso, Caroline se volvió con gesto resuelto a la habitación contigua. Sin embargo, le fue imposible abstraerse por completo de tanto cuerpo masculino desnudo. Los tres estaban desnudos hasta la cintura y parecían indiferentes a la proximidad de una mujer. Pero por aquel entonces había aprendido ya que la prudencia no era una virtud masculina.

-Podría traernos el almuerzo hasta la campiña al mediodía. Estaremos demasiado ocupados para tomarnos el tiempo de regresar a la casa. -Matt, bien afeitado ahora y por lo visto sin recordar la corriente oculta que hacía solo un momento había vibrado entre ellos, entró en la cocina, quitándose el jabón del rostro con una toalla de lino. Caroline trató de no advertir los rulos de pelo negro que cubrían su pecho ni los músculos ondulantes y bronceados de sus hombros y brazos cuando tomó la camisa que colgaba sobre el respaldo de una silla y se metió en ella. A pesar de los muchos defectos del hombre, tuvo que admitir que físicamente era loable. En otra época y en circunstancias diferentes, verlos sin su camisa podría haberla deslumbrado. Pero ahora solo le provocó una mirada suspicaz mientras comenzaba a servir la avena, e intentó ignorarlo y dominar el sentimiento de incomodidad que le provocaba su apariencia a medio vestir.

-Sea lo que sea, huele bien. -Este reconocimiento, hecho en un tono casi de queja, provino de Thomas. Ya había aprendido que era un gran glotón, y lo observó mientras se ponía la camisa. Su torso era delgado y musculoso, apenas tenía vello, como podía esperarse por el cabello rubio, pero no producía el mismo efecto en ella que la complexión maciza de Matt. Ni siquiera Robert, cuando salió también del cuarto de las provisiones, cuyo pecho estaba salpicado con pelo castaño rojizo. Tuvo que admitir que estos hombres Mathieson eran atractivos, pero sólo Matt tenía la figura que podía cortarle el aliento a una mujer. Si fuera esa clase de mujer, por supuesto, a la cual se le cortara el aliento por tales cosas. Lo cual, se dijo Caroline a sí misma mientras revolvía la avena con más energía de lo necesario, ¡ella no era!

-Tengo hambre. -Esta declaración provino de Davey, que entró junto con John. Ambos muchachos se detuvieron justo en el vano de la puerta para observar a Caroline con incertidumbre. Por la manera en que ellos, y Thomas y Robert también, se comportaban en su presencia, Caroline se sentía como si fuera algún tipo de criatura extraña. ¿Habían tenido tan poca experiencia con mujeres para que realmente las consideraran peligrosas? Matt y Daniel, que eran mayores, eran bastante menos cautelosos en su presencia, aunque ninguno pudo calificarse de efusivo en su bienvenida.

-El desayuno estará listo tan pronto como vuestro tío regrese con la leche. -Probó una sonrisa tentativa con los muchachos. Realmente era una vergüenza que sus padres y sus tíos los criaran en un ambiente de tanta desconfianza hacia las mujeres. Aunque con seguridad debían guardar algunas memorias confusas de su madre.

-¡Quiero comer ahora!

-Ten paciencia, Davey. Y sé cortés -dijo Matt, haciendo callar a su hijo con una mirada de desaprobación.

-¿Se irá hoy? -era un quejido.

Ya te dije que tu tía Caroline se quedará con nosotros.

-¡No quiero! ¡Quiero que se vaya!

-¡Silencio! -Su paciencia estaba llegando al límite, y Matt bramó la orden. Davey se calmó, aunque su labio inferior sobresalía ominoso.

Mientras llevaba los tazones con avena, Caroline suspiró internamente. Era obvio que le llevaría algún tiempo ganarse la amistad de Davey.

-¿Has aprendido la lección de hoy? -le preguntó Matt a su hijo menor en tono más suave. Davey, aún rebelde asintió.

-Vamos a oírla. -Matt se sentó a la mesa, con los ojos en su hijo.

-Con la caída de Adán, pecamos todos -continuaba, pero Caroline estaba demasiado preocupada para oírlo. Al observar al niño retando al padre, al cual se parecía tanto, sintió cierta angustia en algún lugar cercano al corazón. Aunque la quisieran o no, estos niños eran sus sobrinos, el último parentesco de sangre que le quedaba en el mundo. Haría cuanto pudiera por ellos.

Hoy cada uno llevaba puesta una camisa muy arrugada de una tela moteada azul y blanca hecha en casa junto con lo que parecían, por las rasgaduras y las manchas idénticas, ser los mismos pantalones que habían usado el día anterior. Las medias de Davey estaban rasgadas y remendadas de manera muy inexperta: las de John no estaban siquiera remendadas, de modo que una porción de su delgada espinilla se hacía visible cada vez que se movía. Ambos tenían el cabello mojado y alisado con un peine y tenían el rostro limpio también. Aparte de eso, parecían tener la necesidad de recibir cuidados con urgencia. Ya que ahora la tarea le correspondía, tenía la intención de hacer lo que pudiera para reparar la falta. El primer punto de su agenda de ese día sería lavar y arreglar sus ropas.

Daniel entró con la leche y la mantequilla, Caroline colocó los tazones de avena humeantes sobre la mesa, y los hombres comenzaron a comer con ganas. Cinco minutos más tarde habían terminado y los muchachos ya estaban en marcha saliendo por la puerta.

-¿Qué es esto? -Caroline había comenzado a limpiar la mesa cuando encontró una tabla pequeña de madera con un pedazo de papel precioso unido a ella. La superficie del artefacto estaba cubierta con una lámina transparente de cuerno. El alfabeto estaba inscrito en la parte superior de la tabla, y el Padre Nuestro en el inferior.

-¡Davey, has olvidado tu cartilla! -gritó Robert. Arrebató el objeto a Caroline y después corrió hacia fuera detrás de sus sobrinos, agitando la tabla de madera por su asa gruesa. La puerta quedó abierta detrás de él; el sol naciente invadió el cuarto de las provisiones y la cocina con una luz tibia.

-Vamos a estar en el campo sur -dijo Matt a Caroline, mientras él, Daniel y Thomas se disponían a partir-. No es tan lejos como para que tenga miedo de ir sola. Vaya bordeando el arroyo y no podrá perderse. En caso de que tuviera algún problema, grite y la oiremos. Carne fría, pan. Algunas manzanas y un poco de cerveza nos bastarán hasta la cena.

-Sí, amo -respondió Caroline con tosquedad, con las manos cargadas con los tazones vacíos que estaba retirando de la mesa. Con la cabeza llena con los arreglos que haría al guardarropas de los muchachos, había olvidado por completo las otras tareas aparentemente infinitas que la esperaban. La suposición imperturbable de Matt de que ella no tenía nada mejor que hacer que interrumpir su trabajo en la mitad del día para llevarles el almuerzo era indignante. Además del tiempo que necesitaba para poner en orden la vestimenta de los muchachos, había ventanas que lavar, alcobas que limpiar, muebles y suelos que restregar y pulir, más ropa que lavar, planchar y remendar y otros trabajos innumerables adicionales que hacer. Hoy estaría sola, y había tanto trabajo esperando que estaba cansada ya con sólo pensar

en ello. Pero Matt actuó como si su petición fuera de lo más razonable. Y lo era sin duda, para alguien que no tuviera que preparar la comida, entregarla y hacer la limpieza.

-Si tiene alguna objeción, le pido que la plantee sin reservas. No tengo tiempo ni paciencia que desperdiciar en los caprichos de una mujer.

-¡Caprichos! -Caroline soltó los tazones en el cubo con estruendo y se volvió para mirarlo, con los puños sobre las caderas-. ¡Quiero que sepa que no tengo caprichos, señor! ¡Es su falta de consideración lo que irrita mi genio!

-Oh, ya veo. Es demasiado esperar que nos lleve un almuerzo frío a la mitad del día, ¿no es cierto? En este caso, regresaremos a la casa por algo caliente.

Cruzaron las miradas. Molesta, Caroline tuvo que admitir que la tenía atrapada. Llevarles el almuerzo sería un gran problema, pero la alternativa implicaría aún más trabajo. Había anhelado un hogar y una familia con tanta intensidad que había sido casi física al menos durante los últimos cuatro años. Ahora que tenía lo que había deseado, debería estar agradecida, no enfadada. Pero la actitud de Matt le daba ganas de arrojarle algo a la cabeza.

-No, les llevaré el almuerzo -dijo entre dientes.

Matt se encogió de hombros.

-Como quiera.

Entonces esbozó apenas un gesto de victoria y siguió a Robert y Thomas hacia fuera, dejando a Caroline sola para que bullera de rabia. Durante un momento, después de que se fueron, estuvo tentada de patear la pata de la mesa para descargar su ira, pero se disuadió al darse cuenta de que el único resultado probable era que se hiciera daño en los dedos. Realmente los hombres Mathieson eran irritantes, ¡y Matt era el más irritante de todos!

Era inútil alimentar el rencor sin ningún testigo presente. Así que Caroline desistió, raspó la olla hasta que juntó avena suficiente para su desayuno, sirvió un platillo de leche a Millicent y se sentó a la mesa limpia. Cuidar una casa llena de hombres y muchachos iba a ser una tarea intimidatoria. Estaba claro que requeriría desgastarse los dedos hasta el hueso desde el amanecer hasta la media noche, día tras día, con escasa recompensa. Pero aún así era bueno tener un hogar. Desde que su padre muriera no había conocido tal estabilidad, y esa carencia la hacía más placentera ahora que la había encontrado otra vez. Saber con certeza que habría alimento en la mesa en cada comida, que apoyaría la cabeza en el mismo lugar durante noches incontables por venir, que no había nada ni nadie que la amenazara traía consigo un alivio tan profundo que se limitaba a saborearlo. Acostumbrarse a los antojos de tantos hombres requeriría algún esfuerzo, pero podría hacerlo. Sólo tendría que darse a sí misma y a sus nuevos familiares desvergonzados tiempos para ajustarse a la situación. El truco sería persistir con su genio mientras tanto.

Varias horas más tarde estaba envolviendo el pan recién horneado en un paño y colocándolo en el cubo encima de las rebanadas de lo que quedaba de un jamón curado que había encontrado en el ahumadero. Cuatro hombres grandes comerían una cantidad considerable; había tenido ya una experiencia desdichada con el apetito del grupo. Frunciendo el entrecejo pensativamente, envolvió otra hogaza de pan y la metió en el cubo; después agregó varias manzanas y un buen suministro de cebolletas. Para alimentarlos de forma correcta, era evidente que estaría siempre cocinando. Caroline entornó los ojos cuando miró las dos hogazas de pan que se encontraban sobre la mesa. Había horneado cuatro panes esa mañana, y ya, con una comida, quedaba la mitad. Bien, sólo tendría que poner más masa a levar cuando regresaba.

Alzando el cubo con una mano y el jarro de cerveza con la otra, Caroline salió. El aire era frío, la luz del sol brillante como el día anterior. Por lo general se colocaba un sombrero para proteger la piel del sol, pero no tenía ganas de volver a subir las escaleras para sacar uno de su baúl. Por fin había tenido tiempo para cepillarse el cabello y lo llevaba como siempre, con un rodete simple sobre la nuca. Su vestido ya llevaba un buen número de manchas debido

a sus labores de limpieza y culinarias, pero al menos ahora estaba abrochado correctamente. Era el vestido más sencillo que poseía, aunque todavía era demasiado elegante para semejante tarea servil como la que había estado desarrollando. El corsé apropiado de algodón grueso rosado estaba bordeado con una hilera de muselina blanca alrededor del escote ovalado, y las mangas de muselina blanca de la camiseta eran visibles hasta el codo. La sobrefalda, lazada en la parte de atrás a la moda, era del mismo algodón rosado que el corsé, mientras que la enagua de lino era rojo oscuro y con rayas blancas. Una vez había sido un vestido elegante, mandado a hacer al mismo tiempo que el resto de sus guardarropas. Todos sus vestidos habían sido diseñados para atraer la atención y también para destacar su belleza inusual. Su padre se había complacido en escoltarla por todos lados en cualquier ciudad que pudieran haber encontrado, asegurándose de que la vieran muy bien durante el día para tentar a oponentes para su mesa durante la noche. Pero la pérdida de peso lo hacía demasiado grande, y ya mostraba signos de uso en el borde. Había dejado de lado los zapatos de tacón alto que combinaba con él a favor de otros más prácticos de tacón bajo de cuero castaño claro. Como resultado, el borde se arrastraba aún más de lo que debía; por fortuna había tenido la oportunidad de buscar los alfileres y lo había asegurado sobre la enagua lo suficiente para que liberara sus pies. Nadie podría protestar por la exigua porción de tobillo que exhibiría ese recurso temporal. Además, ¿quién estaría allí para verlo?

El viento fresco hacía estremecer sus brazos de frío, y Caroline pasó un momento lamentando en vano la pérdida de su capa. No tenía ninguna otra; antes de que llegara el invierno debía procurarse algo de tela y hacer una. O quizás quedaba algo de ropa de Elizabeth de la cual podría hacer uso. Caroline sintió una angustia momentánea por la pérdida de la hermana que apenas había conocido. Entonces desechó la emoción; nunca más, se recordó a sí misma, miraría al pasado.

Mientras caminaba, lanzaba miradas a ambos lados del bosque, que parecía mucho más amenazante ahora que estaba sola. Siga el arroyo, le había dicho Matt. Bien, lo haría, siempre y cuando el arroyo corría a través del terreno abierto. Por nada se aventuraría sola en el bosque. ¡Los Mathieson se morirían de hambre primero!

Por fortuna, el arroyo permaneció al descubierto. Caroline se apresuró, tratando de no sobresaltarse de miedo ante cada sonido extraño. Los hombros le dolían a medida que el cubo y el jarro se hacían más pesados con cada paso. El campo era vasto, los árboles altos como montañas. ¡ Todo en este Nuevo Mundo parecía más grande que en Inglaterra! Mientras pensaba en eso, Caroline imaginó a los Mathieson altos y bien musculosos, y pensó que hasta los hombres eran más fornidos.

Algo se movió en el bosque. Algo grande, que parecía estar marchando de forma paralela al sendero. Avistó algo con el rabillo del ojo. Su cabeza giró a ala izquierda. Sus ojos buscaron por la frondosa maleza. Pero ahora que la estaba mirando directamente, no se movía ni una ramita.

Aun así, el movimiento no había provenido de su imaginación. Estaba segura de ello.

El peso del cubo y el jarro dejó de molestarla al acelerar el paso. Las miradas furtivas y constantes hacia el bosque daban el mismo resultado: nada. Sin embargo no podía deshacerse de la idea de que alguien, o algo, estaba observándola.

El arroyo corría por una loma con vegetación. Caroline juró que si no veía a los hombres desde la cima volvería a la casa. Pero una idea horrible se le ocurrió: ¿estaría más segura entonces? Lo que fuera que la estaba siguiendo -si en realidad había algo- era muy probable que apareciera cuando regresara.

El temor creció dentro de ella mientras subía por la loma con rapidez. Las palmas de sus manos resbalaban y su garganta estaba seca. Cuando alcanzó la parte superior de la loma, miró por detrás de su hombro y descubrió con horror que algo, sin duda, la había estado mirando. O, más bien, alguien.

Un salvaje, desnudo excepto por un trapo que le cubría y algunas rayas de pintura brillante, estaba de pie debajo de los árboles salientes. Su piel era de color arcilla profundo, su pelo colgaba negro y lacio sobre los hombros y su rostro era tan duro como el de un halcón de caza. La estaba mirando con intensidad, y como el de un halcón de caza. La estaba mirando con intensidad, y aun cuando Caroline se percató de su presencia comenzó a moverse hacia ella, con zancadas rápidas y graciosas.

Caroline quedó boquiabierta, deseando que la aparición no fuera más que un producto de su imaginación. Como no desapareció, sino que siguió acercándose hacia ella, comenzó a retroceder. El cubo resbaló de su mano sin que se diera cuenta y rodó rebotando cuesta abajo por donde había venido, derramando su contenido en el camino. El jarro cayó también, con un pesado batacazo. Fue a parar de costado en la hierba alta, pero, al estar tapado, conservó su contenido.

-¡Unnnnhhh! -El hombre le lanzó una mirada feroz, gesticulando con furia, y eso fue suficiente para Caroline. Levantó ambas manos hacia su boca y gritó.

Detrás de ella oyó un torrente de gritos y se dio cuenta con sincero agradecimiento de que los Mathieson estaban en algún lugar muy cercano. El salvaje les oyó también y se detuvo indeciso. Caroline gritó de nuevo y comenzó a correr. Cuando así lo hizo Raleigh se precipitó más allá de ella, ladrando ferozmente y lanzándose hacia el salvaje. El hombre lanzó una mirada al enorme perro, giró sobre sus talones y huyó.

-¿Qué diablos? -A pesar de su cojera, Matt fue el que llegó primero. No tenía ni idea si fue porque estaba más cerca o porque el terror evidente de Caroline le estimuló hasta el esfuerzo sobrehumano. Lo único que supo cuando se lanzó contra su pecho fue que era macizo, seguro, conocido, que estaba allí y que en su pánico lo necesitaba Se colgó de él, sin aliento, incapaz de forzar el habla, su rostro presionado contra el calor sólido de su pecho, sus dedos envueltos en el lino suave de su camisa. Contra los pechos podía sentir su fortaleza rígida; sus muslos se presionaban contra los músculos férreos de sus piernas. Las ventanas de la nariz estaban llenas de olor a hombre y entonces sus brazos, que la rodeaban, instintivamente -pensó- cayeron. Sus manos subieron para tomarla de los codos y separarla de él. El gesto fue innecesario. Tan pronto como Caroline comprendió donde la había llevado su temor, se apartó presionando. Un rubor se difundió por sus mejillas. Aunque se sonrojó, su mirada se fijó en la de él.

Tan solo un instante, mientras se observaban, el recuerdo de esta mañana quedó suspendido entre ellos. Los ojos de Caroline se agrandaron por lo que pensó de nuevo que leyó en los suyos. Eran de un azul brillante, un azul flameante en la oscuridad profunda de su rostro, ojos inquietos, ávidos, y entonces, antes de que pudiera estar segura, o siquiera responder con un temblor de disgusto, cambiaron. Cuando Robert, Thomas y Daniel llegaron con estrépito a su lado, la calidez se alejó de las profundidades azules. Se volvieron cerrados, fríos y distantes, dejando a Caroline, que se preguntaba si había malentendido la llama breve de pasión masculina. ¿Sólo había imaginado, a pesar de su sensibilidad acerca de tales asuntos, el deseo escrito en los ojos de Matt?

-¿Qué ha ocurrido? -preguntó Daniel, sin aliento. Las manos de Matt soltaron sus codos. Todavía agitada e insegura, Caroline apartó los ojos de Matt para mirar a su hermano.

-Había un salvaje -respondió con voz insegura, señalando hacia donde el hombre había estado-. Salió del bosque por allí.

-¿Todo este alboroto por un indio? -dijo Robert con tono severo. La mirada de Caroline giró hacia él, pero antes de que pudiera hablar Thomas se anticipó con un grito.

-¡Nuestra comida! -aulló. Señalando loma abajo, donde quedaban solo las manzanas y las cebollas del almuerzo preparado con tanto cuidado. Raleigh, con una expresión que parecía de mayor deleite en su rostro, estaba engullendo una hogaza de pan. Aun cuando los

hombres bramaron al unísono el perro tragó esa hogaza y tomó la segunda, sacudiéndola para liberarla del paño.

-¡Suéltala! ¡Suéltala, bestia sarnosa!

Los cuatro hombres comenzaron a bajar por la loma en respuesta instintiva. Raleigh, intuyó que estaban a punto de robarle su premio, corrió hacia el bosque con el pan en la boca y con Robert y Thomas gritando en su persecución. Matt y Daniel, percibiendo ya la inutilidad de su misión, había abandonado la caza a un cuarto de camino y mitad de camino de la loma, respectivamente. Sintiéndose de algún modo culpable -aunque no sabía como todo lo que había ocurrido podía atribuírsele- Caroline observó como Matt, sin más que una mirada hacia ella, comenzaba a recoger las manzanas y las cebolletas esparcidas. La carne por lo visto había ido por el mismo camino que el pan.

-Era de verdad un salvaje -dijo Caroline, sucumbiendo a la necesidad absurda de justificarse mientras Matt, con los brazos llenos con las manzanas y las cebolletas recuperadas, trepaba por la loma otra vez y se detenía a su lado, fijando la vista en su rostro vuelto hacia arriba.

-Los indios por aquí son amistosos, por regla general. Hasta comerciamos con ellos de vez en cuando. Es probable que quisiera algo, y sus chillidos lo asustaron. -La expresión de Matt era inescrutable por completo, pero Caroline se sintió más culpable que nunca. También se sintió tonta, por el miedo al salvaje (aunque no había parecido en absoluto injustificado en ese momento) y el sentimiento de interés masculino intenso que Matt había experimentado hacia su persona. Ahora se mostraba tan frío y remoto como siempre, y estaba segura de que lo que pensó que había visto y reconocido había estado tanto dentro de su cabeza como en los ojos de él.

-Al menos la cerveza no ha perecido -Daniel, siempre alegre, había recogido el jarro y estaba arrojándolo al aire cuando se unió a ellos.

-Maravilloso. Comeremos manzanas, cebolletas y cerveza -dijo Robert con amargura mientras también trepaba hasta la cima de la loma con Thomas, quien ahora llevaba en la mano el cubo recién vaciado de su contenido.

-Porque ella ha tenido miedo de un indio -la voz de Thomas expresaba desprecio.

-¡Más bien que vuestro perro de malos modales se ha comido el almuerzo que era para vosotros! -espetó Caroline, con los brazos en jarra.

-¡No puede echarle la culpa a Raleigh cuando fue usted quien tiró el cubo!

-Ah, ¿así que no puedo? ¡Esa bestia puede considerarse afortunada si no termina en mi olla!

-Hágale daño y...

-¡Ya basta! -rugió Matt, y Caroline se sobresaltó ante el tono de voz. Pero silenció a Thomas y al resto de ellos-. Las manzanas y las cervezas nos bastarán hasta la cena. Hemos pasado más de un día con menos. Aunque sería bueno que recuerde que tenemos poco alimento en nuestro estómago, hoy, cuando prepare la cena.

Esto último, dirigido a Caroline, no era un recordatorio demasiado sutil haciendo alusión a los inconvenientes de la noche anterior.

-Oh, esta vez prepararé lo suficiente para el ejército completo del rey, ¡puede estar seguro!

-El de Cromwell, más bien -le sonrió Matt. Fue una simple curva de sus labios que demostraban diversión, pero los ojos de Caroline se agrandaron al ver el rostro gallardo con el que se iluminaba su rostro. Cabeza redonda o no, enloquecedor o no, hombre o no, era un individuo vistoso. Si su corazón no estuviera siempre acorazado contra los hombres, estaría en peligro grave con alguien como él.

-Os dejo con la comida, entonces -musitó, arrastrando la mirada lejos de su rostro con esfuerzo.

-Tal como está -Thomas aspiró con una muestra de desdén, mientras Caroline comenzaba a bajar la colina.

-¡Caroline! -Daniel la detuvo. Lo miró por encima de su hombro inquisitivamente-. Si tienes miedo de ir a casa sola, me agradaría acompañarte.

Por las expresiones en los rostros de sus hermanos, que se volvieron a un tiempo para mirarlo, esa oferta iba a merecerle toda su burla. El recuerdo del salvaje asustó un poco a Caroline, pero Matt había dicho que era inofensivo y ella confiaba en Matt. Además, ¡preferiría hervir en aceite antes de admitir otra vez que sentía miedo ante ese grupo de insensibles!

-Gracias por su gentil oferta, pero no tengo miedo -dijo con bastante más brevedad de lo que la ocasión garantizaba, y se puso en marcha de nuevo.

-¡Caroline! -No había dado media docena de pasos cuando fue detenida de nuevo, esta vez por Matt.

-¿Qué sucede ahora? -volviéndose, frunció el entrecejo, sorprendida al ver que estaba bajando la loma hacia ella. No creía que fuera tan caballeroso como para acompañarla hasta la casa. Fue extraño cómo su pulso se aceleró con ese pensamiento.

Sus cejas se alzaron cuando se detuvo frente a ella.

-Ahora que nos ha dado a todos una muestra escasa de sus tobillos desnudos... -su tono era grave, sólo para sus oídos, y tenía un matiz de enfado que hizo empeorar el genio de Caroline aun antes de que comprendiera las palabras-. Podría pensar en aprovechar la tarde para arreglar algunos vecinos más decentes. Ese que llevaba puesto cuando llegó era casi igual revelando sus senos.

Cuando el significado de lo que dijo penetró en su mente, la espalda de Caroline se enderezó y sus ojos destellaron con indignación.

-¡El otro vestido era demasiado grande, y simplemente levanté el bajo de este para poder caminar con libertad!

-Sea como fuere -todavía se mostraba serio-, aquí en la colonia de Connecticut estamos acostumbrados a ver a nuestras mujeres con vestidos más discretos.

Entonces, antes de que Caroline pudiera dar voz a cualquiera de las muchas respuestas atroces que saltaban en su cabeza, Matt giró sobre sus talones y se alejó dando zancadas para reunirse con sus hermanos, quienes ya estaban desapareciendo por detrás de la loma.

Capítulo 11

Esa noche, después de la cena, el pequeño grupo parecía adoptar una agradable actitud hogareña, al menos en el aspecto superficial. Mientras Caroline fregaba los platos y limpiaba la cocina, muy consciente de lo ridículo que era sentir satisfacción por una tarea tan doméstica, pero no obstante disfrutándolo, los muchachos estaban sentados a la mesa haciendo su tarea a la luz de la vela. John trabajaba en lo que parecía ser un vasto número de sumas, mientras que Davey se esforzaba al máximo para escribir el alfabeto. Daniel remendaba arneses y Thomas afilaba cuchillas. Robert había recuperado el pedazo de madera del tamaño de un tronco de árbol que había decorado la habitación del frente a la llegada de Caroline, quien enseguida le había ordenado a Daniel que lo llevara al granero.

Ahora Robert estaba esculpiendo lo que dijo que sería una silla, aunque no se le parecía en absoluto, según Caroline. Matt estaba fuera, ocupado en sus quehaceres. Se había retirado inmediatamente después de la cena, y Caroline no lo había visto desde entonces. Ella no le había dicho una palabra desde el último intercambio en la colina, ni él le había hablado a ella. Y aún tenía puesto el vestido que provocara su ira. Todo el tiempo que estuvo cocinando la cena, en silencio, lo ostentaba como una insignia de independencia. Pero, si Matt lo notó en algún momento, no dijo ni una sola palabra. Habiéndose preparado para la batalla, Caroline se sentía casi decepcionada.

Ahora, mientras esparcía arena fresca por el suelo, Caroline observaba a Davey. Apretaba con firmeza el labio inferior entre sus dientes mientras se esforzaba por garabatear las letras de manera legible. A su lado un tazón dado vuelta contenía su posesión más reciente, una pequeña rana de charca. Cada tanto llevaba hacia atrás los bordes desarrapados del flequillo que se colgaba sobre los ojos y amenazaba con oscurecerle la visión. Caroline ya había pasado la tarde lavando, remendando y planchando su ropa y la de John, y estaba ansiosa por observar su apariencia mejorada cuando partieran para la escuela al día siguiente. Decidió que lo único que le faltaba era un corte de pelo. Estaba resuelta y determinada a arreglarlo.

-¡Vaya! -dijo Davey al fin, empujando el banco hacia atrás con un gesto efusivo de satisfacción.

-¡ Me has hecho hacer un borrón! -John miró encolerizado a su hermano desde el otro lado de la mesa.

-¿ Ya has terminado? -preguntó Caroline, que había reunido las tijeras, una silla y un peine. Como era de esperar, Davey no le brindó una contestación, pero el modo en que saltó de la mesa para unirse con Daniel al lado del fuego le bastó a Caroline por respuesta. -Bien -continuó como si el niño hubiera hablado-. Ahora tenemos tiempo de cortarte un poco el pelo antes de que te vayas a la cama. Y también el de John, por supuesto.

Las cabezas de ambos muchachos giraron hacia ella como si de ellas tirasen hilos invisibles.

-¿Qué? -preguntó John, con la boca abierta, mientras que Davey, mirando las tijeras y la silla que esperaban, reaccionó con más vehemencia.

-¡No quiero que me corten el pelo! -la miró amenazante y se movió con rapidez y estratégicamente detrás de Daniel mientras ella trataba de convencerlo.

-Estarás muy guapo con el cabello corto; de ese modo podrás lucir tu rostro. Y podrás ver mucho mejor. -Caroline trató de persuadirlo, acercándose con los movimientos cautelosos que un cazador habría utilizado con un conejo.

-¡No!

-Vamos, Davey... -dijo Daniel con tranquilidad.

-¿Cuál es el problema? -preguntó Robert, asomando la cabeza por la puerta de la habitación del frente, donde había estado trabajando.

-Sería mejor que deje al niño tranquilo -dijo Thomas, con hostilidad, desde la puerta, donde se unió a Robert.

Davey, intuyendo que su tío probaría ser su mejor aliado, se alejó de Daniel para bordear la habitación y acercarse a Thomas.

-Thom, no estás colaborando -lo reprendió Daniel.

-No creo que el muchacho deba cortarse el pelo si no quiere -le contestó Thomas.

Caroline, apretando los dientes, rezó para que su expresión permaneciera agradable.

-Davey, ¡seguro que no tienes miedo de algo tan insignificante como un corte de pelo! ¡No te dolerá ni un poco! -dijo Caroline.

Davey se acercó a Thomas y se pegó a su pierna como una lapa.

-¡No dejes que me toque, tío Thom! ¡La odio!

-¡David Mathieson! -Matt apareció en la puerta de la habitación de las provisiones, quitándose el abrigo y trayendo un soplo de aire frío de la noche con él. Sus ojos se apoyaron a modo de aviso en su hijo menor-. Serás cortés con tu tía Caroline, ¿me has oído?

-¡Pero, papá, me quiere cortar el pelo! -se lamentó Davey, y abandonó a Thomas para lanzarse hacia su padre. Rodeó con sus brazos la pierna de Matt de la misma manera que lo había hecho con Thomas. Matt apoyó la mano sobre la cabeza de Davey, quitando con suavidad el cabello de su frente mientras el muchacho le dirigía una mirada suplicante.

-¡A mí también! -se apresuró John a responder.

-Me parece que los dos podríais cortaros el pelo -dijo Matt.

-¡Papá! -Los muchachos respondieron en tono idéntico como si los estuviera traicionando.

-En realidad, creo que todos podríamos hacerlo -Matt miró a Caroline-. Incluyéndome a mí. ¿Cree que podrá encargarse de tantos?

-Pues... seguro que sí. -Si estaba un tanto desconcertada por la idea de efectuar una tarea tan íntima a Matt y, por supuesto, a sus hermanos, tuvo la serenidad necesaria para no dejar traslucirla.

-Bien, entonces. ¿Quién será el primero?

-¡Vamos a echarlo a suertes! -dijo John, que parecía entusiasmado de repente.

-Buena idea -Matt se introdujo en la habitación de las provisiones, donde arrancó unas pajas de la escoba que estaba allí y volvió con seis de ellas que sobresalían de su puño-. Quien tome la más corta será el primero. ¿John?

John extrajo una paja.

-¿Davey?

-¡Pero no quiero cortarme el pelo, papá!

-¡Davey!

Davey extrajo una paja.

-¿Rob?

Robert extrajo una paja.

-¿Dan?

Daniel extrajo una paja.

-¿Thom?

-¡Espera un minuto! ¡No creo que quiera cortarme el pelo tampoco!

Matt lo solucionó con una mirada. Thomas extrajo una paja.

-¿Entonces dónde está la más corta? -preguntó John, con el entrecejo fruncido. Todos levantaron su paja.

-¡Papá la tiene! -exclamó Davey con deleite, y era verdad. Matt se había quedado con la paja más corta. La contempló un momento, mostrándose un poco confundido, y entonces dirigió una mirada a Caroline, que lo estaba observando. Estaba decidida a no demostrar que se sentía un poco nerviosa.

-Siéntese entonces -dijo tan naturalmente como le fue posible, indicándole la silla que había traído Vamos allá. Y verá cómo no le duele ni un poquito.

-Usted me tranquiliza.

Caroline percibió cierta brusquedad en sus palabras. Sin duda, la perspectiva de tener a Matt a su merced, incluso para una cuestión tan insignificante como el corte de su cabello, le levantó el ánimo. Bastaba que dijera algo desagradable mientras ella tenía las tijeras en la mano y se levantaría de la silla tan calvo como un huevo.

Matt debía de haber leído su mente. Aunque se sentó por sí solo y toleró que le asegurara un paño alrededor del cuello para recoger los cabellos que caían, clavó sus destellantes ojos azules en ella.

-Si se equivoca tan sólo en un mechón, tendrá su pelo trasquilado antes del amanecer -la amenazó con un susurro.

-¿No confía en mí? -preguntó Caroline con la misma suavidad y chasqueó las tijeras de un modo que podría haber parecido que estaba bromeando.

Después los cinco Mathieson que quedaban se reunieron a su alrededor, con fascinación manifiesta en sus ojos mientras se preparaban para observar cómo esquilaban a la primera, y más temible, oveja. El intercambio furtivo de miradas entre Caroline y Matt cesó.

Recogió el peine y se situó detrás de él. Por un momento vaciló, estudiando la riqueza del cabello negro y grueso. Sus hombros y espalda empequeñecían el estrecho respaldo de la

silla, las piernas largas estiradas hacia adelante y sus brazos cruzados de forma amenazante sobre el pecho. La quijada estaba quieta, sus ojos miraban al frente. Sobre el paño prendido, su cuello se veía bronceado y fuerte. Contemplando la nuca vulnerable, donde una miríada de rizos de un color negro intenso se acomodaban con una delicadeza casi femenina, Caroline sintió una conmoción extraña y profunda dentro de sí. Durante un instante, la asaltó el impulso de pasar el dedo a lo largo de ese cuello desnudo y vulnerable. Se puso tensa ante esa simple imagen. Casi tiró el peine y se volvió. Entonces fue consciente del público interesado que la rodeaba y se esforzó por dominar sus emociones mientras lanzaba un suspiro profundo y pasaba el peine por el cabello de Matt.

Los rizos y las ondas recuperaron de inmediato su lugar, sin dejar marca alguna del paso del peine. La frente y alrededor de las orejas y cuello eran los puntos que más necesitaban un corte. Dejando el peine, el cual no ayudaba en nada, Caroline pasó los dedos con cuidado por la masa rizada. El cuero cabelludo se sentía tibio bajo su tacto. Separó los rizados mechones de cabello con la mano.

Snip. Cortó los extremos de modo que estuvieran sólo un poco más largos por debajo de su oreja derecha. Snip. Hizo lo mismo del lado izquierdo. Entonces se situó detrás de él otra vez, intentando simular que no era más grande, ni más amenazante para su tranquilidad que Davey. Enroscó los dedos en los rizos de su nuca. Aun así no podía controlar demasiado la inestabilidad de sus manos mientras estiraba el cabello separándolo del cuero cabelludo.

Era extraño que no sintiera repulsión. No sabía si era porque él no era ninguna amenaza, con o sin su público interesado, o porque controlaba la situación en su totalidad. Pero él pareció sentir que algo en la actitud de Caroline había cambiado mientras cortaba su cabello. Cuando lo rodeó para detenerse frente a él y cortar los mechones que caían sobre su frente, él levantó la vista para encontrarse con sus ojos con una mirada especulativa.

-Tú sigues, Davey -dijo. Rompiendo el hechizo así como el contacto de sus miradas al buscar a su hijo, que estaba observando con ojos grandes junto con el resto. Aun antes de que hubiera terminado, Matt se levantó de la silla, quitándose el paño de los hombros e instalando a Davey en su lugar. Aunque Matt todavía tenía algunos mechones que cortar, Caroline no protestó. Lo que había ocurrido -y no había ocurrido- dentro de su cuerpo cuando tocó a Matt necesitaba ser meditado. Lo que no debía hacer era continuar tocándolo.

Con la mente concentrada en Matt, pasó las manos con suavidad por el cabello sedoso de Davey sin pensarlo, sólo para ser recompensada con una sacudida de cabeza para alejarse de su contacto. La mirada que le brindó por encima de su hombro era sombría y demostraba aversión, y Caroline volvió a la realidad. Le cortó el cabello de un modo muy formal, intentando no sentirse herida mientras lo mantenía erguido. En el instante en que terminó saltó con un suspiro de alivio y se retiró al lado opuesto del cuarto. Era evidente que no iba a ser fácil ganarse al niño. Quizá parecía disgustarle más ahora que cuando había llegado.

Robert era el siguiente, e hizo menos trabajo para él y los otros. En media hora todos habían terminado y Matt ordenó a los muchachos que se fueran a la cama. Somnoliento pero aún resentido, Davey al principio desafió a su padre, rehusando moverse del rincón donde estaba cómodamente acurrucado. Con los puños sobre las caderas, Matt miró a su obstinado hijo, y Caroline se sobresaltó al pensar en la forma que su ira podría tomar. Por un momento los dos se miraron el uno al otro de manera desafiante. Entonces el rostro de Matt se suavizó de pronto. Se abalanzó hacia el muchacho, atrapándolo con sus manos por debajo de los sobacos y arrojándolo alto en el aire antes de atraparlo de nuevo. Riendo mientras rodeaba el cuello de su padre con los brazos y pasaba las piernas alrededor de su cintura, Davey no profirió más rezongos mientras era transportado hacia las escaleras. John sonreía mientras caminaba tras ellos y Caroline sonrió también. La intimidad de la escena enterneció su corazón. Mirándolos alejarse, admiró su propia obra en las tres cabezas atractivas y similares de cabello negro y para su sorpresa sintió un estremecimiento de orgullo totalmente

inesperado por la gallardía transparente del hombre y sus hijos. Enseguida atribuyó el sentimiento a nada más que satisfacción por un trabajo bien hecho y así evitó examinar sus emociones a fondo.

Caroline puso en orden la cocina una vez más, preparó más masa de pan para levar y se dirigió escaleras arriba. Como nadie le había dicho otra cosa, supuso que de nuevo dormiría en la cama de Matt.

Pero no iba a dormir sola. Caroline hizo ese descubrimiento mientras se metía entre las sábanas a oscuras. Sus dedos tocaron algo... ¡Y se movía! Había algo vivo allí debajo. Algo frío Y un poco húmedo Y... ¡No sería una serpiente!

Caroline saltó de la cama sin detenerse a pensar qué podía ser. Sólo el instinto reprimió un grito, junto, quizá, con el recuerdo de la forma desdeñosa con que sus chillidos habían sido recibidos el día anterior. Estremeciéndose, golpeó el pedernal con el eslabón y encendió la vela que se encontraba sobre la mesa de noche. Regresando a la cama, preparada para dar un salto tan rápido como pudiera si lo que estuviera allí lo garantizaba, apartó el cubrecama.

Desde el borde de la cama, donde habían estado sus pies, una rana saltó hacia el centro del colchón.

Por un momento Caroline la contempló. Las ranas no le causaban horror alguno en particular, ¿pero cómo diablos se había metido algo semejante en su cama? Recordó a Davey y a su mascota recién capturada.

¡Croac! La rana cantó y saltó de nuevo, esta vez aterrizando en el mismo borde del colchón. Un salto más y estaría en el suelo.

Asiendo el jarro que se encontraba en la mesa aliado de la cama, Caroline lo utilizó para atrapar a la rana. Mantendría bien guardado el jarro durante la noche y por la mañana ya sabía lo qué haría con él.

Por supuesto se lo iba a devolver a su dueño legítimo. Porque, si sus sospechas eran correctas y lo eran casi con seguridad, la rana era un regalo de Davey, destinado para enviarla chillando fuera de la casa y no regresar nunca. Debía de estar escuchando con atención en este preciso momento, esperando su grito estridente.

Una sonrisa se dibujó en sus labios. El niño tendría una espera larga y agotadora con una sorpresa al final.

Sintiéndose mejor de lo que hubiera podido imaginar veinticuatro horas antes, Caroline regresó a la cama. Esta vez su cabeza apenas había tocado la almohada cuando se quedó dormida.

Capítulo 12

Caroline esperó la oportunidad y entonces arrojó la rana en el regazo de Davey a la mañana siguiente sin que nadie se diera cuenta. Los hombres estaban sentados alrededor de la mesa, engullendo el desayuno como de costumbre. Sólo Davey parecía de algún modo no tener hambre. La había estado ojeando un tanto nervioso desde que bajó las escaleras y la descubrió, muy tranquila, revolviendo la avena como si no le importara nada en el mundo. Ella lo saludó sin mostrar signo alguno de que algo andaba mal y fue entonces cuando empezó a sentirse perturbado. Ahora, mientras los hombres se levantaban de la mesa y John se metía el último bocado de avena en la boca antes de hacer lo mismo, a Davey se le veía muy preocupado. Fue ese el momento que Caroline eligió para devolverle la rana

¡Croac! La criatura saltaba y croaba, pero la mano de Davey ya estaba ahuecada para agarrarla, sujetándola en su rodilla y en la bulla general el ruido pasó desapercibido.

Davey le lanzó una mirada de culpa. Caroline se inclinó sobre él y le susurró al oído:

-Lamento decirte que, si quieres tenerla, es mejor que no la dejes entrar en casa de nuevo. Millicent tiene bastante afición por las ranas.

Con eso Davey la miró aterrado y echó un vistazo rápido a su mano ahuecada. Caroline, manteniendo la expresión imperturbable, se irguió y descubrió que Matt estaba observando la escena con el entrecejo fruncido y una mirada penetrante.

-¿Hay algún problema? -preguntó, mientras su mirada iba desde Caroline hasta su hijo menor. Davey se sentía más culpable que nunca, pero su mano permanecía firme sobre la rana.

-Nada en absoluto -respondió Caroline con tono jovial. Podía haber jurado que la mirada de Davey le envió era casi de agradecimiento al deslizarse del banco.

-Vamos, John, no queremos llegar tarde a la escuela -recordó a su hermano apresuradamente. La mano que sostenía la rana se deslizó en el bolsillo y agarró su alfabeto. Después salió con su hermano, sobre sus talones, quejándose de su prisa.

-Nada, ¿eh? -Matt dejó de observar a sus hijos y volvió a mirar a Caroline. Ella sacudió la cabeza. Matt, aunque fruncía el entrecejo con sospecha, dejó pasar el asunto.

-Vamos a estar en el campo sur otra vez. Fue lo único que dijo mientras él y los otros se alejaban. Caroline se enderezó desde donde estaba fregando la mesa para mirarlo con seriedad, sin comprender de inmediato.

-Cuando sea la hora del almuerzo -aclaró, y entonces añadió, mientras salía- y esta vez trate de mantenerlo lejos del perro.

¡Se suponía que debía llevarles el almuerzo de nuevo! Recordando el infortunio del día anterior y considerando lo cansada que estaba ya y cuánto trabajo le esperaba por hacer además de la comida, Caroline gruñó. Pero los hombres se habían ido y no había nadie a salvo de Millicent para oírla. Así que dio al gato un platillo de leche, se sirvió los restos de la avena y miró el lado bueno de la situación: al menos le había dado a Davey algo en que pensar. Quizás la respetaría después de esto, aunque el resto de ellos no lo hiciera.

La comida que preparó fue muy similar a la del día anterior, excepto que sustituyó el jamón por carne de venado. Cuando llegó el momento de llevarla, se puso en marcha otra vez a lo largo del arroyo justo como el día anterior. Pero esta vez su paso fue más veloz y caminó del lado del arroyo que estaba más lejos del bosque, aunque esto significaba tener que vadear el barranco en su parte menos profunda. El agua estaba fría, el día era ventoso y muy pronto sintió mucho frío. Así que mientras se apresuraba, con el cubo y el jarro que la agobiaban, tenía los pies mojados y no se encontraba de muy buen humor. También estaba asustada. En realidad, no podía evitar lanzar miradas cautelosas hacia el bosque. ¿Qué haría si el indio volvía a aparecer? El mismo pensamiento la hizo temblar de miedo y supo, con la mejor voluntad del mundo, que no sería capaz de reprimir un grito.

¡Y entonces los malditos Mathieson se reirían de ella otra vez!

Estaba tan ocupada vigilando el bosque que no se dio cuenta de lo lejos que había llegado hasta que oyó el golpe rítmico de un tambor. Un himno fuera de tono que era bramado como acompañamiento confirmaba la situación. Su destino estaba al alcance de la mano.

Caroline dio un suspiro profundo, casi sorprendida al descubrir que todavía no estaba fuera de peligro. El indio no había aparecido, ni nada había saltado del bosque para devorarla... aún. Pero por supuesto no estaba segura arriba de la loma tampoco.

Con un sentimiento de alivio, trepó por la loma y los vio. Daniel y Robert estaban trabajando en el medio de la campiña. Daniel estaba cavando surcos en la tierra oscura con un arado de mano, mientras Robert, caminando detrás de él, arrojaba las semillas y volvía a poner la tierra en su lugar. En un extremo del campo Matt, cantando, manejaba un hacha, mientras Thomas empujaba el tronco de un roble gigantesco que estaban cortando. El árbol se destacaba sobre los árboles vecinos. La sombra llegaba lo bastante lejos como para bloquear la luz brillante del sol en gran parte del campo. Eso, suponía Caroline, era la razón por la cual Matt y Thomas se esforzaban tanto por derribarlo.

A pesar de lo frío del día, Matt no tenía puesta la camisa mientras trabajaba y su torso brillaba por la transpiración. Hasta en esa distancia modesta, la forma bien definida de su físico era evidente. Los músculos de su espalada y brazos se abultaban mientras balanceaba el hacha. Caroline, mirándolo, sintió una conmoción pura de apreciación femenina. Fastidioso o no, era con seguridad un hombre atractivo.

Raleigh, que por lo visto había estado explorando el bosque cerca de donde Matt y Thomas trabajaban, fue el primero que la vio. Irrumpió a través del campo con una descarga ensordecedora de ladridos que hizo que Caroline saltara en el aire. Los cuatro hombres miraron a su alrededor para ver que había provocado la excitación del perro, mientras que Caroline, incapaz de defenderse por sí misma, comenzó a retroceder de la embestida del animal. Necesitó un gran esfuerzo de voluntad para detenerse en el lugar. ¡Combatiría el temor al perro aunque fuera lo último que hiciera! Y en realidad no se había comido ni siquiera al indio; así que era muy poco probable que la devorara a ella.

-¡Ah, mirad! ¡Comida! -Daniel, distinguiendo a Caroline, lanzó un grito. Abandonando sus herramientas, Robert y Daniel fueron a su encuentro. Matt después de una ojeada, continuó cortando el árbol, aunque paró de cantar. Thomas permaneció con él. Raleigh se adelantó a todo el grupo. Saltaba sin parar alrededor de Caroline, ladrando hasta que sus oídos ensordecieron por el ruido. Esperaba que saltara sobre ella en cualquier momento y la tirara al suelo. Sosteniendo el cubo con más fuerza, se preparó para blandirlo en su propia defensa si era necesario. Era de madera fuerte unido con hierro y estaba bien cargado, ¿pero sería suficiente para alejar a ese monstruo de perro? Por supuesto, esperaba no tener que utilizarlo.

Justo en ese momento el viento sopló más fuerte e hizo que su falda ondeara. Con las manos ocupadas, no había nada que pudiera hacer para evitar que los hombres que se estaban acercando echaran un buen vistazo a ala parte inferior de sus piernas cubiertas con calcetas. Sin poder creerlo, ni Daniel ni Robert siquiera pestañearon. Sólo podía estar agradecida que la atención de Matt seguía centrada en el árbol. No estaba de humor para otra reprimenda, y de haberla recibido probablemente lo habría golpeado con el jarro.

-¡Detente, Raleigh! -A pesar de sus palabras. Daniel en particular no sonó convincente, mientras que él y Robert se reunieron con ella a la orilla del campo. Caroline no se sorprendió cuando el perro lo ignoró. Daniel hizo callar al animal otra vez cuando se acercó para tomar el cubo de su mano, mientras que Robert, en silencio, la alivio del jarro. El viento se había calmado de nuevo, como era de esperar ahora que sus manos estaban libres para sostener la falda. Manteniendo un ojo cauteloso en Raleigh, que al fin dejó de ladrar para olisquear con interés el aire al mismo tiempo que los hombres buscaban dentro del cubo, Caroline encorvo los hombros. Pro los dolores que ya la atormentaban, era evidente que su cuerpo no estaba acostumbrado al esfuerzo físico; si iba a mantener su parte del trato, tendría que endurecerse.

-¡Pan recién horneado! -Daniel parecía un niño con un juguete nuevo mientras sostenía en alto una hogaza-. ¡Y carne de venado! ¡Es una verdadera fiesta! ¿Ves, Rob? -sonaba regocijado.

-Al menos esta vez el perro no lo agarró. -respondió, Rob pero a pesar de sus palabras aceptó un pedazo de pan de Daniel y se lo metió en la boca mientras tragaba; volvió a gritar a sus hermanos, que miraron a su alrededor, hicieron señas y entonces abandonaron sus trabajo para unirse al trío. Un gran corte, parecido a una inmensa sonrisa blanquecina, había sido tajado del tronco del roble, pero aún el gigante seguía en pie. Caroline supuso que Matt y Thomas emprenderían el trabajo con energía renovada después de que hubieran comido.

-¡Eh, guardad algo! -Thomas rugió de buena manera a sus hermanos. Estaba algunos metros más adelante que Matt, su mano ahuecada alrededor de la boca para llamarlos mientras se apresuraba por el campo. Detrás de él, Matt se acercaba con un paso más pausado, con el hacha apoyada sobre el hombro.

-¡Será mejor que os deis prisa! -les gritó Robert, sonriendo mientras sacaba más pan para apiñarlo en su boca. El gesto estaba dirigido claramente para importunar a su hermano y dio resultado, ya que Thomas, con una protesta en voz alta, comenzó a correr.

Otra ráfaga de viento agarró la falda de Caroline y erizó el cabello de los hombres. Esta vez puso ambas manos al frente de su vestido cuando el borde se arremolinó hacia arriba, para poder preservar la modestia. Al hacer eso, un gran ruido desgarrador rompió el aire.

Por un momento Caroline no supo de dónde provenía. Entonces su atención se vio atraída por el roble enorme que comenzaba lentamente a inclinarse hacia el campo. El viento en sus ramas había terminado por lo visto con lo que los hombres habían comenzado con sus hachas. Observó interesada con los ojos abiertos cómo, primero con dignidad majestuosa y después abalanzándose con fuerza, cayó el poderoso árbol.

A su lado, Daniel de repente dio un grito discordante. Siguiendo su mirada horrorizada, Caroline vio la razón de su temor. Atrapado en la sombra del árbol caído, Matt, quien como Thomas había corrido a resguardarse al oír el primer crujido, había tropezado y caído. Aunque se puso casi enseguida de pie, su pierna mala lo retrasó de tal modo que no iba a poder alejarse a tiempo. Entonces, con un golpe que hizo sacudir la tierra, el árbol pegó en el suelo. Rebotó una vez y permaneció inmóvil con sus ramas temblorosas.

Cuando Caroline gritó, Daniel y Robert ya estaban corriendo hacia el lugar donde Matt había desaparecido.

Capítulo 13

-¡Matt! ¡Matt! Maldición, ¿dónde está?.

-¡Aquí! ¡Rápido, ayúdame a quitar estas ramas de aquí!

-Oh, Dios, ¿está…?

Dirigiéndose a toda carrera hacia el sitio del accidente, Caroline no fue tan veloz como Daniel o Robert. Llegaron al árbol justo un instante después que Thomas, que había estado mucho más cerca, y los tres pasaron algunos segundos agonizantes buscando a través del follaje que aún se estremecía. Ella llegó jadeando cuando lo encontraron. Daniel se puso en cuatro patas, abriéndose paso por entre las ramas enterradas en el suelo como las puntas de una horquilla mientras luchaba por alcanzar a su hermano.

-¡Está vivo! -con el grito apagado de Daniel, Caroline liberó la respiración, que ni siquiera se había dado cuenta de que estaba conteniendo-. ¡Rápido! ¡Debemos quitarle este árbol de encima! ¡Está atrapado y herido!

Robert y Thomas se habían abierto camino a través de la maraña de ramas donde Daniel, arrodillado, estaba oculto. Caroline gateó detrás de ellos, su corazón golpeando con pavor. El árbol era enorme, su peso inmenso. Sin duda Matt tenía que estar aplastado debajo de él. Por favor, Dios, que esté inconsciente, así no sufrirá tanto, pensó. Pero entonces lo oyó gemir. Si había estado inconsciente, ya no lo estaba, los sonidos graves que emitía eran de dolor.

Caroline sintió que su corazón se retorcía aun cuando alcanzó a los hombres y logró ver, a través de la cortina pesada del follaje, la cabeza negra de Matt echada hacia atrás contra la tierra del campo recién arado. Por lo que pudo distinguir, estaba tendido con las manos estiradas, sus ojos estaban cerrados, su piel tan blanca como el papel, los labios separados, mientras que esos gemidos terribles emergían de entre sus dientes apretados.

A su alrededor sus hermanos trabajaban con furia, con los rostros casi tan pálidos como el suyo mientras luchaban por mover el árbol.

-Rob, ve por el otro lado. Thom, sácalo cuando lo levantemos. Rob, cuando diga tres.

La voz de Daniel era apremiante pero con calma determinada. Contó hasta tres y él y Robert actuaron con todas sus fuerzas. El árbol apenas se movió un poco y entonces cayó de nuevo con un ruido sordo.

Matt gritó. Caroline se estremeció, levantando las manos para tomarse el pecho. Si el dolor era tan fuerte que arrancaba semejante grito de un hombre tan fuerte y estoico como Matt, tenía que ser insoportable. ¿Se estaba muriendo, aun cuando luchaban para sacarlo? Por favor, Dios, pensó, ¡por favor, no permitas que muera! Ese pensamiento la atravesaba como un cuchillo el corazón.

-¡No ha sido suficiente! ¡No he tenido tiempo de sacarlo! ¡Oh, Jesús, lo hemos lastimado más! -se lamentó Thomas. No hubo ningún otro sonido de Matt. La agonía que provocó el grito debía de haberlo atormentado lo suficiente para dejarlo inconsciente. Al menos, eso era lo que Caroline esperaba. La alternativa era inconcebible.

-¡Querido Dios, danos la fortaleza en esta nuestra hora de necesidad! -rezó Daniel en voz alta. Entonces él y Robert cobraron ánimo e, inclinándose, envolvieron sus brazos alrededor del grueso tronco, sin prestar atención a todas las ramas que raspaban y se introducían en su piel.

-¡Esperad! -Caroline trepó por la última de las ramas que la separaban de Thomas-. Te ayudaré a sacarlo -le dijo. Ni él ni sus hermanos la contradijeron. Caroline se inclinó y sostuvo a Matt por uno de los brazos, mientras que Thomas lo tomó por el otro.

-¡A las tres! -dijo Daniel. Entonces contó hasta tres y, con gruñidos de fuerza, él y Robert levantaron el árbol. Sólo algunas pulgadas; sus rostros se volvieron tan rojos como si sus corazones fueran a reventar mientras mantenían el inmenso roble levantado del suelo. Caroline tiró con todas sus fuerzas, Thomas hizo lo mismo. Matt era un hombre grande y pesado. Herido como estaba, era también un peso muerto. Parecía imposible que pudieran moverlo, pero lo hicieron. Matt se deslizó hacia delante, y entonces el árbol golpeó la tierra de nuevo.

Pero esta vez Matt no gritó. ¿No se dio cuenta o estaba más allá del dolor?

-¡Está libre! ¡Lo hemos sacado! -Robert se arrastró hacia donde estaba Caroline, empujándola a un lado con escasa ceremonia.

-¡Saquémoslo de aquí! -Daniel agarró a Matt también y los tres lo arrastraron fuera de allí. Cuando estuvo en el claro, tendido en el suelo fértil, sus hermanos lo soltaron y se arrodillaron sobre él. Raleigh se unió, olfateando ansiosamente el cabello de Matt hasta que Daniel, con una exclamación de impaciencia, lo empujó lejos. Avanzando entre la maraña de follaje, Caroline palideció cuando se acercó hasta ellos y se percató de la extensión de las heridas de Matt.

Sus ojos estaban cerrados, las pestañas eran medidas lunas oscuras y gruesas contra unas mejillas que eran tan blancas como la muerte, excepto en los lugares donde la sangre que manaba pintaba su piel de escarlata. Los rasguños cubrían su rostro y cuello y se entrecruzaban sobre el lado derecho de su pecho. Más sangre se esparcía a través de sus pantalones en una mancha cada vez más grande. Cuando Caroline miró más de cerca, se quedó sin aliento. Su pierna derecha estaba quebrada debajo de la rodilla; el extremo blanco y destrozado de un hueso, rodeado de sangre que aún fluía, sobresalía a través de la carne y los calcetines. La visión de los fragmentos mellados hizo que Caroline sintiera náuseas.

-¿Él está…? -no pudo terminar la pregunta.

-Está desmayado -respondió Daniel brevemente; sus grandes manos recorrieron con suavidad el cráneo y cuello de su hermano y entonces indagó por sus hombros y tórax-. El único daño serio que puedo encontrar es la pierna, pero eso ya es bastante malo. No se puede decir nada acerca de su parte interna. De todos modos, tendrá dolores fuertes cuando despierte. Sería mejor que lo llevemos a la casa con rapidez. Thomas, ve por el señor Williams.

-¿Es el médico? -preguntó Caroline, con voz ronca. Ver el cuerpo musculoso de Matt que yacía roto y sangrante en el barro le molestó más de lo que hubiera podido imaginar. Si muriera… Caroline estaba sorprendida por la angustia que ese pensamiento le provocaba. ¿Cómo, durante el corto tiempo que lo había conocido, había llegado a representar tanta seguridad para ella?

-El boticario. No tenemos médico en Saybrook por el momento. ¡Vete, Thomas!.

Thomas se puso de pie y corrió en dirección al pueblo. Los párpados de Matt se agitaron y gimió.

-Tranquilo, Matt -murmuró Daniel, y para alivio de Caroline Matt obedeció, sumiéndose en inmovilidad pétrea una vez más-. Necesitamos una rama para asegurar esa pierna antes de moverlo. Rob…

Pero Robert ya estaba quitando los restos de una rama gruesa que se había desprendido del roble cuando cayó.

-Toma -la entregó a Daniel, quien vaciló un momento, mirando luego a su hermano herido. Entonces Daniel observó a Caroline.

-Debemos quitarle los pantalones sin falta -dijo, adoptando un ridículo pudor, considerando las circunstancias-. Será mejor que regreses a la casa y prepares una cama para él.

-Sí. Sí, por supuesto. -Se le ocurrió a Caroline discutirle que en esas circunstancias no tendría inconveniente en ver la pierna desnuda de Matt. Pero entonces comprendió que la sugerencia de Daniel era válida. Aunque se alejó con rapidez en dirección a la casa, oyó el ruido de tela rasgada, y, segundos más tarde, otro gemido. Pobre hombre, pobre hombre, pensó, y echó a correr.

Para cuando lo trajeron a la casa, había puesto el caldero a hervir, rasgado en tiras sus mejores enaguas (eran los trapos más limpios que había en la casa, ya que no había tenido tiempo aún de lavar esas cosas) para convertirlas en vendas y preparado la cama de Matt. En uno de los baúles se encontraba el resto de las medicinas que había utilizado para asistir a su padre. Colocó al lado de la cama lo que era más probable que fueran a utilizar. Los oyó entrar y corrió a la parte superior de las escaleras justo cuando comenzaban a subir.

Apenas se percataron de su presencia mientras lo llevaban directamente al primer piso. Robert tenía las manos bajo las axilas de Matt, soportando el peso de los hombros y el pecho, mientras que Daniel se había situado con cuidado para poder sostener las caderas de su hermano. La pierna rota, unida a la rama con tiras de lo que una vez había sido la camisa de Matt, sobresalía por encima del hombro de Daniel. A pesar de su cuidado no fueron capaces de evitar golpear el pie de Matt contra la pared mientras maniobraban a través de la estrecha puerta.

-¡Oh, tened cuidado! -pregonó Caroline mientras se hacía a un lado, encogiéndose por el dolor que pudo haber sentido Matt. Pero si sintió algo, no emitió ningún sonido. Su cabeza estaba apoyada contra el pecho de Robert. Sus ojos estaban cerrados y a ella se le ocurrió que debía de estar inconsciente de nuevo. La sangre goteaba en el suelo, con un rítmico ruido apagado, desde la herida abierta de su pierna rota. Su piel estaba cenicienta. Los labios habían adoptado un tinte azulado.

-¡Seamos cuidadosos! -respondió Robert, lanzándole una mirada poco amistosa. Su hostilidad le hizo ver cuál era su lugar. Recordó que Matt era su hermano, mientras que ella no tenía ningún parentesco de sangre, sino que era sólo una extraña a quien habían aceptado con tolerancia. Esperaba que no le importara demasiado el dolor de Matt y sin embargo se maravilló al constatar que la preocupación por su sufrimiento fuera tan grande. Pero por el momento no tenía tiempo de extenderse por las ramificaciones del asunto. La necesitaban y haría lo que debía hacer.

Mientras lo bajaban con cuidado sobre el colchón, ella sumergió un pedazo de tela en la jofaina con agua hirviendo que había colocado al lado de las medicinas en la mesita de noche.

-¿Qué estás haciendo? -preguntó Daniel, frunciendo el entrecejo con cautela cuando Caroline retorció el trapo y se volvió hacia Matt. Estaba desnudo hasta la cintura, su rostro, cuello, hombros y pecho manchados con sangre. La tira rasgada en sus pantalones desde la cintura hasta las rodillas revelaba una porción estrecha del musculoso abdomen y de un muslo fuerte y velludo, que antes se mantuvo oculto por las ligaduras del entablillado, además de lo que quedaba de sus pantalones, todavía tenía puestos el calcetín y el zapato izquierdos. Este último, lleno de fango, había desparramado tierra por toda la parte inferior de la sábana.

-¿Pues qué te imaginas que estoy haciendo? Limpiando la sangre para poder determinar la verdadera extensión de las heridas.

Sin esperar respuesta, pasó el trapo por la frente de Matt llena de gotas de sudor, después lo llevó por la sien y las mejillas, limpiando con suavidad la sangre coagulada. Algunos de los rasguños eran bastante profundos, otros no tanto; esperó que no tuviera que ostentar más cicatrices faciales por culpa de este accidente. La que ya tenía, aunque no le desfiguraba, era ya un insulto suficiente para un rostro que, sin ella, habría sido perfecto para su gallardía.

Cuando apoyó el trapo sobre la mejilla llena de cicatrices, Matt volvió la cabeza para escapar de su asistencia. Persistente, ella continuó con sus esfuerzos. Matt masculló algo y para sorpresa de Caroline su mano se levantó de repente para cerrarse alrededor de su muñeca. A pesar de estar herido, tenía aún una fuerza considerable en esos dedos largos. Caroline se encontró un tanto incapaz de liberarse; no queriendo lastimarlo más, se quedó quieta. Era la primera vez que la sostenía contra su voluntad y esperó para ver si la repulsión asomaba en esa situación tan concreta. De un modo extraño, no ocurrió. ¿Porque estaba herido e indefenso o porque era Matt? Pero en ese momento no tenía tiempo de especular.

-¿Quién…? -murmuró, abriendo los ojos para buscar al dueño de la muñeca que había capturado. Caroline supuso que, en su estado de media consciencia, la suavidad femenina lo desconcertaba y la expresión de su rostro cuando su mirada se fijó en la de ella lo confirmó. Por un momento, pareció que no la había reconocido; sus ojos se entrecerraron y la mano que la sostenía se tensionó. Después su puño se relajó.

-Caroline -dijo, y cuando la identificó sus párpados temblorosos se cerraron de nuevo. La mano cayó para descansar a su lado.

-Si le haces daño… -la voz de Robert fue violenta de repente. Caroline lo miró sorprendida al escurrir el trapo por tercera vez sobre la jofaina, ahora llena de sangre.

-¿Por qué diablos le haría daño? ¿Y, dime, cómo podría hacerlo? -Estaba irritada por su demostración de odio constante. Daniel, también, ahora observaba cada movimiento como si sospechara que quisiera clavar un cuchillo entre las costillas de Matt. En realidad, ¿qué ocurría con ambos? Debían de estar confundidos cuando se trataba de mujeres, ¡y eso pensaba decirles cuando el momento fuera más propicio!

-Por supuesto que no le haría daño -dijo Daniel, serenando su expresión ante la reacción de Caroline. La mirada que dirigió a Robert contenía un mensaje que ella no pudo descifrar-. No seas burro, Rob.

El comportamiento de ambos era desconcertante, pero Caroline no tenía tiempo para reflexionar. Concentrando de nuevo su atención en Matt, limpió con mucha suavidad la sangre de su pecho. Por suerte no había heridas abiertas allí, pero los rasguños eran numerosos y estaban llenos de sangre. Las heridas más graves estaban del lado derecho, donde la piel que cubría la parte inferior de sus costillas había comenzado a amoratarse. Caroline no tocó esa zona, pues temía causarle un dolor innecesario. Un rasguño profundo debajo del pezón derecho le llamó la atención. Estaba sangrando profusamente. El pelo que

cubría su pecho le rozó los nudillos cuando intentó restañar el flujo. Con sorpresa incierta observó cuán fino y sedoso era ese vello, en absoluto áspero, como se había imaginado.

-¿Dónde está ese tonto de Williams? -Daniel habló entre dientes, haciéndola sobresaltarse. Observó que sus manos agarraban con firmeza la barandilla al pie de la cama. Y, mientras Daniel la miraba sin ocultar su preocupación, Robert se paseaba inquieto por la habitación.

La pregunta fue formulada sin esperar respuesta, como un acto reflejo. Caroline continuó limpiando poco a poco la sangre y el sudor del cuerpo de Matt, quien se movía y refunfuñaba bajo su asistencia, pero no se despertó.

Excepto por el daño interno, cuya posibilidad no podía ser excluida, la pierna derecha constituía la más severa de sus heridas. Estaba hinchada tres veces su tamaño normal, de modo que su circunferencia sobrepasaba la de la cintura de Caroline. Ella se encogió ante la inflamación horrible que ya podía ver que se esparcía sobre el muslo en la parte superior de la tabilla provisional. La sangre había empapado la camisa rasgada que unía su pierna a la rama y estaba filtrándose en una mancha cada vez más grande a través de la ropa de cama por debajo la pierna destrozada. Caroline se sentía agradecida por haber pensado en poner un lienzo de ese lado de la cama para proteger el colchón. Si el boticario no llegaba pronto, algo tendría que hacerse para restaurar el flujo de sangre de esa pierna. Pero, a menos que tuviera que hacerlo, Caroline era reacia a quitar la tabilla y de ese modo causar más dolor a Matt. Y sería casi imposible detener la sangre hasta que el hueso estuviera de nuevo en su lugar.

-¡Jesús, parece que estuviera maldito! ¿Crees que toda esa charlatanería acerca de las brujas que han estado profiriendo en la ciudad sea verdad? -Robert se detuvo al mismo tiempo que golpeaba el puño contra la palma de su otra mano.

-¡Cierra la boca! -gruñó Daniel amenazante, y por un momento se miraron el uno al otro. Entonces, echando una mirada significativa en dirección a Caroline, Robert apretó los puños y reanudó su vaivén, mientras que Caroline fruncía el entrecejo. ¡Brujas!, pensó con desdén. ¡Qué idiotez!.

-¡No está ayudando en nada que los dos discutáis! ¡Si queréis hacer algo constructivo, podéis comenzar por quitarle el zapato! ¡Está lleno de fango!

A pesar del tono de reprimenda, el interés por su hermano herido compensaba en parte la hostilidad manifiesta hacia ella. Por misóginos que fueran los hombres Mathieson, era evidente que se amaban los unos a los otros.

Robert se detuvo y tanto él como Daniel miraron con disgusto a Caroline.

-Tiene razón, no sirve de nada que discutamos -dijo Daniel después de un momento y se acercó a la cama. Mientras agarraba el talón del zapato izquierdo de Matt, Caroline recogió la jofaina y se dirigió a la puerta. Sabía que se necesitaría más agua caliente cuando el boticario llegara.

Capítulo 14

Cuando Carolina regresó unos minutos más tarde, una colcha manchada estaba apretujada debajo de los sobacos de Matt. , Su pierna entablillada permanecía cuidadosamente al descubierto y vio que le habían quitado lo que quedaba de los pantalones así como también el calcetín y el zapato. La sábana blanca hacia resaltar sus hombros morenos y fornidos. Su cabello era negro como el carbón, en contraste con la palidez grisácea de su rostro.

Cuando se aproximó a la cama, él comenzó a agitarse con intranquilidad, quejándose y sacudiéndose hasta que se libero de la colcha. Daniel volvió a poner el cobertor en su lugar mientras dirigía una mirada de soslayo a Carolina. Ella se cuidó de mantener la vista apartada; la desnudez de Matt era algo que prefería no ver. Aunque la repulsión que le causaban la mayoría de los hombres no parecía producirse en el caso de Matt, no tenía deseos de incitarla.

La sola idea de ver un órgano masculino, incluso en circunstancias tan inocentes y accidentales, hacia que se estremeciera en su interior con horror.

Las sacudidas inconscientes de Matt continuaron. Robert y Daniel corrieron a cada lado de la cama, intentando hacer lo que podían para calmar a su hermano y mantenerlo quieto para que no se provocara mas lesiones a sí mismo.

-Si el boticario no viene pronto, temo que tendremos que hacer lo que podamos sin él. Aunque solo tenemos conocimientos muy rudimentarios de medicina. Los ojos de Daniel denotaban una gran ansiedad.

-Yo tengo algo de experiencia -dijo Carolina con disgusto. Había aprendido gran parte de lo que sabía gracias a su madre: Judith Wetherby había sido una curandera reconocida, con muchos conocimientos de hierbas y pócimas. Pero todos los esfuerzos de Carolina habían sido inútiles con su padre, que se había consumido a pesar de todos sus esfuerzos. El recuerdo ahora la lastimaba. Si Matt no hubiera necesitado tanto de su ayuda, habría desterrado esos recuerdos de su mente.

Mientras respondía a Daniel, lo rodeo y colocó una mano en la frente de Matt. Adquiriendo confianza mientras su revulsión secreta permanecía acorralada, aplanó la palma de su mano contra los contornos de cráneo. La piel debajo de la palma era delicada, húmeda y tibia… ¿demasiado tibia? ¿Ya estaba subiendo la fiebre? Mechones de pelo negro y sedoso se ondulaban sobre sus dedos inquisitivos; sin pensarlo, Carolina los quito con suavidad de su camino.

Su mirada descendió desde el rostro de Matt hacia su cuerpo. Sus ojos estaban cerrados, las líneas blancas alrededor de la boca eran pronunciadas. Ambas piernas estaban ahora libres de la colcha, la cual apenas preservaba su desnudez. La pierna izquierda recta y fuerte, cubierta con vello oscuro excepto en el área alrededor de la rodilla; la rodilla estaba llena de cicatrices horribles y Carolina recordó de pronto su cojera. Entonces se le ocurrió algo terrible: era su pierna buena la que estaba quebrada de esa manera. ¿Cómo caminaría si no sanaba de forma adecuada? Instintivamente sabía que preferiría morir antes que pasar el resto de su vida recluido en una cama o atado a una silla.

-Haré cuanto pueda -dijo, y se volvió hacia las medicinas que se encontraban encima de la mesilla de noche.

Matt gimió y cuando ella lo miró sus párpados temblorosos se abrieron. Había una mirada vidriosa de dolor en sus ojos azules y sus dientes estaban apretados con tanta fuerza que el área alrededor de los labios estaba blanca, pero, aunque muy débil, no cabía duda de que estaba consciente.

-¿Estoy muy grave? -inquirió atontado. La pregunta iba dirigida a Daniel, quien se inclinó hacia él.

-Exactamente te has roto la pierna -respondió Daniel-. Tomás ha ido a buscar al señor Williams.

-Williams es… una vieja -dijo Matt, con el rostro tan pálido que Carolina temía que llegara a perder el conocimiento otra vez en cualquier momento-. Cuídame tú, Dan.

-Lo haré. No tienes que preocuparte.

El esfuerzo dejó a Matt obviamente agotado. Sus ojos se cerraron justo cuando, al fin, una conmoción repentina en la planta baja anunció la llegada de Thomas con el señor Williams. El alivio de Daniel y Robert casi podía palparse. Cuando el señor Williams, seguido por Thomas, hizo su entrada en el cuarto con aires de importancia, Carolina comprendió la inquietud de Matt. Era un hombre mayor, bajo y regordete, con cabello blanco y desordenado que se caía hasta los hombres y que enmarcaba una cabeza rosada y calva. Sus facciones eran delicadas en una cara redonda y encarnada. Su ropa, de un tejido ordinario casero dibujado al carbón, no estaba demasiado limpia. Carolina observó sus manos y se estremeció. Al igual que sus ropas, habrían mejorado mucho con una buena lavada. Su madre

siempre le había dicho que la limpieza era lo más importante en el momento de llevar a cabo una cura.

-Un cuchillo. -Eso fue lo único que el señor Williams dijo, después de dirigir a Carolina y a Daniel una mirada condescendiente y acercarse a la cabecera de la cama. Con los labios apretados, Daniel le pasó el cuchillo que había solicitado. Carolina y el resto de los hermanos observaron llenos de ansiedad como procedía a cortar las vendas que envolvían la pierna herida de Matt.

-Eso tiene mal aspecto. -El señor Williams observó, sacudiendo la cabeza ante el herido que yacía descubierta. Carolina trató de mantener la vista fija en el rostro de Matt para no mirar su horripilante miembro mutilado. Su piel tenía el color de la masilla y el sudor corría por su sien. Mientras lo estaba observando, sus ojos se abrieron de nuevo. Por un momento se encontraron con los de ella; conmovida por el dolor que vio allí, Carolina forzó una sonrisa. Matt apenas parpadeó a modo de contestación; en cambio parecía estar cobrando todas sus fuerzas. Sus ojos se apartaron de ella y se posaron sobre el señor Williams, que había comenzado a hurgar en la magulladura de su tórax.

La mano de Matt se retorcía convulsivamente, muy cerca de Carolina, amarrándose de la sábana; entonces ella cedió a algún impulso desconocido y colocó sus dedos sobre los de él. El no dijo nada, ni siquiera la miró, pero sus dedos se cerraron con fuerza alrededor de su mano.

-Las costillas están muy golpeadas, pero sanarán bastante bien. -El rostro de Matt se ensombreció cuando el boticario desvió su atención, punzando la carne demasiado hinchada alrededor del hueso sobresaliente-. Pero la pierna… esa es otra cuestión. Sería mejor proseguir sin titubeos y amputarla. Si la putrefacción se establece…

-Sólo arréglela -interrumpió Matt, hablando entre dientes. Apretó la mano de Carolina tan fuerte que la muchacha tuvo que contener una mueca de dolor. Pero en ningún momento pareció demostrar que supiera de quien era la mano a la cual se aferraba con desesperación. Su atención estaba centrada en el boticario.

-Pero si hay infección…

-¡Sólo arréglela!

-Muy bien. -El señor Williams estaba sin duda ofendido por la frialdad de la orden-. Pero le digo desde ahora que no voy a hacerme responsable de las consecuencias. -Sus ojos se movieron hacia Daniel-. Si usted lo sostiene, señor Mathieson, usted y su hermano y su otro hermano me ayudan a tirar… -Dirigió una mirada glacial a Carolina-. Sería mejor que nos dejara a nosotros ahora, señorita -por su tono era evidente que ya había oído hablar de ella, también que lo que había oído no decía mucho a su favor.

Carolina estaba demasiado preocupada por Matt para sentirse ofendida. Observó su rostro arañado, gris y cubierto de sudor, los hombros desnudos y fornidos, la horrible pierna hinchada y ensangrentado. Sus dedos apretaron la mano que sostenía con necesidad inconsciente. Comprendió que, a pesar de la sabiduría que había adquirido con tanto esfuerzo, estaba ocurriendo lo que precisamente quería evitar: una vez más había comenzado a importarle lo que le ocurría a otra persona.

Durante la última década había perdido a todos los seres que había amado: su madre, su padre y su hermana. Hasta los pocos jóvenes que le habían gustado en su adolescencia, antes de que aprendiera a proteger su corazón demasiado abierto, se habían alejado cuando aclaró que no consentiría agraciar sus camas sin el beneficio del matrimonio. Aunque había sido tan virtuosa como una religiosa, se vio forzada a reconocer que su simple presencia en los establecimientos donde su padre jugaba hacía que los hombres la consideraran una mujer fácil. Saber eso la había herido profundamente, pero había ocultado la herida detrás de una fachada arrogante y reservada. La lección que había aprendido durante aquellos años había sido simple: querer a alguien traía dolor como consecuencia inevitable. Creía que la muerte de

su padre y todo lo que había venido después habían congelado la última facultad que tenía de sentir emociones tiernas. Pero Matt… había algo en él que amenazaba derretir el hielo que envainaba su corazón. La idea le asustaba. No se abriría al dolor otra vez.

-Sí, por supuesto -dijo de forma inexpresiva, soltando sus dedos de los de él con tanto cuidado como podía. Matt la miró entonces, sus ojos nublados por el dolor y, pensó, el miedo. Su instinto le decía que él deseaba que permaneciera allí. Apretando los labios, trató de ignorar la angustia que oprimía su corazón.

Aún la miraba, pareciendo no entender que iba a abandonarlo. Sus ojos se fijaron en los de él; requirió fuerza de voluntad para apartarlos. Había sido gentil con ella, a su modo; después de todo no sería más que una justa recompensa si ella hacía lo que podía para atenuar su dolor, sin necesidad de implicar los sentimientos.

Levantó la vista para mirar al boticario.

-Tengo algo que le haría más fácil de soportar el arreglo de la pierna. Una medicina lo aliviaría en lo más difícil.

Volviéndose hacia el pequeño surtido de medicinas que había distribuido sobre la mesilla, tomó un frasco de vidrio parduzco.

-¿Qué es eso? -espetó el señor Williams con tono chillón. Carolina se preguntó que era lo que temía en realidad ¿Creía que ella tenía intenciones de envenenar a Matt? ¿El chismorreo la había calificado como una posible asesina además de ladrona?

-Ya se lo he dicho. Medicina. Lo hará dormir -vertió una dosis mientras hablaba. Daniel, Robert y Thomas la observaban con la misma cautela que el señor Williams.

-¡Espere un momento! -Este era Robert. Miró alarmado mientras Carolina se volvió hacia Matt, con el vaso en la mano-. No le permitiremos…

-Si me va a aliviar el dolor, quiero tomarlo -interrumpió Matt, alcanzando el vaso. Carolina lo colocó en su mano y, como era incapaz de sostenerlo, le ayudo a guiarlo hasta la boca. Tragó su contenido con rapidez y después se apoyo sobre las almohadas con los ojos cerrados.

Por un momento nadie dijo nada mientras que todos los ojos se fijaron en Matt.

-Si empeora por esto, la culpa será suya -dijo el señor Williams. Carolina no se sorprendió al escuchar un cierto odio en su voz. Se había resignado a esperar cualquier cosa que se pareciera a un razonamiento por parte de los hombres.

-Es algo para hacerlo dormir, nada más. -Las palabras de Carolina fueron tranquilas mientras dejaba el vaso sobre la mesa de noche y se volvía para abandonar la habitación. Cuando salió, con dignidad majestuosa, sintió que cuatro pares de ojos masculinos perforaban su espalda.

La sensación le hizo sentir picazón en la piel por la incomodidad.

Capítulo 15

El grito de dolor de Matt cuando el hueso se volvió a colocar en su sitio hizo que Carolina apretara los dientes. La medicina que le había proporcionado no era suficiente para evitarle todo el sufrimiento, y rogó para que se quedara dormido tan pronto como los momentos de mayor agonía hubieran terminado. Continuó con lo que estaba haciendo, rechazando el impulso de regresar escaleras arriba al lado de Matt. Con él estaba el boticario y sus hermanos. No la necesitaría.

Aún así, a pesar de su resolución, sus oídos estaban atentos a la partida del señor Williams mientras amasaba el pan, cubría la masa con una tela y la ponía a levar. Era extraño como había caído tan rápido en la rutina de cuidar a esta tripulación alborotadora. Ya podía hacer sus tareas sin tener que siquiera pensar en ello. La tarde ya estaba avanzada en este momento y debería estar preparando la cena. Para Matt, si no podía comer nada, un caldo

aguado sería lo mejor. Pero el resto querría una comida abundante. Su almuerzo, a menos que Raleigh o algún otro animal lo hubieran consumido, yacía olvidado en el campo.

Peló una verdadera montaña de patatas, las puso a hervir con algunos manojos de verduras y después recuperó una cortada de carne de venado del ahumadero y la colocó en el espetón sobre el fuego. Puso una porción pequeña de la carne de venado en otra olla, donde herviría para ablandarse hasta que se separara en pedazos. El líquido colado sería la cena de Matt.

Finalmente decidió que el señor Williams estaba tardando demasiado. Ya llevaba arriba casi una hora. La curiosidad pudo más que ella y dejó que la comida se cocinara mientras ascendía por las escaleras. Deteniéndose en el umbral de la habitación de Matt, inspiró horrorizada por lo que vio.

El señor Williams agarraba el brazo de Matt, sosteniendo su muñeca sobre una tazo que sujetaba Thomas, quien estaba arrodillado al lado de la cama. Los ojos de Thomas estaban apartados de la sangre color escarlata brillante que salía de la vena de Matt hacia el receptáculo. Daniel y Robert estaban apoyados contra la pared a cada lado de la cama, observando la escena en silencio. Los tres hermanos estaban casi tan pálidos como Matt, al que se veía tan blanco como un cadáver y aun inconsciente, ya fuera por el dolor o por la droga que la había dado, o por la combinación de los dos.

-¡Deténgase! -Gritó con más urgencia que tacto-. ¡No necesita sangrar! ¡Ha perdido un cubo lleno de sangre ya!

Thomas, Robert y Daniel la miraron con expresiones idénticas de sorpresa. El señor Williams se irguió, contemplándola con soberbio desdén.

-El sangrado es necesario para quitar el veneno del sistema -dijo el señor Williams, mientras continuó con lo que estaba haciendo. Con horror, Carolina miró la jofaina que yacía en el suelo al lado de Thomas. Contenía tal vez hasta medio centímetro de sangre. Por lo visto el señor Williams había considerado propicio hacer sangrar a Matt más de una vez.

-¡Si continúa con eso, lo matará! -su voz sonaba feroz y corrió al pie de la cama de Matt.

-¡Si muere, será por la pócima que usted le administró y no por cualquier cosa que yo haya hecho! -El labio del señor Williams se torció de cólera y le dio la espalda en un insulto deliberado. La sangre de Matt aun chorreaba en la taza.

-¡Daniel…! -La mirada de Carolina se desvió en una súplica desesperada al hermano que conocía mejor-. Dos onzas de sangre es la cantidad prescrita en casos como este y ha perdido mucho mas que eso solo en las manos del señor Williams. ¡Perder demasiado es siempre fatal!

-¿Y como puede una chiquilla como esta saber de estas cosas? -inquirió el señor Williams a Daniel en tono colérico.

La frente de Daniel se arrugó con preocupación. Por un momento pareció indeciso. Entonces, con una mirada a Robert, que fruncía el entrecejo con rabia a Carolina y otra a la apariencia débil de Matt, se adelantó para colocar una mano previsora en el brazo del boticario.

-No hay necesidad de sacar más, ¿no es cierto? Si había veneno en su sistema, seguramente ya ha salido.

-¿De modo que seguirá el consejo de esta… esta mujer antes que el mío? Se hará como desee, entonces, ¡y las consecuencias las pagara usted! ¡Ni se le ocurra llamarme cuando empeore! - El señor Williams se irguió, mirando a Daniel con furia, cuya mano cayó de su brazo. Pero al menos el señor Williams estaba vendando la herida que había abierto en la muñeca de Matt y el sangrado llegó a su fin. A Carolina no le importó siquiera la mirada venenosa que le lanzó el boticario mientras guardaba con brusquedad el instrumental medico en el bolso.

-No es que sigamos el consejo de ella antes que el suyo, solo que es suficiente. Hacerlo sangrar ha sido seguramente beneficioso, pero necesita tener bastante sangre para recuperarse. -El intento de Daniel de calmar al boticario furioso con humor apacible no resultó. El señor Williams, con el maletín cerrado y en mano, respondió a esto con una mirada encolerizada.

-Quisiera cobrar mis honorarios, si es tan amable -dijo con rigidez.

-Sí, por supuesto -con una frustrada inclinación de cabeza Daniel escoltó al señor Williams fuera de la habitación.

Carolina rodeó la cama, sus dedos buscando y hallando el pulso en la muñeca sana de Matt. Robert se acercó para ponerse al lado de ella, como si se interpusiera entre su hermano y el mal.

-Williams puede ser un gran tonto, pero ha hecho algo bueno: ¿qué puedes saber tú de medicina? -la pregunta de Robert fue hostil. Sus ojos, cuando ella levantó la vista para mirarlo, eran fríos.

-Mi madre era experta en las artes curativas. Aprendí lo que sé gracias a ella. -Caroline contó los latidos en silencio. El pulso de Matt era débil y lento y temía que la perdida de sangre lo hubiera debilitado en exceso.

-Es muy extraño que tu hermana no tuviera tal experiencia -era casi una burla.

Dejando la muñeca de Matt, Caroline se enderezó para observar a Robert fijamente. Aunque era algunos centímetros más bajo que Matt, aun la sobrepasaba por media cabeza. Su actitud era beligerante, sus ojos se entrecerraron con desconfianza. Carolina sintió que su genio comenzaba a enardecerse y con deliberación lo frenó.

-Elizabeth y yo éramos solo medio hermanas. Nuestro padre era el mismo, pero, mientras que su madre era de noble linaje la mía era una gitana a quien mi padre había conocido en sus viajes. Sabía mucho de hierbas, medicinas y curaciones, y me lo enseñó a mí. Ahora ¿me permitirás utilizar ese conocimiento con tu hermano, o te quedarás aquí para observar cómo muere?

A pesar de sus esfuerzos por permanecer impasible ante el ataque de Robert, la ira se deslizó en sus palabras. Pero su mirada no vaciló mientras Robert la observaba con furia. Era consciente de que Thomas se aproximaba detrás de ella, se acercaba a Robert y colocaba la mano sobre su hombro. Intercambiaron mirada y después ambos la observaron. Thomas era el más bajo, tal vez por un par de centímetros, y con su cabello color castaño y la piel delicada parecía un muchacho. Aún así, por la resolución con que mostraba su barbilla. Carolina sabía que estaba tan en contra de su interferencia como su hermano.

-No tenemos otro remedio que permitir que hagas lo posible, ya que Daniel permitió que echaras al boticario -la voz de Thomas era irritante-. Pero te lo advierto: te estaremos vigilando y, si algo impropio ocurre, lo sabremos.

Daniel regresó a la habitación entonces y se percató de la postura de sus hermanos con una mirada.

-Deberíais avergonzaros de vosotros mismos, los dos -dijo con severidad-. No os ha dado ninguna razón para que penséis mal de ella.

-Los pecados de los padres recaen sobre los hijos -replicó Robert.

-Pero el dicho no dice nada de hermanas, y en todo caso Carolina no es Elizabeth. -Las palabras de Daniel casi tan confusas como las de Robert. Lo que se estaba tornando muy evidente era que por alguna razón desconocida los hermanos de Matt habían tenido desconfianza y aversión hacia Elizabeth y sus sentimientos se trasladaban hacia ella. A Carolina le hubiera gustado hacer preguntas y descubrir que había ocurrido para que su hermana despertara tanto odio, pero por el momento eso tendría que esperar.

Matt se movió y todos los ojos se volvieron expectantes hacia él. Pero no despertó, y después de un momento fue obvio que no lo haría.

-Si uno de vosotros se quedara con él y me llamara en caso de que se despertara o pareciera que empeora, terminaré de preparar la cena.

Los tres se miraron.

-Yo me quedaré -dijo Daniel de inmediato-. Rob, será mejor que tú y Thomas volváis al trabajo. Con Matt postrado aquí, no tenemos tiempo que perder si queremos terminar con la siembra.

Aun así los dos vacilaron y, por las miradas que le dirigieron, a Carolina no le fue difícil darse cuenta de que era la culpable de su vacilación.

-¡Oh, por Dios! -exclamó, exasperada-. Si desconfiáis tanto de mí, entonces dudo que queráis probar la comida que estoy preparando. Quizá la envenene, o eché un hechizo que estoy preparando. Quizá la envenené, o eché un hechizo para convertiros a todos en asnos. No obstante -añadió con una sonrisa burlona-, eso no sería necesario, ¿no es cierto?

Y con ese disparo magistral abandonó la habitación. Momentos más tarde, el estruendo de pies en la escalera le indicó que Thomas y Robert habían dejado a Matt al cuidado de Daniel.

Capítulo 16

-¿Papá se va a morir?

Caroline estaba mojando la frente ardiente de Matt con agua fresca y levantó la vista para descubrir a John, de pie en el umbral, que estaba observándola. Era alrededor de la medianoche del día siguiente al accidente y los muchachos, ante la insistencia de sus tíos, se habían ido a la cama hacía largo rato. John tenía puesta su camisa de dormir y sus pies estaban descalzos. A la luz de la única vela que chisporroteaba en la mesilla de noche, parecía muy joven e indefenso mientras miraba con temor a su padre, que yacía inconsciente en la cama grande. El corazón de Caroline estaba afligido por él: sabía lo que era desesperarse por la vida de un padre querido.

-No, no se va a morir.

Al menos, oraba por ello. El sangrado lo había dejado muy débil y había desarrollado una fiebre violenta durante el transcurso del día, y lo pudo despertar sólo el tiempo suficiente para que tomara algunas cucharadas de caldo e ingiriera una dosis de medicina. Después de eso, había permanecido inconsciente.

Su pierna estaba muy hinchada e inflamada por arriba y debajo del nuevo entablillado más firme. Cuando había arreglado las vendas de modo tal que pudiera revisar la herida donde el hueso había empujado a través de la carne, había descubierto que todavía estaba sangrando lentamente. La pérdida de sangre era peligrosa; no se le ocurrió otra cosa mejor para ello que esparcir basilicón sobre la herida y cubrirla de la manera más firme posible con trapos limpios. Cuando después de algunas horas no apareció más sangre en la superficie de la venda, estimó -esperó- que la sangría se había detenido finalmente.

La fiebre era la amenaza principal ahora, junto con la gangrena. Si tal cosa se estableciera, no apostaría a la posibilidad de salvación de Matt, con o sin su pierna intacta. Pero no había necesidad de decirle eso a su hijo.

John estaba tan patético que le sonrió. El gesto parecía extraño, oxidado; no había sonreído con demasiada frecuencia en los últimos meses. Pero, si esperó despertar un ápice de amistad en él, no hubo ningún signo de éxito. Él no sonrió, sino que observó a su padre con incertidumbre.

-Si le doy las buenas noches, ¿piensas que me oirá?

-Oh, creo que sí.

Caroline pareció bastante más confiada de lo que se sentía. Su sonrisa se desvaneció, pero no su compasión por el muchacho. Si era un consuelo para él creer que su padre podía oírlo, ¿en qué podría perjudicarlo? Hizo señas a John para que se acercara. El se puso a su

lado; su cabeza negra y despeinada apenas llegaba al hombro de Caroline. Era tan delgado que se le veían, a través de la apertura del cuello de su camisa de dormir, los huesos del hombro presionando contra su piel.

-Buenas noches, papá -murmuró John casi de forma imperceptible y estiró un dedo tentativo para tocar la mano extendida de Matt que se apoyaba sobre la colcha.

No existió ni el más leve parpadeo como respuesta. Caroline comenzó a decir algo, cualquier cosa, para tratar de hacer que el niño se sintiera mejor. Pero, antes de que pudiera forjar las palabras, una efusión de lágrimas llenó esos ojos que ya estaban enrojecidos por el llanto.

A pesar de lo que Caroline pudiera decir, requería de un esfuerzo supremo intentar tranquilizarlo. John sollozó una vez, con un gran resuello, antes de contenerse y morderse con fuerza el labio inferior. Su dolor era tan vivo que la hirió a ella también. Instintivamente su brazo rodeó sus hombros y lo abrazó.

Pero, en lugar de responder positivamente a su esfuerzo por consolarlo, él emitió un grito apagado, la empujó con rudeza hacia un lado y, volviéndose, salió corriendo del cuarto.

Entendió esa reacción también. Recobrando la estabilidad, Caroline frunció el entrecejo cuando escuchó el golpe seco de los pies de John bajando por la escalera. En lugar de regresar a la cama, se había precipitado a la planta baja, probablemente para llorar a lágrima viva sin despertar a Davey. En su angustia necesitaba a alguien con él, pero esa persona era obvio que no tenía que ser ella.

Acomodándose la bata -tenía puesto el camisón debajo y pantuflas en los pies- caminó con cuidado por el pasillo oscuro y estrecho para dudar unos instantes delante de la puerta de Daniel. En tales circunstancias, supuso que debería haber esperado antes de vestirse para la cama. Pero el vestido que había usado todo el día estaba mugriento y manchado con sangre, y se había sentido sucia también. Cuando los hombres se retiraron se había sometido aun baño de esponja rápido en el cuarto de las provisiones, el cual, por necesidad, se había convertido en una habitación para uso propio. Después del baño deseó ponerse algo limpio y suelto y se vistió con su ropa de dormir. Trataría de dormitar lo más que pudiera en el camastro que había en la habitación de Matt.

Pero, mientras estaba allí, cambiando el peso de su cuerpo de un pie a otro delante de la puerta de Daniel, le vino a la mente que él, al igual que sus hermanos, no era su pariente de sangre sino un extraño. No imaginó en realidad que verla sólo con la bata le traería pensamientos lujuriosos, o algo peor que eso, pero así y todo...

El dilema estuvo resuelto cuando, sin previo aviso, Daniel abrió de pronto la puerta. Por un instante se quedaron boquiabiertos, mutuamente desconcertados. En la sombra profunda del pasillo, iluminado sólo por el resplandor vago proveniente del cuarto de Matt, Caroline advirtió que dormía desnudo. Por suerte, se había envuelto en una colcha antes de abrir la puerta.

Como si no pudiera recordar quién era ella, Daniel pestañeó con fuerza. Su mirada recorrió el cuerpo de Caroline y después regresó con brusquedad a su rostro. Esta vez su expresión era alerta.

-¿Matt? -Fue una pregunta concisa. Caroline sacudió la cabeza.

-Es John -susurró, consciente de que los otros dormían. No tenía deseos de despertar a nadie más-. Está abajo, llorando. Vino a ver a su padre y salió corriendo del cuarto. No querrá que yo lo consuele, pero pienso que alguien debería ir con él.

Daniel miró hacia las escaleras.

-Sí -dijo y entonces se volvió, cerrando la puerta en su cara. Caroline ya se había acostumbrado a las groserías ocasionales de los hombres Mathieson como para hacerle frente, pero supuso que quería vestirse y entonces regresó en silencio al cuarto de Matt. Su conjetura resultó ser correcta cuando, algunos momentos más tarde, oyó la puerta de Daniel abrirse de

nuevo y el ruido de sus pies, que recorrían primero el pasillo y luego descendían por las escaleras.

Saber que alguien se había encargado de John la tranquilizó. Recogiendo un mechón largo de pelo en la trenza holgada que llevaba para dormir, Caroline concentró su atención en Matt.

Yacía postrado de espaldas con los brazos extendidos a cada lado de modo que sus manos descansaban, con las palmas hacia arriba y los dedos encogidos, encima de la colcha, la cual había sido acomodada con esmero alrededor de su pierna entablillada. Sus manos, grandes y fuertes, con la piel endurecida por el trabajo riguroso, la enternecían ahora por su aspecto vulnerable. Esas manos no estaban hechas para permanecer inútiles. Un fuego llameante, encendido ante la insistencia de Caroline en un hogar que era obvio que no había sido utilizado durante mucho tiempo, mantenía la habitación caliente. Debido a ello no tenía miedo de dejar que sus brazos y hombros desnudos quedaran fuera del cobertor, ni tampoco su desnudez debajo de este, al menos no tanto en lo que concernía a su salud. Pero tenía que admitir que encontraba alarmante el hecho de preocuparse por un hombre tan masculino, aunque ese hombre fuera Matt. Los músculos que se abultaban en sus brazos, la amplitud de sus hombros, la gruesa mata de pelo que formaba una cuña hacia el centro de su pecho y la pilosidad que acompañaba sus antebrazos y piernas la dejaban algo más que un tanto intranquila si se permitía extenderse en el tema. La idea de que había algo más oculto debajo de la colcha traía consigo oleadas de incomodidad. De modo que simplemente rehusó pensar en ello. Matt estaba indefenso y bajo su cuidado, y no iba a permitir que su virilidad la influyera. Había sido gentil con ella, a su modo, y sin él su posición en esta familia estaría en serio peligro. Por esa razón y sólo por esa -y no admitía ninguna otra- merecía lo mejor de ella y lo obtendría. Además, no podía permitir que un hombre tan querido por sus hijos como lo era Matt muriera por falta de cuidados. Se le rompió el corazón ante la idea de esos muchachos sin él.

Pero mantenerlo vivo, sin mencionar salvar la pierna dañada, podría resultar ser una tarea formidable. A pesar de todo su esfuerzo por permanecer optimista, lo cierto es que Matt no tenía buen aspecto. Una pelusa azul oscura sombreaba ahora sus mejillas y su mandíbula, lo cual ella consideró que era suficiente para enfatizar la palidez de su tez. Era seguro que nadie que tuviera una complexión tan naturalmente oscura podría estar así de pálido y vivo. Lamentablemente ya no sudaba; su piel estaba caliente y seca.

Al colocar sus dedos suaves sobre la frente para evaluar el grado de calor, Caroline frunció el entrecejo y los retiró de nuevo cuando sus dedos sintieron el ardor. Si la fiebre no bajaba pronto, habría que tomar algunas medidas drásticas, a pesar del riesgo que entrañaban.

Matt no había abierto los ojos desde que el boticario le había encajado la pierna en su lugar. No podía estar segura de si estaba inconsciente o profundamente dormido por la dosis que ella le administraba con regularidad para evitar que se moviera. Su respiración, rápida y poco profunda, se asemejaba aun jadeo. Sus labios entreabiertos se movían mientras luchaba por respirar; ya estaban tan secos que habían comenzado a agrietarse.

Caroline vertió un poco de agua en una taza, sumergió su pañuelo y dejó caer unas gotas del líquido fresco entre los labios de Matt. Al principio pareció inmutable; la respiración continuaba inalterada. Pero al deslizarse el agua por su lengua la tragó sin esfuerzo y ella continuó con más ánimo. En esta situación, era muy importante mantenerlo tranquilo y tan cómodo como fuera posible. Todo lo que podía hacer era esperar a ver si la fiebre subía o bajaba.

-¿Cómo está? -Daniel habló desde la puerta, sobresaltando a Caroline. Por accidente, su mano estrujó demasiado el pañuelo, dejando caer un hilo de agua que corrió por la mejilla de Matt. Descuidando a Daniel por el momento, enjugó la cara con suavidad, pasando el trapo fresco por el contorno firme del rostro caliente de Matt. Miró de nuevo a Daniel, al mismo

tiempo que una sección minúscula de su conocimiento notó la aspereza de papel de lija en la mejilla de Matt.

-Casi igual -su respuesta fue ronca.

Daniel se había puesto los pantalones y una camisa, pero dejó esta última sin abotonar, de modo que parte de su pecho velludo quedaba a la vista. Sus pantorrillas y sus pies también estaban desnudos. Su cabello adquiría tonos de cobre viejo ala luz de la vela. Sus ojos también brillaban, aunque sólo por un momento mientras se posaron en ella. En una reacción instintiva a ese reflejo masculino inconfundible, Caroline se contempló a sí misma para descubrir que su bata se había abierto hasta la cintura, revelando el escote en pico de su delicado camisón de lino. Enseguida asió los bordes para taparse, aun así sintiendo cómo se revolvía su estómago. Necesitó un gran esfuerzo para aplacar la repugnancia que le causó su mirada apreciativa, y un esfuerzo mayor mirarlo de nuevo.

-John ha regresado a la cama. Estaba llorando cuando bajé a buscarlo. Es un chico fuerte este John. -Las palabras de Daniel eran abruptas y sus ojos se turbaron mientras se fijaban sin vacilar en el rostro de Caroline. Si habían bajado hacia su cuello una vez, instintivamente, era obvio por su expresión tenaz que no tenía intenciones de permitir semejante traspié de nuevo. Caroline sintió que parte de la tensión se alejaba. Daniel era un hombre decente, se recordó a sí misma. No había intentado nada con esa mirada y sin duda no era una amenaza para ella.

-John no debe de tener más que diez años de edad. No tendría por qué ser fuerte.

-Todos en este mundo necesitamos ser fuertes para sobrevivir... y John tiene nueve.

-Es muy alto para su edad, aunque delgado.

-Sí. Pero, por otra parte, así era Matt a su edad. Así éramos todos. Debía de tener diez u once años cuando conocí a Elizabeth (soy seis años menor que Matt) y recuerdo que ella se rió de mí porque era, como dijo, nada más que un conjunto de huesos largos.

Era la primera vez que Caroline oía que alguien mencionaba a Elizabeth de un modo casual. Por el tono de voz de Daniel, el recuerdo no era muy grato.

-Elizabeth no te agradaba, ¿no es cierto? ¿No quieres decirme por qué? Debes saber que apenas recuerdo nada de ella.

La expresión de Daniel de repente se volvió inescrutable. Era evidente que se arrepentía de haber hablado.

-Si quieres saber algo de Elizabeth, debes preguntarle a Matt. Cuando se recupere, por supuesto.

-No quisiera revivir su pena hablándole de ella.

Daniel rió, con un sonido áspero.

-Creo que no debes preocuparte por eso.

-¿Me estás dando a entender que no siente pena?

-No estoy dando a entender nada. Como te he dicho, tienes que preguntarle a Matt. -Daniel se volvió bruscamente-. Si me necesitas para algo, sólo tienes que llamarme. Tengo el sueño liviano. -Sus ojos brillaron sobre el hombro al dirigirle una última mirada-. Otro rasgo de los Mathieson.

Y entonces se fue, regresando por el pasillo hasta su propia habitación. Caroline frunció el entrecejo, escuchando cómo abría y cerraba la puerta de su alcoba. Algo andaba muy mal, en lo que se refería a Elizabeth. Pero no descansaría hasta descubrir qué era lo que sucedía.

Caroline intuyó que Matt se había despertado. Cuando bajó la vista lo encontró con la cabeza a medio levantar de la almohada. Su cuerpo estaba rígido, sus ojos abiertos y de un color azul intenso. Había un cierto temor salvaje en la profundidad de esa mirada mientras se fijaba no en ella sino en un punto más allá..

-Matt... -comenzó al tiempo que escrutaba alrededor para descubrir la causa de esa mirada despavorida. Antes de que pudiera decir más, él comenzó a gritar.

Capítulo 17

Eran unos gritos roncos y llenos de horror, en su lucha desesperada por escapar de una amenaza imaginaria. Golpeó el colchón, pateó con su pierna sana y se revolvió hasta que casi se cayó de la cama.

-¡Matt, detente! ¡Te harás daño! -gritó y se arrojó encima de él en un esfuerzo por evitar que se provocara una lesión a sí mismo-. ¡Daniel! ¡Daniel, ayúdame!

En lugar de arrojarse al suelo, Matt ahora estaba forcejeando, empujando los hombros, la espalda y las caderas de Caroline para librarse de ella, asestando golpes que dolían a pesar de su falta de fuerzas. Aunque temerosa, Caroline no lo soltó, prendiéndose con los brazos alrededor de su cuello y con las piernas atenazando la pierna sana de Matt adhiriéndose como una lapa. Su cabeza estaba sepultada en la cavidad del cuello de Matt buscando ocultar el rostro de los golpes que temía podían caer con seguridad en cualquier momento. Podría lesionarla con facilidad, y no obstante no podía soltarlo y permitir así que se hiciera daño a sí mismo.

-¡Fuego! ¡Fuego! -fue un grito ronco. Golpeó el colchón otra vez, con frenética ansiedad. Era obvio que en su delirio imaginó que la cama estaba en llamas.

-¡Matt, está todo bien! ¡No hay fuego! ¡Por favor, no! Su voz se ahogaba debido ala presión que ejercía el cuerpo de Matt sobre su boca al intentar este deshacerse de ella. Percibió el olor acre de su cuerpo febril, sintió el calor ardiente de su piel, la sedosidad del vello del pecho contra la parte inferior de su barbilla, la dureza enorme de sus músculos fortalecidos por el trabajo mientras peleaba contra el terror que lo amenazaba. El peso de Caroline no bastaría para sostenerlo. Pero la inmovilidad de su pierna entablillada y el dolor agudo que debía de estar sintiendo con sus movimientos frenéticos era suficiente para mantenerlo en la cama durante esos pocos minutos antes de que Daniel viniera.

-¿Qué, en nombre de todo lo sagrado... ? ¡Matt, por el amor de Dios! ¡Matt!

Cuando Caroline rodó despedida, Daniel sostuvo a su hermano. Pero ni siquiera él solo podía controlar la fuerza enloquecida de Matt. Afortunadamente Thomas, seguido por Robert, irrumpieron en la habitación y los tres lograron someter a su hermano.

Matt estaba aún sacudiéndose cuando Caroline vertió una dosis mayor de calmante en su garganta. Permaneció de pie, temblando y esperando a que la medicina surtiera efecto. Los tres hermanos tuvieron que sostenerlo en la cama. Finalmente la lucha amainó y entonces se tranquilizó por completo. Aun así sus hermanos lo soltaron con mucha cautela y permanecieron al lado de la cama con expresión de preocupación. A juzgar por sus caras, era evidente que temían por la vida de su hermano.

-¿Qué le has hecho? -Thomas fijó la vista en ella, con ojos relampagueantes. Sólo en ese momento Caroline se dio cuenta de que estaba desnudo. Se espantó y apartó la mirada con rapidez. Le llevó un instante concentrarse a la acusación de la cual era objeto.

-¡Qué le he hecho yo! -Se quedó boquiabierta cuando asimiló sus palabras y apenas pudo evitar observarlo con desdén. Mantuvo la vista firme en la mesita que se encontraba a su izquierda y abrió la boca para reprenderlo con severidad. Pero, antes de que pudiera echar algún reniego, Daniel intervino. No le había dado tiempo más que a quitarse la camisa y estaba vestido sólo con los pantalones. Robert había tenido la previsión de agarrar una colcha, que mantenía envuelta alrededor de su cintura. Rodeado por una bandada de hombres desnudos y semidesnudos, Caroline aún logró arder de ira.

-Por supuesto que Caroline no le ha hecho nada. -Daniel pareció ver el cuerpo desnudo de Thomas por primera vez. Sus ojos se agrandaron mientras contemplaba a su hermano-. ¡Por amor de Dios, Thom, hay una dama presente! ¡Cúbrete!

Thomas se miró y sus mejillas enrojecieron cuando tomó conciencia de su estado. Arrebató una punta de la colcha de Robert para envolverla en torno de su cintura, provocando

que su hermano perdiera el equilibrio. Robert se tambaleó y casi quedó a su vez expuesto a los ojos de Caroline. Con un tirón rápido salvó la porción de colcha que le pertenecía y sus mejillas se pusieron tan rojas como las de Thomas mientras lanzaba una mirada furtiva a Caroline para ver si lo había notado.

Aunque Robert echó una mirada de indignación a su hermano, no intentó recuperar el uso completo de la colcha. Gran parte de la ira de Caroline se disipó cuando observó a esos dos chocando uno con otro e intercambiando expresiones ceñudas al juntarse en el medio de la colcha. Esa fracción de escena muda, junto con la defensa de Daniel, enfrió su ira lo suficiente para reprimir las palabras con las que hubiera aniquilado a Thomas. La habitación de Matt no era lugar para una pelea amarga, aunque si alguno de ellos le volvía a decir semejante cosa, no dudaría en defenderse.

Una vez que su hermano estuvo decente, Daniel se volvió hacia Caroline.

-A ver si nos cuentas lo que ha sucedido.

-No lo sé. -Ignorando a los otros dos, que todavía seguían peleando por la colcha, Caroline se dirigió a Daniel-. Cuando te fuiste, se despertó. Fijaba la vista en algo detrás de mí y parecía... como asustado. Miré hacia allí, pero no había nada, al menos nada que yo pudiera ver. Entonces comenzó a gritar y a pelear, y pensé que se haría daño. De modo que intenté mantenerlo quieto hasta que llegaras en mi ayuda. Ah, y parecía creer que el colchón estaba ardiendo. No dejaba de golpearlo y dos veces gritó ¡fuego!

De repente se hizo un silencio pesado entre sus oyentes. Thomas y Robert dejaron de empujarse y los tres hermanos se intercambiaron miradas de comprensión acerca de algo que Caroline ignoraba.

-¿Qué sucede? -preguntó con tono cortante.

Pero, aunque ahora la observaban, no dijeron nada.

-Debéis decírmelo. Si no conozco la causa de su alteración, ¿cómo puedo evitar que ocurra de nuevo?

Esto provocó otro intercambio de miradas. Entonces Daniel, transmitiendo claramente una advertencia silenciosa a sus hermanos, habló.

-Matt padeció quemaduras, quemaduras severas, hace algunos años. Así fue como quedó cojo y su rostro marcado. Desde entonces ha tenido una aversión comprensible a las llamas. Siempre ha evitado tener fuego en la habitación y prefiere que los del resto de la casa se mantengan tan reducidos como sea posible. Te darás cuenta de que nunca los enciende ni los cuida él mismo, ni tampoco se acerca demasiado. Debe de haber abierto los ojos y visto el fuego en el hogar. Estaba aturdido y la visión le trajo el recuerdo de cuando se quemó. Es lógico que estuviera aterrorizado. El fuego es anatema para él.

-¿Por qué nadie me lo ha advertido? -Caroline observó el hogar donde las llamas bailaban alegremente entre una verdadera montaña de leños. Su mirada regresó a Matt, otra vez inconsciente, esperó, por la medicina. Su pecho se levantaba y los dedos se retorcían como si hasta en sueños luchara para escapar de su temor singular.

Los ojos de Daniel se desviaron por un momento hacia sus hermanos y después regresaron a ella.

-A ninguno de nosotros se nos ocurrió, supongo. Además, tiene que mantenerse abrigado. En estas circunstancias, es necesario un fuego en su alcoba.

-Podemos ocultarlo de su vista. -Había cierta aspereza en su voz mientras se movió para tirar de la esquina de un bastidor que, a juzgar el polvo que lo cubría, era obvio que no había sido utilizado desde hacía mucho tiempo. Era liviano y lo arrastró hasta colocarlo entre la cama y el fuego. Daniel corrió a ayudarle para ubicarlo en posición, y enseguida la tarea estuvo hecha.

-¿Hay alguna otra cosa que debería saber? ¿Alguna otra cosa que podría alterarlo?

-Lo único que Matt teme además del fuego es a Dios, y es difícil que Él cause problemas -Daniel le dirigió una tenue sonrisa-. ¿.Por qué no te acuestas y permites que nos turnemos para cuidarlo? No eres rival para su fuerza, en caso de que se despertara de nuevo.

Caroline observó a Matt, que yacía inmóvil excepto por la agitación ocasional de sus dedos. La cama donde dormía era bastante grande, pero la ocupaba toda, con los hombros cubriendo la mitad del colchón y los dedos de sus pies estirándose hasta el pie de la cama. Su piel era muy oscura en contraste con la sábana blanca, y su cabello, que se ondulaba y ensortijaba sobre la frente amplia, era del color del ala de un cuervo. Incluso la sombra de la barba incipiente que cubría su mandíbula y la cicatriz en su mejilla contribuían a su atractivo ya la impresión que daba de masculinidad abrumante. Caroline sabía que debería haberse sentido aterrada ante él. Pero no era así. No era un hombre tierno, ni tampoco propenso a las palabras o gestos dulces, pero instintivamente sabía que era, en el fondo, un hombre en quien podía confiar. Ya había comenzado a sentirse segura en su casa, a establecerse allí y hacerla su hogar.

Si hubiera sido otra clase de hombre, como aquel de quien había huido en Inglaterra, ¿qué hubiera hecho? La idea la hizo estremecerse.

Usaría los conocimientos que había aprendido de su madre y los utilizaría para retribuirle por todo lo que le había dado. Salvaría su vida y su pierna, si era posible.

Levantando la vista, Caroline encontró los ojos de Daniel.

-Es mejor que yo me quede con él, al menos hasta que la fiebre baje. Si tuviera lugar una crisis, la reconocería enseguida, mientras que tú o tus hermanos no.

-¿Crisis? -preguntó Robert, frunciendo el entrecejo.

Caroline lo contempló fijamente.

-La fiebre tendría que bajar pronto, o debemos hacer que baje.

-¿Y si no lo hiciera? -Thomas se había quedado quieto por fin, aunque seguía pegado a su hermano, pero había dejado de forcejear por la colcha.

-Si no lo hiciera, moriría -dijo Caroline, y su brusquedad fue recibida con tristeza en el rostro de todos.

-¿Deberíamos ir a buscar a Williams? -preguntó Robert a Daniel.

-No creo que acepte venir -la intervención de Thomas fue áspera, moviendo los ojos sarcásticamente hacia Caroline, sin dejar la más leve duda en cuanto a la razón de su escepticismo.

-Sólo lo sangraría de nuevo, debido a que ese es el tratamiento recomendado para la fiebre. Una nueva pérdida de sangre sin duda mataría a tu hermano, de la misma manera que un exceso de fiebre. -Caroline se dirigió a Daniel ahora, con tono apremiante. Era él quien tomaría la decisión y por el bien de Matt debía ser la correcta.

-¿Se te ocurre alguna otra cosa mejor para hacer? -dijo Thomas con tono mordaz a Caroline.

-Claro que sí.

-Que el cielo nos ilumine entonces.

El sarcasmo en la voz de Thomas hizo que los ojos de Caroline ardieran de ira, pero había demasiado en juego para darse el lujo de perder los estribos. Ignorando a Thomas, miró otra vez a Daniel.

-Si no comienza a sudar por sí solo y de ese modo bajaría la temperatura, entonces nosotros debemos hacerlo por él. El método más eficaz es envolverlo en sábanas mojadas y frías.

-¡Y de ese modo matarlo por los escalofríos más bien que por la fiebre! -Thomas emitió un resoplido de enojo.

-¡Eso es ridículo! -Ella lo miró indignada.

-Basta ya. -Daniel sonó un tanto impaciente. Observó a Thomas, después a Robert-. Todos sabemos que Williams no es médico. La cuestión es: ¿Puede Caroline hacer algo mejor por Matt? -miró a Caroline y sostuvo su mirada-. ¿Puedes? Nuestro hermano es muy importante para nosotros, recuerda.

-¡Si muere por lo que tú le haces, te ahorcaremos! ¡Thomas! -la reprimenda de Daniel fue cortante. Volvió la mirada a Caroline-. ¿Bien?

-No puedo garantizar que viva, cualquiera que sea la cura que se utilice -dijo lentamente, queriendo parecer tan honesta como pudiera ante la confianza que le brindaba Daniel-. Pero estoy segura de que lo que yo haré por él tendrá más posibilidades de éxito que traer hasta aquí a ese hombre detestable para que lo sangre de nuevo.

-El señor Williams es un miembro devoto de nuestra Iglesia -intervino Robert-. Mientras que tú...; no sabemos nada acerca de ti, excepto que eres la hermana de Elizabeth.

Por su tono eso estaba lejos de ser un cumplido. Los tres hermanos le contemplaron como si bien valiera la pena considerar esa explicación.

-Vuestro hermano es el padre de mis sobrinos y me ha dado un hogar. Podéis estar seguros de que haré lo mejor para él.

Si hubo alguna vez una declaración modesta, era esta. Su respuesta fría no permitía la menor sospecha sobre el estado complejo de sus sentimientos hacia Matt. Él la exasperaba, era verdad, pero la fortaleza estable de su carácter y la capacidad de ternura que yacía en su interior atraían a su espíritu herido como una llama a una mariposa nocturna. Su padre había sido encantador y divertido y la había amado tanto como era capaz de amar a alguien, pero ella había sido la más fuerte de los dos. Ella era quien había fingido, los últimos años, estar muy satisfecha con la vida que él había elegido cuando su propia alma anhelada ser respetada, para no herir su orgullo. Ella era quien había administrado el dinero cuando estaban en la abundancia, dejando prudentemente aun lado lo suficiente para atravesar el período malo que vendría sin remedio. Cuando los triunfos eran pocos, ella era quien había regateado con cocheros y posaderos para conseguir precios mejores en el transporte, el alimento y el albergue. Por fin, cuando su padre estuvo tan enfermo, ella fue quien soportó la carga de cuidarlo. Pero Matt pertenecía a una raza diferente a la de su padre alegre e irresponsable. A pesar de sus maneras a veces no tan refinadas, había formado un hogar estable para él y su familia de la materia prima de esta tierra nueva y cruel. Era quien mantenía unido al grupo y a quien cada uno recurría de manera instintiva como cabeza de la familia. Era sin duda amado profundamente por sus hijos al igual que por sus hermanos, y era merecedor de tales sentimientos. Sentía un deseo irrefrenable de envolverse ella misma en la seguridad que él representaba y lo admiraba y respetaba también. Pero no diría nada de eso a sus hermanos. Admitírselo a sí misma era todo lo que podía hacer.

Robert y Thomas la observaron con cautela. Daniel se quedó pensativo. Caroline mantenía su lugar, la mandíbula firme y la cabeza alta. Si se oponían a la ayuda que podía darle a Matt, había poco que pudiera hacer. No se arrastraría por el derecho a intentar salvarle la vida y además, aunque llamaran a Williams y este lo sangrara de nuevo, siempre existía la posibilidad de que Matt tuviera la clase de constitución que simplemente rehusara morir.

¡Por favor, Dios, que fuera así!

Daniel fruncía el entrecejo, con los brazos cruzados sobre el pecho. Estaba casi segura de que le diría a uno de sus hermanos que fuera a buscar al señor Williams. Contuvo la respiración mientras rezó en silencio. Lo cual era digno de destacar. Rezar no era algo a lo que recurriera con tanta facilidad o frecuencia. Entonces Daniel asintió, y ella respiró de nuevo.

-Dejaremos el cuidado de Matt en tus manos. Por ahora, al menos -sus ojos se dirigieron a sus hermanos-. Si fuera necesario, siempre podremos llamar a Williams.

Y en ese tono de confianza, los tres la dejaron.

Capítulo 18

A media mañana era obvio que la crisis estaba cerca. Matt estaba inconsciente, inquieto y refunfuñaba; su cabeza se sacudía de un lado a otro sobre la almohada y la piel le ardía. Pateaba todo el tiempo la colcha hasta destaparse y Caroline ya no la seguía poniendo en su sitio. Para preservar su pudor, la había cubierto con una toalla de lino sobre sus caderas. Pero, como los movimientos febriles eran cada vez más frenéticos, la toalla estaba tanto en su sitio como fuera. Después de un período inicial de apretar los dientes y apartar los ojos cada vez que sus partes masculinas de repente aparecían a la vista, Caroline podía ahora enfrentarse a su desnudez con ecuanimidad. Para su sorpresa y alivio, la repugnancia nauseabunda que tal visión debería haber engendrado en ella no se materializó. Por lo visto, hasta sus instintos comprendieron que Matt, desesperadamente enfermo y ajeno a su presencia, no era una amenaza.

Daniel había enviado a John ya Davey a la escuela, a pesar de las protestas de ambos muchachos. Caroline se alegró de que estuvieran lejos cuando Matt comenzó a jadear por falta de aire. Daniel y Thomas -este último, supuso, quería vigilarla- estaban ya en la habitación. Robert, que había salido para cortar algo de madera para el fuego, fue llamado con un grito. Caroline agradecía que hubieran preferido quedarse cerca de ella a pesar de asegurarles que los llamaría en cuanto los necesitara. La crisis había avanzado con mucha más rapidez de la que había previsto.

-Necesito cubos de agua, la más fría que podáis obtener. ¡Rápido! -les dijo a los tres, mientras intentaba tranquilizar a Matt. Robert y Thomas corrieron para cumplir la orden, mientras que Daniel permanecía a su lado. Cuando Robert y Thomas regresaron con cuatro cubos de agua helada del manantial, Caroline estaba lista. Con la ayuda de Daniel, sumergió las sábanas en los cubos hasta empaparlas. Robert y Thomas levantaron y voltearon a Matt (un procedimiento difícil debido a su pierna entablillada), mientras ella y Daniel lo envolvían en las sábanas chorreantes. Tan pronto como el calor incontenible del cuerpo de Matt absorbió el frío de la tela, la sábana se reemplazó por otra recién empapada. Matt no dejaba de murmurar y de sacudirse.

Después de un cuarto de hora, la temperatura aún continuaba subiendo. Matt gemía e intentaba empujar a Caroline y a sus hermanos con alarmante debilidad y su piel estaba tan caliente y seca que Caroline casi se desesperó.

-¡No da resultado! -Thomas habló entre dientes y sus ojos azules centellearon con animosidad al dirigirse a Caroline. , Ella sacudió la cabeza-. ¡Está empeorando!

-Caroline no dijo nada mientras envolvía una nueva sábana alrededor del cuerpo de Matt. ¿ Qué podía decir? A pesar de sus mejores esfuerzos, Thomas tenía razón en lo que decía. Después de que ayudó a Robert a bajar a Matt otra vez sobre el colchón, Thomas se irguió.

-Iré a buscar al señor Williams. Esta farsa ha ido demasiado lejos -sus ojos desafiaron a sus hermanos en caso de que discreparan con él.

En lugar de eso, Daniel lo miró preocupado.

-Sí, quizá deberías. Si lo que recomienda es la sangría, entonces eso es lo que intentaremos. Esto no está haciendo efecto.

Aunque ni su voz ni sus ojos la acusaban como lo hacía Thomas, Caroline se sintió culpable. También se sintió frustrada y temerosa. El cuerpo de Matt estaba tan caliente que las sábanas se calentaban antes de que pudieran permanecer el tiempo suficiente para bajar su temperatura. Lo que se necesitaba era algún modo de mantener agua fría en él por un período más largo.

-¡El abrevadero! -Thomas ya estaba a punto de salir cuando se le ocurrió la idea-. ¡Lo sumergiremos en el abrevadero!

Se irguió por primera vez en lo que parecieron horas con la mano sobre su espalda dolorida, tratando de relajarla. Thomas, detenido por sus palabras, se había vuelto para mirarla. Daniel y Robert la observaban también, pero sus ojos contenían más interrogantes y menos aversión.

-¡Llenaremos el abrevadero con agua del manantial y lo sumergiremos en él! ¡Es la solución, lo sé!

Matt gimió agitado. Todos los ojos se dirigieron hacia él. Tenía la piel de color escarlata a causa del calor sus labios estaban resecos y partidos. Su estado era desesperante; hasta el menos perceptivo de todos no podía equivocarse en eso.

-¡No es más que otra tontería! -dijo Thomas con repugnancia y se volvió para partir.

-¡Espera! -Daniel lo detuvo-. Lo intentaremos. Para mí tiene más sentido que sangrarlo de nuevo -su mirada se enfrentó a la de Thomas.

-Lo que tiene sentido para mí es que ella te interesa -Thomas sacudió la cabeza en dirección a Caroline. Su rostro estaba tenso de ira.

-¡Eso es mentira! -manchas rojas asomaron por un momento en los pómulos de Daniel al ponerse de pie.

-¿Lo es? -las palabras de Thomas eran casi sarcásticas.

-¡Una gran mentira, e irresponsable también! ¡Como si yo arriesgara la vida de Matt por cualquier mujer, aunque me interesara, que en lo que respecta a Caroline no es así!

-¡Estás muy dispuesto a cumplir sus órdenes!

-¡Ya basta! -Para el asombro de Caroline, Robert rugió la orden con una imitación de la voz estentórea de Matt. Excepto por él que permanecía insensible, el resto se sobresaltó y miró sorprendido a Robert.

-¿ Van a pelear en el lecho de muerte de Matt? -demandó con furia-. Porque eso es lo que provocaréis si no cesáis de inmediato. Vamos, Thom, ayúdame a llenar el abrevadero. Si eso no da resultado, entonces puedes ir por el señor Williams. Sabes tan bien como yo que no sirve mucho como médico.

Robert se acercó a la cama mientras hablaba. Thomas miró a su hermano con belicosidad al mismo tiempo que era empujado hacia el pasillo.

-Pero ella es... -La última parte de la frase de Thomas fue inaudible, lo cual sin duda era mejor para Caroline. Porque no había duda de que el "ella" se refería a su persona y el comentario iba a ser con seguridad poco halagüeño, sino completamente adverso.

Cuando Robert y Thomas -este último parecía malhumorado- regresaron un cuarto de hora después para informar que habían cumplido la orden, Matt ya no estaba profiriendo ningún tipo de sonido, ni se movía. Su respiración era rápida y poco profunda, un estado alarmante, y Caroline temía con dolor que pudieran estar perdiéndolo. Daniel se inclinó sobre él, alentándolo con palabras roncas por la emoción.

-Aguanta, Matt. Piensa en Davey y John y el resto de nosotros, y aguanta.

Caroline y Daniel ya habían armado una camilla provisional con mantas para llevarlo hasta el corral y, con los tres hombres para alzarlo, llevar a Matt hasta el abrevadero no iba a ser un gran problema. Pero al llegar tanto Daniel como Thomas parecían reacios a sumergir a Matt en el agua, cuando Caroline les dio la orden.

-¿Y su pierna? Las vendas se mojarán. -La objeción de Daniel parecía tener el propósito de observar los detalles que ya se habían considerado.

-Las vendas pueden cambiarse. ¡Bajadlo, por favor! Aunque los tres hombres parecían vacilantes, Thomas incluso parecía dispuesto a echarse atrás, bajaron el cuerpo inerte de Matt en el abrevadero, con mantas y todo, con especial cuidado de no sacudir su pierna rota. Matt era demasiado grande, por supuesto. La pierna entablillada sobresalía rígida por un extremo mientras que la otra colgaba fláccidamente del borde del abrevadero con su pie arrastrándose por el suelo. La cabeza y los hombros sobresalían por el otro extremo, Thomas se situó detrás

de él, sosteniéndole la cabeza para que no colgara, mientras que Caroline recogía agua con sus manos para derramarla sobre el cuello y los hombros. Su torso, caderas y muslos estaban casi sumergidos por completo. Caroline rogó para que esto fuera suficiente.

Excepto por la tablilla, Matt estaba completamente desnudo. El agua clara no ocultaba nada de su persona a la vista de cualquiera que tuviera ganas de mirar, lo cual Caroline no hizo. Pero a pesar de sus escrúpulos por invadir su pudor, su desnudez ya no le molestaba, como tampoco parecía ocurrir con el resto de ellos. Todos sabían que a estas alturas estaban luchando para salvarlo.

Al principio su piel continuó despidiendo un calor feroz, y Caroline casi cayó en la desesperación. Pero poco a poco, de décima en décima de grado, comenzó a enfriarse. Finalmente colocó una mano en su frente y la encontró sólo un poco más tibia al tacto. Los músculos de sus hombros se relajaron; fue apenas entonces cuando comprendió lo tensa que había estado.

-Creo que lo peor ya pasó -dijo lentamente, sus ojos dirigiéndose primero a Daniel y después a Robert y a Thomas. La observaron por un momento, Thomas con los ojos entrecerrados, Robert pensativo. Entonces Daniel prorrumpió en una sonrisa amplia.

-¡Por Cristo crucificado, lo hemos logrado! ¡Tú lo has logrado, Caroline!

Antes de que tuviera idea de lo que iba a hacer, la estrechó en un abrazo de oso, levantándola del suelo y haciéndola girar en círculo. Caroline, tomada por sorpresa, empujó sus hombros para liberarse. Estar tan cerca del cuerpo fuerte de un hombre hacía que esa repulsión familiar surgiera en su garganta; su estómago resollaba.

-¡Suéltame! -Su tono fue más cortante de lo que la ocasión requería.

Daniel se detuvo de inmediato y la bajó. Casi estremeciéndose por el disgusto, Caroline lo empujó lejos.

-Lo siento. No he querido ofenderte -dijo con calma. Caroline sabía que su reacción era mucho más severa de lo que la ofensa requería y sabía también que abatiría en su conciencia la especulación dominante en el juicio de los tres hombres, pero simplemente no pudo evitarlo. Con la mejor voluntad del mundo no podía mitigar esa aversión.

-Está bien -alcanzó a decir, aún combatiendo las náuseas internas. Sus ojos se volvieron hacia Matt-. Llevémoslo adentro.

Cuidó de no mirar a ninguno de los tres mientras hacían lo que les había ordenado.

Para cuando lo entraron en la casa, los tres hombres estaban totalmente mojados por las mantas empapadas, mientras que Caroline, que había marchado aliado de la procesión, estaba tan sólo salpicada. Una vez que hubieron acomodado a Matt en su cama -por lo visto todavía inconsciente aunque ya no tan caliente al tacto-, Daniel, Robert y Thomas se retiraron para cambiarse. Caroline se sentó en el borde de la cama y reemplazó las vendas mojadas que aseguraban la tablilla por otras secas. Una colcha plegada debajo de la pierna protegía el colchón para que no se mojara; otra que cubría a Matt hasta los hombros preservaba su pudor. Al no haber descansado durante toda la noche anterior se sentía exhausta. Después de que su pierna estuviera de nuevo vendada, se prometió una siesta. La idea de dormir la tentaba de manera irresistible.

Estaba cabeceando de sueño cuando tiró las vendas mojadas a un lado y comenzó a envolver la mitad inferior de la tablilla con otras secas. Haría el cambio por secciones; eso limitaría la posibilidad de sacar el hueso de su sitio. La pierna estaba todavía hinchada grotescamente y la herida por donde el hueso había atravesado estaba abierta y su aspecto era desagradable. Apenas capaz de levantarse por sí sola, buscó basilicón en su provisión de medicinas, lo espolvoreó sobre la herida y entonces se dedicó a acabar con el vendaje de la tablilla. Cuando estaba anudando los extremos de la venda debajo de la rodilla, oyó un ruido detrás de ella y se volvió.

Para su desaliento, descubrió al señor Williams de pie en el umbral, lanzándole una mirada feroz. Detrás de él se encontraba un hombre alto con pelo tan negro como el de Matt, vestido con el traje sobrio característico de la comunidad puritana y una mujer pequeña con un casquete blanco y un burdo vestido gris de confección casera. Los ojos de todos estaban fijos en Matt en lugar de ella y fruncían el entrecejo con interés.

Detrás de ellos estaba el pastor.

Capítulo 19

-Saboteando mi buen trabajo, ¿no es cierto? -demandó el señor Williams con furia, su barbilla regordeta temblando de fastidio mientras cruzó el cuarto airadamente hasta detenerse a su lado.

-Hija de Belial, ¿qué maldad estas haciendo ahora? - el clérigo rodeó a la pareja para seguir al señor Williams al interior del cuarto-. Pero podríamos decir que sus pecados están a punto de ser castigados. Como ve, James, es como le dije.

-Soy la hija de Marcellus Wetherby y no de Belial, quienquiera que sea. Buenas tardes, señor Miller. Señor Williams. -Caroline se puso de pie para agraciar a los recién llegados con una pequeña reverencia.

La prudencia templó su deseo de flagear a ambos con su lengua, pero no pudo controlar lo suficiente el tono satírico de su respuesta. Los dos hombres ya albergaban un gran odio hacia ella; la opinión del señor Williams le importaba poco, pero Daniel ya le había advertido a Matt acerca de hacerse enemigo del pastor. Caroline no deseaba traer problemas a la familia por no ser capaz de callarse la boca.

-Belial es el diablo -dijo el pastor muy escandalizado por su ignorancia.

Antes de que pudiera decir más, Robert apareció en el pasillo abotonándose la camisa. Su gesto ceñudo se disipó cuando dio una palmada sincera en la espalda del hombre que se hallaba en la puerta.

-Bienvenido, James. Buenas tardes, Mary.

-Acabo de regresar de Wethersfield, para ser recibido con la noticia de que Matt estaba a las puertas de la muerte. ¿Por qué no enviaron a buscarme? -inquirió James con ímpetu.

Ahora que podía observarlo bien, Caroline lo habría reconocido como otro hermano Mathieson aunque su nombre no había sido mencionado con anterioridad. Se asemejaba mucho a Matt, aunque quizás era algunos centímetros más bajos y bastante más delgado. Pero las facciones eran similares, al igual que la tez. Los ojos de James, aunque más claros, eran más grises que azules y su cabello negro tenía reflejos rojizos y era un poco menos ondulado. Carecía tanto de la cicatriz como de la cojera, con lo cual debería haber sido más guapo que su hermano, no lo era. Aunque James era sin duda un hombre muy atractivo, carecía de ese algo indescriptible que hacía que Matt fuera soberbio.

-Pues supongo que porque no se nos ocurrió hacerlo. Hemos estado un tanto ocupados, como verás. -Daniel emergió de su alcoba a tiempo para responder a esa pregunta-. Hola, Mary. - Saludó con una inclinación a la mujer, quien le sonrió. Caroline la reconoció entonces: era la mujer a quien Daniel y el capitán Rowse habían saludado cuando la escoltaban por el pueblo. Sin duda, era la esposa de James.

-Pero puedes estar seguro de que te habríamos llamado de inmediato si hubiera muerto - se burló Robert, haciendo una mueca a su hermano. Mary pareció escandalizada. James frunció el entrecejo.

-¿Debo suponer por tu actitud que Matt no va a morir? -James sorprendido, echó una ojeada al señor Williams , quien montó en cólera.

-Tal vez aún pueda evitarse, si le amputamos la pierna. -El señor Williams se tomó la atribución de responder, manoseando la carne hinchada y púrpura del muslo de Matt, arriba del entablillado. Parecía casi desilusionado ante la predicción de que Matt viviría. Caroline no

podía hacer nada para que se hiciera a un lado; Matt se movió bajo su asistencia, y supuso que debía de estar causándole un dolor terrible aun en su estado inconsciente.

-No morirá, ni perderá su pierna -dijo Caroline con firmeza a James, controlando ese impulso casi irresistible con un esfuerzo hercúleo. Se había alejado un poco de la cama cuando había hecho la reverencia, lo cual dio lugar al señor Williams para maniobrar alrededor de ella y situarse al lado de Matt. Un error, pero al menos el boticario había dejado de estrujar la pierna de Matt para tomarle el pulso, lo cual al menos no le causaría dolor.

-Eso lo decidirá Dios y no usted-. Una mirada llena de desprecio brilló en los ojos del señor Miller cuando se dirigieron a ella. Emitió una expresión de desdén. Caroline Recordó que estaba desliñada. Su cabello, el cual apenas había tenido tiempo de cepillar y mucho menos peinar, estaba con la misma trenza que usaba para dormir. Colgando hasta la cintura, la trenza era gruesa como la muñeca de un hombre, negra y brillante, pero aún así era desgraciadamente impropia para llevarla durante el día o para la vista de extraños. Para empeorar las cosas, esa mañana se había puesto el primer vestido que encontrara a mano. Siguiendo los ojos del reverendo, lo miró realmente por primera vez en meses.

El algodón blanco con lo que una vez fueron hermosos listones color cereza que guarnecía la falda y las mangas ya no era blanco: había adquirido un color amarillento por el tiempo y estaba salpicado con agua y medicinas, suciedad, y solo Dios sabía que más. Además, estaba lamentablemente arrugado. Pero estaba segura de que lo que hizo al ministro fruncir su condenado entrecejo era el corsé. Tenía un corte demasiado bajo para satisfacer la sensibilidad obstinada, anticuada y puritana del hombre. El escote oval revelaba justo la parte superior de los pechos y una insinuación de la hendidura, pero el señor Miller miraba su escote con tanto horror como si estuviera desnuda. Qué hombre tan desagradable, pensó Caroline.

-A propósito, ¿le han presentado a Caroline? -dijo Daniel a James y a Mary-. Ella es el nuevo miembro de nuestra familia.

-¿Cómo está? -le sonrió Mary. Caroline pensó que con ese rostro plácido y redondo y los ojos castaños apacibles, sin duda sería gentil. James, por otra parte, la observó con recelo y apenas inclinó la cabeza para responder a la presentación. Caroline, mientras asentía también con la cabeza, se preguntó con algo de exasperación si era innato en los hombres Mathieson desconfiar de las mujeres.

-Así que ya se ha arrastrado hasta conseguir la completa aceptación, ¿ no es verdad? -dijo el señor Miller-. No debería estar sorprendido en lo absoluto, supongo. El diablo es muy astuto.

-¡No soy el diablo! -La mirada de Caroline giró hacia el clérigo. Sus ojos se encontraron y chocaron. Pero, antes de que alguno de ellos pudiera decir más, fueron interrumpidos por una voz de origen inesperado.

-No recuerdo haberle invitado a mi casa, señor Miller.

La sorpresa hizo callar a Caroline y al resto de ellos por segundos. Entonces Caroline giró sobre sí misma. La voz áspera y débil, pertenecía a Matt. Tan solo dos horas antes habían batallado para arrancarlo del borde de la muerte.

Ahora no sólo se encontraba muy vivo sino también consciente. Sus ojos estaban abiertos y se centraban en el pastor, y el odio les confería un tono más oscuro del azul que Caroline había visto siempre.

-¡Matt! -fue un suspiro colectivo, procedente de al menos dos o tal vez tres de sus cuatro hermanos, cuando Thomas entró en la alcoba.

-He venido en calidad de representante de Dios para facilitar su paso a la vida eterna -replicó el señor Miller, moviéndose hacia la cabecera; la piedad en sus palabras no igualaba su expresión cuando observó a Matt.

-Eso es prematuro -dijo Matt, sin desviar los ojos del ministro en ningún momento. Caroline podía ver que hasta hablar con tanta brevedad era agotador para él.

-Por una buena razón, por el bien de se alma. ¡Tiene mucho de que arrepentirse antes de que pueda entrar en el Jardín de los Cielos, Ephraim Mathieson! Darle asilo a esta hija de la serpiente no puede levantar su reputación ante los ojos del señor.

-Está poniendo en peligro a un miembro de mi familia con sus calumnias, señor Miller. Tenemos leyes contra eso, usted lo sabe -la ira fortaleció la voz de Matt-. Y haré saber, a usted y a toda la comunidad, que Caroline es un miembro de mi familia. No toleraré ningún desprecio hacia ella.

Esa declaración firme templó el corazón de Caroline. Sus ojos se movieron hacia Matt con gratitud silenciosa, pero su atención se centraba sólo en el pastor.

-Así que otro ángel del infierno oscuro lo ha seducido, ¿no es así? Usted es débil Ephraim Mathieson, un objetivo fácil para los favoritos de Lucifer. ¡Su única esperanza de salvación es echar a esa mujer y su debilidad fuera de aquí!

-En lugar de eso los echaría de aquí a usted y a sus tonterías. Entiéndame, y entiéndame bien. Si divulga calumnias infundadas contra Caroline otra vez, lo llevaré ante las autoridades por la difamación de patrañas maliciosas. El castigo para eso es el azote en público, de modo que se lo advierto, señor Miller.

El pastor estaba como si fuera a padecer un ataque de apoplejía. Su rostro se enrojeció y sus ojos parecían saltar de la cabeza.

-¡Por segunda vez se atreve a amenazar a un sirviente del Señor! -Emitió un profundo suspiro y se volvió para observar a James y a Mary, con las manos extendidas como en súplica-. Temo que hemos perdido a su hermano, James. Pero usted y su estimada esposa no tienen por qué estarlo, ni sus otros hermanos, ni sus pobres sobrinos indefensos. Elevo una petición para que le vuelvan la espalda a él y a esa mujer seductora que lo lleva por mal camino y dejen que padezca las aflicciones justas que acosan al malvado con nadie más que la causa de su dolor para ayudarlo. Yo...

James se endureció, pero Mary, sacudiendo la cabeza, intervino. Con una sonrisa cortés se estiró para tomar la manga del indignado pastor y lo condujo hacia el pasillo.

-Venga conmigo abajo y le prepararé una taza de té. James y yo le estaríamos agradecidos si usted reza por la salvación de todos los de la casa, reverendo Miller. Estoy segura de que ni Caroline ni Matt están más allá del alcance de una oración por parte de un discípulo de la Iglesia tan venerable como usted. ¡Sólo piense que quizá Dios pretende que usted sea el instrumento de su salvación! Y ya conoce a Matt: puede ser muy irritable, pero no todo lo que dice es verdad. Por favor, no se ofenda.

Para el asombro de Caroline, Mary tuvo éxito en persuadir al señor Miller para que saliera de la habitación. Sus palabras sedantes se fueron desvaneciendo a medida que juntos atravesaban el pasillo y comenzaban a descender por las escaleras.

-Tu esposa es en verdad una santa, James- dijo Thomas a su hermano en voz baja, pareciendo anonadado al mismo tiempo que miraba cómo se alejaban.

-Es verdad -James se volvió para dirigirse al lado de Matt, que fruncía el entrecejo al señor Williams.

-¿Ve alguna cosa fuera de lugar? -preguntó

-Temo que la hinchazón masiva y los magullones anuncian el envenenamiento de la sangre; se lo digo de nuevo, la pierna debe amputarse.

-¡Mataré al hombre que lo intente! -Matt habló con sarcasmo contemplando al señor Williams con expresión de furia.

-¡Es la única alternativa que veo para que no muera!

-Señor Williams, mientras usted baja a reunirse con mi esposa y el reverendo Miller a tomar una taza de té, yo trataré de hacer entrar en razón a mi irracional hermano -James puso

su mano sobre el brazo del boticario y lo alejó del lado de la cama-. No hay nada que pueda arreglarse si se le fastidia, ya lo sabe. -Dijo esto ultimo en un tono más bajo, mientras que el señor Williams, con la ayuda de James, se acercaba a la puerta, pero Caroline, y sospechaba que Matt también, lo oyó. Aunque si lo hizo, no dijo nada cuando el señor Williams abandonó la alcoba con resentimiento y James regresó con una Mirada de desaprobación.

-Bien, Matt, sé que perder la pierna es duro de afrontar, pero si es necesario para salvar tu vida…-James comenzó con tono persuasivo.

-No perderé la pierna -respondió Matt con obstinación. Por la irregularidad de su voz, era evidente que estaba agotado. Caroline se dirigió al otro lado de la cama, enviándole una mirada hostil a James a través de la posición supina de Matt. Pero antes de que pudiera decir algo, Daniel habló.

-Después de hoy, tengo mucha fe en los poderes curativas de Caroline, y ella dice que no es necesario amputar la pierna. Confío en ella, James. -Las palabras de Daniel eran sosegadas.

-Lo ha sacado de una fiebre que claramente debería haberlo matado -aportó Robert-. ¿No es así, Thom?

-Sí -dijo Thomas, después de una pequeña vacilación. Aunque la única palabra que emitió tenía un toque de rencor, era de conformidad. Caroline le lanzó una mirada sorprendida y un tanto agradecida. Antes había desconfiado de ella por completo, ahora parecía como si estuviera preparado al menos para darle una oportunidad.

-Es la hermana de Elizabeth, ¿no es cierto? -dijo James, como queriendo recordarles algo.

-Medio hermana, y no he visto que haya maldad en ella -respondió Daniel con firmeza.

-¡Vuestras lenguas deben de estar atadas en el medio, para agitarse por ambos extremos de esa manera! -Este era Matt, quien frunció el entrecejo a sus hermanos mientras hablaban por encima de él.

-Si me disculpan caballeros, creo que su hermano estaría más satisfecho si continuaran la discusión en otra parte. Necesita descansar. -Tanto el gesto malhumorado como el sudor que brotaba de la frente y el labio superior de Matt provocaron la intervención de Caroline. No le haría nada bien a Matt alterarse más.

James la observó con sorpresa algo arrogante, mientras que los otros asintieron, más acostumbrados a su presencia y a su tendencia a la franqueza.

-Tienes razón, por supuesto -dijo Daniel, y con gestos que los invitaba a irse escoltó a sus hermanos fuera de la habitación. Ni siquiera James protestó, aunque no parecía muy complacido de que esa forastera, como parecía considerar a Caroline, le hubiera pedido que se fuera. Pero por suerte el cariño por su hermano era tal que se permitía anteponer el bienestar de Matt antes que su propia indignación.

-No perderé la pierna -le dijo Matt, cuando regresó a su lado con una dosis de la medicina para dormir en la mano.

-No. -Caroline se sentó en el borde de la cama a su lado y deslizó una mano por detrás de la cabeza para levantarla de modo que pudiera tragar.

-No soy un niño -dijo con irritación, y movió la mano como para sostener el vaso por sí solo. Pero estaba demasiado débil y su mano cayó-. ¿Podrías echarlo por mi garganta, en todo caso? -le pidió, mirándola como si su debilidad fuera de algún modo culpa suya.

-Te ayudará a descansar -guió el vaso hacia su boca y lo apoyó en los labios, que permanecían obstinadamente cerrados-. Bebe.

-¡No perderé la pierna! -dijo de nuevo, con firmeza, mientras se resistía a sus esfuerzos volviendo la cabeza.

Caroline, entendiendo que temía que estando dormido no pudiera defenderse contra cualquier cosa que le hicieran, le respondió con suavidad.

-Te aseguro que no hay necesidad de ello, y tus hermanos te quieren demasiado para mutilarte sin razón. No debes tener miedo de que te falte la pierna cuando despiertes.

-¿De verdad?

-Sí. Ahora, por favor, bebe esto. Si no descansas, temo que la fiebre regresará y eso podría matarte, cuando el estado de tu pierna no lo haría. Por favor.

Sostuvo el vaso en su boca una vez más. Por encima del vaso, sus ojos se fijaron en los de ella. Ardían ferozmente, con un azul límpido y brillante. Caroline temió de Nuevo el regreso de la fiebre, pero su piel, cuando levantó la otra mano para tocar la sien con suavidad, no parecía estar muy caliente.

-Prométeme que no dejarás que me amputen la pierna. -A pesar de su debilidad, logró asir la muñeca de la mano que sostenía el brebaje. La fuerza que conservaba en sus largos dedos la sorprendió.

-Lo prometo.

Se deshizo poco a poco de la presión de esos dedos férreos. A pesar de su enfermedad, ella no habría tenido la fuerza suficiente para forzarlo a soltarla si él no lo hubiera deseado. Pero lo hizo, con lentitud.

-Lo prometo -repitió, y presionó el vaso sobre sus labios. Con otra mirada intensa, abrió la boca y permitió que ella vaciara el contenido por su garganta.

-Eres un buen muchacho. -Caroline murmuró las palabras de forma automática , tratando solo de darle valor. Mientras tragaba, se estremeció por el sabor amargo. Cuando ella se puso de pie para lavar el vaso con el agua restante en la jarra y lo secó, sus ojos la siguieron. Su entrecejo tenía una expresión pensativa.

-No soy un muchacho -dijo con tranquilidad- herido o no.

-No -convino, colocando el vaso encima de la mesita de noche.

-Lo sabes perfectamente.

-Lo sé.

-Entonces ya no me tienes miedo.

Eso hizo que casi dejara caer la jofaina que había estado vaciando en la jarra con agua sucia. Al mirarlo, sus ojos se agrandaron la estaba observando como si fuera un acertijo que estaba determinado a resolver.

-Nunca te he tenido miedo. -La mentira a medias volvió torpes sus manos y tuvo que sostener la jofaina cuando casi se le volvió a resbalar de nuevo. Con los labios apretados, la colocó en su sitio en la parte inferior del lavabo antes de que pudiera revelar lo cerca que estaba su percepción del objetivo.

-Ah, sí, lo has tenido. O al menos, de que yo te tocara.

No había nada que Caroline pudiera encontrar para contestar a eso. De repente estaba muy ocupada acomodando los frascos de medicina en la mesilla de noche. Él no dijo nada durante un momento, pero ella sentía que la miraba. Finalmente no pudo soportar el escrutinio silencioso más tiempo. Volviéndose para mirarlo de frente, con los brazos cruzados sobre el pecho, lo observó a la defensiva. Pero él ya no parecía estar interesado en el tema en discusión. Sus párpados estaban cayendo sobre esos ojos que habían perdido la agudeza. De repente bostezó. Desanimada, Caroline relajó la postura beligerante. Los brazos cayeron y se cruzó al lado de su cama para arreglar la colcha, que, en el curso del examen del señor Williams, se había torcido.

-No te vayas -dijo de repente, alzando los párpados de modo que, al estar inclinada sobre él, recibió toda la fuerza de su mirada azul y brillante.

Por un momento Caroline, tomada por sorpresa, no pudo decir nada. Comprendió que en realidad estaba manifestando que la necesitaba. Su corazón cauto dio un salto y se estremeció, y ni siquiera todas sus buenas intenciones pudieron evitar que las barreras que habían erigido con cuidado para su protección se desmoronaran. Mirando a Matt, sintió un

florecimiento, algo que reverdecía como ocurre cuando la primavera llega después de un invierno frío y duro.

-No lo haré. No tengas miedo -respondió, sorprendiéndose por la ronquera de su voz. Entonces, sin querer, le sonrió.

Esta vez la sonrisa era genuina y sincera. Pero los párpados de Matt se habían cerrado y no la vio.

Por un momento lo observó como dormía, sin gustarle en absoluto lo que sentía. Como si mantenerlo a salvo fuera su responsabilidad, lo cual por supuesto no lo era. Entonces recordó a los otros y reflexionó sobre la discusión incontenible que sin duda se estaba llevando a cabo en la cocina en ese momento.

Arrastrando una silla cerca de la cama, Caroline se acomodó allí. Sus cejas se crisparon hasta juntarse en un gesto feroz. Estiró los labios en una línea recta y firme. Cruzó los brazos sobre el pecho. Sus ojos se fijaron en la puerta abierta, con una expresión tan amenazante que hasta Millicent, que se había aproximado a la silla con la intención evidente de saltar sobre su regazo, desistió y en lugar de eso se escabulló debajo de la cama, donde se agazapó, con los ojos resplandecientes y tan dorados como los de su ama.

Así preparada para la batalla, Caroline se dispuso a esperar ¡ Tendrían que pasar por encima de su cadáver antes de hacerle daño a Matt!

Capítulo 20

-¡Caroline!

Caroline había llegado al pie de las escaleras antes de que Matt la hiciera volver con un rugido. Era una semana después de la batalla por su pierna, en la cual James había sido por fin persuadido de aliarse a sus hermanos y a Caroline contra el reverendo Miller y el señor Williams, quienes en consecuencia se alejaron furiosos. Caroline se encontró totalmente aceptada por su nueva familia, al menos en lo que concernía a quehaceres domésticos, pero eso a veces era una bendición. Matt era un paciente exigente y reacio, y Caroline estaba exhausta de cuidarlo. Estar postrado no le agradaba en absoluto y esperaba que Caroline estuviera a su entera disposición, mañana, tarde y noche. Afinando los labios por la exasperación, se volvió para desandar sus pasos hacia la alcoba. Sus manos apretaban la bandeja con el desayuno intacto cuando Matt gritó por segunda vez.

-¡Caroline! ¡Por el olor, creo que el pan se está quemando! -el grito de Daniel la inmovilizó en el primer escalón. Miró en dirección a la cocina y abrió la boca para responder.

-¡Tía Caroline! ¿Hay más avena? -gritó Davey, que se había resignado a su presencia en la casa durante los últimos días. Si era por cómo cuidó a su padre, por su bondad hacia él y John o por la comida, Caroline no podía saberlo. Pero por el momento era obvio que estaba muy interesado en la comida.

-¿Podrías remendar estos antes de la misa del domingo?

Con la cabeza vuelta hacia la cocina, Caroline no vio a Robert hasta que estuvo dos escalones más arriba que ella, mostrándole un par de calcetines de lana gris con un gran agujero en un dedo.

Caroline hizo equilibrios con la bandeja, aceptó el calcetín y automáticamente dio un paso hacia abajo y al costado para que pudiera pasar.

-Es una bendición que sepas coser. Esos son mis mejores calcetines y odio que mis dedos se salgan durante la misa. El Señor podría verlos, aunque permanezcan ocultos a la vista de la gente.

Robert se dirigió a la cocina, donde le resto de la familia estaba comiendo. Caroline había llevado el desayuno a Matt, que había rehusado tomar siquiera un bocado porque le había traído té en lugar de cerveza para beber. Por consiguiente su humor no era demasiado alegre. Arrugó la nariz como protesta silenciosa por la media sin lavar.

-¡Caroline! En nombre de lo más sagrado, ¿dónde estás? ¡Trae esa bandeja otra vez aquí! -Matt rugió de nuevo.

-¡El pan se está quemando! ¡Ay! ¡Maldito sea, qué caliente está! -gritó Daniel.

-¡Tengo hambre! -se lamentó Davey.

¡Guau! ¡Guau! Apareció la contribución de Raleigh al caos general. ¿Raleigh? ¿En la casa? Haciendo malabares con la bandeja y el calcetín, Caroline encomendó mentalmente a Matt al diablo y se apresuró en dirección a la cocina, desde dónde los ladridos provenían con toda seguridad. ¿Qué estaba haciendo en la casa ese perro maldito?

De pie en el umbral, lanzó una mirada rápida y escrutadora alrededor.

-¡Ay! ¡Gracias a Dios! ¡Caroline, el pan se está quemando y me he quemado la mano al tratar de sacarlo! -Daniel estaba de pie al lado del hogar, chupándose un lado de la mano como un niño que se ha lastimado.

-¡Tía Caroline, el tío Thom se ha comido toda la avena y yo todavía tengo hambre! -Davey, sentado con John y Thomas a la mesa, estaba desconsolado.

-Puedes tomar un poco de la mía si cierras la boca -John empujó su tazón hacia Davey.

-¡Quiero la mía!

-¡Yo no me he comido toda la avena! -dijo Thomas, quien sonó casi tan infantil como Davey.

-¡Claro que sí! ¡Mira esto, más vacío no podría estar! ¡Y yo no he comido más que un bocado! -Robert, escudriñando el interior de la olla, la inclinó hacia ellos para confirmar su declaración.

-El pan... -Daniel gesticuló con desesperación hacia el horno de ladrillo en forma de cúpula que se hallaba a un lado del hogar, con la mano que le quedaba libre.

-¡Caroline! -Desde arriba, Matt todavía seguía llamándola a gritos.

¡Guau!

-¿Dónde diablos está ese perro? -La pregunta estalló desde su boca. Colocando la bandeja en la silla más cercana con estruendo y dejando caer el calcetín al suelo. Caroline saltó hacia el horno agarrando un trapo en el camino y abrió la puerta de hierro justo a tiempo para rescatan un par de hogazas ligeramente más cocidas.

-¡Se han quemado! -pregonó Davey.

-La tía Caroline hará más -lo consoló Daniel.

-Preferiría que hiciera más avena -murmuró Robert.

-Deberíais bajar a tiempo, si queréis un poco -dijo Thomas

¡Guau! ¡Guau!

Observando con furia alrededor mientras Raleigh, que parecía satisfecho, ladró otra vez, Caroline perdió el leve dominio que había conseguido para mantener la tranquilidad.

-¿Dónde está ese perro?

Sin esperar una respuesta, corrió hacia el cuarto de las provisiones, el cual por necesidad se había convertido en su alcoba. Eso no significaba que hubiera tenido mucho tiempo para dormir en él, por supuesto, ya que estuvo cuidando a Matt y atendiendo las necesidades interminables del resto de la familia también. Contra toda lógica, le había parecido que los ladridos venían de allí. Con seguridad la criatura no podía estar en su habitación...

Abrió la puerta de par en par. Sus ojos se agrandaron cuando observó horrorizada el panorama que se ofrecía ante ella. La puerta que daba al exterior estaba abierta; la luz grisácea del amanecer proporcionaba la iluminación suficiente para revelar la figura enorme de Raleigh en el centro del camastro que se había preparado para ella en un rincón. Estaba medio agazapado, con las patas delanteras derechas contra el colchón, con el trasero y la cola que ondulaba como loca en el aire ¡mientras sacudía con los dientes una de sus mejores botas!

-¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera! -gritó, agarrando una escoba de un rincón de la cocina y corriendo a la habitación. Su bota, de fino cuero negro con un tacón alto y delicado, parecía bastante mordida- ¡Fuera, bestia ignorante! ¿Quién dejó la puerta abierta para que este animal pudiera entrar?

Raleigh, contento con este nuevo juego, saltó de la cama cuando ella fracasó en el intento de golpearlo y corrió, ladrando con furia, alrededor de la habitación. Millicent, que había estado acurrucada delante del fuego en la cocina, lanzó una mirada a su Némesis y pasó con velocidad hacia las escaleras. Avistándola, Raleigh salió en su persecución con un salto y una descarga de ladridos ensordecedores.

-¡Sacad a ese animal de esta casa! -Con la escoba levantada de forma amenazante, Caroline corrió detrás del enorme animal cuando saltó por las escaleras en persecución clamorosa de Millicent, que huía-. ¡Maldito perro! ¡Vete, vete, vete!

Millicent ganó la parte superior de las escaleras y se lanzó hacia la habitación de Matt, ya que era la única puerta abierta. Detrás de ella, raspando las uñas en el piso de tablones, apareció Raleigh en plena persecución. Al igual que Millicent, entró a través de la puerta abierta.

-¡En el nombre de...! -la protesta apagada de Matt finalizó en un grito.

-¡Fuera!, ¡Fuera!, ¡Fuera! -Agitando la escoba, Caroline irrumpió por la puerta justo cuando Raleigh, con todo su peso, saltó hacia la cama de Matt. Una raya negra y siseante saltó del colchón y desapareció debajo de la cama. Caroline, indignada, blandió la escoba sobre el fornido perro. Este saltó de la cama en persecución del gato justo antes de que la escoba se hubiera acoplado a su trasero sarnoso. En lugar de eso Caroline terminó golpeando el colchón. Por suerte, justo le erró a Matt, quien se agazapó ante tanta furia vengativa y levantó los brazos para proteger su cabeza.

-¡Detente de una vez! ¡Caroline, ya basta! ¡Raleigh, siéntate! ¡Maldito gato fastidioso!.

-¡No te atrevas a culpar a Millicent de este... este desastre! -Caroline chilló, utilizando la escoba para hacer salir al perro de debajo de la cama, donde se había metido en persecución del gato. Lamentablemente hizo salir a Millicent también. El gato corrió alrededor del cuarto con Raleigh, que ladraba de manera ensordecedora, detrás de ella. Caroline, esgrimiendo la escoba e ignorando lo que golpeaba, aporreaba el suelo y los muebles mientras perseguía al perro galopante. Un golpe salvaje en particular dio en el lavabo, provocando que la jofaina y la jarra se tambalearan, y antes de que pudiera atraparlas se estrellaron contra el suelo, haciéndose añicos. Chillando de furia, Caroline al fin consiguió sacudir al inmenso animal, el cual, profiriendo un aullido, saltó a su lado en una arremetida hacia la puerta y la golpeó provocando que cayera sobre la cama.

-¡Mataré a ese perro maldito! -jadeó Caroline sobre el pecho de Matt. Con escoba y todo, se había caído sobre él, quien la sostenía por los brazos para evitar que se levantara. Su pecho se movía. ¿Lo había herido? Levantó la mirada, frunciendo el entrecejo con interés, ¡para descubrir que ese diablo irritante se estaba riendo de ella!

-¡Ha golpeado a Raleigh!

-¡Ven aquí, Raleigh! ¡Ven aquí, muchacho! ¡La tía Caroline no ha querido hacerlo!

-¡Nunca lastimaría a ese gato!

-¡Si no hubieras actuado de forma tan precipitada...!

-¡Sería hora de que dejaras de actuar como si Raleigh fuera algún tipo de bestia salvaje.

Como un coro griego, los cinco hombres Mathieson se amontonaron en la puerta, expresando sus opiniones y enviando a Caroline miradas de desaprobación sin límite. Caroline se puso tensa mientras Matt la sujetaba por los brazos con fuerza.

-¡Te odio, tía Caroline! ¡Te odio!

Esa fue la última gota. La mañana completa había sido un desastre, ¡y todavía no era siquiera de día! Había trabajado hasta más no poder atendiendo a esa banda desagradecida,

limpiando, cocinando, remendando y curando, ¿y qué obtenía por ello? Un zapato mordido y a Davey diciéndole que la odiaba! Caroline sintió el aflujo caliente de las lágrimas. Pestañeando con desesperación, intentó forzarlas a retroceder, pues tenía un miedo terrible a hacer el ridículo delante de todos.

-Aguanta ahora -susurró Matt en su oído-. Davey, podrás excusarte con tu tía más tarde. De momento, es hora de que tú y tu hermano os vayáis a la escuela. Sabes que tu tía no ha hecho a Raleigh. ¡Pues la excede en peso por más de seis buenos kilos! Daniel, acompáñalos a la escuela ¿quieres? Y tú, Rob y Thom, marchaos también.

-¡Pero papá...!

Caroline sentía que todos los ojos estaban encima de ella, pero rehusó mirarlos. En lugar de eso escondió la cabeza para ocultar las lágrimas incipientes y se encontró con el rostro presionado contra los músculos duros y tibios del pecho de Matt. Era todo lo que podía hacer para evitar un sollozo. Las manos de Matt la sostenían con fuerza por la parte superior de sus brazos, aunque no le hacían daño.

-Marchaos ya. Todos. Daniel, cierra la puerta.

Daniel debió de percibir que algo andaba mal, sin duda; con ella tendida boca abajo e inmóvil encima de Matt, este diciendo que los dejaran solos y que cerraran la puerta, sería difícil pensar de otra manera. Daniel escoltó a sus sobrinos y a sus hermanos fuera de la habitación sin comentarios. Cuando oyó el golpe de la puerta cerrándose detrás de ellos, los hombros de Caroline se aflojaron. El abrazo de Matt se suavizó, volviéndose más confortante que aprisionante.

-Vamos, llora si quieres. Tu secreto de culpa está seguro conmigo.

Sus palabras, suaves y apenas provocativas, se dirigieron por encima de su cabeza, ya que su rostro estaba enterrado aún en su pecho.

-Nunca lloro. -La protesta se amortiguó y luego se estropeó por completo con carraspeo lagrimeante.

-Eso me has dicho.

-He roto la jofaina y la jarra.

-Se pueden reponer.

-Y el pan se ha quemado.

-Todos hemos comido pan quemado antes. Si cortas las peores partes, no es tan malo.

-Y no he hecho suficiente avena.

-Bueno -dijo y ella pudo oír el humor entrelazando las palabras-, de eso deberías estar avergonzada.

La estaba fastidiando, lo sabía, pero no podía evitarlo a pesar de sus mejores esfuerzos, estalló en fuerte llanto.

Capítulo 21

-Bueno, ya. ¡Sólo estaba bromeando! ¡Quería hacerte reír, no llorar!

A pesar de la promesa de Matt y de su propia mortificación, Caroline no pareció controlar el flujo de lágrimas. Tragó y sollozó, llorando hasta que no pareció quedar una gota de agua en ninguna parte de su cuerpo. Después de algunos intentos fútiles, Matt se resignó a tratar de persuadirla para que detuviera su llanto. En lugar de eso sus brazos la rodearon y se estableció con más comodidad contra él mientras desahogaba todas las penas contenidas de los últimos dos años. Ni siquiera se le ocurrió que él era un hombre y que estaba desnudo debajo del cubrecama. En esa explosión de lamentos, era simplemente Matt.

-Está todo bien entonces, mi amor. Adelante, llora. -El murmullo de Matt hizo que Caroline se acurrucara aún más. Las manos encontraron sus hombros y se asieron de ellos, y se colgó de él como si fuera a salvarle la vida.

Lo que le había dicho era verdad. Ella nunca lloraba. Nunca le había parecido que eso tuviera mucho sentido. Su padre, tan querido, no había tenido paciencia ni sentimentalismo femenino, y aun cuando era una niña Caroline había aprendido a no llorar enfrente de él. Al morir su madre cuando tenía doce años, no había quedado nadie en el mundo a quien Caroline pudiera recurrir para llorar. Por consiguiente, había aprendido a guardar las lágrimas para sí. Pero algo, quizás el dejar de sentir miedo, o la nueva seguridad que había encontrado, o sólo el Señor sabía qué, había sacado a la luz años de penas acumuladas. Por su vida, no podía parar de llorar.

Tal vez era saludable. Pero, si a Caroline se le hubiera cumplido su deseo, habría desahogado sus aflicciones en cualquier otra parte menos en el pecho de Matt.

Pero si los deseos fueran caballos, entonces los mendigos montarían. Caroline no obtuvo su deseo. Lloró en brazos de Matt h asta que estuvo segura de que ninguna lágrima más aparecería. Entonces lloró un poco más.

-Ya, mi amor. Ya, está bien. -Era evidente que había tenido alguna práctica en el trato con las lágrimas. Le dio palmadas sobre su espalda, y ella sintió su mano tibia hasta a través de las capas de su vestido de seda azul y la muda subyacente. Alisó el cabello oscuro y enredado de su rostro caliente y mojado, mientras le murmuraba palabras de consuelo y le permitía llorar.

Confundida, Caroline se maravilló por su experiencia, entonces se dio cuenta con un hipo que era probable que estuviera tratándola exactamente como trataría a Davey con cinco años de edad en un caso similar.

-¡No soy Davey! -Su protesta indignada se amortiguó bastante debido a un sollozo estrangulado.

-Créeme, soy muy consciente de eso.

Había una cierta sequedad en su voz que trascendió a ella después de unos instantes. Con otro acceso de hipo, logró al fin tener las lágrimas bajo control. Durante largo rato yació inmóvil, floja y agotada por tanta emoción. Poco a poco el conocimiento se hizo presente. Para su horror, descubrió que estaba tendida casi a todo lo largo contra él, agradeciendo a la suerte más que al buen juicio que se hubiese mantenido alejada de su pierna entablillada. Una mano colgaba de su cuello mientras que la otra se desplegaba por su pecho. Su oído permanecía de lleno sobre el corazón de Matt. Podía oír sus latidos constantes debajo de su mejilla.

Sus pechos, estómago y muslos estaban bien apretados contra la fortaleza tibia del cuerpo de Matt, que estaba desnudo hasta la cintura debido a que sus movimientos durante toda la conmoción le habían enrollado la colcha sobre la cadera y las piernas. El olor a hombre inundaba las ventanas de su nariz y tenía el gusto salado de la piel -¿tal vez aromatizada por sus lágrimas? - en su lengua. Los brazos de Matt rodeaban su cintura y sus hombros, manteniéndola cerca mientras sus manos rodaban con libertad por su pelo y su mejilla expuesta y hacia abajo por la columna vertebral. Y, no obstante, no había ningún sentimiento de repulsión. Su piel no sintió hormigueo, su estómago no sintió nauseas y su cuerpo no se estremeció.

En realidad, excepto por una cierta confusión leve, estaba contenta de que la sostuvieran de esa manera. Se sentía tan maravillosamente... segura...

-Supongo que ahora me considerarás una regadera también. -Los pelos del pecho donde se acomodaba su mejilla derecha le hicieron cosquillas en los labios cuando habló. Sobre su cabeza, sintió más que vio que él sonreía.

-Te provocaron -dijo. Esa admisión gentil hizo que levantara la cabeza para mirarlo. Como había pensado, estaba sonriendo de forma divertida matizada con una bondad que le proporcionaba calor abrumador a sus ojos.

Caroline pestañeó, deslumbrada. Entonces se endureció. Darse cuenta de lo que le estaba comenzando a ocurrir la asustó. Dios Santo, lo que sentía era una mezcla de atracción, gusto, y... y deseo. Por Matt... ¡Por un hombre!

-Espera un minuto. No hay necesidad de alarmarse -sus brazos la rodearon con más fuerza y una mano subió para acariciar la suavidad tersa de su mejilla-. No voy a lastimarte, ya lo sabes. No hay necesidad de mirarme como si de repente me hubiera convertido en Oliver Cromwell.

-No temo a Oliver Cromwell -respondió Caroline, sintiendo que su resistencia instintiva comenzaba a derretirse. Había pasado tanto tiempo desde que alguien la había abrazado de una manera confortante e inofensiva... ¿cuánto tiempo? ¿Desde que su madre había muerto? -. O, para el caso, a ti.

-Entonces quizá podrás decirme por qué de repente me has mirado de esa forma. ¿Me han salido cuernos a cada lado de la cabeza?

-No. -Caroline tuvo que sonreír ante la ocurrencia.

-¿Entonces, qué?

-Quisiera que me soltaras.

-Lo haré de inmediato. En realidad, si me dices con sinceridad que lo deseas, puedes irte ya.

-Sinceramente lo deseo.

-Mentirosa.

Fue una palabra suave y sintió que estaba sonriendo. No vio la sonrisa porque, temiendo que pudiera leer en sus ojos cuán acertada era su apreciación, acurrucó la cabeza. Por su bien sería mejor que se alejara de él en ese mismo instante. Sabía muy bien que la dejaría ir. Matt Mathieson lo sabía con tanta certeza como sabía su nombre; no era un hombre que tuviera a una mujer en contra de su voluntad.

Pero entonces, si era muy sincera consigo misma, admitiría que no la sostenía en contra de su voluntad en absoluto.

-Tengo que ir a acompañar a los muchachos a la escuela.

Aunque no efectuó el menor movimiento para hacerlo. Tendida a su lado, absorbió su olor, su sabor, la sensación de su presencia. Su pecho estaba bronceado y oscurecido con vello, los músculos pectorales se levantaban y bajaban, se levantaban y bajaban. Yacía quieta contra su pecho y observó, fascinada, la interacción de los músculos endurecidos por el trabajo que se ondeaban con la respiración.

-Daniel los despedirá. Sabían muy bien ir solos a la escuela antes de que vivieras, ¿sabes?.

-Sí.

Su respuesta era distraída, su atención cautivada por la pura belleza robusta del torso masculino desnudo sobre el que reposaba. Nunca en sus peores sueños se hubiera imaginado que hallaría embriagante la desnudez de un hombre.

-Caroline.

Habían pasado algunos minutos desde que habían hablado por última vez. La respiración de Matt era más profunda, más deliberada.

-¿Mmmm?

Su estómago era plano como un tablero y marcado por los músculos. Como su pecho, estaba cubierto con pelo oscuro y ondulaba cuando respiraba.

-Quizá debieras levantarte, después de todo.

Cuando registró el significado de eso, sus ojos se deslizaron hasta los de él, sorprendidos. La sonrisa estaba todavía allí para ella, pero había algo más en las profundidades azules, algo que resplandecía con fuego brillante. Se le ocurrió a Caroline entonces que lo que había estado sintiendo, esa atracción repentina e intensa, no le había

ocurrido sólo a ella. Él la sintió también. Estaba allí en sus ojos, esta vez no cabía duda. Había visto un brillo perseverante masculino similar demasiadas veces en su vida como para no reconocer el significado. Sólo que esta vez, en virtud de que el hombre que la miraba así era Matt, no sintió repugnancia, ni siquiera temor.

Porque él era quien era, no intentaba hacer otra cosa salvo mirarla. En realidad, sus brazos se habían aflojado de su cuerpo con deliberación. La deseaba, la expresión en sus ojos lo mostraba con claridad absoluta. No obstante, esta preparado para dejarla ir, hasta la había instado a que se fuera.

De modo perverso, esto surtió el efecto de mantenerla donde estaba. Además de eso, yacía de lleno contra su pecho y se acomodó de manera que pudiera mirarlo con holgura, deleitándose con su masculinidad y el efecto maravilloso que esto producía en su cuerpo. Después de Simon Denker, no había pensado que podría sentir así de nuevo. Había creído que la parte de ella designada a disfrutar y responder a un hombre había muerto para siempre.

-Caroline... -a pesar de la sonrisa vacilante, Matt parecía forzado.

-Ya te lo he dicho, no te tengo miedo. -Las manos de la muchacha bajaron lentamente por su pecho hasta posarse una encima de la otra y así apoyar la barbilla sobre ellas. Las palmas se estremecieron al sentir el leve roce del vello del pecho de Matt. La sensación fue tan inesperada como agradable-. No necesitas tratar de hacerme creer que me harás algún daño, Matt Mathieson. Ya sé lo engañoso que eres.

-Hace casi ya dos años que Elizabeth ha muerto. Antes de eso estuvo muy enferma, desde que nació Davey.

Por un momento Caroline no comprendió qué relación guardaba ese comentario con ella. Entonces, el sentido de lo que estaba tratando de decirle la sacudió. Sus ojos se agrandaron y la barbilla se levantó de sus manos.

-Estás diciéndome que no has... que hace... que tu... -No era capaz de formular la pregunta que tenía en mente. Pero él parecía saber lo que quería decirle.

-Yo no soy la clase de hombre que engaña a su esposa.

Caroline contuvo el aliento. La noción de que no había amado a una mujer desde hacía cinco años era increíblemente seductora. Cuando exhaló, el sonido fue un suspiro apacible.

-¿Entiendes lo que te estoy diciendo? -Había un tono áspero en su voz.

Caroline asintió, y con la mirada extasiada observó cómo su rostro se oscurecía lentamente por la sangre caliente que fluía por debajo de su piel. Podía sentir esa tensión diferente en el cuerpo fuerte y musculoso que se encontraba debajo de ella. Su calor se filtraba a través de las ropas de Caroline y le quemaba la piel. Sus pechos se abultaron y endurecieron contra el pecho de Matt, y la sensación la asustó. Con los ojos bien abiertos, contempló los de él en silencio durante un momento.

-Caroline, si tuvieras algo de sentido común, te largarías de esta cama. Ya. -Las palabras salieron forzadas por entre sus dientes. Las manos se habían alejado de ella por completo, para apoyarse sobre el colchón a sus lados. Mientras hablaba apretó los puños.

Sus ojos se fijaron en los de él y sus labios se apartaron. Su cuerpo prorrumpió en un clamor ardiente y dulce como nunca en su vida hubiera imaginado que podría sentir, y entonces se asustó y rodó fuera de la cama.

Sus rodillas apenas la sostenían cuando se puso en pie y volvió la espalda para que no pudiera apreciar la intensidad de su perturbación. Sentía sus ojos sobre ella, oía la aspereza de su respiración.

-Tengo trabajo que hacer, si me disculpas -dijo sin mirar alrededor. Entonces, como si fuera la tarea más difícil que alguna vez hubiera hecho en su vida, echó a andar, con la espalda derecha y la cabeza en alto, hasta salir del cuarto.

No fue hasta que estuvo a salvo en la cocina cuando se permitió reconocer que sus manos, al igual que sus rodillas, habían comenzado a temblar de modo incontrolable. Apenas pudo llegar a una silla y dejarse caer sin fuerzas.

Capítulo 22

-¡Caroline!

Matt estaba disgustado y lo expresaba con el volumen ensordecedor de su rugido. La había llamado al menos media docena de veces desde que su estómago le había dicho que ya era la hora del almuerzo y no había recibido ninguna clase de respuesta. Si no hubiera estado seguro, por el ruido de las ollas y el batacazo de un tronco arrojado al fuego en la cocina, de que estaba en la planta baja, habría estado fuera de sí de preocupación. De esta manera, su hambre se acrecentaba a cada minuto.

-¡Caroline!

Emitió el grito con la fuerza suficiente para lastimar su garganta. Tosiendo, Matt contempló con enfado la puerta abierta, seguro de que esta vez aparecería. Pero, aunque esperó y esperó, ella no lo hizo.

-¡Caroline!

El gruñido de su estómago le recordó que ya pasaba del mediodía y que no había comido nada en toda la mañana. Pero no había nada que pudiera hacer sino gritar irritado y esperar una respuesta. Su impotencia acumulaba leños sobre el fuego de su ira. Mujer detestable; ¡Sólo porque había tenido un lapso momentáneo de juicio no era razón para matarlo de hambre! Así que la había encontrado atractiva ¡Y cometido el error de dejárselo ver! Ella también se sentía atraída hacia él -no era un muchacho inexperto que no reconociera los síntomas-, de modo que no tenía por qué comportarse como si él la hubiera insultado con su respuesta corporal hacia su persona que estaba más allá de su dominio consciente. Si hubiera tenido control sobre ello, podría estar segura de que sería la última mujer en el mundo a quien se hubiera permitido responder. ¡Era un miembro de su familia, su parienta por matrimonio, y una chiquilla descarada, de mal genio y además molesta!

¡Qué se la llevaran los demonios! ¿Dónde estaba?

-¡Caroline!

Si tan siquiera ella hubiera sabido que él estaba tan asombrado por lo que había surgido entre ellos como era obvio que lo estaba ella. Desde la concepción de Davey, en un momento de debilidad inspirado por el diablo, había vuelto la espalda, deliberadamente a los deseos carnales. Reconociendo la lujuria como su pecado dominante, así como también la responsable de la mayoría de sus problemas terrenales, había jurado no sucumbir de nuevo a la tentación y hasta ese momento no lo había hecho. Resistir a Elizabeth no había sido un reto. Ella le había interesado poco durante años; sólo el hambre física, intensa y vergonzosa, por un cuerpo deseable de mujer, aun su cuerpo deseable de mujer, lo había llevado a su cama para concebir a sus hijos. Después, cuando comprendió la medida verdadera del abismo donde su lujuria lo había hundido, quedó asqueado por su propia degradación.

-¡Caroline!

No obstante, ante los ojos de Dios y del hombre, Elizabeth había sido su esposa. Eso le había impedido llevar a cualquier otra mujer a su cama. Se escandalizó al comprender que había estado célibe durante seis años. ¡Seis años sin el solaz de un cuerpo de mujer que lo consolara! Hacía dos años ya que su esposa estaba en la tumba; debía buscar otra, y entonces podría ser indulgente con su vicio hasta que no lo atormentara por más tiempo. Era una solución obvia, pero su mente se rebelaba con sólo pensar en cargar con otra esposa. Su experiencia con el matrimonio había sido tal que alejaría a cualquier hombre racional de esa idea para toda la vida.

-¡Caroline!

Sin embargo, en realidad nunca había tenido la intención de permanecer célibe para el resto de sus días. Quizás, en invierno, cuando estuviera curado y hubiera menos trabajo que hacer, haría un viaje a Boston. Las mujeres fáciles pueden conseguirse por el precio de una moneda en las grandes ciudades, y podría apaciguar la bajeza oculta de su naturaleza sin la presencia de testigos. Después de todo, era un hombre soltero otra vez. No era un pecado tan grande. Y entre sus hermanos y Caroline podrían cuidar muy bien a John y Davey.

Durante seis años se había abstenido. Caroline era bella y muy femenina. No era de extrañar que su atracción fuera tan grande. Pero ahora era más viejo y también más sensato de lo que había sido quince años atrás, al casarse con Elizabeth. Entonces era un joven calenturiento con mucha más sexualidad que sentido común. Ahora era un hombre que sabía que todos los actos, por buenos o malos que fueran, debían pagarse. Si permitía que su cuerpo rigiera su cabeza en lo que se refería a Caroline, le costaría una cocinera excelente, un ama de llaves infatigable, una enfermera calificada y una figura de madre para sus hijos. La única otra manera de adquirir un ejemplar como este sería casándose. Y no haría eso.

-¡Caroline!

Pero temía que el deseo malvado, ahora que el tiempo y las circunstancias habían conspirado para despertar a la bestia dormida, no descansaría de nuevo hasta que estuviera saciado. Sólo tendría que mantener la frustración personal bajo control hasta que pudiera escapar a Boston y subsanar el problema.

La maldición en todo eso era que en su estado actual de invalidez no podía escapar de Caroline. Estaría en contacto inmediato a diario con él hasta que se curara. Por el bien de su cordura, era necesario convencerla, y a sí mismo también, de que la llama que había brillado entre ellos había sido el resultado natural de un grado demasiado prolongado de proximidad física y nada más. Simplemente la deseaba porque era una mujer; con certeza no la deseaba porque era Caroline.

Si tan sólo se dignara a subir, se lo diría. Y de esa manera desterraría de su mente por completo el recuerdo de su piel al tacto justo como se lo había imaginado: como los pétalos suaves y aterciopelados de una rosa blanca.

-¡Caroline!

De repente apareció allí en el umbral, su rostro frío y rígido al procurar no mirarlo demasiado. La piel blanca y delicada de su rostro no tenía ya el más mínimo rastro de lágrimas. Sus facciones modeladas con elegancia estaban serenas y sus suaves labios rosados estaban comprimidos con firmeza en un rictus de seriedad. Su cabello negro como las alas de un cuervo, que su llanto había desarreglado de manera muy atractiva, había sido recién cepillado y restringido a un nudo grueso sobre la nuca. Pero si, como parecía, había hecho lo posible por mostrarse sencilla, no había tenido éxito. A pesar del cabello alisado hacia atrás y los labios comprimidos intencionalmente, estaba preciosa. Su cuerpo respondió a su presencia de forma bastante independiente a la de su mente.

¡Gracias al Señor por la protección de la colcha, así no lo podía ver! Sintiendo que un calor de culpa subía por su rostro, Matt reprimió su turbación.

-¡Has tardado bastante! -gruñó, con su mente enfocada más en su problema y su fuente que en lo que estaba diciendo.

Eso le mereció una expresión llena de odio. Mientras ella permanecía allí de pie exterminándolo con su mirada, le vino a la mente que había cambiado su vestido y también su peinado desde esa mañana. La seda azul que había sido tan suave bajo la yema de sus dedos había sido reemplazada por un vestido de color verde oscuro. Aunque era un tanto amplio, le sentaba bien, como toda su ropa, no importaba qué extravagantes fueran los colores o el estilo. Pero imaginó que este vestido en particular sería áspero al tacto. El cual, por supuesto, debía haber elegido por ese motivo.

Esto no quería decir que el cambio de vestido, que revelaba la clara intención de buscar rechazo, fuera necesario. No la tocaría de nuevo. Pero ella no podría saberlo hasta que no se lo dijera.

-¡No soy un animal ni un niño, para que me obliguen a hacer las cosas a gritos! -Su voz era tan hostil como sus ojos.

Los dedos se asían con tanta fuerza de los bordes de la bandeja que sus nudillos estaban blancos.

-No trataba de obligarte. ¡Sólo intentaba hacer que subieras hasta aquí!

-Pues has tenido éxito. -La frialdad de su respuesta igualaba la tremenda rigidez de su columna vertebral. Los ojos de Matt la siguieron mientras rodeaba la cama para colocar la bandeja encima de la mesilla de noche. Aun alterada, era una mujer bella y deseable. Había pensado eso desde el principio y ahora le producía una preocupación casi dolorosa. Hasta que la tuvo entre sus brazos, suave, tibia y sollozante, no se había dado cuenta de cómo atraía sus sentidos esa contradicción de hielo y fuego. La había deseado esa mañana. ¡Dios de los cielos, cómo la había deseado! Y para su consternación descubrió que aún la deseaba. La percepción de su contacto, su forma y su perfume, la sensación de esos pechos apretándose contra el suyo, las piernas contra las suyas y las manos sobre su piel quedaron impresas en su cerebro. La memoria lo asaltó y le hizo apretar los dientes.

Mientras la miraba cómo llena de cólera golpeaba la jofaina y la jarra, Matt ejercitó un control de hierro y reprimió los pensamientos vergonzosos. Lo que tenía que recordar, una y otra y otra vez hasta que su cuerpo estuviera tan convencido como su mente, era que cualquier mujer valdría. No tenía que ser Caroline...

-Incorpórate. Aún no estaba del todo preparado cuando Caroline se volvió de la mesa para inclinarse sobre él, empujando una segunda y después una tercera almohada debajo de su cabeza mientras se incorporaba obediente. Su olor, una mezcla de especias y mujer, lo abrumó, dejando su cabeza dando vueltas por un momento. Le dolía respirar; y apretó los puños, en un esfuerzo desesperado por protegerse; no quiso respirar. No mientras estuviera tan cerca. No se permitiría cometer la misma equivocación por segunda vez, en especial cuando sus intenciones hacia él eran tan claramente inocentes. Con la mejor voluntad del mundo, no podía culpar de su tropiezo en el sendero de la rectitud a los reclamos de una Jezabel. Desde el principio ella había estado libre de culpa en lo referente a su comportamiento. Era él quien tenía que soportar la responsabilidad de pensar en el pecado.

Por su mirada, mientras sacudía la almohada que estaba encima de todo para darle forma, seguro que en lugar de eso deseaba golpear a su persona. Era dudoso -o mejor dicho, seguro- que no escucharía siquiera una palabra de lo que tenía que decirle. Pero, si no podía convencerse a sí mismo de la inocencia de sus sentimientos hacia ella, era imperativo tanto para su alivio como para su paz mental que al menos la convenciera a ella. La vida sería mucho más simple si continuaba tratándolo con la misma naturalidad que parecía haber tenido antes de la idiotez de esta mañana.

Sabiendo que probablemente sería un error tocarla y sabiendo también que, si no aprovechaba esta oportunidad de garantizar su atención era muy probable que dejara caer la bandeja encima de su regazo y volara fuera del cuarto para no dejarse ver de nuevo hasta el atardecer, la tomó por la muñeca.

Por un momento ella se sacudió con furia contra ese apresamiento, que él no quiso liberar. Sus ojos eran tan dorados como los de su maldito gato; si hubiese tenido una cola, habría imaginado que estaba azotándolo.

-Suéltame.

-Caroline...

-¡Dije que me soltaras!

-¿Podrías tan sólo escuchar, por favor? -La desesperación aceleró sus palabras-. No quise que ocurriera lo de esta mañana tanto más que tú. Ese... sentimiento... que surgió entre nosotros no fue intencional de parte de ninguno de los dos, sino más bien porque la naturaleza insta a los hombres ya las mujeres a desearse unos a otros. Tú no tienes la culpa de ello, ni yo tampoco.

El intento de calmarla, como debía ser, falló claramente su objetivo por kilómetros. Sus ojos destellaban; luchó por liberar su muñeca.

-¿Desearte... a ti? Te lo aseguro, no hago... hice... semejante cosa -la indignación hacía temblar su voz.

-Si quieres decirlo así -dijo, sin querer avivar su ira discutiendo ese punto-. Entonces no te contradeciré.

-Fuiste tú quien... quien... -Dio un tirón a su muñeca. Matt la sostuvo con más fuerza. Su rostro estaba rojo de ira y sus ojos brillaban. Las cejas, que eran negras, sedosas y rectas, tenían la forma de una disgustada letra sobre el puente de su pequeña nariz. Mientras hablaba, pudo ver sus dientes blancos y regulares y más allá de ellos su lengua. Era como el rosado profundo de las frambuesas, húmeda y brillante. Un rayo de calor lo atravesó al pensar cómo sería su sabor. Arreglándose con incomodidad, arrastró los ojos lejos de su boca.

-¿Te deseé? -En su estado de turbación, la verdad era la única defensa en que se atrevía a confiar-. Sí, lo admito. ¿Por qué no? Eres una bella mujer y hecha como Dios pretendió que las mujeres lo estuvieran. Cuando te arrojaste sobre mi cama...

-¡Yo no me arrojé sobre tu cama! -interrumpió con furia-. ¡Tu perro monstruoso me empujó hasta allí!

-Está bien -consintió-. Cuando Raleigh te empujó hasta mi cama y comenzaste a llorar...

-¡Nunca lloro!

-¿Por favor, quieres dejar de interrumpir? -Irritado, Matt continuó con firmeza-. Cuando, por cualquier causa que haya sido, tú estabas en mis brazos, fue natural...

-Si dices eso de nuevo... -Caroline se volvió muy tiesa de repente-. Te golpearé. ¡Juro que lo haré!

-¿Qué? -Estaba aturdido.

-¡Así que lo que ocurrió entre nosotros fue "natural"! -Había bastante odio en su voz.

-¡Pero lo fue!

-¡No! Fue vergonzoso y desagradable, y...

-¡Deténte, Caroline! -La agudeza de su voz la hizo callar, ya que temía que pudiera volverse histérica. Ella dio un tirón a su muñeca intentando en vano liberarse y su mano se apretó más como respuesta. Para su consternación, ella dio un respingo; no se había dado cuenta de que la estaba sosteniendo con tanta fuerza. De inmediato aflojó la mano, aunque no del todo para que no pudiera escapar. Pero no quería provocarle una lesión, la cual podría causarle con facilidad. Su muñeca era tan frágil que la presión de sus dedos quedaba holgada a su alrededor. Se le ocurrió que, para una mujer alta, era muy delicada. Hasta la piel de su muñeca era suave como la seda.

Ese rayo de calor lo golpeó otra vez, lo turbó de tal manera que casi la soltó. Pero entrecerró los ojos, apretó los dientes y se mantuvo así. Si iba a haber paz entre ellos, tenía que arreglar esto de una vez por todas. Si la liberaba, sabía que escaparía.

Trató de ignorar los efectos de ese acalambramiento y apeló a ella con la frialdad de la razón.

-¿Qué cosa en realidad ocurrió entre nosotros esta mañana? Nada, excepto que tú descubriste que soy un hombre perfectamente normal y que no eres tan adversa a los hombres como habías pensado.

-¡Soy adversa a los hombres! ¡Odio a los hombres... y en especial a ti! -Sacudió la muñeca otra vez.

-¿ Quieres ser tan amable de quedarte quieta y escuchar? -Exasperado por su incapacidad para razonar, sin darse cuenta apretó la mano alrededor de su muñeca de tal manera que la hizo gritar. Asustado, la soltó. De inmediato se escurrió con rapidez más allá de su alcance.

-Lo siento. No he querido hacerte daño. -Si había ira en su voz, era para sí mismo más que para ella.

-¡Los hombres sois todos iguales! Bestias violentas y desagradables...

-¡Ha sido un accidente! ¡Espero que te pudras! ¡Espero que tu pierna perezca! Espero que no puedas caminar nunca más! -Un tono que sonó como histérico tornó chillonas las palabras. Matt comprendió que, en lugar de mejorar las cosas, el intento de hacerle ver la razón sólo empeoró todo entre ellos. Debería haber mantenido la boca cerrada y permitir que la ira siguiera su curso. Pero, por supuesto, como toda sabiduría, llegó demasiado tarde para ayudar.

-¡Caroline! ¡Caroline, escucha! Yo...

-¡Espero que te mueras de hambre! -concluyó, y con un torbellino de su falda tosca se volvió y salió corriendo del cuarto.

-¡Vuelve aquí! -rugió, tan enfadado como asustado por algo que había visto en su rostro.

Pero por supuesto que no lo hizo. Lo abandonó para que se atormentara y se enfadara en soledad el resto de ese día, mientras que el aroma tentador del guiso de carne de venado danzaba bajo su nariz.

Capítulo 23

-Buenas tardes, señorita Wetherby. Espero que no hayamos venido en mal momento.

Caroline estaba apoyada sobre sus rodillas, restregando con furia las piedras oscurecidas del fogón con arena en un esfuerzo desesperado por que estuvieran limpias de nuevo. El día anterior había sido día de descanso y le habían informado que todos los trabajos, hasta el más esencial, estaban prohibidos. Así que tenía bastante para ponerse al día y le daba duro. La voz suave la sobresaltó y provocó que se golpeara contra el cubo que permanecía a su lado, salpicando con agua sucia su falda, el suelo y el fogón. Sin embargo, no lo tuvo en cuenta, pues su falda estaba ya sucia por el trabajo y el suelo era el que seguía en la lista de cosas para lavar después del fogón.

-Oh, la he asustado. Lo siento mucho! -Caroline miró a su alrededor para descubrir que la que hablaba era la esposa de James, Mary. Estaba de pie en el umbral de la puerta que conducía al exterior a través del cuarto de las provisiones y daba a la cocina. Un bebé que gorjeaba se apoyaba sobre su cadera y detrás de ella había dos mujeres más, jóvenes como Mary pero delgadas, mientras que Mary era bastante regordeta, y ambas llevaban platos cubiertos con un trapo.

-No, no ha sido nada. Por favor, entren. -Caroline se puso de pie, pasando la mano por su falda que goteaba mientras sonreía con cierto grado de cautela a las visitas. Había desarrollado cierta simpatía hacia Mary el día de la visita del pastor, cuando la cuñada de Matt se había librado del señor Miller y del señor Williams con mucho tacto y había sido muy agradable y cortés con ella además. Pero aunque la sonrisa de Mary era amistosa y el bebé era adorable, las sonrisas de las dos mujeres detrás de ella eran rígidas.

-Ella es Hannah Forrester y su hermana Patience Smith -Mary las presentó-. Y esta -sacudió a la criatura- es Hope.

-Hola, Hope. -La inocencia feliz de la niña de ojos grandes rompió las barreras cautelosas que casi siempre erigía cuando se enfrentaba con extraños, y Caroline le sonrió. La

reacción hacia las mujeres fue más mesurada. Como Mary, estaban vestidas al estilo sobrio preferido por los puritanos. La hermana mayor, Hannah, era hermosa, con la piel suave y pálida, el cabello castaño oscuro arreglado de manera sencilla y los ojos castaños matizados con un reflejo verdoso a causa del azul profundo de su vestido. Patience se parecía a su hermana, aunque sus facciones eran un poco menos delicadas y sus ojos eran azules. A diferencia de Hannah, que estaba ocupada absorbiendo los detalles de su persona, Patience parecía tímida. De inmediato fue la que más le agradó de las dos.

-Cómo está, señorita Forrester. Señorita Smith.

-Señora Forrester -corrigió Hannah-. Soy viuda, lamentablemente. Cómo está, señorita Wetherby.

-Han traído un pastel de manzanas para Matt -le informó Mary.

-Dos, en realidad -Patience sonrió-. Con todos estos hombres hambrientos, uno no hace nunca demasiado, ¿no es cierto?

-Y el de manzana es el favorito en particular del señor Matt Mathieson. -Hannah lo dijo con los aires de una mujer que sabía de qué estaba hablando.

-Qué amable. -Aunque hubiese sido por su vida, Caroline no podría haber evitado la frialdad en su voz-. ¿Quisiera ponerlos encima de la mesa? Sé que a los hombres les van a gustar mucho.

Las mujeres colocaron los pasteles sobre la mesa. Caroline tenía que admitir que el aroma que despedían los dulces era delicioso.

-Creo que subiré para darle los buenos días al señor Mathieson, aprovechando que estoy aquí. -Hannah sonrió vivazmente a las otras mujeres.

-Pero, hermana, ¿estás segura? Tal vez no sea aconsejable. -Patience frunció el entrecejo mientras prevenía a Hannah.

-En verdad, estoy convencida de que es mi deber cristiano hacerlo. Debe de estar deseando tener otra compañía además de la propia. -La respuesta de Hannah a su hermana vino mientras cruzaba con rapidez la cocina hacia la habitación del frente para desde allí encaminarse por las escaleras.

Con Hannah ya escurriéndose detrás de ella, Patience miró a Caroline ya Mary con resignación.

-Quizá podría ir con ella -murmuró y siguió a su hermana fuera de la habitación.

-¡Qué gentiles han sido en venir! -Al quedar sola con Mary, Caroline sintió que tenía que iniciar una conversación, aunque no tenía mucha idea de qué decir. Su vida nunca había incluido la oportunidad para hacer amistad con personas de su mismo sexo. Además, en ese momento su atención se centraba en lo que ocurría arriba. Daniel le había contado que la viuda Forrester quería conquistar a Matt, y Caroline recordó esa conversación. Una punzada desagradable de alguna emoción indefinible se activó dentro de ella. Caroline la ignoró con determinación, volviendo su atención hacia la niña que Mary estaba meciendo sobre su cadera.

-Es adorable.

-Sí, ¿ verdad? -Mary sonrió y pellizcó la mejilla de la niña, haciendo que su rostro redondo e infantil produjera una sonrisa enorme y sin dientes-. Espero que no tenga inconveniente en que haya traído a Hannah ya Patience para que lo visiten. Son un amor, realmente, y además amigas de la familia. También pensé que podría estar sintiéndose sola y querría ver y escuchar a otras mujeres. Creo que no ha ido a la ciudad desde que llegó.

-Las cosas han estado un poco agitadas por aquí. -Caroline respondió con lo que consideró una declaración bastante modesta. Mientras le hacía señas a Mar y para que se sentara, se preguntó si Matt estaría complacido de ver a sus visitas. Y si era así, ¿hasta qué punto?

-Cierto que sí. -Mary se sentó, con una risita y la niña imitó el sonido.

No había maldad en Mary, Caroline estaba segura. Sentándose en la silla enfrente de su huésped, le dedicó una sonrisa amistosa. Pero aun mientras ofrecía a Mary una taza de té, no podía quitar de su mente la escena de la tierna reunión que podría o no estar teniendo lugar en la alcoba de Matt en ese mismo momento. La viuda Forrester era muy hermosa y no, por lo que Caroline había visto, la clase de persona a quien podía disuadirse con facilidad. Si Matt estuvo alguna vez interesado en disuadirla, por supuesto. Quizá su desinterés aparente en volverse a casar no era nada más que un truco para esconder sus verdaderas intenciones.

Mary tomó un sorbo de té y sonrió con agrado.

-Me alegro de que sea usted y no yo la que debe tratar con Matt allí postrado. Siempre he albergado un gran temor por el hermano mayor de James, debo confesarlo, y la idea de habérmelas con él mientras está sufriendo y no puede moverse me alarma bastante.

-No es el paciente más dócil -admitió Caroline. El murmullo de las voces de los otros era apenas audible y Caroline se dio cuenta de que la alcoba de Matt debía de estar justo sobre su cabeza. Tenía que esforzarse por no intentar descifrar la conversación y en lugar de eso concentrarse en Mary.

-Quizá Hannah descubra eso y abandone su determinación por atrapar a Matt como su segundo marido. Le he asegurado que no es, en mi opinión, el mejor material para tal cosa, pero está tan prendada de su apariencia que no puede ver más allá de ella. Por supuesto, entiendo eso debido a que es tan parecido a mi querido James, que es el hombre más guapo que pueda imaginarse, pero en el fondo... lo que su matrimonio le hizo a Matt temo que no pueda arreglarse.

-¿Qué le hizo? -Caroline de repente no tuvo ninguna dificultad en concentrarse en Mary.

-Tiene cierta aversión hacia nosotras, las mujeres, ¿sabe? Fue una unión muy desastrosa. Ah, por cierto, su esposa era su hermana, ¿no es cierto? Perdóneme entonces. No debo decir más.

-Por favor -Caroline se inclinó hacia adelante en su ansia de persuadir a Mary, olvidando por el momento lo que sucedía en el piso de arriba-. Ya me he dado cuenta de que pasó algo aquí. Me facilitaría las cosas saber qué fue. ¿Me lo dirá? Me haría el favor más grande, se lo aseguro.

Mary parecía turbada. Hope se agitaba y pateaba para que la bajaran al suelo, distrayendo su atención por un momento. Dejándola en el suelo a sus pies, Mary sacó una muñeca de trapo del bolsillo de su delantal y se la entregó a la niña, quien enseguida se la metió en la boca y allí se sentó para morder alegremente la cabeza de lino rellena.

-Seguro que alguien se lo dirá, y lo que oiga pueda estar tergiversado -decidió Mary, con el rostro serio mientras miraba a Caroline-. No es que Elizabeth no me agradara, sabe. En realidad, apenas tuve la oportunidad de conocerla, porque Matt la mantenía bien oculta. Pero era... una persona difícil. -Mary dudó y su boca se afirmó-. Si voy a decirle todo, entonces tengo que contarle la verdad. ¿No se ofenderá?

-Por el contrario, acepto su franqueza.

-Muy bien entonces -Mary aspiró profundamente-. Conocí a su hermana cuando llegó a estas tierras; era mayor que yo, de modo que mi primera impresión fue la de una muchacha joven por una mujer casada. Nunca fue popular entre la comunidad y vivía retirada, lo cual pensé que era la causa de la mayoría de los rumores sobre ella. No fue hasta que me casé con James cuando me di cuenta de que los rumores eran realmente infundados.

Mary hizo una pausa; su mirada mostraba preocupación cuando se fijó en la de Caroline.

-¿Cuáles eran los rumores? -preguntó Caroline.

-Que era un discípulo del Hombre Negro.

-¿El Hombre Negro? -Caroline contempló a Mary-. ¿Quién o qué es el Hombre Negro?

-¿No conoce al Hombre Negro? -Mary pareció un poco escandalizada-. Es el diablo, por supuesto. Se decía en el pueblo que la señora Mathieson había hecho un pacto con él. Años más tarde, después de que nació Davey, se la veía desgreñada y hablando en voz baja, vagando por el bosque a todas horas del día y de la noche. Al final, Matt tuvo que encerrarla en su habitación. Temía que pudiera quitarse la vida, lo cual hizo a la larga.

-¿Qué? -Caroline apenas podía dar crédito a sus oídos.

-Oh, querida. No lo sabía. Perdóneme, no tenía idea...

-La voz de Mary se atenuó con desconsuelo.

-Sólo me dijeron que se ahogó -la voz de Caroline era tranquila-. Por favor, dígame la verdad. Yo... necesito saber.

-Eso de que se ahogó es verdad, pero... -Mary hizo una pausa, pareciendo preocupada-. Tal vez no debería estar diciéndole esto. Si era su hermana, debe de haberla querido. Temo que le causará angustia saberlo.

-Éramos hermanas, medio hermanas en realidad, pero no la había visto en quince años y no nos criamos juntas. Solía verla quizá dos veces al año hasta que partió de Inglaterra. Aunque la amaba tal y como la recuerdo, sé un poco más de ella de lo que hubiera sabido de una extraña. Sus palabras no me provocarán más dolor del que pueda soportar. Y si voy a vivir aquí, me ayudaría saber la verdad.

-Sí -Mary pareció aceptar eso, pero aun así vaciló. Cuando al fin continuó, sus palabras eran casi forzadas-. Por lo que James me dijo, deduzco que ella imaginó que era una bruja. No lo era, por supuesto, o no habría tenido un final tan miserable, porque desde luego todos sabemos que las brujas flotan. Ella estaba... estaba loca. Ella... ¡oh, no puedo decirle esto!

-¡Por favor!

Mary se sonrojó y bajó la vista hacia la niña que jugaba en el suelo. Cuando volvió a mirarla, Caroline vio turbación, pero también determinación en esos apacibles ojos castaños.

-Perseguía... a los hombres. Cualquier hombre. Todos los hombres. Era insaciable, me habían dicho. James... trató de seducir a James, lo cual fue lo que lo indujo a irse de la casa y, con el tiempo, a casarse conmigo. Y a Daniel también, creo. El no estaba cuando... cuando murió, y no habría abandonado a Matt excepto por una buena causa. Usted sabe que todos son devotos de Matt. No me sorprendería si hubiera tratado de seducirlos a todos ellos. En verdad lo intentó con muchos en el pueblo, hasta que Matt decidió mantenerla encerrada. Podrá ver que una vez hubo un cerrojo del lado de afuera de la puerta donde Matt duerme ahora. Era su cuarto entonces y Matt la encerraba en él, por su propia seguridad y la de todos los demás.

-¿La encerraba? -Era apenas algo más que un susurro. Caroline estaba tan aterrada por lo que estaba oyendo que fue todo lo que pudo decir.

-Después de la primera vez que trató de suicidarse, para no darle otra oportunidad. La salvó esa vez, ¿sabe? Aunque terminó saliéndole caro.

-¿A Matt?

Mary asintió.

-Fue una noche cuando Davey era tan sólo un bebé. Escapó de su cuarto, nadie supo cómo, y huyó al granero, donde atrancó las puertas desde el interior. Entonces prendió fuego al lugar, con la intención de incinerarse ella misma junto con los animales que guardaban allí durante la noche. Al fin y al cabo, fueron los animales los que la salvaron. Matt los oyó chillar para liberarse y, con los otros, corrió a apagar lo que pensó que era sólo un incendio accidental. Al descubrir que la puerta estaba atrancada, la tiraron abajo, aunque para ese entonces las llamas se habían esparcido por todos lados. Robert dijo a James que Elizabeth estaba a mitad de camino por la escalera que llevaba al pajar cuando pudieron entrar. Los maldijo de la manera más obscena mientras trepaba, profiriendo palabras tan horribles que Robert no las repitió ni a James. Matt fue tras ella mientras los otros luchaban por rescatar a los animales. Logró arrastrarla desde el pajar y empujarla fuera justo cuando el techo cayó.

-¡Dios mío!

-Si no hubiera sido por sus hermanos, Matt habría perecido esa noche. Una viga cayó encima de él, atrapándolo. Estaba ardiendo cuando llegaron hasta donde estaba y arriesgaron sus propias vidas para sacarlo.

-¡No es de extrañar que tenga miedo del fuego!

-Así que sabía eso, ¿no? Mejor así. Muy inocente, una vez que vino a comer, le pedí que encendiera el fuego en mi cocina ; me lanzó una mirada y salió de mi casa. Fue entonces cuando James me dijo cómo había sido afectado por lo que había padecido. Me sentí bastante mortificada, pero James me prohibió que hablara de ello a Matt, ni siquiera para disculpar me, y nunca nadie mencionó más el asunto. Quizá saberlo la prevendría de un error similar.

-Sí. -Caroline se sintió aturdida cuando intentó asimilar lo que Mary le había dicho. Por supuesto, tantas cosas ahora tenían sentido: la cautela de los hombres Mathieson hacia ella como mujer, la desconfianza de los niños, la tensión en todas sus voces cuando hablaban de Elizabeth. ¿Por qué no se lo habían dicho? Reflexionando, Caroline dio con lo que creyó que era la respuesta: con el estigma particular de caballerosidad arbitraria, Matt había tenido la intención de protegerla.

-¿Está bien?

-Sí, por supuesto. -Pero Caroline se preguntó si esa respuesta era la correcta. Era imposible imaginar loca a su hermana loca. Caroline pensó en la joven vivaz de cabello castaño rojizo, a quien sólo recordaba vagamente. Su recuerdo más nítido era de Elizabeth dándole palmaditas en la cabeza y riendo. La razón de las palmaditas y la risa estaban veladas en la niebla del tiempo.

De repente el aroma de los pasteles de manzana a su lado hizo que Caroline sintiera náuseas.

-No debería habérselo contado -Mary, que había estado observando cómo cambiaba su expresión, parecía compungida.

Caroline se recobró.

-No. No, necesitaba saberlo. Ahora entiendo mucho más que antes. Ellos, Matt y sus hermanos, tenían cuidado con lo que hablaban de Elizabeth en mi presencia. Pero sabía que algo andaba mal.

Hope, al perder su muñeca, comenzó a sollozar. Mary se inclinó y recogió a la niña ya su juguete.

-Quizá sea mejor que vaya a buscar a Hannah y a Patience y nos vayamos.

-¡Espere! -La agudeza de la voz de Caroline la sorprendió hasta a ella misma. Cuando continuó, moderó su tono-. ¿Puede decirme... qué se hizo de ella? El... el cuerpo, quiero decir. -La visitaría, le llevaría flores, trataría de entender qué era lo que había llevado a su hermana a perder la razón. Tal vez si ella, Caroline, hubiera llegado antes, podría haber sido capaz de cambiar algo en la vida de Elizabeth. Pero entonces sobrevino el pensamiento de culpa: si Elizabeth hubiera vivido, aún tendría posesión de Matt.

-No debe preocuparse. Tuvo un entierro cristiano -la voz de Mary era suave, con compasión-. En realidad, Matt tuvo una buena pelea con el pastor por ello, lo cual es la razón de ese resentimiento entre ellos que persiste hasta hoy. El reverendo Miller rehusó permitir que enterraran a Elizabeth en el cementerio aliado de la iglesia, ya que sostenía que se trataba de una bruja. Así que Matt excavó la tumba él mismo, ayudado por sus hermanos, y desafió a todo el que quisiera detenerlo. Por supuesto, ninguno lo intentó. Como usted sabe, los Mathieson son muy ricos. ¡Esta granja es la mejor en varios kilómetros a la redonda! De cualquier manera, la familia dijo unas palabras en favor de ella, y la tumba se bendijo más tarde por un reverendo que estaba de paso y al que no le importó si incurría en la ira del pastor. Durante un tiempo temí que alguien que estuviera del lado del pastor intentara sacarla de allí, pero la tumba no ha sido perturbada. Quizás el sentido común prevaleció al fin y al

cabo: después de todo, se ahogó. O tal vez temen a Matt. Pero en todo caso le confortará saber que ella está en paz ahora.

Caroline no dijo nada cuando Mary se levantó de la silla, guardando la muñeca en el bolsillo y volviendo a acomodar a la niña sobre su cadera.

-Espero no haberle provocado demasiada aflicción. Pero estoy de acuerdo con usted, es mejor que lo sepa.

-Sí -Caroline se levantó también-. Le agradezco mucho que me lo haya contado.

-Si hay algo más que desea saber, o si puedo ayudarla a descifrar el comportamiento a veces incomprensible de estos hombres Mathieson, por favor no dude en venir a verme. Me gustaría que me considerara una amiga.

-Bueno, gracias. A mí también me gustaría.

-Y ahora sí debo ir a buscar a Hannah y Patience. Temo que James se enfadará conmigo si no llego a casa a tiempo para tener la comida en la mesa cuando venga. Un rasgo que todos tienen en común es la afición a tener sus estómagos bien llenos, como ya debe saberlo. Robert le ha hablado con entusiasmo a James acerca de su cocina.

-¿Lo ha hecho de verdad? Qué amable. -La respuesta de Caroline fue mecánica.

Mary se dirigió hacia las escaleras, y Caroline, aún en un estado de casi conmoción, la siguió. Tenía mucho que meditar mientras ascendía. Sólo cuando entró en la habitación de Matt se desvió de su abstracción por completo.

Lo que lo provocó fue la visión de Matt, con sus amplios hombros desnudos y musculosos contra las sábanas que ella había lavado con esmero, sus rulos negros y encrespados sobre la funda de la almohada que ella había blanqueado al sol, sonriendo e intercambiando gracias con Hannah Forrester, quien mantenía una sonrisa tonta mientras estaba sentada en el borde de la cama alimentando a Matt con cucharadas de caldo que ella, Caroline, había preparado y le había llevado sólo unos minutos antes de que las visitas llegaran.

¡Malditos sean esos dos canallas! ¡Merecería atragantarse con ese maldito caldo!

Capítulo 24

-¡Vaya! Hola, Mary. ¿Traes a mi sobrina de visita y después no quieres subirla hasta aquí?

Matt alzó la vista para descubrirlas en la puerta de la habitación. Parecía no estar avergonzado en absoluto de que lo hubieran pillado sorbiendo caldo de una cuchara sostenida por una de las visitas. Considerando el hecho de que había insistido a Caroline desde el mismo día posterior al accidente en que era perfectamente capaz de alimentarse solo, lo único que podía suponer era que casi había perdido la vergüenza.

-Me alegro de verte, Matt, aunque en realidad he venido para fomentar mis relaciones con la señorita Wetherby y no puedo permanecer más tiempo, ni siquiera para permitir que Hope te haga una visita. Temo que James estará hambriento esta noche como de costumbre, de modo que debo correr a casa. Señoras, es hora de irnos. La tarde está avanzando.

Caroline pensó que tanto daba que ese intercambio entre Matt y Mary tuviera lugar sin tan sólo una mirada hacia ella. Mordiéndose el labio, apenas había conseguido mantener la lengua quieta. Si Matt le hubiera hablado en términos que hubiesen requerido una respuesta, no podría haberse considerado responsable de lo que hubiera dicho. Aunque no podía imaginar por qué debería sentirse tan indignada por la escena que ella y Mary habían interrumpido. ¡Con seguridad no tenía ningún derecho sobre Matt! ¡Ni tampoco deseaba tenerlo!, se dijo con vehemencia.

-¡Oh! -En respuesta a las palabras de Mary, Hannah miró a su alrededor emitiendo una risita vibrante-. No me había dado cuenta de cómo ha pasado el tiempo. Cuando vi que el

señor Mathieson no había probado la comida, sólo quise ver si no podía persuadirlo para que tomara un bocado o dos. Tiene que recuperar la fuerza si quiere curarse.

-El señor Mathieson dijo que el caldo tenía mejor sabor cuando era mi hermana quien sostenía la cuchara. -Patience, que había estado sentada en la silla con respaldo alto que se encontraba cerca de la cama, se puso de pie con decorosa corrección.

-Estoy segura de eso -respondió Caroline dulcemente, ya que el comentario había sido dirigido hacia ella. Logró reprimir el impulso de lanzar una mirada de odio a Matt, quien al fin volvió los ojos hacia ella. Frunció el entrecejo por algo que por lo visto notó en su rostro y abrió la boca como para hablar. Pero antes de que pudiera emitir las palabras fue silenciado cuando Hannah, con loable destreza, deslizó una cucharada de caldo entre sus labios semiabiertos.

-¿Hannah? ¿Estás lista... ? -Mary levantó las cejas a su amiga mientras Matt tragaba.

-Ah, sí. No creo que ni siquiera mi ayuda pueda hacer que trague más de esto. Lo han dejado enfriar demasiado. Pero ha comido bastante, y podrá probar algo de mi pastel de manzanas como postre -concluyó Hannah, poniéndose de pie, mientras se refería a esto último con una sonrisa a Matt. Metió la cuchara en el tazón, lo dejó sobre la mesilla de noche y volvió a inspeccionar a Matt con un aire de propiedad que hizo que Caroline, por ninguna otra razón que pudiera imaginarse excepto que la mujer la fastidiaba, ansiara darle un pisotón.

-Lo espero con ganas. -Aunque Matt devolvió la sonrisa a Hannah con sólo una mueca vaga de sus labios, para los oídos de Caroline hubo más galanteo en esa declaración que en cualquier cosa que le hubiera dicho a ella desde que la conocía. Esforzándose con deliberación para no fruncir el entrecejo, Caroline luchó para mantener una expresión agradable mientras las hermanas se dirigían hacia la puerta, dando un paso hacia atrás para dejarles el sitio.

-¿Tal vez debería dejarle mi receta del caldo ? Estoy segura de que el que ha preparado es bastante nutritivo, pero el mío a la vez es muy sabroso. Estoy convencida de que el señor Mathieson no lo encontrará tan mortificante al tragarlo. -El tono condescendiente trajo una chispa de agresión a los ojos de Caroline. Pero, antes de que pudiera responder, Mary por suerte se anticipó.

-Seguro que tomar el caldo de la señorita Wetherby no es algo mortificante, Hannah -reprendió Mary con gentileza, mientras las hermanas se unían a ella en el pasillo.

Hannah emitió una vibrante risa de culpa.

-¡Oh, sabe que no he querido decir eso! Es que estoy tan preocupada por el bienestar del señor Mathieson... aunque desde luego estoy segura de que lo está haciendo lo mejor que puede.

Estas palabras iban dirigidas a Caroline en el tono que se emplearía con un sirviente orgulloso. Caroline se preguntó en qué la habían convertido los rumores del pueblo en lo referente a su posición dentro de la familia Mathieson. Hizo rechinar los dientes en silencio y llegó a la conclusión de que, por cortesía del capitán Rowse y sólo el Señor sabía de quién más, su condición era la de una especie de esclava no oficial. La idea adquirió visos de realidad en su imaginación; sintió cómo crecía su cólera y se encendían sus mejillas.

Percibía la mirada de Matt clavada en su espalda y pensó que también debía de estar observando su perfil. Entonces, a pesar de su fastidio, logró tensar los labios y esperó que la mueca pudiera confundirse con una sonrisa.

-Aceptaría su receta con todo gusto -dijo con falsedad absoluta-. Aunque quizás algún otro día, ya que la señora Mathieson tiene prisa por llegar a su casa.

-Ah, sí, realmente tenemos que irnos. Y, por favor, llámeme Mary. -Esto le fue dicho a Caroline con una sonrisa. La esposa de James, al menos, estaba preparada para tratarla como a un miembro de la familia. Aunque, bien pensado, Caroline decidió que en el mejor de los casos constituía un dudoso honor...

-Gracias. Y usted debe llamarme Caroline. -Volvió a forzar una sonrisa y sintió como si sus mejillas fueran a resquebrajarse.

-No hace falta que nos acompañe. Conozco el camino. -Mary, con Hope apoyada sobre la cadera, ya estaba bajando las escaleras, y Hannah y Patience la seguían.

Momentos más tarde salieron despidiéndose con un ademán. Caroline, decidida a callar lo que tenía ganas de recriminar a Matt, se dirigió hacia el pasillo, cuando recordó el tazón y la cuchara que habían quedado encima de la mesilla de noche y regresó para recuperarlos. Así no tendría otro motivo para volver a la habitación de Matt durante el resto del día. ¡Daniel podría subirle la cena a su hermano tal como hiciera la noche pasada y la anterior a esa! Desde su encuentro desastroso dos días atrás, Caroline había evitado a Matt tanto como le era posible. El día de descanso, que había sido el día anterior, los hermanos y los hijos de Matt habían asistido a misa. Para asombro de Caroline, el servicio se daba por lo visto en dos sesiones, uno por la mañana y la otra por la tarde. El culto, que los Roundhead coloniales parecían tomar aún con más seriedad que sus hermanos ingleses, ocupaba por lo tanto la mayoría de las horas de luz del día. Se esperaba que asistiera todo el que podía. Matt estaba disculpado sólo porque estaba en cama, y Caroline porque alguien tenía que quedarse con Matt. Ya que no había tenido más remedio que llevarle el alimento y desempeñar otras tareas para él hasta que sus hermanos regresaran para aliviarla de la carga, los dos habían logrado una tregua. A la cual Caroline se había acogido todo el día, Y continuaría hasta que el infierno se congelara! Podría pasar más tiempo antes de que obtuviera una palabra amistosa de ella otra vez!

-Si no es demasiado problema, creo que comeré una porción del pastel de manzana de la señora Forrester. Es una cocinera fabulosa. Deberías probar un pedazo.

Ese comentario se produjo mientras Caroline cruzaba la habitación a paso majestuoso para recuperar el tazón Y la cuchara, e hizo que su espalda se pusiera rígida. Pero ni con una palabra o una mirada revelaría cuánto la había irritado su ansia de complacencia.

-Enseguida te traeré un pedazo. Aunque personalmente no tengo afición a los dulces.

-¿No? Mejor. Hasta con dos pasteles no creo que sea suficiente. Davey y John, al igual que mis hermanos, se vuelven locos por los pasteles de la señora Forrester.

-Me pregunto por qué no te casas con ella entonces, así puedes tenerlos todos los días. -Caroline no pudo resistirse a hacer una mueca mientras salía de la habitación antes de ceder a su impulso de estrellarle el tazón en el cráneo.

-Una buena cocinera vale mucho, pero no tanto -le gritó Matt de muy buen humor. Por supuesto, había notado su irritación y se divertía con eso. Era un hombre demasiado astuto para no darse cuenta de cuándo estaba molesta.

En la cocina Caroline dejó caer el tazón y la cuchara dentro del cubo de los platos para lavar, y entonces se volvió para cortar el pastel. El aroma de la canela y las manzanas flotaban hasta ella, tentándola aprobar esa migaja que de algún modo había llegado hasta su dedo. Era en verdad un pastel excelente, tuvo que admitir Caroline. Matt lo disfrutaría.

Esa idea la irritó. A sus pies Millicent maulló, y Caroline cortó un pedazo grande de la preciada tarta, lo deslizó en un plato y lo dejó en el suelo. Su gata, de quien habría esperado que tuviera mejor gusto, olfateó la tarta, dio un mordisco tentativo y entonces se arrojó sobre el manjar con deleite.

-¿Et tu, Millicent? Caroline gruñó con resentimiento. Fue en ese momento cuando se le ocurrió una idea.

Si hubiera sido una puritana, habría parecido que de repente estaba poseída por el diablo. Pero siendo del tipo de una realista sensata, sólo tenía como excusa una respuesta irresistible aun impulso pujante. Antes de que pudiera cambiar de opinión sobre sus intenciones, deslizó el filo del cuchillo entre la pasta y el relleno de la porción que había cortado para Matt, levantó la corteza superior y cubrió las exquisitas manzanas que estaban

debajo con una rociada generosa de sal. Entonces, aún poseída por el diablo o cualquier espíritu maligno que hubiera penetrado bajo su piel y sintiéndose alegre, añadió una pizca de condimento, algunas tiras de cebolla picada muy fina, una gotita de sebo de camero y un par de huesos de cereza. Consumió la fruta ella misma, sonriendo mientras lamía los huesos para limpiarlos y los metió muy profundo dentro del pastel. Volvió a poner la corteza en su lugar, cambió el pedazo a un plato limpio y lo llevó escaleras arriba junto con una linda taza de té para Matt.

-Aquí viene. -Fue el comentario más alegre que le había dirigido en varios días.

-Gracias. Estaba aún sentado en la cama desde que le llevara el almuerzo. Caroline sólo tuvo que alcanzarle el plato y la taza. Intentó disfrazar su ansia esperando que él probara el pastel, lo observó cómo balanceaba el plato sobre su estómago y tomaba un sorbo de la taza.

-Está bueno. -Pareció saborear el té, mientras sus ojos de azul brillante la inspeccionaban por encima de la taza con curiosidad. Sin duda estaba especulando el porqué de su permanencia en la habitación, después de haberse empeñado en evitarlo durante los últimos dos días. Para apartar sospechas, se alejó de él y comenzó a quitar el polvo de la mesilla de noche con el borde de su delantal.

Bebió el té y la observó trabajar. El pastel yacía intacto sobre su regazo.

-¿Te ayudo con el pastel? -arrulló al fin, incapaz de soportar el suspenso por más tiempo. Sus palabras eran quizá más ácidas de lo que hubiera deseado: surgió el recuerdo de Matt sorbiendo el caldo con docilidad de una cuchara sostenida por Hannah Forrester, pero tal vez eso sólo serviría para apaciguar cualquier sospecha que pudiera ocurrírsele.

-Puedo arreglármelas muy bien sin ayuda, como bien sabes.

-Bien, pensé que lo sabías, pero me pareció que te había agradado bastante la ayuda de la viuda Forrester.

Los ojos de Matt se entrecerraron y entonces, para disgusto de Caroline, le dirigió una mirada divertida. Podría haberse mordido la lengua; no debería haber dicho tanto.

-Ah, pero tú y Hannah Forrester sois harina de costales muy distintos -dijo él confusamente.

-¿ Y eso qué significa? -demandó, rodeando la cama, con los brazos en jarra, al pensar que reconocía un insulto.

Pero Matt apenas levantó una ceja, sacudió la cabeza y continuó con su aire divertido mientras bebía el té sin dignarse a responder. Después de un momento Caroline se volvió enfadada.

-Mary fue muy gentil al querer hacerse amiga tuya. Es una mujer muy amable.

Caroline quitaba ahora el polvo del bastidor, mientras esperaba que Matt tomara un bocado de pastel y se puso alerta ante su comentario.

-¿ Y por qué no deberíamos ser amigas, digo yo? ¿Hay algo en alguna de nosotras que podría impedir tal cosa? -Sus ojos denotaban un evidente atisbo belicoso mientras contemplaban el rostro del arrogante ser. Si hubiera sido un hombre prudente, esa expresión debería haberlo detenido.

-Creo que tienes muy poco en común con ella. Mary ha llevado una vida muy protegida y es una mujer muy virtuosa.

-¿Estás diciendo que yo no lo soy? -La indignación hizo temblar su voz.

Matt levantó la vista de la taza que estaba a punto de consumir, con expresión de sorpresa inocente.

-No quiero hacer ninguna comparación. Pero tus antecedentes no podrían ser más diferentes.

-¡Ya lo creo! -Su pecho se infló dentro del vestido verde de algodón que usaba para hacer la limpieza.

-En realidad, tus antecedentes son diferentes a los de todas las mujeres de la comunidad. Mira a Hannah Forrester, por ejemplo. Nunca ha hecho algo impropio, que yo sepa. Es una buena mujer Hannah Forrester.

La sospecha de que se estaba burlando se metió en la cabeza de Caroline. Percibió una leve sonrisa en su boca y sus ojos eran de un azul vívido debajo de unos párpados que se cerraban con deliberación.

-Si se le suma que también es una buena cocinera, parece que le has cantado muy bien las alabanzas.

Ahora que sospechaba que se estaba burlando, fue capaz de abstenerse a ser provocada. En lugar de eso, le sonrió.

-Come tu pastel.

-Lo haré, entonces. -Alcanzándole la taza vacía (Caroline estaba tan tiesa por la expectativa que casi la dejó caer), tomó el tenedor y atacó el pastel. El bocado que cortó y se llevó a la boca era inmenso. Ansiosa, Caroline observó cómo lo engullía.

Sólo por un momento continuó mostrándose extasiado. Entonces sus ojos se desorbitaron, su rostro se contorsionó y escupió el bocado sobre el plato.

Los ojos azules confundidos se fijaron en la inocencia de los ambarinos.

-¿Hay algún problema? -preguntó Caroline con interés aparente.

-¡Tú... pequeña... zorra! -dijo-. ¡Has estropeado a propósito un pastel exquisito!

-¿ Yo? -Sus ojos se agrandaron. Interiormente reía con tanta fuerza que su garganta le dolía por el esfuerzo de contenerla, pero logró preservar su apariencia inocente.

-¡Sí, tú! ¡Le has puesto sal y Dios sabe qué más!

-¡No seas ridículo! Lo hizo la señora Forrester, no yo.

-¡Por puro despecho!

-¿Despecho?

-¡Y celos!

-¿Celos?

Sus miradas se encontraron y chocaron. Caroline levantó la nariz y se preparó para salir del cuarto. Matt cruzó los brazos sobre su pecho y la miró con ira, y entonces una expresión extraña se reflejó sobre su rostro. Caroline lo observó con interés cuando sus ojos se pusieron en blanco y se desvaneció. Su cabeza descansaba inerte sobre las almohadas.

-¡Matt!

No se movió. Sus ojos estaban cerrados y no respiraba. ¿Le estaba tomando el pelo? ¿O se había atragantado, Dios, con un hueso de cereza o envenenado con alguna mezcla de los ingredientes del pastel?

-¡Matt!

Alarmada, se acercó. Seguía sin moverse. Y -ahora estaba segura de ello- su pecho estaba quieto por completo.

-¡Matt! -Se abalanzó sobre él, tomándolo por los brazos y sacudiéndolo mientras gritaba su nombre.

Entonces sus ojos se abrieron, sus manos la sujetaron por los codos y para su asombro Caroline se encontró desplomándose en sus brazos. Chilló y luchó, pero antes de que pudiera liberarse logró voltearla por la cintura y afirmarla a la cama. Yacía sobre su espalda, atrapada por su peso y las manos que le sujetaban los brazos, con los ojos desorbitados por la sorpresa. Entonces, cuando la contempló con satisfacción en el rostro, ella se irguió encolerizada.

-¡Suéltame enseguida!

-Ah, no. Tú te has burlado de mí. Ahora vas apagar el pato, señora celosa.

-¡No estoy celosa!

-¿No? -Se mofaba de ella para desquitarse por la jugarreta con el pastel-. Si no lo supiera, pensaría que sientes afecto por mí, Caroline.

-Engreído... -Luchó pero no pudo soltarse, ya que él le sostenía las muñecas con firmeza a cada lado de su cabeza-. ¡Si no permites que me levante en este instante, comerás gachas frías en cada comida hasta que tu pierna se cure!

-¡Aja, me amenazas! Te advierto que no me intimidarás. No te soltaré hasta que lo admitas: ¡has puesto sal en ese pastel porque estás celosa!

-¡No estoy celosa! -Fijó su mirada en él con la ferocidad de una leona acorralada. Cuando él sonrió, obviamente no muy convencido, su temperamento la venció. Girando la cabeza con más rapidez de lo que él podía moverse para detenerla, hundió sus dientes en la muñeca más cercana a su boca.

-¡Ay! -Soltó una mano mientras que aún la aferraba con la otra. A pesar de sus contorsiones frenéticas, Caroline descubrió que no podría liberarse, pero podría descargar una buena bofetada.

Su mano rebotó en la mejilla cicatrizada con un chasquido sonoro.

Capítulo 25

Se miraron el uno al otro durante largo rato, mientras el eco de la bofetada se desvanecía poco a poco.

-¿Y ahora qué mereces por esto, me preguntó? -inquirió con suavidad loable ante tales circunstancias. Aunque estaba tan asombrada por su hazaña como él, Carolina estaba determinada a no hacérselo saber. Levantó la barbilla hacia él, aunque era difícil al estar tendido de espaldas, atrapada por el gran peso de un hombre.

-¡Te lo merecías!

-Sí, es muy probable.

La admisión la sorprendió casi tanto como el tono en que fue expresada. La estaba estudiando, su expresión era grave. Descubrió que la seriedad lo transformaba por completo al igual que la risa. Su boca, tensa, estaba conformada a la perfección. Sus ojos se veían más oscuros de lo usual, un azul marino profundo que se destacaba en la tez morena de su rostro. Debido a que no se había afeitado por quince días, la barba en la mandíbula y la barbilla ya había crecido bastante. Pero, en lugar de ocultarla, el pelo negro azulado solo servía para enfatizar la expresión recia de su rostro. La elegancia clásica de sus pómulos salientes, la nariz larga y recta y la frente ancha contrastaban de forma deslumbrante con la masculinidad áspera de barba nueva. Con un exceso de rizos negros que caían sobre su frente -vio que necesitaban otro corte y sintió una aflicción extraña ante el recuerdo de las manos en su cabello- era tan hermoso como un ángel negro. Gabriel sin el cuerno, pensó Caroline y tembló.

Ante el temblor de la muchacha él se puso tieso y Caroline levantó la mirada para fijarse en la de él. Los ojos azules se mezclaron con los ambarinos, ambos ensombrecidos por el sentimiento de culpa: contra su cadera Caroline sintió la prominencia inconfundible de la pasión masculina, aun a través de la colcha que lo cubría y su vestido. Sin duda Matt era mucho más consciente de lo que le estaba ocurriendo a su cuerpo que la muchacha. Cuando sus miradas se encontraron, una oleada de rubor tiñó los pómulos de Matt. Los ojos se oscurecieron aún más.

Así que Gabriel tenía el cuerno después de todo. Ese conocimiento parecía quitarle el aliento y apartó los labios para tomar más aire.

Las cejas negras y gruesas se juntaron sobre los ojos de Matt. La boca se torció violentamente hacia un lado.

-¡Ojalá que el diablo te lleve lejos, Caroline! -Gruñó entre dientes como instigado, y entonces inclinó la cabeza. Caroline sabía lo que vendría, sabía que la besaría, y en lugar de volver la cabeza a untado o susurrar ¡no! O hacer cualquiera de la media docena de cosas que

sabía le darían la libertad, sólo observó, hipnotizada, como la boca de Matt descendía hacia la suya.

Pensó que moriría si algo ocurría para detener ese beso.

Su boca, tibia y seductora, solo tocó sus labios. Caroline cerró los ojos, temblando por lo maravillosamente que se sentía. Su cuerpo se volvió hacia él de forma espontánea, buscando su calor y su solidez con voracidad instintiva. Sus manos, libres ahora, encontraron el camino hacia arriba para rodearle el cuello.

Inclinó la cabeza para permitirle mayor acceso a su boca.

Pero aún así Matt vaciló, sus labios apenas rozaban la superficie de los de ella. Un brazo, apuntalado contra el colchón, alejaba el peso de su cuerpo. Carolina pudo decir por la rigidez de sus músculos debajo de sus manos que se contenía con gran esfuerzo. Con su cabeza dando vueltas por la promesa que esos labios le habían hecho y que deberían mantener, alzó los párpados. Sus ojos estaban a escasos centímetros justo sobre ella, incendiados con el brillo de mil diamantes, azules como el cielo y ardiendo al observar los suyos. Sus labios la rozaban, nada más, como el más leve contacto de una mariposa. Podía sentirlo en toda su longitud: su cuerpo era tan fuerte como el hierro. No obstante, su beso era tan suave como el revoloteo de una polilla.

-¿Matt? -Fue apenas el suspiro de una pregunta. Los músculos de sus hombros desnudos se abultaban debajo de sus manos. Él levantó la cabeza de modo que cuando habló su respuesta ronca se expresó a dos centímetros aproximadamente de su boca.

-No te forzaré a hacerlo, Caroline.

Respirar era una lucha para ella. Sus manos apretaron sus hombros, las uñas se clararon en su carne suave. Su corazón inició un toque de tambor irregular que retumbaba en sus oídos.

-No -dijo.

-¿No? Se puso aún más tenso. A Caroline se le ocurrió entonces que él pensaría que la única palabra apenas susurrada era un rechazo, cuando pretendía cualquier cosa menos eso.

-No me siento en absoluto… forzada. -Una mano se deslizó por detrás de su cuello para acomodarse sobre su cráneo debajo del cabello rizado y dócil-. Puedes… puedes besarme, Matt.

La sombra de una sonrisa curvó sus labios y se desvaneció.

-Con tu permiso, entonces -dijo y bajó la boca hacia la de ella otra vez. El beso fue suave, un saludo breve y dulce, pero suficiente para sacudir con temblores el cuerpo de Carolina. Sus ojos se cerraron, sus labios se apartaron en busca de aire, y entonces, en lugar de retirarse como había pensado que iba a hacer, comenzó a besarla de nuevo, con ímpetu repentino.

Su lengua apartó sus labios aún más, se deslizó dentro de su boca y tomó posesión con violencia. El brazo que había alejado con cuidado el peso de cuerpo ahora la rodeaba. La envolvía, provocando con su tamaño y su fuerza que se sintiera como en la más agradable de las prisiones, sujetándola contra él mientras el intenso calor de su piel y la solidez firme de sus músculos clamaban la pasión que no podía negar por más tiempo.

Mientras lo saboreaba y lo sentía, mientras su olor y su calor se combinaban para hacer que su sangre corriera, un recuerdo vibró. No era el primer hombre que metía la lengua en su boca; Simón Denker la había besada así, varias veces, en pago a cuenta, como él decía, por su generosidad al permitir que ella y su padre se quedaran en la casa sin pagar. La había empujado contra la pared y se había arrojado encima de ella para inmovilizarla y meter la lengua en su boca, mientras la muchacha por consiguiente gritaba, luchaba y vomitaba para deshacerse del carácter ofensivo de su contacto. Pero no había podido hacer otra cosa que soportar sus acometidas, ya que de haberlo rechazado por completo como era su deseo, él los habría arrojado a ella y a su padre a la calle sin pensarlo dos veces. De modo que se había visto forzada a aceptar la injuria de una intimidad indeseable, a permitirle que la besara y la

manoseara, pero había impedido en todo momento la rendición definitiva mientras recurría a algún subterfugio de su naturaleza, buscara una manera de escapar. Pero la final no pudo hacerlo.

-¡No! -Chilló cuando la mano de Matt se deslizó por su tórax, dirigiéndose a sus pechos-. ¡No, no, no!

Como un animal enloquecido comenzó a pelear, golpeándolo con sus puños, pateando y arañando sin consideración por el daño que pudiera causarle. Había dejado de ser Matt para ella, había dejado de ser el hombre cuyas caricias había pensado que podrían curarla. En lugar de ello experimentó de nuevo el horror de Simón Denker…

-¡Eh! ¡Carolina! ¡Caroline, detente!

Ya no la estaba besando, ni la sostenía como un amante lo hubiese hecho sino que más bien la mantenía lejos mientras ella lo atacaba con una furia de sollozos y desprecio. Los ojos de Caroline se abrieron mientras sus uñas arañaban su mejilla sana. La visión de la sangre formando gotas en los rasguños que había infligido la aterró, haciendo que volviera a asumir la apariencia sensata.

-¿Qué diablos te pasa? -Fue un rugido. Sus manos le sujetaban con fuerza los brazos, afirmándola de nuevo a la cama.

-Lo siento -dijo en voz baja. Cerró los ojos para no ver la mezcla de estupefacción y furia en el querido rostro que hacía un momento había lastimado.

-¡Lo sientes! -Por un momento apretó los dedos en sus brazos. Después los aflojó-. Caroline, mírame.

Apenas se resistió. Entonces, de mala gana, abrió los ojos.

Tenía el entrecejo fruncido, con las cejas juntas sobre esos ojos azules imponentes mientras escudriñaba su rostro. Ella vio que había tres rasguños paralelos en su mejilla, llenos de sangre y amenazantes contra su piel. Rasguños que él no merecía.

-Lo siento mucho -dijo de nuevo, indefensa.

En respuesta, los ojos de él se entrecerraron y la boca se torció hacia un lado.

-Soy yo quien debería disculparme. No debía haber permitido que esto que ha ocurrido entre nosotros se me fuera de las manos.

-No es culpa tuya -su voz se interrumpió, sofocada por el delito. ¡Y él le pedía perdón después de eso! Esa atrocidad le provocaba dolor de garganta.

-¿No lo es? -su voz se suavizó-. ¿De qué es, entonces, Caroline? ¿O mejor debería preguntar, de quién? ¿El hombre que me dijiste, el que te quería a ti en pago de la renta?

Capítulo 26

Se sonrojó con un escarlata profundo y aflictivo. No hubo necesidad de responder después de eso. La comprensión estaba de lleno en sus ojos.

-Te forzó ¿no es así? Te forzó a que tuvieras relaciones con él. De eso se trata.

Caroline cerró los ojos, estremeciéndose. Los recuerdos la abrumaron, recuerdos repugnantes, horribles, y no podía reprimirlos más de lo que podía contener sus lágrimas.

-Estoy tan… avergonzada -susurró, volviendo la cara cuando sintió que las lágrimas se desbordaban. La humedad salada se filtró por debajo de las pestañas para resbalar por las mejillas sin poder controlarlas. Por encima de ella -no podía, no quería mirar-, le pareció que emitía un profundo suspiro.

-No debes avergonzarte -sus brazos la rodearon de nuevo, con ternura esta vez. Se acurrucó en ese calor firme mientas que él se apoyaba sobre su espalda, atrayéndola hacia sí para mecerla contra su pecho-. No llores, mi amor. No tienes la culpa de nada.

-Es… es que no soporto que me toquen -su rostro estaba escondido contra el pecho de Matt y se aferraba a él como si fuera la cuerda de seguridad en un río turbulento. No estaba

sollozando, sino llorando en silencio, con los ojos apretados y su rostro bañado en lagrimas-. Los hombres, claro. Pero tú… puedes hacerlo y no me provocas náuseas.

-Solo histerismo -murmuró con sequedad, y ante eso ella abrió los ojos.

-¡No tiene gracia! -gritó, arremetiendo contra su pecho mientras lograba incorporarse. Matt atrapó su mano, justo a tiempo para detenerla en su intento de saltar de la cama y huir. La sostuvo con fuerza suficiente para mantenerla a su lado.

-Créeme, no estoy bromeando -dijo, y por el gesto que se formó en su boca se dio cuenta de que decía la verdad. Con un esfuerzo más débil intentó liberarse. Al ver que no la soltaba, dejó de luchar y continuó sentada a su lado, con las piernas recogidas y su mano en la de él. En verdad, casi no sabía si quería abandonarlo o no. Ansiaba que la consolara, pero temía descubrir que su revelación le provocaba repugnancia. Pero, aunque él no la despreciaba, ella se despreciaba a sí misma lo suficiente por ambos. Se sintió despojada.

Una opresión desesperante se estableció en su pecho al comprender que ni siquiera con Matt podría escapar de la pesadillo que Simón Denker había fraguado en ella.

-Es mejor que me vaya… hay que preparar la cena y…

-La cena puede esperar -estrechó su mano más todavía- ¿Podrías decirme que ocurrió? Creo que nos hará bien a los dos.

-¡Ah, no! ¡No… no puedo hablar de ello! -Su estomago se revolvió con sólo pensarlo.

-Tal vez lo que necesitas es hablar de ello, para alejar el dolor.

Caroline lo miró con asombro. La estaba observando fijamente, con los dedos entrelazados en los de ella. Estaba desnudo hasta la cintura, muy masculino, con su mandíbula barbuda, los músculos fuertes y el cabello negro, pero ni esa visión, ni sentir su mano sobre la de ella le producía repulsión. Por el contrario, deseaba acurrucarse entre sus largos brazos y refugiarse allí, donde sabía, tan bien como que el sol salía por la mañana, que estaría segura para siempre.

-Tengo un interés especial en esto también, ¿sabes? -dijo él con suavidad, y cuando alcanzó a entender el sentido de sus palabras, sus ojos se agrandaron. Su corazón inició un golpeteo extraño en su pecho, casi doloroso.

-¿Lo tienes?

Le dirigió una leve sonrisa encorvada y lastimosa.

-No creas que voy por ahí besando a cada mujer que se cruza en mi camino. Háblame de ello, Caroline.

Así que habló, aunque casi se desgarró en pedazos al hacerlo. Le habló acerca de su padre postrado en un camastro delante de un fuego que era todo lo que podían permitirse aunque él temblaba todo el tiempo por los escalofríos; le habló de la comida escasa con la cual había tratado de devolver las fuerzas a su padre; le habló de cuando observaba cómo su padre se moría poco a poco frente a sus ojos, mientras se sentía imposibilitada para salvarlo; y le habló, al fin, de Simón Denker. Su voz se despojó de toda emoción al hablar de ello.

Después de varias semanas de espera, cuando su padre falleció pensó que al fin estaría libre. A pesar del dolor por su muerte, se había sentido muy aliviada al saber que no necesitaría soportar ya más el maltrato de Simón Denker, el cual había sido cada vez más íntimo. Solo necesitaba recuperar a Millicent, sus pertenencias y las de su padre de la habitación, y entonces estaría libre. La perspectiva la había asustado, pero no tanto como Simón Denker.

Él había estado esperando en la habitación y cuando vio que tenía intenciones de irse, la arrojó al suelo y la forzó. Ella se defendió, pero su lucha fue en vano. Con rapidez y brutalidad, la violó. Entonces, sonriendo, se levantó para irse, dejándola allí, expuesta y sangrando. Para su horror oyó el giro de la llave en la cerradura. Cuando golpeó la puerta con violencia, gritando para que la dejara salir, le dijo que debería levantarse las faldas más de una

vez para reembolsarle las semanas de renta perdida. La mantendría así hasta que se cansara de ella y solo entonces estaría libre de irse.

La habitación era pequeña, en el tercer piso, con una ventana demasiado reducida para poder escapar. Por más que hubiera gritado hasta que sus pulmones le dolieran, nadie habría acudido en su ayuda. Esos gritos eran muy comunes en ese vecindario pobre.

Así que esperó detrás de la puerta y cuando vino por ella lo golpeó con un bacín, dejándolo allí, inconsciente. Entonces tomó a Millicent y sus pertenencias, lo encerró en la habitación, se guardó la llave en el bolsillo y huyo. Un carromato la llevó hasta el puerto, donde el Dove estaba listo para zarpar con la marea de la mañana.

Cuando concluyó su relato, estaba recostada a su lado tal como él silenciosamente la había acomodado, con la cabeza sobre su hombro y una mano en el pecho. Cuando levantó la vista hacia él, temiendo lo que pudiera leer en su rostro, vio que su mandíbula permanecía firme y su mirada era grave. Pero pensó que esa actitud no era por ella.

-Así que ahora sabes por qué tuve que utilizar el broche -finalizó con abatimiento-. No tenía dinero, y me habría venido a buscar.

-Hiciste exactamente lo correcto. Si hubiera sabido todo esto, habría aplaudido tu coraje antes que regañarte como lo hice a tu llegada.

-¿Coraje? -lo miró con cautela, sorprendida más que apenada.

-Sí, coraje. Cualquiera puede ser vencido por un adversario mucho más fuerte. ¡Mírame, derribado por un maldito árbol! Pero, en lugar de permitir que te golpearan, te defendiste con las mejores armas que pudiste reunir y triunfaste. Golpear a ese bastardo en la cabeza con un bacín fue sólo una pequeña recompensa por lo que te hizo, mi amor, pero te aseguro que le causó sufrimiento por unos días.

-¡Eso espero! -Emitió un suspiro profundo y estremecedor. Entonces, consciente de repente por lo cómoda que yacía contra él, se sentó y le dirigió una sonrisa vacilante mientras trata de controlarse de nuevo. Su voz salió en un tono demasiado fuerte cuando le habló-. Debo poner un poco de bálsamo en esos rasguños. Y después realmente debería comenzar a preparar la cena. Allí están los pasteles que tus amigas trajeron, pero tengo que darles algo más que eso a los muchachos…

La mano de Matt continuaba sosteniendo la suya, aunque tiraba para soltarse.

-Caroline.

Lanzó una mirada rápida hacia él.

-No puedes continuar así. Permitiéndolo (es una leve excusa para un hombre que te afectó tanto) le das poder sobre ti fuera de toda proporción con respecto al lugar que ocupa en tu vida. Lo que te ocurrió fue una agresión brutal, terrible… pero ya terminó. Debes liberarte de ese recuerdo.

-Pero me siento tan… indecente -confesó en un susurro, escondiendo la cabeza por la vergüenza que no cedía y cerrando los ojos aunque su mano inconscientemente apretó la de él.

-De modo que te sientes indecente, ¿eh? -había un matiz de aspereza en sus palabras que le hizo abrir los ojos y mirarlo sorprendida-. Por algo que te hicieron por la fuerza y que no tenías en absoluto ninguna manera de evitar, y tú te sientes indecente.

Emitió un sonido entre una risa y un bufido.

-Si quieres saber lo que es la indecencia, mi amor, permíteme hablarte de ello.

Capítulo 27

Estaba adorable, sentada allí en el borde de la cama, con sus dedos finos y delicados entrelazados en un gesto de inconsciente confianza a los de él. Su cabello negro se había soltado para caer en un desorden natural sobre sus hombros y por su espalda. El remanente de las lágrimas se estremecía en sus pestañas dejando manchas húmedas en sus mejillas pálidas.

Su boca era suave, vulnerable; sus ojos, perturbados por los recuerdos y la vergüenza que estos provocaban, resplandecían con un oro luminoso a través del rocío que permanecía aún allí, suspendido. Su lengua -la lengua que después de todo no sabía a frambuesas sino a algo infinitamente más oscuro y dulce -era apenas visible entre sus labios, los cuales se había separado por la sorpresa ante sus palabras.

Matt estaba furioso con el hombre que había osado dañarla tan severamente. Si ese canalla hubiera estado a su alcance, él, por más puritano y temeroso de Dios que fuera, lo habría estrangulado hasta matarlo sin detenerse siquiera a pensarlo. Pero el hombre no estaba a su alcance y era probable que nunca lo estuviera. Lo único que podía hacer era intentar repara el daño que la había hecho a Caroline.

Caroline. Hermosa y valiente Caroline. La imagen de ella derribando al atacante con un bacín lo hacía morir de risa y, al mismo tiempo, aullar hasta las lágrimas. Eso era tan típico de Carolina, intrépida, briosa y aun así vulnerable bajo la apariencia inflexible que asumía en beneficio del mundo. Ahora sus ojos se veían indefensos mientras esperaba que él hablara. Tenía la cabeza levemente inclinada sobre el cuello esbelto como una flor después de una lluvia fuerte.

No podía cambiar el pasado y borrar lo que le habían hecho. Daría casi todo lo que poseía si fuera posible, pero no lo era. Sólo podía ayudarla sincerándose con ella de la misma manera que Carolina lo había hecho con él. Llegaría hasta ella de la única manera que podía, compartiendo los secretos más amargos que nunca hubiera pensado que diría a un ser viviente.

-¿Qué es lo que recuerdas de Elizabeth? -preguntó, después de un momento de reflexionar con cuidado sobre el modo de proceder. No quería lastimarla aún más por revelaciones innecesarias acerca de su hermana. No obstante, pensó que saber algo la ayudaría.

Carolina pestañeó.

-Muy poco. Aunque Mary me ha dicho bastante.

Eso lo sorprendió. Sus ojos se entrecerraron.

-¿Así que ha estado contándote chismes? Nunca lo hubiera pensado de Mary.

Carolina sacudió la cabeza.

-Fue para decirme algo que necesitaba saber.

-¿Te ha dicho que Elizabeth no… no estaba del todo bien de la cabeza?

-Sí

-¿Te ha dicho que uno de los síntomas de su enfermedad era el… el apetito por los hombres? -Esto era más ridículo de lo que había esperado. ¿Cómo lograr en una frase, para esos oídos tiernos y femeninos, una descripción del comportamiento de Elizabeth?

-Sí.

Aunque al principio estaba irritado al imaginar a la esposa de James hablando acerca de sus asuntos privados, Matt ahora tuvo la ocasión de estar agradecido. Así el relato se haría mucho más fácil.

-Bien, entonces. Cuando la conocí no tenía la menor sospecha de que no era la muchacha inocente que parecía ser. Vivía con una tía en una casa de campo que era, o solía ser, nuestra, y, si la Guerra Civil no hubiera dejado a nuestra familia en la pobreza, es probable que Elizabeth nunca se hubiera cruzado en mi camino. De modo que puedes echarla la culpa de todo lo que ocurrió con posterioridad a tu buen rey Charles.

Hizo una broma para fastidiarla y fue recompensado con una sonrisa tenue. Pero no respondió a la provocación, de modo que continuó:

-Por necesidad nos habíamos dedicado a la labranza y uno de nuestros campos estaba cerca de su casa. Casi todos los días que estábamos allí, salía a mirar cómo trabajábamos. Nunca me imaginé entonces que lo hacía porque tenía un… interés enfermizo por los

hombres. Era mayor que yo, pero no lo sabía en ese momento. Además, yo aparentaba tener más edad. Era bonita, muy juguetona y graciosa y estaba muy interesada en mí. Como un tonto permití que su cortejo se me subiera a la cabeza y… -se detuvo, buscando la frase correcta y finalmente pasó por alta la descripción de lo que había hecho a favor de los resultados-. Con el tiempo me dijo que estaba encinta. Como un tonto otra vez, me casé con ella. –Sonrió débilmente, mientras un fragmento errante de memoria alivió por un momento su propio disgusto. Hasta fui a pedir su mano a tu padre y así fue cómo conocí a Marcellus Wetherby. Dónde estabas tú, no lo sé, pero no recuerdo haberte visto.

Y, se dijo a así mismo, lo habría recordado. No podía imaginar que alguien que hubiera visto a Carolina alguna vez la olvidara, en especial él mismo.

-Cuando era pequeña, vivía con mi madre -respondió-. Ella y mi padre se casaron enseguida después de que la madre de Elizabeth murió, pero mi madre pronto se cansó de estar un minuto en la abundancia y al siguiente tener que vivir con lo imprescindible, de modo que regresó conmigo a su propia casa. No fue hasta que ella murió cuando mi padre vino y me llevó con él.

Él asintió.

-Eso lo explica todo entonces. Y también me da la razón de por qué eres tan diferente de Elizabeth, por lo cual sinceramente doy gracias a Dios. Pero siguiendo con el relato, pronto descubrí que el niño que Elizabeth esperaba no era mío. Me había engañado para ocultar su pecado.

Los ojos de Carolina se abrieron de par en par.

-¿Quieres decir que John…?

Matt sacudió la cabeza.

-John es mío, estoy bien seguro. Como lo es Davey. Por el tiempo… y su aspecto. Aunque fue simplemente por la gracia de Dios por lo que no engendró a un grupo de bastardos. A pesar de que la vigilé tan de cerca como pude, sé que hubo otros. Los… hasta lo intentó con mis propios hermanos. -Ese recuerdo sonó amargo.

-Eso dijo Mary.

-Por todos los cielos, ¿hay algo que Mary no te haya dicho? Y Mary, supongo, obtuvo la información de James. No tenía idea de que el muchacho fuera tan lengua suelta. -Los labios de Matt se apretaron y se sintió molesto al comprobar que sus asuntos privados podían ser del dominio de extraños. Aunque estaba bastante seguro, al menos pensó que lo estaba de que Mary le había revelado todos esos detalles a Carolina pero a nadie más. Y Carolina no era precisamente una extraña, aunque Mary no tenía manera de saber eso. Tomó nota mentalmente para hablar con James acerca de su hábito de confiar asuntos íntimos de la familia a su esposa.

-Pero si John no es… ¿qué le ocurrió al niño?

-Elizabeth lo perdió poco después de que nos casáramos. Habría pensado que era mío todavía si no lo hubiera confesado todo, no en penitencia, sino por despecho durante un acceso de ira porque no hice algo que deseaba. Muy pronto lamentó haber sido tan franca, pero era demasiado tarde: empecé a conocerla por lo que era.

-¿Y qué era?

Vació, y luego sacudió la cabeza.

-No le daré un nombre e eso. Después de todo, era mi esposa y la madre de mis hijos. Cuando los traje a ella y a mis hermanos aquí, pensé que podríamos comenzar de nuevo. Pero nunca mejoró, sólo empeoró.

-¿Y por qué te sientes tan indecente? Creo que te comportaste de forma muy noble, dadas las circunstancias.

Matt no dijo nada durante unos instantes mientras trataba de luchar contra una cobardía repentina que era extraña a su naturaleza. Ella parecía tan joven e ingenua, sentada allí con su

cabeza inclinada ligeramente hacia un lado y sus lágrimas olvidadas ahora mientras escuchaba con interés. Por un momento estuvo tentado de guardar el resto para sí. No tenía por qué revelar su deshonra, pero comprendió entonces que era importante que lo conociera como el vil pecador que era. Cuando la verdad fuera dicha, no podría dejar de considerarlo algo despreciable, mientras que ella, como víctima más que perpetradora de una maldad, era por completo inocente de un modo que él decididamente no lo era.

-No has oído lo peor todavía, mi amor -dijo con suavidad, y su mano apretó las suyas mientras buscó la fuerza para continuar. Su piel igual al pétalo de una rosa era como la seda cuando la tocaba, sus huesos eran frágiles. Sus ojos, mientras esperaba que él continuara, eran grandes. Temió ver el cambio que se produciría en ellos cuando lo supiera… y no obstante quería que supiera. Decirle la verdad acerca de él sería el único paliativo que podía ofrecer su espíritu enfermo.

-Dime entonces.

Matt tragó para combatir la sequedad repentina de su garganta.

-Engendré a mis hijos en ella, de todos modos. Aunque consideraba una prostituta y una demente, aunque su espíritu me repugnaba tanto como su cuerpo me tentaba, me metí en su cama y me desahogué con ella, y con más frecuencia que las dos veces que habrían de darme a mis hijos. Se burlaba de mi debilidad, haciendo alardes hacia su persona, y yo no podía resistirme. Cuando un día por fin me desperté y la encontré ebria y riendo la mañana después de la concepción de Davey, sólo entonces logré mantener mi promesa de permanecer alejado. Y, por más mezquino que parezca, no puedo alegar que fuera por buena voluntad. Admito que permanecí lejos de ella porque, físicamente, su cuerpo me resultó repulsivo después de esa vez.

Los ojos de Carolina se abrieron de par en par, se oscurecieron y parpadeó durante todo el relato, pero Matt no podía descubrir lo que estaba pensando. Ahora la observaba, casi abstraído, aunque esperó que ningún indicie de ello se exteriorizara. Sólo cuando sintió su mano moviéndose en la suya comprendió con cuanta fuerza sostenía sus dedos: era un milagro que no le hubiera roto los huesos.

-¿Bien? -Su voz era áspera, más áspera de lo que hubiera querido, pero estaba allí mirándolo sin decir nada, lo cual le provocó un temor violento.

Carolina parpadeó de nuevo y sacó la lengua para mojarse los labios.

-Elizabeth era tu esposa -dijo al fin. Su mano se retorció en la de él para asirse a sus dedos cuando él quiso soltarla -Tenías todo el derecho de tratarla como lo hiciste.

Sus ojos se oscurecieron.

-Sí, lo sé. No obstante el derecho era legal, no moral. Ese recuerdo me enferma.

-Así como el recuerdo de Simón Denker me enferma a mí.

-¿Era ese el nombre de ese maldito bastardo? Desde esta noche en adelante agregaré a mis oraciones el ruego devoto de que arda para siempre en el infierno.

El leve indicio de una sonrisa apareció en sus labios.

-Como buen Roundhead que eres, no deberías utilizar semejante lenguaje.

-Me considero provocado. Y el término es puritano, si no te molesta.

Con eso se sonrieron, y Matt fue consciente de cómo se había aliviado el gran peso que llevara dentro de sí durante tanto tiempo. Carolina no parecía despreciarlo por su debilidad, y así tal vez podría dejar de sentir desprecio por sí mismo.

-Así que ahora no tenemos secretos entre nosotros -dijo al cabo de unos instantes, volviendo la palma de la mano de Caroline hacia arriba sobre la de él y examinando los dedos delgados.

-No -coincidió, observándolo estudiar su mano. Después cerró el puño y la retiró. Cuando se puso de pie, Matt levantó la vista inquisitivamente.

-Necesitas bálsamo en esos rasguños -dijo, con clara intención de regresar a sus labores. Con rapidez se volvió hacia la mesilla de noche y comenzó a hurgar en busca de su provisión de medicinas.

-¿Y qué explicación daré, si alguien pregunta? -Estaba satisfecha de dejarla ir. Se había abierto a él, con prudencia y poco dispuesto, y ahora, como una tímida flor, tenía que cerrarse a la fuerza de nuevo por un rato. Lo entendía y no vio ninguna necesidad de incitarla para que diera más por el momento.

-Puedes echarle la culpa a Millicent. -Se volvió, sonriendo, y untó suavemente su mejilla con bálsamo. Matt se sometió a sus cuidados, mentalizándose a soportarlos sin permitir que sus sentidos lo vencieran ante la visión, la sensación y el olor de Caroline mientras permanecía tan cerca. Si ella quería curarse, necesitaba tiempo para hacerlo. Había dado rienda suelta a su vergüenza, que se había derramado como un veneno oculto. Manejando el asunto con cuidado, podía recuperarse por completo. Mientras tanto debía mantener a raya su propia debilidad. Por más que su cuerpo la deseara, no haría ningún otro movimiento. No hasta que ella le demostrara que estaba lista para aceptarlo.

Terminó con su mejilla, volvió a colocar en su sitio la pequeña vasija y recogió la porción echada a perder y rechazada de pastel.

-Tengo que preparar la cena -dijo, y se dirigió a la puerta. Una vez allí, vaciló y miró por encima de su hombro.

-Matt -dijo con suavidad, sus mejillas tiñéndose con un leve rubor-, gracias.

Durante largo tiempo después de que se hubiera ido, no pudo hacer otra cosa que mirar hacia el lugar donde había estado ella.

Capítulo 28

La primavera se transformó en verano y el varano estuvo lleno de altibajos. Caroline se acostumbró a su nuevo lugar en el mundo y hasta encontró tiempo para adaptar algunos de sus vestidos al sobrio estilo puritano. Aunque desdeñaba tanta llaneza, la simplicidad de los vestidos servía para enfatizar su belleza, que aumentaba de manera extraordinaria en virtud de la comida abundante y el bienestar que redondeaba su figura y encendía sus mejillas. A pesar de su condición polémica con los más viejos de la comunidad, o tal vez a causa de ella, atraía bastante la atención y hacía volver a más de una cabeza masculina durante las pocas veces que se aventuró en la ciudad sin compañía. Cuando Matt o uno de los muchachos estaba con ella, por supuesto, ninguno se atrevía a algo más que una mirada de admiración. La combinación del poderío físico de los Mathieson era algo a tener en cuenta.

La pierna de Matt se curó, aunque pasó gran parte del verano cojeando, primero en unas muletas que le confeccionó Robert y más tarde con la ayuda de un bastón. No le hizo más insinuaciones amorosas, y Caroline estaba complacida de que así fuera. Con el intercambio de confidencias, la afinidad del uno con el otro se intensificó. Le gustaba pensar que compartían una intimidad, no física sino del alma.

La relación con sus hermanos mejoró, ayudada en gran medida por la apreciación devota hacia su cocina. Una vez que Matt ya no requirió de asistencia constante, tuvo la oportunidad de dedicarse plenamente a superar el trabajo culinario de Hannah Forrester. En este aspecto logró un éxito total, aunque los regalos de la Forrester eran de todos modos aceptados de muy buena gana por los hermanos, de la misma manera que las de Patience Smith (que tenía un ojo puesto en Robert), Abigail Fulsom y Joy Hendrick (que rivalizaban por Thomas) y Lissie Peters (que estaba interesada por Daniel). En realidad, como la batalla por la fidelidad de los estómagos de los hombres Mathieson se acrecentaba, Caroline tuvo la sensación de que los mismos hombres se estaban divirtiendo con la competición. Devoraban toda delicia que llegaba a sus manos sin prejuicios y sin fingir preferencia, lo cual era mortificante para las mujeres interesadas. En lo que concernía a Robert y a Thomas, ser

cortejados asiduamente por muchachas bonitas de la edad de veintitrés y veintiuno era una novedad y una experiencia nada desagradable. Aunque no estaban curados por completo de su misoginia, parecían dispuestos a suspender la incredulidad por el momento.

Daniel, por otra parte, quien nunca había sido tan desconfiado de las mujeres como sus hermanos menores, le daba muy pocas esperanzas a Lissie Peters. A Caroline se le ocurrió más de una vez que podría estar forjando un ligero afecto hacia ella, pero rechazó esa idea con firmeza. En caso contrario podría perturbar la paz de su mente que tanto le había costado lograr, y rehusó permitir que eso ocurriera. Era demasiado maravilloso estar a gusto consigo misma otra vez.

John y Davey, aunque todavía eran un tanto cautelosos con respecto a su persona, parecían dar por sentada su presencia en la familia. Con toda seguridad les gustaba tener la ropa lavada, planchada y remendada para ir a la escuela, la comida preparada, una casa bien cuidada y sábanas limpias en sus camas. Caroline comprendió que les hacía sentirse como los otros niños que tenían madres cariñosas en sus hogares y estaba contenta de poder darles eso, aunque no estuvieran listos todavía para aceptar demostraciones de afecto más tangibles de su parte. Pero estaba segura de que eso llegaría con el tiempo, o la menos así lo esperaba.

Cierta tarde cálida, a principios de agosto, cuando estaba ocupada extendiendo las prendas lavadas sobre la hierba para que se blanquearan al sol, se sorprendió al descubrir a Davey, que al igual que sus compañeros de escuela estaba disfrutando de un día de vacaciones, agazapado detrás de un enorme arbusto de lilas que agraciaba el rincón oeste del corral. Sus brazos envolvían con fuerza a Millicent el gato ya toleraba sorprendentemente la brutalidad de un niño como Davey, y el muchacho exhibía un asombroso grado de cariño por el gato cuando pensaba que no había ojos que pudieran verlo- y su rostro estaba sepultado en su piel. Por un momento Caroline vaciló, insegura de si debería interrogarlo o no. Aunque la toleraba, no era el miembro de la familia favorito de Davey y lo sabía. Pero esa actitud del muchachito normalmente engreído significaba que algo malo le ocurría. Dejando el resto de la ropa lavada sin extender, Caroline se aproximó y se agachó frente a él.

-¿Davey?

Sus hombros se tensionaron, pero no levantó el rostro.

-¡Vete!

-¿Estás enfermo?

No hubo respuesta.

-¿Te has hecho daño?

No hubo respuesta.

-¿Quieres que busque a tu papá?

Entonces levantó la cabeza para mirarla con furia.

-¡No!

Las lágrimas surcaban sus mejillas y algunos pelos del gato se habían pegado sobre ese rostro húmedo, pero lo que en realidad llamó su atención fue el labio inferior. Estaba hinchado y abultado, con un hilito de sangre seca que decoraba el ángulo izquierdo.

-¿Qué ha sucedido? -preguntó Caroline, pensando que debía de haberse pinchado, caído o lastimado de cualquiera de las miles de maneras tan comunes en los niños.

-Nada -bajó la vista hacia Millicent y esbozó una expresión feroz-. ¡Gata vieja y estúpida!

La alejó de él con más rudeza de lo que a Caroline le hubiera gustado, pero Millicent no pareció ofendida. Con una ojeada a Caroline, como pidiendo compasión hacia el pequeño ser humano, regresó al muchacho, embistiendo su brazo con la cabeza y ronroneando.

-¡Vete! -La empujó mirando con furia a Caroline todo el tiempo para que entendiera que el rechazo era para ella y no para el gato. Esta vez Millicent se alejó, ondulando la cola en el aire con orgullo como para dejar claro que era su decisión hacerlo.

-Davey, si no me dices lo que ha pasado no tengo más remedio que buscar a tu papá. -Habló con suavidad.

-Tuve una pelea. -Fue un murmullo furioso y resentido.

-¡Una pelea! ¿Por qué?

-Decían cosas malas de mi mamá. Los muchachos de la cuidad, quiero decir.

-¿Qué clase de cosas malas?

Vaciló, y el labio lastimado tembló de forma reveladora. Pero la necesidad de confiar en alguien era demasiado fuerte de resistir.

-Dijeron que era una bruja.

-¡Una bruja! -Caroline contuvo el aliento. Una inspección rápida del rostro de Davey le dijo cuánto necesitaba que le negara lo que le habían dicho, y en verdad no dudó en hacerlo así.

-¡Qué tontería! -continuó con gentileza.

Él vaciló y era claro que deseaba creerle. Pero era incapaz de encontrar consuelo en ella con tanta facilidad.

-¿Cómo puedes tú saberlo? -La pregunta fue ruda.

-Lo sé -contestó Caroline con convicción. A pesar de lo que Mary le había contado, sabía que, cualquiera que fuera la verdad del asunto, era importante convencer a Davey de que su madre era inocente-. Tu madre era mi hermana y la conocí cuando era sólo una niña. Solía cantar para mí, ah... canciones tan bonitas...

-¿Si? -era evidente que Davey estaba fascinado-. ¿Cómo cuáles?

Caroline asintió y entonces tarareó una melodía. Si Elizabeth realmente había cantado alguna vez esa canción en especial no lo sabía, pero en ese momento no importaba. Lo que importaba era que Davey tuviera una visión de su madre de la que pudiera sentirse orgulloso.

-¿Qué más hacía? -Los ojos de Davey brillaban con entusiasmo y olvidó su resentimiento hacia ella.

-Reía mucho y contaba historias maravillosas, y siempre estaba hermosa. Yo estaba tan orgullosa de que me vieran con ella... Tú también lo habrías estado.

Pero este comentario no resultó adecuado. Sus ojos se ensombrecieron y frunció el entrecejo.

-No, no lo habría estado. ¡Era fea, mala, me odiaba y yo la odiaba! ¡Tanto como te odio a ti!

Antes de que Caroline pudiera responder, dio un salto y huyó. Ella se puso de pie más lentamente, sin ninguna intención de ir tras él. A pesar de su rechazo final, sólo podía esperar que de alguna manera sus palabras lo hubieran ayudado a llegar a una reconciliación con su madre.

Una vez que la pierna de Matt se curó lo suficiente para permitirle salir y dar un paseo, este insistió en que Caroline acompañara al resto de la familia a misa, y Caroline lo hizo de mala gana. Después de su conversación con Davey se propuso visitar la tumba de Elizabeth. Mientras estaba allí, leyendo la sencilla inscripción -ELIZABETH, ESPOSA DE EPHRAIM MATHIESON, EN MAYO DE 1682 A LOS 33 AÑOS DE EDAD-, experimentó un sentimiento de alivio al liberar finalmente la imagen de su hermana que había alimentado durante todos estos años. La mujer que se hallaba en la tumba, aunque estaba unida a ella por sangre, era una desconocida y siempre lo había sido. Los otros Mathieson se habían convertido más en su familia de lo que Elizabeth lo había sido.

Excepto por la duración -había dos sesiones de cuatro horas, una por la mañana y otra por la tarde con un corto intervalo para el almuerzo en cada uno de los días de descanso, un mundo sin fin-, la misa no había sido una prueba tan intolerable como Caroline había temido. El reverendo Miller había dirigido algunas miradas fulminantes en su dirección y predicó más de un sermón mordaz acerca del tema general de las hijas de Babilonia, los ladrones y los

mentirosos, pero no la había denunciado desde el púlpito. Era posible, consideró, que la presencia ceñuda de Matt a su lado en el duro banco de la Iglesia lo disuadiera. En lo referente al resto de la congregación, la mayor parte de las damas se mantuvieron a distancia, influidas sin lugar a dudas por la desaprobación del clérigo y del boticario, que eran hombres muy importantes en la ciudad. Pero no hubo ningún grito general de “bruja”, como Caroline había temido a medias después de la experiencia desafortunada de Davey; incluso cierto número de mujeres fueron cordiales de forma sorprendente, de lo cual Caroline no dudó en hacer responsables a los bien parecidos hombres Mathieson. Las damas que querían ser sus amigas eran muy jóvenes y solteras y supuso que pensaban que ella era el mejor camino hacia el Mathieson de su elección. En el pasado, Matt había desalentado a las visitantes femeninas, y de todos modos no era muy correcto que una mujer soltera visitara una casa de hombres casaderos, pero ahora que había una mujer en la familia las visitas serían corrientes. Si Caroline lo hubiera deseado, podría haber recibido a las visitantes todos los días de la semana, pero hizo que supieran que estaba ocupada y de ese modo tenía que lidiar con mujeres deseosas de hombres sólo en ciertas ocasiones. Mary era una historia diferente; Caroline se había encariñado sinceramente con la esposa de James. Y la pequeña Hope era un ángel. Caroline disfrutaba en grande de su compañía, y al menos una vez por semana visitaba su casa en la ciudad o madre e hija venían a pasar una hora o dos con ella.

Durante ese activo verano se llevó a cabo la construcción de una casa y una boda. La misa era medio principal de establecer relaciones sociales. Sin embargo, ahora que estaban en septiembre y había llegado la estación del maíz, se había organizado una reunión de vecinos para descascarar el maíz en la casa de los Smith. Para su sorpresa, Caroline se encontró ansiando el simple entretenimiento, al que iba a asistir la familia completa. Después de la cena se aseguró que los muchachos estuvieran peinados y limpios y entonces fue a cambiarse de ropa. El vestido que eligió era negro, con un corsé apropiado y un cuello ancho de encaje blanco. Como era una hábil costurera, estaba mejor hecho que el vestido común que usaban las mujeres de la comunidad, y se había permitido el pequeño lujo de guarnecer las mangas con una doble fila de listones de terciopelo negro ribeteados con un adorno de bordado de seda negro. Las mangas de muselina blanca de su camiseta osaban caer a la vista por debajo de las mangas de su vestido, y usó un delantal de muselina blanca atado a su cintura con un lazo enorme y ondulado a su espalda. Salvó los materiales más finos de los vestidos que había llevado de Inglaterra, pero los había arreglado con tanta habilidad que nadie podía sospechar que no eran nuevos.

Peinó su cabello con un nudo suelto sobre la cabeza. Algunos rizos (enroscados apresuradamente con una tenacilla en la privacidad de su alcoba, cuyo artificio negaría con firmeza si alguien le preguntara y así no la acusarían de ese pecado terrible que era la vanidad) colgaban de manera apropiada sobre la frente y alrededor de las mejillas y la nuca. Mirándose al espejo minúsculo mientras ensortijaba el último de éstos en su lugar, Caroline tuvo que admitir que estaba complacida con lo que podía ver de su imagen.

Un golpe en la puerta hizo que guardara con sentimiento de culpabilidad el hierro en el baúl de donde lo había extraído. Aunque tales artefactos eran utilizados como algo común y corriente por las mujeres inglesas, aquí en esta tierra puritana tales artificios para realzar la propia apariencia eran desaprobados con severidad. Caroline estimó ridícula esa censura y típica del provincialismo obstinadamente anticuado de la colonia, pero no tenía intención alguna de discutir la cuestión. En lugar de eso utilizaría ese embellecedor con discreción y disfrutaría de sus propios rizos mientras que los demás podían, si lo deseaban, sentirse honrados de su cabello lacio como la cola de un caballo.

-Si estás lista, es hora de que nos vayamos. -La voz profunda de Matt al otro lado de la puerta la hizo sonreír.

-Estoy lista -respondió y, con otra mirada furtiva de vanidad indecorosa a su imagen, salió a reunirse con ellos.

La mirada de admiración de Matt fue todo lo que necesitó para justificar lo que era, si en realidad lo era, tan sólo un pecado muy pequeño.

En honor a la ocasión iban a trasladarse en la calesa que se utilizaba generalmente para los viajes al mercado. En cuando a la distancia, se recorría más yendo en el carro que caminando -el sendero que seguían de costumbre hasta el camino era demasiado estrecho para permitir el paso de la carreta, por lo cual era necesario desviarse un poco menos de un kilómetro-, pero el tiempo invertido era más o menos el mismo y podrían estar seguros de llegar a destino sin los infortunios que solían ocurrirles a los niños y a sus acompañantes. Ya estaban todos subiendo en tropel al vehículo cuando Caroline salió de la casa. Fue la última en hacerlo pero se conmovió al descubrir que el asiento al lado del conductor -Matt- había sido reservado para ella, la única mujer del grupo. Estaban aprendiendo, después de todo. Apretada contra el fuerte brazo de Matt y con Daniel sentado al otro lado, Caroline apenas sintió el bamboleo mientras se dirigían por el accidentado camino hacia la ciudad.

Estaba oscureciendo cuando alcanzaron su destino. En el momento en que Matt detuvo el caballo y Daniel la ayudó a bajar, un nervioso parloteo mezclado con risas llegó a sus oídos. Detrás de ella, el resto de los Mathieson saltaron al suelo y se dirigieron hacia la luz proveniente de la puerta abierta del granero de los Smith. En el interior, bajo el resplandor dorado que arrojaban varios farolillos suspendidos de vigas gruesas de roble, ya se encontraba reunido un gran número de personas. Había dos montones inmensos de maíz cortado apilados en el centro de la tertulia, y los capitanes ya estaban ocupados escogiendo a sus equipos. El propósito de la velada, como Matt le había dicho de antemano, era ver qué equipo era capaz de descascarar primero su montón de maíz. Había mesas repletas de caramelos de arce y tartas aromáticas, pasteles de manzana y de bayas y diversas clases de carnes y nueces. La sidra estaba dispuesta en tinas grandes y se les dio un jarro a cada uno de ellos, has a los niños, cuando fueron recibidos con gritos provenientes de todas parte. Los amigos reclamaban su atención, y Caroline se encontró a un lado con Thomas, Robert y Davey, Matt, Daniel y John estaban del otro lado -con Patience Smith y Hannah Forrester.

El olor dulce a heno se mezcló con el aroma más penetrante de las vacas y los caballos, que habían sido retirados de su alojamiento habitual para la fiesta nocturna. Caroline compartió un asiento hecho con un fardo de heno con Mary, quien junto con James estaba también en su equipo. Mientras quitaba las hojas verdes y las espigas sedosas de su parte de maíz de manera un tanto inexperta, escuchaba las bromas y las risas alrededor con distracción. La mayor parte de su atención se centraba en Matt, que compartía un fardo y una risita con Hannah Forrester.

Aunque no era consciente de ello, las manos de Caroline se retardaron y sus dedos, que arrancaban la tierna seda, se volvieron más perezosos. Matt estaba sonriendo por algo que Hannah le decía; sus ojos azules aparecían encendidos por la diversión y su boca curvaba en una sonrisa encantadora. La luz de los farolillos arrancaba destellos azules en las ondas negras de su cabello y enviaba un tibio resplandor sobre las hermosas facciones aun a plena luz del sol. Estaba en mangas de camisa, como lo estaba la mayoría de los hombres ante semejante trabajo agotador. El lino blanco y fino de Holanda que había arreglado, lavado y planchado con tanto cuidado revelaba de tal manera los fuertes músculos de sus hombros y sus brazos y la amplitud de su pecho que Caroline temió que la Forrester realmente acabara babeando de tanto mirarlos. Su pierna rota se había curado y, excepto por una cicatriz leve donde el hueso se había salido, estaba como nueva. Pero llevaba la otra pierna recta hacia delante, ya que, como le habían dicho, mantener la rodilla doblada le producía dolor. Pero, hasta con los pantalones negros y las medias grises que llevaba puestos, era evidente la fortaleza de su pierna. Hannah Forrester obviamente había tomado nota de ello.

-¡Bueno, Caroline, lo estás haciendo muy bien! -La voz suave de Mary hizo volver su atención adonde debería haber estado en primer lugar. Vio con cierta sorpresa que el montón de maíz descascarado a su lado había aumentado de forma evidente y se ruborizó cuando comprendió el motivo. Pero logró sonreír a Mary y se reincorporó con un leve pretexto. Entonces se abstuvo deliberadamente de mirar a Matt de nuevo, aun cuando oyó la risa tintineante de Hannah Forrester.

Patience estaba sentada con Robert, con su bonito rostro suavizado por una sonrisa dulce que la embellecía. Caroline estaba complacida al ver que Robert le hablaba con afabilidad, en lugar de responderle con gruñidos monosilábicos como solía hacer hasta hacía tres meses. Al igual que Matt y todos los otros Mathieson, y por la misma razón, Robert llevaba puesta una camisa y unos pantalones que ella, Caroline, había arreglado, y se dio el gusto de propietaria de comprobar lo bien que le sentaban. Thomas era el hombre galante que dividía su atención entre Abigail Fulsom y Joy Hendrick, que estaban situadas una a cada lado, mientras que Daniel, que estaba sentado con James mientras trabajaban, era el centro de las miradas ansiosas de la pelirroja Lissie Peters. Si alguna vez llegaban a casarse ¡qué conjunto de pelirrojos iban a tener!, pensó Caroline, divertida. Era posible que terminaran en boda, aunque Daniel parecía no tener mucha idea de ello todavía. A Caroline le había parecido que Lissie Peters era una jovencita resuelta, y su opinión personal era que Daniel se encontraría casado dentro de un año. En realidad, era muy probable que todo el grupo se dispersara hacia sus propios hogares dentro de un par de años, y Caroline consideró la idea con algo de satisfacción. Se había encariñado sobremanera con Robert y Thomas y quería sinceramente a Daniel, pero cuidar a cuatro hombres mayores y dos muchachos en crecimiento era una tarea agotadora. Se sentiría aliviada al pasar una gran parte de la carga a un conjunto de esposas jóvenes.

Pero el resultado lógico era que Matt se volviera a casar también. Hannah Forrester parecía tan determinada en su persecución como Lissie Peters, pero la idea de ceder la responsabilidad de Matt y los muchachos a Hannah -o, sin duda, a cualquier otra mujer- hizo que Caroline se irguiera de golpe sobre el fardo, con las manos quietas en la mazorca que sostenía. ¡Bueno, ellos eran su familia! No los compartiría! Sus ojos lanzaron tal mirada a Matt que de haberla visto él habría pensado que la había ofendido de alguna manera. Pero él se había unido a la conversación de James y de Daniel, mientras que Hannah se había vuelto para hablar con la mujer que estaba a su izquierda y por lo tanto no captó la mirada. Por supuesto, Matt había jurado que nunca volvería a casarse, y no le había dado a Caroline ningún motivo para dudar de su resolución. No tenía sentido estar molesta sin razón cuando no había probabilidad de que alguien apareciera.

-¡Mira a Hope, intentando trepar por la pierna de James! -dijo Mary riendo, y Caroline miró con obediencia. Hope tenía ya más de un año, y gateando y farfullando era tan encantadora como o había otra. Caroline observó con una sonrisa cómo James recogía a su pequeña hija de cabello negro y la sentaba sobre su brazo mientras continuaba la conversación con sus hermanos. Como Matt, James era un padre ejemplar. Y, a juzgar por la naturalidad que mostraban con sus sobrinos, Caroline estaba segura de que Daniel, Robert y Thomas se convertirían en buenos padres también.

-¡Fíjense! -se oyó gritar a alguien. Caroline buscó la causa para descubrir que Daniel, con las mejillas encendidas, estaba contemplando una mazorca a medio descascarar que sostenía en sus manos con aire de perplejidad. Los granos eran de un naranja intenso en lugar del amarillo pálido habitual, y esa imagen provocó que sus hermanos en particular rieran a grandes carcajadas.

-¿Qué sucede? -susurró Caroline a Mary, muy desorientada.

-¡Es una mazorca colorada! Significa que Daniel debe reclamar una prenda a la muchacha que elija.

-¿Una prenda?

-¡Un beso, tontita! -dijo Mary riendo, y entonces todos observaron cuando Daniel alzó la mirada de la mazorca para mirar lentamente alrededor del círculo disperso de invitados.

Capítulo 29

-¡Vamos!¡Vamos! -El rostro de Daniel estaba casi tan rojo como su cabello cuando se puso en pie como respuesta a los estímulos de los otros hombres. Caroline sonrió al constatar lo turbado que parecía y observó con interés cómo se ubicaba en el centro del círculo. ¿A quién escogería? Dirigió la mirada a Lissie Peters, que había bajado la vista con modestia. Entonces, para su asombro, se dio cuenta de que Daniel venía directamente hacia ella.

Caroline no podía hacer otra cosa que quedarse donde estaba, sonrojándose terriblemente, cuando, con un color bastante subido pero con aire resuelto también, Daniel se inclinó y la besó con rapidez sobre la mejilla. Los labios sólo acariciaron su piel, tibios, firmes y nada desagradables. Caroline no sintió repulsión ante su contacto, pero la mortificación porque la escogiera d ese modo la abrumó.

-¡Viva! -la risa y el aplauso resonaron cuando la hazaña se completó. Daniel, con una sonrisa fugaz a Caroline, se refugió de nuevo a salvo al otro lado del círculo. Pro un momento Caroline se sintió el centro de atención de todas las miradas, de algunos que reían, varios que lo consideraban y otros que expresaban su desaprobación.

-¡Bueno, pensar que nunca lo había notado! Daniel está enamorado de ti -Mary se maravillaba a su lado. Caroline se volvió para hacerla callar, pero Mary, con sus ojos castaños titilantes, no quería dejar pasar el asunto tan a la ligera.

-Me alegro de haberme encariñado contigo, ya que parece que pronto seremos hermanas -se burló. Agrandando los ojos ante la idea de que Daniel podría tener intenciones serias, Caroline silenció a Mary con una mirada enfurruñada. Entonces, a pesar de que sus manos alcanzaron otra mazorca y comenzaron a trabajar, como la mejor manera de ocultar su confusión, no pudo abstenerse de buscar a Daniel con la mirada. Todavía estaba sonrojado mientras soportaba las burlas de James. Al otro lado de Daniel, Matt no estaba riendo junto con los demás. En lugar de eso, estaba hablando de nuevo con Hannah, por lo visto bastante sereno.

¿Le importó tan poco a Matt la idea de que su hermano la hubiera besado? Enfrente de ella, Lissie Peters mostraba un aspecto severo mientras arrancaba las espiguillas con violencia, y la mirada que lazó a Caroline fue bastante venenosa. Y no la culpaba. Ella se sentiría envenenada también, si el objeto de su afecto hubiera preferido a otra tan abiertamente.

¡Si Matt hubiera besado a Hannah Forrester, a Caroline le habría sido difícil no asesinarlos a ambos!

Porque Matt era a quien ella quería. Con un sentimiento de impotencia, Caroline admitió el hecho que debía haber reconocido hacía tiempo. Sus ojos lo buscaron de nuevo. El muy canalla estaba aún conversando con Hannah Forrester. El beso de Daniel, el que Mary había interpretado como una intención manifiesta,¡era evidente que no lo había molestado lo más mínimo!

Ahora que, pensándolo bien, durante todo el verano no la había tocado de ninguna otra manera que no fuera más que cortés y no había demostrado con palabras ni hechos nada que hasta la mujer más optimista pudiera interpretar como una señal de interés. ¿Había muerto ya la atracción física que claramente había demostrado? ¿O tal vez decidió que se estaba dejando llevar por sus pasiones masculinas por un camino donde no tenía ninguna intención de transitar y se echó atrás con deliberación? Había dicho que no tenía intenciones de casarse otra vez, y hacerla su amante mientras estaba viviendo en su casa y cuidando de todo el grupo

no era obviamente una idea acertada. No se prestaría para convertirse en su amante, por supuesto. ¿Pero en su esposa?

Caroline se evadió de la cuestión. Con gran deliberación se puso a descascarar el maíz hasta que, mientras aún tenía cerca de media docena de mazorcas, el otro lado fue declarado el ganador. Después comieron y bebieron y llegó la hora de ir a casa.

Como antes, viajó entre Matt, que conducía, y Daniel. La noche estaba más fría y jirones de nubes se escurrían por debajo de una inmensa luna anaranjada. Una luna de cosecha, había dicho alguien en la reunión.. El viento había aumentado, provocando que las ramas que se encontraban alrededor y sobre ellos crujieran y se inclinaran. A lo lejos -supuso Caroline- un lobo solitario aullaba.

Los muchachos, silenciados por el cansancio, se habían desplomado contra sus tíos en la parte trasera. Robert y Thomas conversaban en voz baja. Al lado de ella Matt quieto como una piedra, con el rostro inescrutable mientras conducía y su brazo firme y tenso contra ella. Al otro lado, Daniel estaba igual de silencioso. El ambiente despreocupado que había prevalecido durante el viaje de ida se había desvanecido. Algo denso, aunque no inexpresado, parecía envolver si no a todos, sí por lo menos al trío del asiento delantero. Caroline observó primero a uno y después al otro de los hombres que estaban a su lado, pensó en romper el ánimo melancólico haciendo algún comentario superficial acerca de la velada, y luego se arrepintió. No se sentía muy alegre en particular, y, por la actitud de sus compañeros, ellos no estaban mucho más animados tampoco. Ambos parecían tener algo que pesaba en sus mentes.

Cuando llegaron a la casa, Matt se detuvo delante de la puerta para permitir que Caroline y los muchachos bajaran. Sus hermanos lo acompañarían al granero para ayudarlo a guardar la calesa y el caballo y concluir los quehaceres que todavía estaban pendientes. Caroline se acordó de repente de que estaban trabajando con todo su atavío, comenzó a protestar y entonces, con un suspiro, se arrepintió. No estaba de humor para discutir con nadie esa noche.

La calesa apenas había comenzado a moverse de nuevo cuando Caroline oyó a Thomas hablar a sus espaldas.

-¿Está enamorado Dan? -preguntó con tono de burla.

-¿De Caroline? -Robert se unió. Caroline entendió que habían esperado simplemente hasta que estuvieran fuera del alcance del oído antes de comenzar con su hermano. Lo fastidiarían sin piedad, por supuesto, y sólo podría estar agradecida a su buena estrella de que sería exceptuado de ello.

-Cierra la boca -oyó que respondió Daniel, con mejor humor del que ella hubiera exhibido en esas circunstancias, y entonces lo que pudiera haber ocurrido entre los cuatro se perdió cuando se alejaron y ella escoltó a los muchachos hacia la casa.

-¿Vas a casarte con el tío Dan? -dijo Davey bruscamente cuando ella cerró la puerta detrás de ellos. Parecía consternado.

Caroline se volvió para mirarlo, sorprendida de cuánto había percibido mientras estaba ocupado con sus amigos toda la noche. Era asombroso cuánto advertían los niños cuando en realidad parecían no estar prestando la mínima atención a lo que ocurría a su alrededor.

-No, por supuesto que no -respondió, con más severidad de lo que hubiera querido, y los envió a la cama. A mitad de camino por las escaleras John se volvió para mirarla.

-Estaría bien para mí si lo hicieras -dijo casi con cautela. Observándolo, vestido con sus mejores ropas, las cuales eran un modelo en miniatura de las de su padre, con su mechón de pelo negro despeinado por el viento y sus mejillas de un rosa fulgurante. Caroline sintió una oleada de calor. Una sonrisa comenzó a torcerle los labios, sólo para quedar inmóvil donde estaba a causa de Davey, quien había subido las escaleras hasta el corredor.

-¡Bueno, pero no estaría bien para mí! -gritó, y entonces antes de que alguien pudiera hablar se lanzó hasta desaparecer por el corredor. Segundos más tarde el eco de un portazo anunció que había corrido a su cuarto.

John se encogió de hombros, los cuales mantenía encorvados mientras continuaba subiendo por las escaleras. Acostumbrada ya a la oposición inflexible de Davey por lo que pensaba que era un intento de su parte para introducirse demasiado en la familia, Caroline observó alejarse a John y a continuación se dirigió a su propia alcoba. Mientras lo hacía, consideró la pregunta ¿el beso público de Daniel había sido alo así como una manifestación intencional, o nada más que un gesto afectivo? Caroline se encontró a sí misma esperando que esto último fuera el caso. Si no, si Daniel tenía intención de cortejarla de veras, entonces podría prever que la paz que había logrado con dificultad peligraba ante ciertos acontecimientos que sólo podía esperar con mucho temor.

Pero durante los días que siguieron Daniel no dijo ni hizo nada para dar fundamento a la sospecha de que tenía intenciones serias hacia Caroline. En realidad, estaba de mal humor , todo el tiempo y los otros muchachos -no los dignificaría llamándolos hombres, tan infantil era su comportamiento- discutían por insignificancias. Matt permanecía silencioso la mayoría de las veces, frunciendo el entrecejo a todo y a todos los que se cruzaban en su camino, abriendo la boca sólo para reprender aquellos desafortunados que incurrían en su descontento personal. Caroline no podía imaginar qué les molestaba, pero sea lo que fuese, esperó sinceramente que se murieran pronto de eso o se recuperaran de inmediato.

-¡No es culpa mía que la cuchilla se haya oxidado, así que no necesitas tratarme como si lo fuera! -gruñó Thomas una noche durante la cena, respondiendo a una insinuación de Robert de que el azadón se había estropeado porque lo habían dejado afuera con descuido.

-Ah, ¿no lo es? ¿Quién fue el último que lo usó entonces? ¡Eres un descuidado con las cosas, y si fueras honesto lo admitirías!

-¡No sé de qué te quejas! No eres tú quien tiene que repararlo, ¿no es así? -preguntó Daniel.

-¡Tú no lo harás! -replicó Robert, desviando su mirada feroz hacia Daniel.

-¿Por qué no? ¡Siempre lo hago! ¡Si no fuera por mí, no tendríamos ninguna herramienta para trabajar! ¡Siempre estáis rompiendo las cosas o dejándolas afuera para que se estropeen!

-¡Es Thomas, no yo, el maldito descuidado! -dijo Robert en defensa de sí mismo.

-¡Es un chiste! ¡Ja, ja, me da risa! -Thomas frunció el entrecejo a su hermano en contraste manifiesto con sus palabras.

-Fue el tío Thom el que dejó afuera el rastrillo la semana pasada. Yo lo vi -comenzó Davey.

-Cierra la boca, chicuelo. -Thomas trasladó su disgusto a Davey.

-¡No quiero! ¡Te vi! Yo...

-Eres un pequeño chismoso -espetó John a su hermano.

-¡No soy un chismoso! ¡No es un chisme decir eso! Yo lo vi, y...

-¡Oh, cierra la boca! -Y John le volvió la espalda.

-¡Mira! -se regocijaba Robert.

-Cuando los niños hablan... -dijo Daniel entre dientes.

-¡Te digo que no lo hice! -dijo Thomas a la defensiva.

-Por el amor de Dios, ¡silencio! ¡He oído más que suficiente de todos! -El rugido de Matt desde el extremo de la mesa hizo sobresaltar hasta a Caroline. John y Davey se mostraron asustados y bajaron los ojos hacia sus platos. Thomas y Robert, su animosidad por lo visto olvidada, cambiaron miradas significativas y de la misma manera volvieron su atención a la comida. Daniel masticó un bocado lentamente y lo tragó. A continuación miró a su hermano mayor, con los ojos entrecerrados y la mandíbula firme.

-¡No sé qué diablos te está molestando, pero quisiera que no siguieras desquitándote con el resto de nosotros! ¡Estamos hartos de caminar con cuidado a tu alrededor por temor a dar un mal paso y que nos trates rudamente por ello!

El silencio que le siguió estaba cargado de tensión. Caroline, con el tenedor suspendido a mitad de camino de su boca, miró sorprendida a Daniel y luego a Matt. Robert y Thomas también parecían sorprendidos. Davey observaba con ojos desorbitados s su valiente tío, mientras que John parecía prepararse como para una explosión.

-¿Qué has dicho? –Por la tranquilidad portentosa de las palabras de Matt, John parecía estar en lo correcto.

-Ya lo has oído -Daniel rehusó echarse atrás. Se enfrentó a la mirada de su hermano sin titubear-. Has estado tan irritable como un oso con una mazorca en su trasero durante los últimos tres días. Estás haciendo que el resto de nosotros sufre, y como resultado todos nos sentimos desgraciados. Si hay algo que te preocupa, ¡por el amor de Dios, dilo! O guárdatelo si prefieres, ¡pero no te desquites con nosotros!

-¿Tú -los ojos de Matt asumieron un destello feroz cuando chocaron con los de Daniel- puedes irte directamente al infierno!

Empujó la silla apartándola de la mesa, se puso de pie y salió con firmeza de la habitación. Los seis permanecieron sentados en un silencio pasmado hasta que escucharon aliviados cómo golpeaba la puerta principal y la cerraba de golpe. Todos exhalaron un suspiro colectivo.

-¡Nunca antes había oído maldecir a papá! –resopló Davey, espantado. Caroline, sentada al lado de él, dio una palmadita en su rodilla de modo tranquilizador por debajo de la mesa. Para su angustia recibió una mirada de desagrado y la extremidad se movió fuera de su alcance. Pero, desde luego, ¿qué otra cosa podía esperar?

-¿Crees que está enfermo? -John parecía preocupado.

-Somos adultos. No puede salirse con la suya, tratarnos mal y darnos órdenes cada vez que se le antoja -Thomas corroboró la opinión de Daniel.

-Pero Matt no suele estar tan irritable. Nunca lo fue, ni siquiera cuando... -Robert lanzó una mirada fugaz a Caroline y a los muchachos- ni siquiera cuando las cosas andaban muy mal aquí.

Caroline entendió que se refería a cuando Elizabeth estaba viva. Desechó el disgusto por la continua aversión a Davey y frunció el entrecejo.

-Matt ha estado de mal humor y eso es porque todos os habéis estado comportando como niños malcriados -dedujo maravillándose de su propia agudeza.

-¡Mal humor! -Thomas bufó-. ¡Eso es como decir que el océano es una pizca más ancho que un arroyo!

-¿Pero qué supones que le molesta? -Robert frunció el entrecejo

-No lo sé -respondió Daniel con tirantez-. ¡Pero si continúa con esa actitud voy a darle un puñetazo en los dientes!

-¡No pegarás a papá! -Davey y John gritaron al unísono.

-No lo dice en serio -les aseguró Robert, aunque observó a Daniel como si de repente le hubiera crecido una segunda cabeza. En realidad, tal amenaza era tan inusitada en Daniel que Caroline parpadeó.

-Alguien debería ir a hablar con él para averiguar qué le sucede -dijo.

Los adultos se miraron unos a otros. La pregunta silenciosa que revoloteaba en el aire era: ¿quién?

-Hazlo tú, Caroline -dijo Robert de repente-. A ti no te mostrará los dientes.

-Haces que parezca un perro rabioso. No es tan malo -dijo Thomas en voz baja.

-¿No lo es? -respondió Daniel con severidad.

-¿Yo? -Caroline ignoró este último intercambio en voz baja. Una mera noción había comenzado a tomar rumbo en su cerebro y aunque quisiera no podía desalojarla-. Bien, lo haré.

Decidiéndolo de repente, se puso en pie. Sintió cómo todos la observaban mientras abandonaba la habitación en pos de Matt.

Capítulo 30

Estaba en el granero. Tan pronto como salió, Caroline, vio la luz tenue que se filtraba por la puerta abierta. Recogiendo sus faldas, se dirigió en esa dirección, abriendo y cerrando el portón detrás de ella y después pisando con cuidado en el corral para evitar cualquier sorpresa desagradable que pudiera hallarse en su camino. Cuando llegó a la puerta abierta, vio a Matt sentado sobre un cubo volcado, con su pierna herida extendida y el rostro sombrío mientras se masajeaba la rodilla. Raleigh, que había estado tendido al lado de Matt, la vio y saltó al tiempo que emitía un fuerte ladrido.

-Silencio, Raleigh -dijo Caroline, molesta al ser anunciada cuando podría haberlo observado sin que percibiera su presencia un minuto o dos más. ¿Le dolía la pierna y era esa la causa de su mal genio inusual? Las esperanzas de Caroline se esfumaron. No podía estar preocupado ante la idea de que hubiera algo entre ella y Daniel.

-¿Qué quieres? -Matt alzó la vista, con una expresión que no indicaba de ninguna manera que se alegraba de verla. El animal se acercó a la muchacha, agarrando el borde de su vestido y sacudiéndolo como una invitación a jugar.

-Para de una vez -dijo con severidad, e indicó al animal que saliera. Cuando lo hizo, con la cabeza y la cola gachas, Caroline arrastró la puerta para cerrarla detrás de él. En ese momento no tenía paciencia para desperdiciarla con ese perro bufón.

Cuando Caroline regresó de cerrar la puerta, se encontró con el entrecejo fruncido de Matt. Todavía se estaba frotando la rodilla, pero el gesto era casi distraído, como si sus pensamientos, concentrados en otra parte, dejaran poco lugar para el dolor o su alivio.

-¿Quieres que lo haga por ti? -preguntó, cruzando por el suelo de tierra y paja hasta su lado.

-No.

La respuesta de Matt fue ruda en su brevedad, pero Caroline no le prestó atención, en lugar de eso se arrodilló y lo sustituyó con bastante naturalidad. Era una tarea que había desempeñado antes. Cuando había comenzado a utilizar las muletas y después el bastón, mientras su pierna se curaba, el sobrepeso en su pierna coja había provocado que se acalambrara de dolor. Pero el masaje lo aliviaba, pues ella parecía tener un don especial. Aun cuando la repelió con palabras, dejó caer de mala gana sus manos a un lado para permitirle retomar el trabajo.

Por un momento, en silencio, ella masajeó la rodilla y los músculos contraídos del muslo como si fuera una hogaza de pan. Incluso a través del basto lienzo casero de los pantalones, podía sentir el calor de su piel. El muslo era duro, musculoso y masculino, e instintivamente registró esa sensación mientras trabajaba para aliviarlo.

-¿Qué quieres? -preguntó de nuevo, no menos hostil que antes. Cuando levantó la vista observó que estaba hablando entre dientes.

-Bueno, ¿qué voy a querer en el granero a estas horas de la noche? Hablar contigo, por supuesto.

-¿Te han enviado ellos?

Caroline sonrió un poco y volvió a dirigir la mirada a la rodilla.

-Por supuesto. Ninguno se atrevía a enfrentarse a ti. Excepto Daniel, que estaba decidido a darte un puñetazo en la nariz.

-¡Por Dios, de veras! ¡Me gustaría que lo intentara! -Matt pareció tan enardecido que las esperanzas de Caroline aumentaron. Lo miró otra vez, observando si podía encontrar algo en su rostro que pudiera darle más ánimo.

-Los hermanos no deberían pelear -dijo, estudiándolo. A la luz del único farolillo que estaba colgado de un gancho en la viga más cercana, se veía cansado, robusto y tan hermoso que casi le quitaba el aliento.

-Caín y Abel lo hicieron -respondió Matt con severidad.

-¡Sí, y mira cuál fue el resultado! Además, tú y Daniel sois por lo común estupendos amigos.

Matt gruñó. Debajo de sus manos, Caroline pudo sentir el alivio de los músculos del muslo y centró su atención más abajo, en la misma rodilla y el tobillo cubierto con el calcetín.

-Davey estaba escandalizado al oírte mandar a tu hermano al diablo -le dijo con los ojos fijos en la rodilla. Sus dedos encontraron las cavidades de cada lado de la rótula y se concentró en masajearlas mientras esperaba su réplica-. Dice que nunca te había oído hablar así antes.

-No debería haberlo hecho, especialmente delante de los niños. Me avergüenzo de mí mismo, y le daré una explicación a Davey y me disculparé por eso -dijo con pesadumbre.

-Pero te provocaron.

-Así es.

-Daniel te provocó.

-Sí.

Las manos de Caroline se inmovilizaron y lo miró. Estaba arrodillada ahora entre sus piernas, medio apoyada contra el muslo sano mientras sus manos masajeaban el otro. No lo sabía, pero la luz del farolillo había vuelto sus ojos, bajo el corte negro y sedoso de sus cejas, de un amarillo intenso y enfatizaba las zonas tersas y los ángulos hermosos de su rostro, desde los pómulos sobresalientes hasta la barbilla suavemente redondeada. Su cabello, negro como la noche, estaba estirado hacia atrás desde la parte central formando un rodete grueso sobre la nuca. La sencillez blanca y negra de su vestido habría resultado deprimente en cualquier otra muchacha, pero en Caroline era magnífica. La tela se moldeaba a sus curvas, que se veían todavía muy delgadas, pero que contaban con el atractivo femenino, y los colores austeros resaltaban los tonos del cabello y la piel. Estaba tan bella mientras observaba a Matt que este sintió cómo su boca y todos sus músculos se endurecían como respuesta.

-Y por qué, me pregunto -sintió que el muslo se endurecía bajo sus manos y movió los dedos contra el músculo tenso. La lana de sus pantalones era tosca al tacto. Debajo de la tela su pierna era suave y rígida.

-¿Qué me estás preguntando, Caroline? -sus ojos estaban ocultos cuando se encontraron con los de ella.

-No es un gran misterio ¿no? Sólo te estoy preguntando por qué, después de todos estos años de vida armoniosa, tu hermano de repente te provoca más allá de toda razón. -Si las palabras y el tono eran inocentes, no ocurría lo mismo con sus intenciones. Los dedos alisaron la tela, acariciaron el muslo y entonces bajaron otra vez.

-¿Por qué? ¿Quieres saber por qué? -Las palabras eran casi feroces. Sin avisar, sus manos se movieron para cubrir las de ella, aplanándolas contra el muslo. El tamaño y la fuerza de sus manos mientras permanecían sobre las suyas mucho más pequeñas enviaron un estremecimiento de calor a lo largo de su espalda. Cautivada, saboreó la sensación y el estímulo que le proporcionaban. Después de meses de cultivar una paz soporífica, se sorprendió al sentirse sacudida por un temblor otra vez.

Matt comenzó a decir más, dudó y frunció el entrecejo.

-Si tienes intención de casarte con Daniel, entonces no tienes nada que hacer aquí conmigo. Te sugiero que te levantes y vuelvas a la casa.

-Quiero mucho a Daniel -respondió Caroline con aire pensativo. Su corazón dio un vuelco ante la repentina llama azul que su declaración hizo relampaguear en los ojos de Matt.

-¿De veras? –dijo, musitando apenas.

-Y creo que él me quiere también. Pero no me ha propuesto casamiento.

-Lo hará.

-Si lo hace entonces tendré que... decir que no -sonrió levemente y volvió las manos de modo que los dedos buscaron y se entrelazaron con los de él-. No es Daniel a quien tengo en vista.

-¿No?

-No. -animada por lo que creyó ver en su mirada, soltó las manos y se levantó sobre sus rodillas para que su rostro estuviera al mismo nivel que el de Matt. Sus manos descansaron en los anchos hombros, mientras que las de él, de forma automática, pensó, buscaron y encontraron la esbeltez de su cintura. Sus ojos brillaron en los de ella, inquietos y muy azules.

-Eres tú -continuó con suavidad.

Entonces sus ojos se entrecerraron, mientras sus manos se ciñeron a su cintura. Algo que fue demasiado intenso para considerarlo una sonrisa torció su boca y desapareció.

-¿Estás haciéndome una declaración por casualidad? -Debajo de la frivolidad intencional con que intentó teñir las palabras, había un tono cauteloso.

El calor que brilló entre ellos hizo el habla cada vez más difícil, pero Caroline forzó las palabras a través de su garganta apretada.

-¿Y si es así? -preguntó, conteniendo y recobrando el aliento mientras esperaba, ansiaba su respuesta.

-Me tomo el atrevimiento de advertirte que estás en peligro. -Estaba aún esforzándose por ser frívolo, pero sus ojos, de un azul profundo y hambrientos, dijeron mucho más que las palabras.

-¿De veras? -Proferir más que estas únicas palabras estaba más allá de sus fuerzas. Sus manos se movieron espontáneamente por sus hombros, saboreando la sensación de los músculos compactos a través de la camisa que ella había confeccionado-. ¿Y qué significa eso, por favor?

Matt la observó durante unos instantes sin responder, con el rostro sombrío y la mirada inquieta. Entonces rió, un sonido fuerte y breve que no tenía nada de divertido.

-¿Qué significa, mi amor? ¿Estás segura de que quieres saberlo? Pero te lo diré, ya que has preguntado, aunque quieras oírlo o no. Significa que has sido una fiebre incontenible en mi sangre durante meses. No puedo pensar, no puedo trabajar, por la noche permanezco despierto enloqueciendo por tenerte. ¿Es suficiente para enviarte volando a la casa, o quieres oír más?

Caroline no dijo nada, pero no hizo lemas leve movimiento que pudiera indicar una huída incipiente. Sus ojos se fijaron en los de él y su respiración se detuvo.

-Ardo por ti -su voz era baja y ronca-. Mi cuerpo duele y vibra en su tormento constante que debe igualarse seguramente a las torturas del infierno. No puedo concebir ningún otro fin que el de buscar alivio en tu cuerpo. No obstante, no quiero hacerte daño ni asustarte. Así que vete ahora, mientras tienes la oportunidad. O te lo advierto, lamentarás el resultado de lo que ocurra esta noche.

-No te tengo miedo, Matt. -Fue el más leve susurro y no era del todo verdadero. Mientras que no tenía miedo del hombre, temía la pasión voraz que él dominaba de manera tan frágil. Tenía miedo de lo que pudiera ocurrir cuando la cuerda tensa y vibrante que sostenía como último recurso se cortara.

-¿No? -sus ojos, oscuros por el deseo y no obstante fulgurantes también, se dirigieron a sus labios-. Entonces bésame, Caroline.

Fue un reto violento. La respiración de Caroline quedó atrapada en su garganta y por un momento vaciló. Pero sabía que ahora era suyo con sólo pedirlo. Sólo necesitaba acercarse y hacer frente al desafío. Sus ojos no abandonaron su rostro mientras se inclinaba hacia él, deslizando los brazos alrededor de su cuello. Su mirada era tan intensa como si quisiera memorizar su imagen ahora y para siempre. Sólo cuando sus bocas se tocaron ella bajó los párpados.

Sus labios eran tibios e inesperadamente suaves sobre los de ella. Durante sólo un momento permaneció inmóvil, permitiendo que ella sintiera el calor que había surgido de la simple unión de sus bocas. Entonces sus manos se movieron, deslizándose alrededor de su cintura y la acercó aún más.

-¡Oh, Matt!

Suspiró su nombre aun cuando estaba aplastada contra su pecho y él abrió los labios sobre los de ella. Su mano estaba detrás de su cabeza, inclinándose y colocando su boca en posición para besarla. Los labios de Caroline se había separado por instinto, para que la lengua de él se deslizara dentro de su boca, llenando la cavidad húmeda y tibia, invadiéndola y domándola. La última vez que la había besado así, había llegado hasta allí y no pudo seguir sin que ella se aterrorizara. Pero esta vez, debido a que era Matt y lo amaba, ella expulsó de su mente las imágenes del pasado que intentaban surgir y en lugar de eso se concentró en él: en Matt.

-Sabes dulce.

El todavía se contenía, alejándose de la fusión intensa de sus bocas mientras estampaba besitos provocadores sobre sus labios, susurrándole, apaciguándola para que no se atemorizara. Caroline sintió que se refrenaba, y saber que él la quería lo suficiente como para hacer eso derrumbó la última de las barreras que había erigido entre ellos. En un estallido glorioso y repentino de generosidad amorosa, apretó los brazos alrededor de su cuello, presionó su cuerpo contra él y deslizó la lengua entre sus dientes. Se brindaría a él, todo lo que deseara sin restricción, porque lo amaba. Él representaba más para ella que todo el resto del mundo.

-Caroline -se apartó, pareciendo como si estuviera ahogando. Su respiración era irregular, su rostro, enrojecido. Ella percibió la lucha que él sostenía por mantener el control-. Si me besas de ese modo otra vez, es probable que pierda la cabeza.

-Quiero que pierdas la cabeza -susurró contra su boca, inclinando la barbilla, colocó los labios sobre los suyos de nuevo. Esta vez, cuando su lengua tocó la de él, se quedó sin aliento. Entonces no le dio cuartel sino que la estrujó más cerca, con su boca inclinada encima de la de ella, su corazón golpeando contra sus pechos.

Mientras la besaba con el deseo insaciable, mitad rodó, mitad se cayó del cubo bajándola con él al suelo donde la envolvió en sus brazos, deslizó sus piernas sobre las de ella y le permitió sentir toda su extensión larga y fuerte contra su cuerpo. Ella ciñó los brazos alrededor de su cuerpo, cerró los ojos y lo mantuvo cerca, sin protestar cuando sus dedos temblorosos se encontraron y acariciaron sus pechos al mismo tiempo que las memorias horribles estaban luchando una vez más para salir a la superficie. Pero las mantuvo a raya repitiéndose a sí misma, una y otra vez, “este es Matt”. Aun cuando sus manos se deslizaron hacia sus piernas y tiraron bruscamente de la falda, no intentó detenerlo, pero se sostuvo de él mientras tironeaba el vestido y las enaguas hacia arriba de su cintura y hurgaba en sus propios pantalones hasta que los botones saltaron ante la urgencia.

Cuando él separó con las rodillas sus piernas vestidas con calcetas, los dientes de Caroline, rechinaron. Cuando encontró esa parte que había sido herida antes y que lastimaría de nuevo, hundió las uñas en sus hombros con resignación desconsolada. Cuando entró en ella y la expandió y la llenó hasta que pensó que iba a reventar, Caroline se estremeció por el horror que irrumpió en ondas al no poder mantenerlo a raya por más tiempo. No obstante

soportó, con los ojos cerrados, los dientes apretados y sin proferir siquiera un sonido de protesta, mientras, con sonidos roncos por el éxtasis, él se empujaba dentro de ella una y otra vez.

Sintió los pinchazos de la paja y la tierra fría contra sus nalgas desnudas. Sobre y dentro de ella se encontraba la fortaleza rígida de un hombre que gemía y jadeaba. Sus manos se agarraban a su espalda, arrugando la camisa en sus puños, y los dedos de sus pies se retorcían en sus zapatos mientras resistía con cada fragmento de la fuerza de voluntad que poseía el impulso de luchar en contra de lo que le estaban haciendo. Era Matt, su Matt y lo amaba. Por medio de este acto la había hecho suya. Asiéndose en esa idea, lo soportó.

Cuando él terminó, con grito fuerte y un empuje tan profundo que la hizo lloriquear antes de que pudiera detenerse ante tal ferocidad, lo sostuvo mientras se derrumbó temblando encima de ella. Lo sostuvo y acarició su cabello e intentó no imaginar su cuerpo, que todavía estaba metido dentro de ella, o su dolor, o su semidesnudez, ola de ella. Sabía que tales pensamientos le causarían temblores de repugnancia. En lugar de ello, mientras pasaba las manos por sus hombros y le acariciaba la espalda, se concentró en la seguridad de que lo había complacido sumamente con su obsequio. Como lo había pensado, esa noción hacia la violación de su cuerpo mucho más fácil de soportar.

Hasta que al fin, él se apoyó sobre los codos para poder contemplar su rostro. Mirándolo con una sonrisa cariñosa, quedó pasmada por la aspereza que vio allí.

-¡Maldita seas! -arrojó las palabras al mismo tiempo que su cuerpo se tensaba encima de ella- ¿Por qué no me has detenido?

Capítulo 31

-¿Por qué... por qué tendría que haberte detenido? -Sus ojos estaban abiertos de par en par por la confusión y el asombro cuando encontró los de él. Era evidente que estaba enfadado, su mirada azul brillante entrecerrada y feroz, su boca situada en una línea intransigente. Antes de esta noche nunca lo había oído utilizar tanta blasfemia deliberada, pero de repente estaba tramando una venganza para su temperamento normal. Hasta su cuerpo con los músculos rígidos emanaba hostilidad. Aunque la razón de su enfado, cuando ella se había partido casi en dos para darle el objeto más preciado que podría darle, estaba más allá de su percepción mental.

-¡Porque a pesar de toda tu dulce seducción, no estabas más preparada que una virgen de doce años para amar a un hombre!

-Pero... eso porque... ya sabes -estaba tartamudeando por la sorpresa.

-Sí, ya sé -burlándose de su tono con rencor, se puso de pie. Su rostro estaba rojo de ira mientras se ajustaba los pantalones sin el menor signo de modestia. Mirándola con furia todo el tiempo, continuó-. He querido levantarte las faldas desde que te vi por primera vez, sentada sobre tu pequeño y delicioso trasero en la suciedad, con tu vestido medio rasgado y tu cabello caído sobre los hombros, viéndote tan furiosa que hasta podías escupir. Cuando estabas en mi cama y yo te besé ¿sabes qué difícil fue para mí dejarte ir? No, por supuesto que no sabes. No tienes la menor idea. Pero permití que lo hicieras. ¿Y por qué? Porque sentía cariño hacia ti, Caroline, y era obvio que necesitabas ser apreciada y mantenida a salvo. Había confianza entre nosotros, y la confianza es algo que valoro demasiado para permitir que se manche por mi deseo. Antes de llevarte a la cama, quería darte tiempo y la oportunidad de sanar. Y por Dios que he cumplido mi parte. He mantenido mis manos lejos de ti ¿no es cierto? ¡He ganado mi lugar en el cielo con todo el esfuerzo que me ha costado! Pero ahora... ¿cómo diablos supones que seremos capaces de volver a ser lo que éramos? ¡No podemos, porque me volveré loco deseándote y no obstante sabiendo que si lo hacemos estarás enferma de repulsión todo el tiempo mientras yo estaré babeando y jadeando! ¿Piensas que soy tan cerdo

como para tomar a una mujer que no me quiere? ¿En especial una mujer por la que siento afecto?

-Pero... pero... -Las palabras fallaron. Nunca en sus pensamientos más infundados hubiera sospechado que su abnegación llevaría a semejante desenlace. El razonamiento de Matt estaba más allá de ella en este momento, aunque había oído claramente que dijo que sentía afecto por ella. Eso sólo hubiera sido suficiente para hacerla feliz, si no hubiera estado tan ferozmente enojado.

En una actitud decente, ahora se estaba metiendo los extremos de su camisa en los pantalones. Ella recordó el aspecto que debía de tener, desnuda desde la cintura hasta la mitad de los muslos donde sus calcetas blancas de algodón comenzaban, las piernas tendidas sin pudor, la falda enroscada en la cintura. El triángulo oscuro de femineidad resaltaba por completo contra el color pálido de su piel y hasta la muesca pequeña del ombligo era claramente visible a su mirada. Con el rostro enrojecido, Caroline bajó su falda y se puso de pie.

-Quería que hicieras... lo que has hecho. Es sólo que...no...¡no puedo evitarlo si no me gusta cuando sucede! Oh, Matt, ¿no puedes aceptar sólo el hecho de que te he hecho un obsequio y estar feliz por ello?

-¡Estar feliz por ello! -por un momento pensó que le pegaría a la pared más cercana. Su rostro se abigarró con pasión y apretó los dientes-. ¡No necesito ni quiero ningún sacrificio humano, muchas gracias!

-¡No ha sido así! -protestó, casi con un lamente, pero él ya se dirigía hacia la puerta, pasándose los dedos por el cabello desordenado. Estaba claro que no tenía intenciones de quedarse y discutir más la cuestión.

-¡Matt!

Ignorándola, tiró de la puerta hacia un lado con violencia, combinando su genio y su fuerza para hacerla deslizarse como si las guías estuvieran engrasadas. Entonces se detuvo por completo al encontrarse afuera cara a cara con Daniel.

Daniel se detuvo también y por un momento significativo los dos simplemente se miraron el uno al otro. La espalda de Matt daba hacia Caroline, pero aun así podía ver el endurecimiento amenazante de su cuerpo. Daniel, con el rostro hacia ella, estaba aún envuelto en sombras a pesar de la cantidad de luz que se derramaba a través de la puerta del granero, pero también sentía la tensión que emanaba de él.

-¿Qué quieres? -gruñó Matt, con su cuerpo enorme plantado para bloquear a Daniel tanto el acceso como la vista del interior del granero. Daniel hizo como que lo iba a rodear, pero Matt lo detuvo con un movimiento en respuesta propia.

-¿Dónde está Caroline?

Matt rió, en tono desagradable.

-Caroline no es asunto tuyo.

-¡Ella es tan asunto mío como tuyo! ¿Dónde está? Ella... -la voz de Daniel se perdió cuando, por encima del hombro de Matt alcanzó a ver a Caroline. Había corrido en persecución de Matt, sólo para detenerse a unos pasos cuando él se topó con Daniel. Ahora se movió para que Daniel pudiera verla y enseguida negó con la cabeza. Pero Daniel no se tranquilizó. Aunque Caroline no se había dado cuenta, con su cabello suelto del rodete y cayendo sobre sus hombros, sus labios rosados e hinchados por la boca de Matt y la palidez de sus mejillas enrojecidas por su mandíbula como papel de lija, era la propia imagen de una mujer que había sido justamente, cuando menos, besada a voluntad.

-¡Eres un... bastardo! -Le dijo Daniel a su hermano con tono incrédulo. Y entonces, sin ninguna advertencia que Caroline pudiera ver, le dio un puñetazo a Matt en la cara.

El golpe retumbó en el granero. Jacob, que tenía su propio establo amplio en la parte trasera, bufó alarmado, con su cuerpo gigantesco golpeando contra la madera. Una vaca

encerrada más cerca de la puerta mugió ruidosamente cuando Matt tropezó hacia atrás y luego cayó al suelo en toda su longitud con un fuerte batacazo.

-¡Matt! -chilló Caroline, corriendo en su ayuda cuando este se sentó, con una mano en el ojo. Lo tomó del brazo, arrodillándose a su lado y mirando a Daniel con la ferocidad de una leona defendiendo a su cachorro--. ¡Le has hecho daño! ¿En qué estabas pensando? ¡Es tu hermano!

-No te metas en esto -gruñó Matt, alejándola y pareciendo sacudirse. Entonces se levantó del suelo con una estocada veloz, atajando a su hermano y tambaleándose con él afuera en el corral. Peleaban con furia, cambiando golpes y patadas e insultos, los dos hombres grandes, fuertes y mortalmente furiosos. Matt era casi tres centímetros más alto y más musculoso de manera visible, pero estaba entorpecido por su pierna coja, de modo que la contienda estaba más o menos igualada. Corriendo detrás de ellos mientras rodaban, luchando cuerpo a cuerpo, la oscuridad sombría y cambiante obstruyendo gran parte de su visión, a Caroline le vino a la memoria la imagen de un par de osos bailarines.

-¡Basta! ¡Matt! ¡Daniel! ¿Me oís? ¡Basta!

Caroline asió el brazo de Matt, sólo para ser despedida a un lado. Al mismo tiempo, Matt, al estar distraído, recibió un golpe en la cara. El ruido sordo del puño de Daniel acoplándose a la mandíbula de Matt hizo que Caroline se encogiera. Matt gruñó, echando la cabeza hacia atrás. Daniel siguió con un golpe en la región abdominal de Matt, el cual, por fortuna, logró esquivar doblegándose a un lado. Con un rugido Matt hundió el talón en el abdomen de Daniel. Entonces, mientras su hermano se doblaba con un soplido, Matt continuó con un puñetazo aplastante en el rostro. Esta vez fue Daniel quien cayó al suelo en toda su extensión.

-¡Por favor, deteneos! ¡Por favor!

Pero era igual si no decía nada, para lo que podían servir sus gritos... Daniel se arrojó sobre Matt otra vez. Caroline, saltando de un pie a otro mientras observaba con impotencia, recordó el cubo que se hallaba en el granero y corrió a buscarlo justo cuando Daniel logró trabar su brazo alrededor del cuello de Matt. A su regreso, se desvió lo suficiente para llenarlo con agua helada del abrevadero. Entonces se detuvo al lado de ellos -era Matt quien sostenía a Daniel por la cabeza ahora- y arrojó el contenido del cubo imparcialmente sobre ambos.

-¡Qué diablos...! -Se separaron, jadeando y farfullando por el diluvio helado. Ambos recompensaron su interferencia con miradas furiosa idénticas. A la luz de la luna, a pesar de las diferencias de color y altura, se veían iguales en ese momento como si fueran gemelos. Una vez que el origen de la intervención fue identificado, sus ojos dejaron a Caroline par afirmarse el uno con el otro. Entonces, con gruñidos idénticos, comenzaron de nuevo.

Esta vez Caroline ni siquiera dudó. Arrojó el cubo al suelo, apretó los puños y se encaminó hacia la casa. ¡Si esos malditos tontos deseaban matarse el uno al otro, entonces sólo podía esperar que tuvieran éxito!

Una vez dentro, caminó airadamente hacia la cocina, lanzó una mirada indignada al cuarteto que ocupaba la habitación y comenzó a recoger los platos de la mesa con mucho más estrépito de lo que la tarea merecía.

Cuatro pares de ojos la observaron con interés cuando entró y cuando se percataron del estado desgreñado de su persona, el color subido y la irritación obvia, al menos dos pares de ellos se agrandaron con curiosidad.

-¿Y bien? -Thomas dijo al fin cuando Caroline, haciendo sonar los utensilios, parecía decidida a no hablar.

-Dos tontos se están matando a golpes en el corral -espetó por encima de su hombro, apretando los dientes mientras hablaba-. ¡Y a mí, por lo menos, no me interesa mirar!

-¡Qué!

Después de un instante de asombro, los cuatro estaban de pie y corrían hacia la puerta. Pero qué ocurrió después de eso, Caroline no lo sabía, ya que estaba cansada de cada uno de los hombres que caminaban sobre la tierra y se fue a la cama.

Se agitó, dio vueltas, se enfureció y no pegó ojo en toda la noche.

Capítulo 32

El ambiente que reinaba en la mesa del desayuno a la mañana siguiente era tan pesado como una nube de tormenta. Davey y John, que por lo visto nunca antes habrían visto a su padre pelear con uno de sus tíos, se sumergieron en un silencio poco común. Tragaron las gachas de maíz con melaza sin chistar y se marcharon a la escuela con sólo una ojeada rápida y asustada a los adultos que dejaron atrás. Robert y Thomas, después de intercambiar miradas significativas y emprender uno o dos intentos de diálogo que no obtuvieron respuesta, desistieron y se concentraron en ingerir su comida. Matt y Daniel comieron con caras lúgubres idénticas, mientras que Caroline arrojaba comida en los platos con violencia para luego dejarlos encima de la mesa con un silencio inflexible.

Matt lucía un ojo negro grotescamente hinchado de lo que pensó que fue el primer puñetazo de Daniel, y una esquina de su boca presentaba un corte que probablemente le dolía. Se dio cuenta de ello por la manera en que respingaba cuando comía e indagaba por el área lastimada con su lengua. Daniel tenía la nariz roja e hinchada y lucía una magulladura oscura en el lado izquierdo de su mejilla. A primera vista parecía haber vencido la batalla. Pero hacía una mueca con cada movimiento y hasta cuando permanecía sentado se le veía incómodo, así que Caroline no podía decirlo con seguridad. De todas maneras, no se compadecía en lo más mínimo de ninguno de los dos. En su opinión augusta, ¡era una lástima que no se hubieran golpeado hasta quedar sin sentido!

En realidad, se sentía muy contenta de estar tan enfadada con los dos. Mantuvo a raya la vergüenza que de otra manera estaría sintiendo por el desastroso intento del acto amoroso. Matt era a quien reservaba su furia selecta, por aceptar un acto que había sido un obsequio abnegado y apartarlo de todo reconocimiento y después pelearse con su hermano por ella, lo cual era ridículo en extremo. Pero estaba enfadada con Daniel también, por golpear a Matt y por actuar como si lo hubiera traicionado de alguna manera. ¡Cómo si tuvieran un acuerdo o algo, lo cual no era así en absoluto!

También estaba enfadada con Robert y Thomas porque eran Mathieson, hombres y lo bastante listos como para inferir por sí mismo la causa de la pelea de sus hermanos. Ambos habían estado lanzando miradas especulativas al trío desde que bajaron taconeando por las escaleras y descubrieron a Caroline golpeando ollas en la cocina, pero hasta el momento ninguno se había atrevido a acercarse para inquirir sobre la causa de tanto odio familiar.

Matt apartó al fin su silla de la mesa, con el desayuno sólo a medio comer. Por primera vez en la memoria de Caroline, algo había interferido realmente con el apetito de un Mathieson, pero no adivinaba si era por los sentimientos heridos o por el labio dolorido. Robert y Thomas hicieron lo mismo, pero Daniel permaneció donde estaba.

-¿Vienes, Dan? -preguntó Robert desde el umbral de la puerta. Daniel sacudió la cabeza.

-Voy en un minuto. Primero tengo algo que decirle a Caroline.

Pronunció estas palabras mientras lanzaba una mirada desafiante a Matt, que estaba rodeando la mesa para acercarse a Caroline cuando las palabras de su hermano lo detuvieron. Tanto Robert como Thomas dejaron lo que estaban haciendo para observar a Daniel, mientras que Matt se volvió para encontrarse en la mirada de Daniel con una expresión que no era menos que una amenaza.

-Soy yo quien tiene que decirle algo a Caroline. Y como requiero privacidad, ya puedes largarte de aquí. -El tono de Matt era engañosamente tranquilo, pero sus ojos fulgurantes lo

desmentían. Por lo que Caroline sabía, eran las primeras palabras que intercambiaban los hermanos después de la pelea. Aunque se preguntaba qué era lo que Matt tendría que decirle, se dijo a sí misma con tenacidad que no estaba de humor para escucharlo. Tanto él como Daniel se habían comportado como payaso la noche anterior, ¡y si alguno de ellos tenía que decirle algo, podrían esperar hasta que ella tuviera ganas de escucharlo! ¡Y cuando hablaran, sería mejor que fuera para disculparse!

-¡Al diablo si lo hago! -Daniel respondió, poniéndose de pie de repente. La silla se inclinó hacia atrás hasta quedar en dos patas y se salvó de estrellarse contra el suelo sólo porque golpeó en la pared primero.

-Sí, lo harás -dijo Matt con convencimiento.

-¡No por que lo digas tú! -Daniel pareció como si estuviera buscando pelea.

Se erizaron con mutua animosidad mientras que Robert y Thomas, presintiendo otra batalla incipiente, asieron a Daniel y a Matt, uno por cada brazo. Daniel soportó que lo agarrara Robert, quien simplemente lo ignoró, pero Matt se quitó de encima a Thomas, aunque el hermano menor aún se mantenía cerca vigilándolo con atención.

-Caroline no tiene nada que decirte -Matt habló entre dientes.

-Eso lo dirá ella, no tú. No es de tu propiedad.

Entonces Matt sonrió, apenas mostrando los dientes.

-¿No lo es, hermanito?

-¡Esperad un momento! -Caroline, que había escuchado el intercambio de palabras con indignación creciente, golpeó un plato vacío sobre el aparador. Los cuatro hombres se sobresaltaron, como si se hubieran olvidado de que estaba allí y de inmediato dirigieron su atención a ella. Caroline miraba enfurecida alternativamente a Matt y a Daniel de forma casi imparcial, aunque podría haber habido un poco de veneno extra en la mirada que dirigió a Matt, que, en su opinión, era quien más lo merecía.

-No me importa si discutís. No me importa si os peleáis. No me importa si os golpeáis el uno al otro hasta convertiros en dos pulpas sangrientas, ¡pero no lo haréis en mi cocina! ¡Salid de aquí! -El tono de su voz aumentó mientras hablaba, y para cuando hubo terminado les estaba gritando. Como continuaban allí de pie mirándola boquiabiertos con tanto asombro como si la pared hubiera hablado, agarró la escoba y la blandió hacia ellos de forma amenazante.

-¡Fuera! ¡Fuera! -Caroline se adelantó, acercándose a la mesa con la escoba. Thomas y Robert, con los ojos abiertos de par en par, se batieron en presurosa retirada hacia la puerta. Cuando Daniel, que estaba más cerca de la línea de fuego que Matt, la ignoró, Caroline abatió la escoba sobre sus hombros con un golpe fuerte. Daniel aulló, saltando hacia un lado, lo cual al mismo tiempo lo acercó más a la puerta.

-¡Eh!

-¡Fuera!

-¡Pero...!

-¡Fuera!

Trató de golpearlo otra vez, fallando justo ya que la esquivó, aunque la brisa provocada por el movimiento encrespó su cabello rizado. Con los brazos levantados, balbuceando protestas. Daniel se retiró con rapidez, tropezando en el umbral ante el apuro de salir por la puerta. Caroline volvió su atención a Matt, que se mantuvo firme, observándola de cerca, mientras que Daniel ya estaba encaminado.

-¡Sal de esta casa! -levantó la escoba.

-Es mi maldita casa y...

¡Paf!

-¡Ay!

Matt se apoderó de la escoba pero la perdió cuando Caroline tiró de ella hacia atrás. Sabía que, si la agarraba, podría arrebatársela con facilidad y la contienda terminaría en un momento. La idea de contraponer su fuerza con la de él era ridícula. Pero no le daría la satisfacción de verla dar un paso atrás, no cuando todavía estaba tan furiosa con él que con ganas lo hubiera trinchado como carnada. En lugar de eso, alzando la escoba como un garrote, arremetió a su encuentro con un grito tan fuerte que ni siquiera Jacob lo hubiera podido hacer mejor.

-¡He dicho fuera!

Cuando corrió hacia él, gritando, pegó con la escoba sobre la mesa, las paredes y las sillas, en realidad sobre casi todo lo que se encontraba a su paso, dando una imagen maravillosa de una mujer enloquecida por la idiotez de un hombre. Matt retrocedió, con las manos levantadas para protegerse de ella, la sorpresa en su rostro casi burlesca, si ella hubiera estado de humor para reír, que no lo estaba. Logró asestarle otro golpe fuerte en un lado del brazo, el cual lo echó aullando, fuera de la habitación. Por fin, dio un portazo y aseguró el cerrojo antes de que pudiera recobrarse lo suficiente para volver a la carga.

Cruzando los brazos sobre el pecho, lanzó una mirada feroz hacia la puerta, satisfecha. Dio unos pasos a la izquierda y con aire belicoso se quedó observando a sus enemigos derrotados por la ventana.

Thomas y Robert flanqueaban a Daniel un poco más allá, Daniel les estaba diciendo algo y ellos fruncían el entrecejo mientras escuchaban. Raleigh retozaba alrededor de sus talones, contento ante ese nuevo juego. Matt estaba más cerca, frotándose el brazo donde ella lo había golpeado y mirando con aspecto enfurruñado hacia la puerta cerrada. Por un momento pensó que olvidaría su dignidad lo suficiente y aporrearía la puerta para que le permitiesen entrar y casi saboreó la idea de retarlo a que la derribara, ¡porque no abriría el cerrojo! Pero por lo visto pensó que era mejor no comprometerla en una batalla ante sus hermanos, con un día de trabajo esperando. Después de un momento de duda, se volvió y se alejó dando grandes zancadas sin decir una palabra a nadie. Los otros tres, con Thomas y Robert intercambiando miradas y Daniel moviéndose de mala gana, siguieron lentamente.

Con una sonrisa de repulsa, Caroline abandonó la ventana para seguir con su propia tarea. Aunque un resquicio de su mente, tristemente indisciplinada, se preguntaba qué era lo que Matt había querido decirle -¿algún sentimiento tierno, quizás, o una disculpa por su pura grosería obstinada? - el resto de ella estaba todavía demasiado enfadado como para importarle. Cuanto más pensaba acerca del modo en que él se había comportado, tanto en la absoluta e impertinente exasperación debido a un gesto que había requerido de un valor considerable por su parte, como por la actitud de perro encolerizado hacia Daniel, más se enfurecía. Irritada, se preparó una comida con los restos que habían dejado los hombres -¡se estaba cansando de comer las sobras! - llenó como de costumbre el platillo de leche para Millicent y puso en orden la cocina. Justo cuando estaba colgando la escoba en su clavija se le ocurrió mirar de nuevo por la ventana.

Una cara estaba apretada contra el vidrio, con la nariz aplastada de modo tal que las facciones parecían grotescas. La aparición estuvo allí sólo un instante y desapareció antes que Caroline pudiera gritar. Pero alcanzó a ver que era del color de la arcilla, manchada con rayas amarillas y rojas y el pelo negro y lacio. ¡El salvaje! Su aparición echó de su mente tanto a Matt como a la ira que sentía. Con un estremecimiento, Caroline retrocedió, felicitándose por haber cerrado la puerta trasera, que casi siempre quedaba abierta. Pero la principal...

Girando con rapidez, asió el mosquete que yacía en un rincón de la cocina durante el día mientras estaba en la casa sola y corrió a la habitación del frente. Ese artefacto siempre estaba cargado y listo. Matt le había enseñado cómo ponerlo sobre el hombro, liberar el percutor y tirar del gatillo para hacerlo disparar. Pero hasta en la peor emergencia había pensado utilizarlo sólo para llamar a los hombres de la casa y no estaba segura de que pudiera

dispararlo contra otro ser humano, ni siquiera un salvaje. Aunque quizá podría, si apoyaba la espalda contra la pared.

Había un hombre en la habitación del frente. Por el rabillo del ojo Caroline vislumbró que se movía entre sombras, y, jadeando, dio una vuelta para enfrentarse a él de lleno. Por desgracia, antes de que pudiera siquiera pensar en disparar, el miedo hizo que el mosquete de repente cayera de sus dedos débiles con estruendo. Cuando el hombre salió con agilidad fuera del alcance de la probable descarga, ella gritó con todas sus fuerzas como para despertar a un muerto.

-¡Por Dios Caroline, sólo soy yo! -Era Daniel. Su chillido lo hizo saltar otra vez y alzó los ojos hacia su rostro después de observar el mosquete, que por fortuna no se había disparado.. Con el corazón latiendo con violencia, Caroline bajó las manos de la boca y lo miró con indignación, debido al susto que acababa de darle y porque aún estaba enfadada con él, y mucho.

-¿Qué estás haciendo aquí? -inquirió furiosa, mientras recobraba la sangre fría-. ¡Pero eso no importa ahora! ¡Un salvaje estaba espiando por la ventana de la cocina!

-¡Un salvaje! -Daniel parecía asombrado- ¡Debes de haberte confundido!

-¡No estoy confundida! -dijo Caroline- ¡Por favor, cerciórate tú mismo!

Daniel se dirigió a la cocina. Caroline recogió el mosquete y corrió detrás de él.

-No hay nadie aquí -exclamó Daniel, de pie en medio de la cocina mientras escudriñaba por la ventana y por todos los rincones.

-Estaba afuera mirando hacia aquí -dijo apretando los dientes, agitando el mosquete con fuerza y señalando hacia la puerta. Con un gesto que indicaba que pensaba que ella tenía pájaros en la cabeza, Daniel se dirigió hacia la puerta, quitó el seguro y salió. Millicent, maullando, se frotó contra sus tobillos.

-Vete, gato. Si había un salvaje aquí, ya se ha ido -Daniel habló con más despreocupación de lo que Caroline sintió que merecía la situación y regresó hasta la puerta.

-Había un salvaje -insistió Caroline. Daniel levantó una mano tranquilizadora.

-Estoy seguro de que sí. Pero se ha ido y Matt estaba en lo cierto cuando dijo que en general son inofensivos... y tengo que decirte algo muy especial.

Caroline desvió su atención hacia Daniel y olvidó por completo al salvaje mientras frunció el entrecejo.

-Yo, en cambio, no tengo nada que decirte -Le volvió la espalda y se encaminó hacia la habitación del frente, determinada a no quedarse quieta para escapar del tormento que temía que se estaba acercando.

-¡Caroline, detente! -Con zancadas más largas, Daniel la alcanzó, la asió del brazo y la atrajo hacia sí. Enfadada, le dio una palmada en la mano. Él la soltó pero se plantó con firmeza frente a ella con aire de quien está decidido a bloquear su fuga.

-¡Te he dicho...!

-¡Maldita seas, mujer, estoy tratando de hacerte una proposición! -Ese rugido exasperado se parecía tanto a los de Matt que Caroline se espantó por un momento sin emitir palabra.

-¿Una proposición? -Repitió cuando pudo hablar de nuevo, insegura de si había oído correctamente. Después de lo de la noche anterior, no había esperado esto.

-Me has oído bien -Daniel bajó la voz, pero su expresión no era menos sombría-. Quiero que te cases conmigo.

Estiró la mano, tomó las suyas y las sostuvo. Caroline estaba demasiado sorprendida para resistirse.

-Daniel...

-No digas que no -dijo rápidamente-. Ya sé... debería ser muy tonto para no... que hay algo entre tú y mi hermano. Fue obvio anoche. Antes de que te involucres demasiado con él

quiero ofrecerte una opción. Estarías bien si te casas conmigo, Caroline. Te trataré con todo respeto y...

-Daniel -trató de detenerlo, pero él continuó, indiferente.

-No creas que es necesario que vivamos aquí una vez que estemos casados. Tengo guardada una suma respetable y podremos comprar nuestra propia casa. Siempre se ha entendido que cada uno de nosotros lo haría, cuando nos casáramos.

-¡Daniel! -Esta vez se impuso. El se interrumpió paras mirarla inquisitivamente. Caroline negó con la cabeza.

-Me haces un gran honor -dijo con suavidad, levantando la vista hacia su rostro serio, que ostentaba señales concretas de sus recientes peleas con Matt. Caroline sintió que afloraba cierto afecto por él, su primer amigo en esta tribu deshonrosa, y casi la venció cierta irritación por eso-. Pero no puedo ser tu esposa, aunque te quiera mucho. No nos llevaríamos bien.

-Lo amas -las palabras eran acusadoras.

Caroline alzó la barbilla.

-Si lo amo o no es asunto mío. No quiero hablar más de esto.

Daniel la contempló, con expresión desolada.

-Aun así me casaría contigo. En cambio él no lo hará.

-Tú no me amas, Daniel. Y, aunque te quiero como un bueno, como a un hermano, no te amo. No como debería para ser tu esposa. -Al fin logró liberar sus manos. Con discreción flexionó los dedos, lastimados por la fuerza con que él la había sostenido.

-Como amas a Matt -el rencor tiñó esa aseveración.

-Eso -dijo Caroline mientras que un destello helado aparecía en sus ojos- es algo entre él y yo.

-Esta mañana le dije que tenía intenciones de pedirte que te casaras conmigo.

-¿Y qué dijo? -la pregunta fue loablemente serena, aunque Daniel la había tomado por sorpresa.

-Me dijo que lo hiciera. No sé qué habría dicho yo, si fuera él y quisiera casarme contigo.

-Ya te digo, lo que hay entre Matt y yo es algo que sólo nos concierne a nosotros. Pero debes creerme cuando te digo que no influye en mi decisión. Aunque Matt no existiera en ninguna parte de este mundo, mi respuesta seguiría siendo la misma.

Sus palabras quizá fueron más agudas de lo que hubiera querido, pero la idea de Matt dándole permiso a Daniel para proponerle matrimonio la hirió profundamente. Al menos podría haber corrido para adelantarse a su hermano en la propuesta, pero no lo había hecho. Aunque Matt había admitido que la quería -¡semejante expresión de afectos casi le revolvió el estómago! - no había dicho nada de matrimonio y era sin duda algo que seguramente no haría.

-Eres firme en tu rechazo, entonces. Muy bien. No te presionaré. -Ceñudo, Daniel se volvió de repente. Pero en lugar de irse, como Caroline supuso, se dirigió a las escaleras, subiendo los escalones de dos en dos.

-¿Adónde vas? -lo llamó, desconcertada.

-A hacer la maleta. Con lo que siento por ti... y por Matt, será mejor que me vaya a la cuidad ahora. Puedo quedarme con James. Creo que a Mary no le importará.

-Pero... -La voz de Caroline se desvaneció cuando Daniel desapareció. Momentos más tarde estaba de vuelta, llevando una maleta con la ropa asomando por todos los lados. Retomó la conversación donde la habían dejado mientras bajaba las escaleras.

-Te digo que es lo mejor. De lo contrario, Matt y yo estaremos peleando siempre. Porque... te amo, Caroline, a pesar de lo que digas. Y no me sería fácil ver cómo te pones en ridículo ante mi hermano.

Y con esta conjetura como despedida salió por la puerta.

Capítulo 33

De algún modo los hombres debían de haberse enterado de la deserción de Daniel y debían de habérselo contado a John y a Davey también, porque esa noche durante la cena no se dijo ni una palabra a propósito del lugar vacío en la mesa. Ahora que su ira se estaba apaciguando, el corazón de Caroline sufría una pequeña punzada cada vez que miraba a Matt, esperando... ¿esperando qué? ¿Qué se disculpara? ¡Seguro que no! Fuera lo que fuera lo que había tenido la intención de decirle antes, por lo visto lo había pensado mejor, porque estaba silencioso por completo. Su semblante sombrío sembró desánimo en la familia y una vez hechas las tareas escolares, los muchachos se fueron a la cama mientras Robert y Thomas se retiraron a fumar afuera.

Cuando se quedó sola con Matt, que la ignoró mientras grababa unos dibujos en un lugar de la mesa que había limpiado con un brazo, Caroline decidió abandonarlo tanto a él como al balde lleno de platos sucios. Le volvió la espalda a Matt -que según parecía, ni siquiera lo notó-, recogió a Millicent, se encaminó hacia su alcoba y cerró la puerta con mucha determinación detrás de ella.

Pero era más temprano de lo habitual para retirarse, ¡y no permitiría que Matt Mathieson la obligara a permanecer desvelada en la cama cuando no tenía deseos de hacerlo! En lugar de eso decidió abrir los baúles, que todavía estaban alineados contra la pared opuesta a la cama donde habían quedado desde que se mudara a la habitación de las provisiones. Desde el momento de su llegada había estado tan ocupada cuidando a los hombres que había tenido poco tiempo para dedicar a sus propias necesidades. Ahora pasaría una hora agradable examinando las reliquias del pasado, y si los platos se congelaban mientras tanto, ¡entonces sería una lástima! Si Matt quería utensilios limpios para comer, entonces podía lavarlos él mismo.

Millicent se acurrucó, ronroneando, en medio de la cama, mientras que Caroline se acomodó sobre el suelo de tablones anchos, con movimientos cautos debido al leve dolor que persistía entre sus piernas. Aunque había quitado todo rastro existente de él, incluso lavando el vestido que había usado la noche anterior y extendiéndolo al sol para que se secara, no podía borrar la ternura que le hacía recordar lo que había ocurrido cada vez que hacía un movimiento descuidado. Aunque ya no era virgen conforme a las normas, su cuerpo estaba tan poco acostumbrado a tales experiencias como el de una recién casada. Lo que hizo Matt había dejado la marca en su cuerpo con la misma certeza que su ira después le había marcado el corazón. ¿Alguna vez entendería a los hombres?, se preguntaba Caroline con un nuevo atisbo de furia. Entonces, deliberadamente, desterró por completo de su mente a ese sexo incomprensible, y de forma muy particular a Matt.

Uno de los baúles contenía lo que quedaba de sus vestidos ingleses, los de las tonalidades brillantes que no le servían aquí y había guardado cuando se convirtió en puritana. Lo cual había hecho sólo para complacer a Matt, como sabía que admitiría si era sincera consigo misma y se permitía pensar en él, pero no era el caso por el momento. Se le ocurrió una idea y envió una mirada pensativa al baúl; quizá podría retornar a su estilo anterior sólo para fastidiarlo. Y allí estaba otra vez ¡que el diablo se lo lleve! ¿No podía mantenerlo fuera de su mente? Pero se recordó a sí misma que tal comportamiento sería infantil y falto de dignidad y provocaría comentarios entre todos aquellos que la vieran. La pelea era con Matt, ¡maldito sea!, sólo con él, y la mantendría tan confidencial como pudiera. ¡Eran demasiados - si uno contaba cuatro hermanos, porque estaba segura de que pronto Daniel, si no lo había hecho ya, se lo confiaría a James, quien entonces sin duda se lo diría a su esposa- los que estaban al corriente de una cuestión que concernía a nadie más que a los dos involucrados!

Lentamente cambió su atención al segundo baúl, que contenía lo que quedaba de las medicinas, varios libros y su documentación personal. No había nada de gran interés allí y lo

descartó enseguida. Le quedaba el tercer baúl. Contenía las pertenencias de su padre y algunas de sus ropas viejas.

Caroline se arrodilló al lado de ese durante bastante tiempo antes de tener el valor de levantar la tapa. El olor que la asaltó tan pronto como lo abrió le devolvió a su padre tan vívidamente como si estuviera frente a ella, con su cuerpo delgado vestido de forma tan inmaculada como siempre. La cabeza oscura inclinada hacia un lado, los ojos castaños encendidos con divertimento como habían estado durante casi todas las fases de su vida. Aun cuando estaba moribundo había sido capaz de reír. Fue ella, al cuidarlo, quien había perdido la capacidad para la alegría. Mientras que los recuerdos, algunos dulces, otros amargos, fluyeron del pasado, Caroline se acobardó como ante una explosión y cerró los ojos. Pasó bastante tiempo antes de que los abriera de nuevo y con un dedo tentativo tocó la solapa del abrigo que estaba arriba del todo.

Era de un magnífico raso verde botella -nada de plumaje negro y sobrio para Marcellus Wetherby- y su padre lo había usado a menudo cuando se sentaba para las partidas nocturnas. Le gustaba que Caroline llevara el de seda azul pavo real cuando lo acompañaba mientras él tenía puesto ese abrigo -todavía poseía ese vestido- y había presumido de la buena pareja que hacían, vestidos de ese modo. Él apostaría el dinero que tenían -si lo tenían- o el broche de la suerte en caso de que no tuvieran nada (por suerte, como Elizabeth le había dicho a Matt, casi siempre ganaba) y permanecerían en una posada de la más alta categoría cuando estaba en la abundancia, o de un grado más bajo cuando no lo estaba, pero siempre había magníficos planes y visiones de un mañana próspero.

Su padre había sido genial para imaginar magníficos planes y visiones. Caroline sonrió con tristeza, recordando la cantidad de veces que prometió brindarle el mundo en una bandeja. Las promesas eran vanas, por supuesto, pero las creía cuando las hacía y, antes de que lo conociera un poquito mejor, Caroline las creyó también.

Era muy distinto a Matt. Su padre había sido activo, alegre, decidido a vivir el momento. La única cosa buena en verdad que sabía de él era que, después de la muerte de su madre, había venido a buscarla y se había quedado con ella sin dejarla sola como, por su naturaleza, seguramente se le podía haber ocurrido hacer. Por supuesto, la apariencia de Caroline la había convertido en un bien para un hombre de su profesión, pero la había amado a su manera. En los años anteriores a su muerte se habían acercado. El dolor de su pérdida le vino de forma marcada ahora, como nunca antes había permitido que sucediera.

Matt, por otra parte, era tan sólido y fiable como la resistencia de Nueva Inglaterra. A pesar de todos sus defectos -y ella sería la primera en enumerarlos-, era la roca a la cual su familia y ella misma se adherían. En los momentos de tristeza o dificultades sería un baluarte. A pesar de toda su irascibilidad, el hombre era tan dócil como fuerte.

¿Cómo podía amar tanto a dos hombres tan dispares?

Casi en el fondo del baúl, bien oculto en un rincón, el fulgor del rojo rubí atrajo la atención de la luz de la vela y de sus ojos. El broche de la suerte de su padre. Caroline lo extrajo y lo sostuvo en la mano. Era algo lindo, hasta para quien sabía que era falso, con los colores vívidos brillando titilantes y listos para engañas al desprevenido. Había sido el talismán de su padre, y el instrumento que la había traído hasta Matt.

Su mano se cerró sobre él con estrechez convulsiva. Cuando lo hizo, casi le pareció ver a su padre resplandeciendo vagamente un poco más allá del reflejo de la luz dela vela, casi pensó que oía su voz instigándola a que fuera feliz. La ilusión se desvaneció cuando fijó la vista en ella, pero la dulce herida persistió y cerró los párpados en su lucha contra el dolor. Sus ojos se llenaron de lágrimas que se deslizaron por sus mejillas. Pero las lágrimas le proporcionaron una sensación de alivio.

Por fin, después de tantos meses, desde la muerte de su padre se permitía sentir pena y dolor. Quizá pronto podría liberar el resto de su pasado también y olvidar los amargos recuerdos que se extendían como una nube oscura sobre su nueva vida.

En ese momento la puerta de su habitación se abrió sin previo aviso. Los párpados de Caroline se levantaron y desafió con la mirada a Matt, que estaba de pie en el umbral, con su mano en la jamba y la otra en la puerta abierta. ¿Así que le había dicho a Daniel que no titubeara y le propusiera matrimonio, no? Además de todo lo otro que había hecho, esa era la gota que amenazaba con desbordar el vaso. Esperando que el círculo pequeño de la luz de la vela no fuera suficiente para revelar las lágrimas que su intrusión congeló sobre sus mejillas, lo observó con furia. Era apenas algo más que una sombra oscura e inmensa, ya que la única iluminación detrás de él parecía ser el mínimo resplandor del fuego ceniciento de la cocina. Sus ojos resplandecían con un azul brillante hasta en la oscuridad, y su propia actitud le dijo que el propósito de su intrusión no era el de disculparse.

-Apenas llegué te dije que esperaba ser tratada con respeto ¿no es cierto? Tu irrupción en mi habitación sin siquiera la cortesía de llamar se aleja bastante de mi idea de respeto -Caroline habló primero, su tono era frío.

-Como esta es mi casa, no considero que este sea una irrupción. En realidad, entraré en la habitación que quiera y cuando quiera.

-No entrarás en mi alcoba sin permiso.

-¿No? ¿Y cómo evitarás que lo haga, eh?

-Me iré de esta casa, si es necesario. -Esto fue para bravata, expresada impulsivamente. Por supuesto que no tenía la menor intención de irse, y si él hubiera estado pensando de forma racional tendría que haberlo sabido. Pero, por lo visto, en ese momento el procesamiento de sus ideas no era más claro que el de ella.

-¿Y cómo lo harás? No tienes dinero, si recuerdo bien -Sus ojos se iluminaron al ver el broche que ella aún sostenía en la mano-. Si piensas utilizar ese pedazo de basura con el propósito de engañar a algún pobre tonto para que te ayude a huir de aquí, te aconsejo que lo olvides. Mientras tu deuda conmigo no esté saldada por completo, te buscaré dondequiera que vayas.

Este rotundo discurso disipó las lágrimas de Caroline y la hizo ponerse de pie. Se había vestido para dormir tan pronto como había entrado en la alcoba y ni siquiera llevaba puesta la bata, sólo el camisón de linón blanco, con el cabello colgando sobre un hombro en una gruesa trenza atada en un extremo con un lazo azul. Sus pies estaban descalzos y sus pechos se movían libremente debajo de la tela, que era lo suficientemente transparente para revelar la mera insinuación de los círculos oscuros alrededor de los pezones y la sombra triangular en el ápice de los muslos. Los ojos de Matt se deslizaron sobre ella, entrecerrándose aun cuando el fulgor llegó a ser casi salvaje. Su boca se estiró en una línea recta.

-¡Sal de mi habitación! -Su tono era bajo pero feroz. La mano se cerró con tanta fuerza alrededor del broche que se hundió en sus dedos.

-¿No has oído lo que he dicho? Será inútil tratar de huir.

-¡Sal de mi habitación o gritaré!

-¿Lo harías ahora? -Pero Caroline sabía que la amenaza de despertar a sus hijos y a sus hermanos era eficaz. Matt no deseaba hacerlos partícipes de su guerra privada, en especial a los niños. La única dificultad, se dio cuenta, era que ella era igual de reacia y sería cruel ponerse a gritar, sabiendo que estaban todos tan cerca.

-Sí.

Su mirada encontró la de él con un brillo intenso. Su barbilla estaba levantada, su actitud beligerante. ¡Matt podría intimidar a todos en esta familia, pero no la intimidaría a ella!

-No estabas tan ansiosa de deshacerte de mí anoche. -Había un matiz de burla en sus palabras que hizo enrojecer violentamente a la muchacha. ¡Cómo se atrevía a recordarle eso! De repente se alegró de que Daniel le hubiera amoratado un ojo por ella. ¡Si no lo hubiera hecho, habría estado tentada de probar a hacerlo ella misma!

-¡Anoche no tenía idea del perfecto asno que eres!

Matt apretó la mandíbula y las ventanas de su nariz se ensancharon, pero, si había logrado enfurecerlo, ese fue el único indicio que dio.

-Creo que tus buenos modales están decayendo -dijo arrastrando las palabras, lo cual enardeció el mal gesto de Caroline como la llama a una mecha. Apretó los dientes, su columna vertebral se irguió y sus ojos relampaguearon.

-Vete de aquí -siseó. Como aún continuaba allí inmóvil, la misma curva de sus labios provocándola para que se deshiciera de él si podía, llevó el brazo hacia atrás y le lanzó el objeto que tenía entre los dedos -el broche- con tanta fuerza como pudo. Debería haberlo golpeado en la cara, pero en el último segundo él saltó hacia n lado y extendió una mano para atraparlo en el aire. Estaba dentro de su habitación ahora, haciéndola parecer ridículamente minúscula debido a que ya estaba abarrotada con su pequeña cama y sus pertenencias, el lavabo y los pertrechos de la cocina que se guardaban allí por no haber donde ponerlos. Caroline se percató de lo imponente que resultaba. Él dio vuelta al broche en su mano, sosteniéndolo entre el pulgar y el índice y examinándolo con una expresión impasible de disgusto. Cuando la luz de la vela se filtró a través de las gemas falsas, la cola extendida del pavo real brilló con colores deslumbrantes: rojo rubí brillante, azul zafiro y verde esmeralda.

-Qué basura -dijo Matt entre dientes. Antes de que Caroline tuviera la menor idea de lo que iba a hacer, lo arrojó al suelo y lo trituró con su talón. El crujido que siguió reverberó en el aire con el poder de un disparo.

-¡No! ¡No lo hagas! -Caroline arremetió contra él, empujándolo de lado, pero el daño ya estaba hecho. El delicado objeto demostró no ser otra cosa que vidrio y yacía aplastado en fragmentos de colores con sólo una porción de la cabeza del pavo real aún intacta. Caroline lo observó, sintiendo que un nudo espantoso se formaba en su garganta. Arrodillándose, juntó lo que quedaba de él, recogiendo los pedacitos mellados en el hueco de la mano.

-Nunca te perdonaré por esto -dijo en un tono profundo y tembloroso. Alzando la cabeza, su mirada chispeó con odio. La mirada de Matt era indescifrable al fijarse en ella, pero un pequeño músculo palpitó una vez en la esquina de su boca.

-Lo siento -dijo, y Caroline rió con amargura.

Matt abrió la boca para añadir algo más y entonces, de repente, la cerró de nuevo. Con los labios comprimidos y los puños apretados, Matt giró sobre sí mismo y la dejó sola.

Capítulo 34

Al día siguiente era día de mercado. Caroline se levantó, preparó el desayuno -aunque, de no ser por Davey y John, podían haberla hervido en aceite antes de que cocinara algo- y tuvo a los cinco Mathieson fuera de la casa tras haber articulado tan sólo unas palabras imprescindibles que dirigió a los muchachos. No les habló a Robert ni a Thomas, porque eran hermanos de Matt y en lo referente a este último, se negó a dirigirle la palabra por completo. Al igual que ella, Matt guardaba un trágico silencio. La animosidad que había entre los dos era tan evidente que se hacía tangible, y como si fueran almas redimidas escapando del purgatorio, el grupo de inocentes huyó de la casa. Matt siguió a sus hermanos hasta afuera, se detuvo en el umbral y volvió la cabeza como si quisiera decirles algo. Pero por lo visto una mirada fue suficiente para disuadirlo. Prudentemente, se fue a trabajar sin poner aprueba la furia de Caroline.

El tiempo era estival y hacía calor. Durante toda la mañana, mientras estuvo ocupada con los quehaceres que debía terminar antes de ir a la ciudad, Caroline fue consciente del

calor. Para cuando dejó caer el almuerzo de los hombres en el campo oeste -literalmente lo dejó caer, después de esbozar una señal para permitir que Robert y Thomas supieran que estaba allí-, vaciló en cuanto a renunciar o no al viaje semanal al mercado. Pero la perspectiva de una visita a Mary era agradable -aunque sin duda la otra mujer estaría ansiosa por conocer los detalles de lo que ocurría entre ella, Daniel y Matt- y de todos modos estaba intranquila. Así que Caroline se puso el cesto sobre el brazo, recogió el mosquete que siempre llevaba consigo cuando salía desde que había visto al salvaje en la ventana y partió hacia Saybrook.

Algunos cerdos chillones eran dirigidos en rebaño por el camino en el mismo sentido que tomó Caroline. Supuso que habían sido comprados por sus porquerizos -dos jóvenes y un hombre más viejo que podía haber sido su padre- en el mercado. Sonriendo y saludándolos, bordeó con cuidado los animales que forcejeaban, removiendo tanto polvo que la hizo toser y asfixiarse, agitando la mano en un intento vano por disiparlo. Unos minutos más tarde el muchacho delgado que repartía la correspondencia pasó al galope en un robusto caballito moteado, dejando una nube de polvo a su paso. Caroline se encontró sumergida en una turbulenta nube dorada y se resignó a ella. El polvo iba a ser inevitable en un día tan seco y caluroso.

Cuando llegó a la ciudad parecía que la hubieran espolvoreado con azúcar pulverizado. Caroline se pasó una mano por el cabello y sacudió sus faldas con energía antes de detenerse en la casa de James. Mary la recibió con una taza de té y una sonrisa perspicaz, y antes de que Caroline se diera cuenta se encontró sentada a la mesa de la cocina con su amiga, respondiendo preguntas.

-¿En serio Daniel te propuso matrimonio? ¿ Y lo rechazaste? ¿ Y vino aquí por eso? -Mary parecía incrédula mientras sorbía el té. En un rincón Hope jugaba con una muñeca de tela que Mary le había hecho y ambas mujeres le enviaban miradas cariñosas de vez en cuando.

-¿No fue eso lo que te contó? -Caroline evadió la pregunta, aunque sin mucha esperanza. Mary era muy inquisitiva y Caroline no tenía duda de que su amiga obtendría de ella toda, o casi toda, la historia antes que le fuera permitido dejar la casa.

-Daniel no me ha dicho nada, aunque debe de haber hablado algo con James. Tan pronto como apareció en el umbral de mi puerta los administradores municipales le pidieron a James que fuera a buscar un médico a New London. ¿Sabías que la esposa del alguacil y otros tres más padecen una enfermedad terrible? ¿No? Bien, así es, y se cree que la loable experiencia del señor Williams no es suficiente en este caso, y Daniel se ofreció a acompañarlo. Ni siquiera tuve tiempo de preguntarle a James, aunque me estaba muriendo por saber cuál era el motivo de las magulladuras en la cara de Daniel. -Mary hizo una pausa, contemplando a Caroline a la expectativa. Cuando Caroline bajó la vista a su taza de té, después a Hope ya cualquier lado menos hacia su amiga, Mary resopló. El ruido indecoroso, viniendo de la propia Mary, hizo que Caroline levantara enseguida los ojos. Por el triunfo en el rostro de Mary, dedujo que ese era justamente el propósito del sonido.

-Oh, está bien -cedió Caroline con un suspiro-. Daniel tuvo un... altercado... con Matt.

-¿Un altercado? -los ojos de Mary se agrandaron-. ¿Quieres decir una pelea? ¿Por ti?

Caroline asintió con displicencia.

-¡Pero qué maravilloso! -exclamó Mary, sonriendo.

-¿Cómo puedes decir eso?

-Suena terrible, ¿no? -Mary rió entre dientes-. Pero mi más ansiado deseo es ver a Matt felizmente casado. Lo ha pasado muy mal y es un hombre bueno. James lo adora y yo también. Merece algo de felicidad después de todo lo que tuvo que soportar. Y tú. .. tú eres perfecta para él. Me pregunto por qué no me di cuenta antes. Pero seguía pensando en ti y Daniel, y eso no me permitió considerar otras posibilidades.

-Matt no ha dicho nada de matrimonio.

-Querida, si llegó a las manos con su hermano (están muy unidos, los cinco), entonces están claras sus intenciones. Si duda, en este momento, probablemente es porque se siente confundido. Los hombres no son tan perspicaces en estos temas como lo somos las mujeres.

Esa teoría era consoladora y Caroline permitió que la animara. Después de que Mary hubo arrancado toda la información que pudo a su invitada -aunque Caroline no reveló el requerimiento de amor de Matt-, por fin estuvo dispuesta a permitir que se fuera, con el tiempo suficiente para hacer las compras.

Aunque sólo con la condición de que Caroline regresara para otra charla agradable antes de salir de la ciudad. Tenía que hacerlo, de todos modos, para recuperar el mosquete que había dejado en un rincón de la cocina, ya que no había necesidad de tal protección en la ciudad, así que Caroline enseguida estuvo de acuerdo, aunque en este momento tenía poco tiempo de sobra.

-¡Sabía que seríamos hermanas, aunque te imaginara con el hermano equivocado! -dijo Mary al despedirse y dio a Caroline un rápido abrazo. Caroline respondió a su abrazo y sonrió, si bien pensaba que Mar y presumía demasiado acerca de las intenciones de Matt y continuó sonriendo mientras le decía adiós y salía a la calle.

En día de mercado la usual tranquilidad se transformaba. Envueltos en una bruma de calor, los comerciantes negociaban los productos y el ganado exhibido en carretas y corrales provisionales con los granjeros, los buhoneros pregonaban tijeras y cuchillos con hojas de acero; y los vecinos emprendedores del pueblo estaban de pie detrás de un puesto que habían montado ofreciendo pasteles de carne fría y jarras de sidra; e incluso un par de indios vestidos con piel andaban, por ahí, ofreciendo trocar una sarta de cuentas por mercadería diversa. Un grupo de muchachos con delantales de cuero -aprendices, pensó Caroline- estaban sentados a la sombra de un olmo e hicieron comentarios jocosos cuando ella pasó. Los ignoró, como también ignoró al clérigo y a sus diáconos, que estaban bien visibles mientras caminaban, intentando traer el orden a las multitudes con su presencia sobria. El señor Miller le lanzó una mirada severa al pasar, pero cuando Caroline la devolvió con descaro simuló no ver. Los sirvientes uniformados se mezclaban con la gente del pueblo, haciendo las compras para sus amos. A Caroline se le ocurrió que podría haber sido uno de ellos si no hubiera sido por Matt, pero la idea la puso de tan mal humor que rehusó seguir pensando en el tema.

El mercado, que se había vaciado durante la hora del almuerzo, se estaba llenando otra vez con compradores que habían esperado para sacar ventaja de los precios de última hora. Caroline saludó a Hannah Forrester y a Patience Smith cuando las vio a lo lejos y saludó también a Simón, el padre de Lissie Peters. Era el tasador de impuestos de consumo de la ciudad, barrigón y calvo, pero no mostraba la menor señal del cabello rojizo como el de Lissie. Para su sorpresa, le volvió la espalda y continuó con sus asuntos respondiendo al saludo con tan sólo una mueca.

Por lo visto, no se había difundido la noticia de que Daniel le había propuesto casamiento y fue rechazado. Si no, el señor Peters, con las esperanzas de Lissie en mente, era probable que hubiera caído a sus pies.

Caroline sonreía con amargura mientras compraba bacalao fresco para incorporarlo al par de patos que planeaba guardar para más adelante en la semana. Agregó el pescado a sus compras y decidió dejar el resto para la semana siguiente. Hacía tanto calor que el aire caliente se levantaba de la tierra en ondas. Abanicándose con el delantal en un vano intento de sentirse más fresca, abandonó la comuna, volviendo por High Street.

En el camino de regreso a la casa de James pasó por la escuela, una construcción blanca y humilde con todas las ventanas abiertas para combatir el calor. Desde dentro provenía el canto de los niños en clase. Caroline sonrió débilmente cuando reconoció la oración que Davey había practicado en casa unas noches antes.

-El joven Abdías, Davey, Josué, todos eran beatos. -Zaqueo trepó al árbol para que nuestro Señor lo viera. Qué clases tristes, pensó, como ocurriera la primera vez que las escuchó, pero la mayoría de las cosas en esta tierra puritana eran tristes. Aunque había algunos residentes que no compartían las ideas de los Roundhead, la mayoría lo hacía y los demás no eran aceptados. La simple mención del rey Charles era suficiente para provocar un silbido o una cascada de salivazos de los ciudadanos más honrados. Caroline encontraba difícil de entender cómo esa gente que tenía semejante ferviente temor de Dios podía burlarse con tanta franqueza del derecho divino de su rey. Pero podían y lo hacían. Se había dado cuenta de que ellos se consideraban un pueblo escogido por Dios y cualquiera que no se adaptara a sus creencias o no se quitara del medio podía estar seguro de que lo pisotearían.

Algunos gritos a su espalda hicieron que volviera la cabeza. Escolares vivaces bajaban los escalones de la escuela para, supuso, un descanso de la tarde otorgado temporalmente debido al calor. El maestro los siguió y se quedó de pie arriba de las escaleras torciendo la vista hacia la plaza de la ciudad. No sólo estaba en mangas de camisa sino que además se las había arremangado casi hasta el codo. Huesudo y encorvado, parecía tan acalorado como molesto cuando volvió su atención a sus obligaciones. Los niños se veían muy similares a esa distancia, pero Caroline pensó que podía distinguir las cabezas negras de Davey y John entre el tumulto que galopaba alrededor del patio de la escuela. Si hubiera estado segura de su recibimiento, habría vuelto para hablar con ellos.

Sólo había dado unos pasos por el camino cuando un grito vibrante la hizo detenerse donde estaba.

-¡Un perro rabioso! ¡Un perro rabioso! -El grito todavía se oía cuando giró sobre sí misma para ver tanto a niños como adultos desparramarse como hojas en un viento fuerte ante una amenaza que ella no podía ver.

-¡Un perro rabioso! -La advertencia vino de nuevo. Hombres y mujeres con niños agarrados debajo de sus brazos salieron disparados ante esa amenaza. Los escolares bajaron a toda velocidad por el camino hacia Caroline. Vio que John, ligero de pies, encabezaba el grupo y casi al final estaba el pequeño Davey con sus compañeros. El terror se leía en los rostros de los más pequeños, y cuadernos y libros de lectura volaron por todas partes.

-¡John! ¡Davey! -Instintivamente, Caroline gritó sus nombres. Dejando caer el canasto, comenzó a correr hacia ellos. Pero John y sus seguidores estaban ya virando hacia la izquierda, fuera del paso de lo que los perseguía. Sólo Davey, oyendo su grito, siguió corriendo hacia ella, agitando las piernas y los brazos, con el rostro enrojecido y sus ojos desorbitados por el terror.

-¡Tía Caroline! -gritó, y entonces Caroline vio lo que lo perseguía. Era un perro que debía de medir la mitad del tamaño de Raleigh -aunque su estado lo hacía parecer tan inmenso como Jacob- mestizo, de pelo negro bruñido, robusto, con ojos salvajes y mandíbulas babosas. La espuma salpicaba su mordaza y goteaba en hilos desde su boca abierta. Estaba a unos cinco metros detrás de Davey y se acercaba a gran velocidad, Caroline reaccionó por el más puro instinto. Corrió hacia Davey, cuyas pequeñas piernas no concordaban con el animal que lo perseguía, lo alzó contra ella y con sus brazos rodeándole con fuerza el cuello y sus piernas arrolladas a la cintura huyó con él al lugar más cercano que le ofrecía seguridad, un árbol de haya pequeño que habían dejado crecer en la esquina de un corral. Empujando al niño muy alto sobre las ramas, Caroline se dio cuenta que no tenía tiempo de subir ella misma, aunque el árbol podría haberla sostenido y hasta habría sido capaz de trepar con sus pesadas faldas. Sentía el jadeo forzado de la bestia casi en sus talones.

Girando, se aplastó contra la base delgada del árbol, ya que no había tiempo para buscar otro refugio. El terror se apoderó de ella y corrió a lo largo de su espalda cuando vio, a una distancia no mayor de un metro, la enorme mandíbula abierta claveteada con dientes salvajes y derramando saliva mortal. Demasiado asustada hasta para gritar, Caroline extendió ambas

manos en un intento vano de protegerse del perro, entonces, para su alivio y desconcierto, el animal corrió en línea recta más allá de ella.

Sus rodillas se aflojaron y se desplomó, sin fuerzas, para sentarse temblorosa debajo del árbol.

-¡Tía Caroline! ¡Tía Caroline! Davey bajó del árbol, John saltó de la columna donde había estado agazapado y ambos muchachos se arrodillaron al lado de ella, con los rostros pálidos mientras se aseguraban que estuviera ilesa. Con la misma naturalidad con que respiraba, Caroline los rodeó con sus brazos y los sostuvo contra ella, uno a cada lado. No soportaban que los abrazaran y tampoco -pensó- abrazarla a cambio. Durante un largo rato los tres permanecieron unidos a causa del terror que los había sacudido. A lo lejos oyó el sonido de un disparo y un bramido que anunció que el perro estaba muerto. Levanto la vista por encima de las cabezas de los muchachos, para encontrarse con la mirada fría del pastor mientras corría junto con otros para ver el cadáver. No le dijo nada sino que siguió caminando velozmente, levantando con sus hábitos una nube de polvo tras él cuando pasó.

-Le has salvado la vida a Davey -John se enderezó primero, mirándola con admiración.

-¡Estaba tan asustado! -Davey aún se acurrucaba contra ella y Caroline, muy audaz, acariciaba su cabello sedoso. No se apartó, ni John le frunció el entrecejo por la desconfianza, y Caroline se dio cuenta de que la última barrera que los separaba de ella al fin se había desmoronado.

-No tenía idea de que podía correr con tanta rapidez -confesó Caroline, y de repente los tres se sonreían unos a otros como borrachos tontos.

-¡Me has subido al árbol como si fuera una pluma! -dijo Davey.

-¡Y ese perro venía hacia ti como si fuera a despedazarte! -exclamó John.

-Pensé que te iba a matar, tía Caroline -repitió Davey.

-Debo admitir que yo también -respondió Caroline.

Abrazó a Davey, dio una palmadita en el hombro a John y les permitió que la ayudaran a ponerse de pie como si fuera una viejecita decrépita, que era como se sentía en realidad. Fueron tiernos y diligentes con ella mientras la escoltaban de vuelta a donde había dejado caer el canasto. El bacalao se había volcado en la calle y estaba echado a perder por el polvo y las pisadas, pero nada más se había dañado. Entonces el maestro los llamó. Caroline los despidió, asegurándoles que estarían bien y se tambaleó hasta la casa de Mary, donde casi se desplomó en el suelo de la cocina. Pasó algún tiempo, muchas exclamaciones y dos tazones de té fuerte más tarde antes de que Caroline se sintiera con la energía suficiente para partir de nuevo.

El sol estaba bajo en el cielo occidental, una bola rojiza y brumosa que bañaba el paisaje con resplandor naranja. La mera insinuación de una brisa soplaba desde la bahía, que estaba salpicada con pequeñas palomas y con el color de la plata vieja. Hasta el agua parecía caliente. Por primera vez, Caroline se encaminó hacia el sendero que conducía al bosque con cierto placer. Haría más fresco a la sombra de los árboles.

Aún nerviosa por el susto con el perro, Caroline sostuvo el mosquete contra ella debajo del brazo derecho. El canasto, pesado por la carga de su compra, colgaba de la otra mano. Motas de polvo bailaban en el aire frente a ella mientras caminaba. Sobre su cabeza, la bóveda frondosa se transformaba en manchas intensas de oro y escarlata. Debajo de sus pies, las hojas crujían.

Unas marcas extrañas talladas en el tronco de un árbol cerca del sendero llamaron la atención de Caroline. Se detuvo, se acercó y contempló los símbolos indescifrables que obviamente habían sido formados con sumo cuidado. Parecían querer decir algo, pero si era así, no podía descifrar ni siquiera una letra.

Frunciendo el entrecejo, regresó al sendero y casi de inmediato alguien o algo saltó sobre su espalda. Chilló, se tambaleó, dejó caer mosquete y canasto y cayó al suelo mientras más criaturas se unieron a la primera. Después de ese primer grito, un trapo con un sabor

horrible se metió en su boca y se cercioró de que sus atacantes al menos fueran humanos. Le llevaron las manos detrás de la espalda y las ataron; entonces, de un tirón la pusieron de pie.

Para su horror, Caroline descubrió que sus captores eran una banda de salvajes. Eran seis hombres fuertes, desnudos y pintados, con nada más que taparrabos y mocasines para cubrir sus cuerpos que, por el aspecto y el olor, habían sido untados en abundancia con grasa de oso.

Cuando Caroline reconoció, o creyó reconocer, las facciones guerreras particulares del salvaje que había aparecido las dos veces anteriores, ya la estaban arrastrando a través del bosque, dejando atrás el sendero.

Capítulo 35

-¡Papá! ¡Papá! ¡Deberías haber visto lo que ha ocurrido hoy en la ciudad!

Sus muchachos lo saludaron con gritos de excitación cuando irrumpieron por la puerta principal. Matt, que había estado merodeando por la casa y los alrededores en busca de Caroline para excusarse, como había pensado hacer la mañana anterior antes de que Daniel se adelantara, al principio escuchó su parloteo a medias. No fue hasta que casi había terminado cuando Matt asimiló las implicaciones de la historia y reconoció que su temor podía ser cierto después de todo: Caroline debía de haberse ido de la casa. La noche anterior, cuando la oyó a través de las paredes delgadas que revisaba los baúles, temió que estuviera pensando irse. Cuando abrió la puerta para encontrarse con ese broche tres veces maldito en su mano y a ella con ese camisón provocador que casi lo hizo perder el juicio, su temor se había cristalizado en algo duro e hiriente. Pasaría mucho tiempo antes de que se perdonara así mismo por aplastar un objeto tan precioso para ella, aunque ya se había propuesto compensarla de la mejor manera posible. Temía que pasaría más tiempo aún, antes de que lo perdonara.

Mientras sus hijos le contaban su encuentro con el perro rabioso y detallaban con entusiasmo cómo Caroline salvó la vida de Davey, un hecho al menos se aclaró bastante: había ido a la ciudad y no había regresado.

Había llegado a casa hacía ya un cuarto de hora, dejando de trabajar más temprano de lo habitual debido a un impulso irresistible de hacer las paces con Caroline. Se había comportado de forma inexcusable con respecto al broche y lo sabía.

Tampoco había manejado las consecuencias de su técnica amorosa como debía. La había lastimado mientras él sentía el placer más exquisito, y ese conocimiento lo había hecho sentirse el gusano más vil de la tierra. ¿Nunca sería capaz de alzarse por encima del demonio de la avidez que había plagado toda su vida adulta? En su sano juicio, se cortaría una mano antes que hacerle daño a Caroline.

Pero su avidez había sido mayor porque la quería. En su acto amoroso, la ternura se había combinado con el deseo para encenderlo un grado más ardiente de lo que siempre había sido.

Entonces Daniel había metido baza para que las aguas se revolvieran aún más. No le gustaba admitir que sentía unos celos furiosos de un hermano al que amaba encarecidamente. Lo peor de ello era que sabía muy bien que Caroline estaría mucho mejor con Daniel. Llegaría a ella sin cicatrices tanto del cuerpo como del espíritu, sería capaz de aceptar su amor y demostrarle el suyo sin que las sombras del pasado cayeran sobre su vida de pareja.

Mientras que él... no era ni más ni menos que aquello en lo que la vida lo había convertido.

Pero quería tener a Caroline, aunque tuviera que arrastrarse sobre manos y rodillas por rocas puntiagudas para llegar a ella... o derribar a su hermano de un golpe otra vez.

Los muchachos tenían hambre y enseguida les trajo pan, queso, mermelada y leche antes de dirigirse a la puerta. Si había dejado a los dos chicos para que se arreglaran solos, sin duda debía de estar muy enfadada con él.

Quizá no tenía intenciones de volver. Ese pensamiento trajo consigo un dolor como si le arrancaran las entrañas. Al diablo con eso, se dijo a sí mismo con furia, y casi derribó a Rob y a Thom de un golpe cuando entraban por la puerta trasera.

-¿Adónde vas? -Asombrados, retrocedieron ante él.

-A buscar a Caroline -gruñó-. Quedaos con los muchachos.

Se quedaron boquiabiertos, pero desapareció antes que pudieran preguntar o comentar algo.

Con zancadas rápidas y furiosas se dirigió por el sendero a través del bosque. Estaría en casa de James, por supuesto.

Necesitó bastante coraje para golpear la puerta de James y preguntarle a Mary si Caroline estaba allí, porque se le había ocurrido que alguien, ya sea la misma Caroline o Daniel o James, le habían contado a Mary casi con seguridad al menos una parte de lo que había ocurrido y él detestaba que supiera algo tan íntimo. Pero el rastro de burla en la sonrisa de Mary y la chispa de humor en su mirada mientras le aseguraba que en verdad Caroline no estaba allí desaparecieron, así como la confusión de Matt, cuando comprendió el alcance de la situación.

Si Caroline no estaba con Mary y no estaba en casa, ¿entonces dónde estaba?

Mary, ahora casi tan preocupada como él, le aseguró que Caroline había salido para su casa -sí, Mary estaba segura de que se había dirigido hacia allí- unas horas antes. Y no, no podía haberse fugado con Daniel (Matt había detestado introducir esa posibilidad, pero no había sido capaz de evitar que se apoderara de su mente) porque él se había ido con James a Nueva Londres el día anterior.

Cuando descartó esa idea enfurecedora, el terror invadió el alma de Matt. Sabía, más que la mayoría, los peligros que se ocultaban en el bosque. Su primer pensamiento fue para las brujas, pero la reunión se llevaba a cabo sólo a altas horas de la noche y durante ciertas fases de la luna. Caroline había desaparecido a la luz del día, evidentemente, de modo que no podía haber caído en manos de aquellos que habían intentado apoderarse de su hermana.

Matt le pidió un farolillo a Mary y regresó por el camino que partía de la ciudad y por el sendero a través del bosque en busca de la muchacha. Mientras caminaba, sosteniendo el farolillo en alto, forzado a moverse con enloquecedora lentitud para no perder la señal más insignificante, reflexionó acerca de qué podría haberle sucedido.

Podría haberse caído y estar tirada inconsciente en alguna parte. Quizás había pasado a su lado en un ímpetu por llegar a la ciudad. Podría haberse encontrado con un cazador de pieles y el bruto medio incivilizado podría habérsela llevado sólo el Señor sabía dónde. Un león montés podría haberla acechado, un lobo podría haberla hecho su presa... Pero al final, cuando descubrió el canasto y el mosquete abandonados donde se habían caído cerca del sendero no lejos del bosque signos inconfundibles apuntaron a un destino que ni siquiera se le había ocurrido.

¡ Caroline había sido raptada por una banda de indios! Un miedo helado se afirmó como una piedra en su corazón y Matt se lanzó a una carrera agotadora hacia la casa, rezando mientras tanto por su seguridad.

Capítulo 36

Durante toda la noche y el día siguiente Caroline sintió que la empujaban, la impulsaban y la arrastraban mientras era obligada a adaptarse al paso del incansable trote de su captores. Sólo se detuvieron un momento para comer y nada para dormir, conversando de vez en cuando en lo que a Caroline le parecía que eran sonidos ininteligibles. Cuando tropezó por la que debía de ser la duodécima vez y se dieron cuenta por lo visto de que eran sus faldas largas la causa de su torpeza, le cortaron el vestido a la altura de la rodilla. Un completo terror se apoderó de Caroline cuando la cuchilla desgarró la falda de algodón gris y las enaguas

blancas debajo. Las imágenes de violación y asesinato bailaban con repugnancia en su mente. Pero el cuchillo no tocó su carne, y, por más salvajes que fueran, parecían tener poco interés en ella como mujer. Con las piernas descubiertas desde la rodilla, a no ser por sus medias blancas de algodón, le quitaron la mordaza de la boca, colocaron un pan con un sabor peculiar delante de su rostro y lo sostuvieron, con impaciencia, mientras comía. Después le dieron agua de una bolsa de gamuza con aspecto aceitoso, volvieron a amordazarla y de nuevo la empujaron a que continuara, siguiendo el curso del río Connecticut, que se alejaba del mar.

El río era ancho y hermoso, con bancos altos de hierbas y una rápida corriente azul en el medio. El bosque se apiñaba en el mismo borde de los bancos. Debajo de los árboles el calor era sólo un recuerdo. El aire no era tan sólo fresco, sino que se tornaba frío.

Caroline se sentía flaquear, pero temerosa de que si se desplomaba, como su cuerpo amenazaba hacer, la matarían y dejarían el cadáver a enfriar para alimento de los lobos, apretó los dientes, descartó todo pensamiento de su mente y se dedicó a igualar su marcha curiosamente silenciosa. Cuando al fin el pequeño grupo se detuvo, al atardecer del día siguiente a su captura, Caroline cayó sobre sus rodillas con alivio. Si no dormía esta noche tampoco, no sería capaz de continuar por la mañana. ¿Y entonces qué le sucedería? Se estremeció al pensarlo.

Voces de aves trinaban y silbaban de un lado a otro entre los árboles. Le llevó algunos minutos a Caroline darse cuenta de que los más cercanos surgían de la garganta correosa del jefe. Una respuesta, de alguna parte no demasiado lejos, hizo que uno de los guerreros la pusiera de pie y la empujara, dando tropezones en dirección al sonido.

Como un regimiento del ejército escoltando a un prisionero, sus captores cerraron filas alrededor de ella y de este modo accedieron a través de los árboles aun campamento indio.

Estaba situado en un valle opulento y bien resguardado, al lado de un pequeño lago azul profundo, aunque el término estanqué podía haber valido también. Tal vez dos docenas de chozas, como pirámides descuidadas hechas con estacas y pajas, tan irregulares como un almiar, conformaban la mayor parte de la aldea. Numerosas pequeñas hogueras salpicaban el enclave, mientras que en el centro ardía un fuego más grande. Las indias con vestiduras rasgadas y deformes se volvieron de su cocina para observar con indiferencia al pequeño grupo que se aproximaba. Los niños y los perros miraban con un grado mayor de interés, algunos de los primeros cesaron su juego para rodearlos y algunos de los últimos se prepararon para ladrar un saludo.

Caroline fue llevada a través del campamento hasta el fuego central. Allí había un cuarteto de hombres viejos que estaban en cuclillas, pasándose una pipa cubierta con plumas de uno a otro. Alzaron la vista, con sus ojos tan negros como su pelo ordinario, mientras que los recién llegados se detenían del otro lado del fuego. El jefe con rostro afilado se adelantó, al mismo tiempo que uno de los cuatro hombres, el que parecía más viejo, se levantó y los dos intercambiaron saludos. Entonces el jefe, que era alto, musculoso y, según le pareció a Caroline, bastante joven, hizo un gesto y otro guerrero la empujó hasta situarla delante de un viejo envuelto en una manta.

Su piel era del color de la caoba roja, sus ojos, situados en un nido de arrugas, oscuros, líquidos e inteligentes. Con respecto al resto, quizás apenas llegaba al hombro del guerrero y parecía barrigón debajo de la manta. Su nariz era amplia, la boca era una simple línea en una cara cuadrada, picada y temible. Caroline sintió un nuevo arrebato de miedo cuando comprendió que este era el cacique y que lo más probable era que su suerte estuviera en sus manos.

Hizo un gesto. Le quitaron la mordaza y le desataron las manos. Caroline frotó sus muñecas, se pasó la lengua por los labios secos y esperó para ver qué ocurriría después.

El viejo la observó de arriba a abajo.

-¿Tú mujer sabia? -preguntó. Su inglés era gutural en lo referente al tono, pero entendible.

Caroline pestañeó. Fuera lo que fuera lo que había esperado no pensó que sería expresado de manera tan perfectamente racional en su propia lengua. Abrió la boca para negarlo, lo pensó mejor y asintió una vez. Casi conteniendo el aliento, esperó para descubrir si esa respuesta era la que quería.

-Bien. Es lo que oímos de nuestros hermanos que visitaron la aldea del hombre blanco para comerciar. Nos dijeron que echaste Gran Espíritu de la Muerte de tu hombre con tu medicina. Tenemos enfermedad aquí. Tú venir.

Se volvió, dirigiéndose hacia una de las chozas. Un empujón en su espalda dejó a Caroline sin ninguna duda de que debía seguirlo.

Cuando se agachó para entrar, el olor a enfermedad dentro de la choza casi la hizo retroceder. Un fuego pequeño ardía en el centro, con el humo levantándose hacia el cielo a través de un agujero minúsculo en el techo puntiagudo, pero también llenando el interior con una bruma que hacía picar los ojos.

Había desperdicios por el suelo de tierra. Una mujer joven arrodillada al lado de un camastro se volvió para mirarlos cuando se aproximaron. En el camastro otra joven yacía inerte, envuelta en mantas hasta la barbilla. Resultaba evidente a primera vista que la joven tendida estaba muy enferma.

-Esta fiebre ha matado a seis de nuestra tribu hasta el momento. Nuestra medicina no ayuda. Finalmente pensar que es enfermedad de hombre blanco. Necesitamos medicina de hombre blanco. Tú ayudarás a mi hija.

De repente la razón de la presencia de Caroline se hizo clara. El alivio la aturdió durante un segundo cuando comprendió que no querían hacerle daño. Cuando observó a la jovencita inconsciente, se le ocurrió que quizá no sería capaz de hacer algo para ayudar a la hija del cacique. Si ese era el caso, si la muchacha moría, ¿la matarían entonces?

-Lo intentaré -respondió Caroline con prudencia, y se arrodilló al lado de la muchacha. La otra joven se hizo aun lado para dejarle espacio. La piel de la víctima, cuando Caroline apenas la tocó, era ardiente y seca. No parecía estar consciente de nada en realidad.

-¿Cuánto tiempo hace que está así? -preguntó Caroline al viejo por encima del hombro.

-Hace dos días. Todos los otros han muerto en tres. La muchacha que estaba a su lado dijo algo al viejo, que lo tradujo para beneficio de Caroline.

-Ha vomitado y ha soltado muchos desperdicios que parecen agua de arroz. Mi otra hija, Ninaran, dice que su hermana Pinochet está gravemente enferma.

-Haré cuanto pueda -prometió Caroline. Durante algunas horas, con la ayuda de Ninaran, hizo lo posible por obligar a la enferma a ingerir algo de líquido. Los indios tenían pocas medicinas de su conocimiento, pero hizo lo que pudo y hasta pensó que había una ligera mejoría. Finalmente, cuando la fiebre subió tanto que Caroline temió que eso sólo podría matar a Pinochet, ella, con la ayuda de Ninaran y otras dos mujeres de la tribu, envolvieron a la muchacha en mantas empapadas, justo como había hecho con Matt. Y al fin, cuando el amanecer despuntó en el cielo, no había duda de que la muchacha estaba mejor. Caroline pensó y dijo que con buenos cuidados se recuperaría. Lo que no reveló fue la sospecha de que su intervención no había cambiado el curso de los acontecimientos. Dios la había elegido para que viviera, o el propio cuerpo de la muchacha se había negado a reconocer su muerte predestinada. Porque, en las horas previas a que la fiebre bajara, toda la experiencia curativa de Caroline le había indicado que Pinochet moriría.

Caroline estaba tan cansada que apenas podía concentrarse. Por fin fue llevada a un camastro y le permitieron dormir. Cuando despertó, se encontró con que el día estaba bien avanzado. Había una india en la choza con ella, observándola con ojos sufridos, pero la mujer

no hizo ningún movimiento para impedir que Caroline abandonara el refugio de las mantas y se dirigiera a la puerta de la choza.

Era un día gris, asombrosamente frío considerando el calor de la víspera y muy tranquilo. Sin que nadie la detuviera, Caroline abandonó la choza donde había estado y se dirigió a la que pensó que contenía a Pinochet. Al entrar descubrió que no se había equivocado, y después de inspeccionar a la paciente durante algunos minutos y conversar por medio de un lenguaje de signos con Ninaran, abandonó esa choza en busca de alimento.

Los tres viejos envueltos en mantas estaban en cuclillas delante del fuego central, pasándose la pipa. Una india de cintura ancha revolvía una olla suspendida de un trípode, de la cual emanaba un olor delicioso. Su miedo a los indios había desaparecido bastante, así que Caroline se dirigió hacia el cuarteto y ese aroma tentador.

Acababa de llegar hasta allí cuando un caballo con su jinete entró en el campamento.

El jinete estaba cubierto hasta las orejas con un abrigo de piel de castor y el gran sombrero negro que se apoyaba sobre su frente le ocultaba el rostro en su mayor parte. Aun así, Caroline no tuvo dificultad en reconocerlo.

-¡Matt! -Gritó con alegría, olvidando sus peleas y todo lo demás en su regocijo y alivio por verlo.

-Ah -observó comprensivo el viejo cacique, poniéndose de pie mientras los guerreros rodeaban el caballo de Matt-; ¿tu hombre?

Caroline asintió y escoltada por el jefe indio corrió hacia el lugar donde los jóvenes de la tribu se habían reunido bloqueando a Matt el acceso al campamento. Matt parecía desarmado y no había armas al descubierto entre los guerreros que Caroline pudiera ver, pero si algo salía mal la situación podría tomarse bastante desfavorable con rapidez.

Los guerreros abrieron paso a su cacique y Matt desmontó mientras se aproximaban. Su actitud era rígida, la mirada cautelosa, la expresión severa. Dirigió la vista con rapidez hacia Caroline, mientras ella se acercaba, para asegurarse de que estuviera intacta. Su sonrisa de bienvenida lo reconfortó y parte de su aire adusto abandonó su rostro. No obstante, su mano derecha se extendió para tomarla del brazo con fuerza y acercarla a su lado.

-Soy Habocum, cacique de los Corchaugs -dijo el viejo cacique a Matt-. Has venido por tu mujer.

Fue una declaración, no una pregunta, pero Matt asintió.

-Sí.

-Ha hecho mucho bien aquí. Mi hija más joven estaba muriendo cuando vino y tu mujer le ha devuelto el aliento de vida. Le obsequiaríamos muchos regalos, pero hemos sido, empobrecidos por el hombre blanco y por eso tenemos poco para dar. Pero te damos a ti y a ella nuestro agradecimiento.

-No hay de qué -dijo Caroline sonriendo al viejo cacique. Habría dicho más si una mirada severa de Matt no le hubiera advertido que se callara.

-Me la llevaré conmigo ahora -dijo a Habocum, quien asintió.

-Necesitaréis alimento para el viaje y mantas. El cielo promete nieve.

De inmediato le fueron entregados los suministros prometidos y los ató a la montura del caballo, excepto por una manta multicolor que Matt envolvió alrededor de Caroline. Ella dio instrucciones de última hora a Habocum acerca del tratamiento continuo que Pinochet necesitaría, y él asintió, y entonces, casi antes de que hubiera terminado de hablar, Matt la alzó sobre la montura y se sentó con un impulso detrás de ella. Respondió con una leve inclinación de cabeza a la mano que Habocum levantó en despedida mientras dio la vuelta con el caballo para alejarse del campamento. Cuando pasaron el último perro que ladraba, las indias comenzaron a desmontar las tiendas. Ataban sus pertenencias y apagaban las fogatas. Era evidente que el pequeño grupo estaba levantando el campamento y se preparaba para seguir adelante.

-Has sido poco amable -dijo Caroline en tono de reprobación cuando estuvieron bajo la protección de los árboles y fuera del alcance de la vista y el oído.

-¿Poco amable? -Matt habló como si las palabras amenazaran con faltarle-. Ese era Habocum, mi amor. Hace menos de seis años atrás encabezó un grupo guerrero que diezmó todo un pueblo no lejos de Wethersfield. Fue sometido y su tribu en su mayor parte destruida, pero nunca pudo ser capturado y está en fuga desde entonces. Es conocido por ser sanguinario y odia al hombre blanco. Considero que hemos sido afortunados de haber escapado sanos y salvos, y no vi razón para demoramos y darle tiempo para que reconsiderara la cuestión.

-¿Has venido solo? -Empezó a darse cuenta del valor de Matt al presentarse solo.

-No quería perder el tiempo reclutando voluntarios en la ciudad, y James y Dan no estaban. Rob y Thom, al ser un poco impulsivos, no siempre son útiles en una expedición de esta naturaleza y en todo caso los necesitaban en casa. Y en mi experiencia con indios he descubierto que responden más positivamente a un hombre solo y razonable que aun grupo armado que amenaza derramamiento de sangre. Además, si de algún modo había que rescatarte, debía hacerse enseguida. Temía lo que podía encontrar si tardaba demasiado.

La idea de que Matt había temido por ella la hizo sonreír un poco y apoyó la cabeza contra la felpa que cubría su pecho. Estaba vestido para soportar el frío con un abrigo largo hasta el, tobillo y botas altas hasta la rodilla, un sombrero de ala ancha y guantes de cuero. Había marcas de cansancio alrededor de sus ojos y la mandíbula mostraba una barba negro azulada, debido a que no se había afeitado hacía un día y medio. Aun así, estaba muy guapo y tan masculino que Caroline sintió un hormigueo cuando lo miró. Aunque desde que lo conocía sólo había montado a caballo en muy raras ocasiones, parecía estar cómodo sobre la montura y el caballo, que pasaba la mayoría de sus días retozando en un campo de atrás de la casa, era dócil bajo sus manos. Parecía que cada cosa que Matt hacía la hacía bien. Aunque, pensándolo mejor, hizo una excepción mental a su alabanza y sonrió otra vez.

Cabalgando delante de él sobre la montura, con su brazo alrededor de la cintura para mantenerla en el sitio, Caroline estaba cansada pero alegre. Hasta a través de la manta que la envolvía podía sentir la fuerza de ese brazo y los muslos apartados que acunaban su trasero. Acomodándose más de cerca de él, se enfrentó al hecho con sinceridad: amaba a ese hombre enloquecedor e imposible. Quería tenerlo a él y no a otro, fuera lo que fuese.

-Me he alegrado de verte -confesó.

-Yo también me alegro de verte, sobre todo viva y en una pieza -respondió con sequedad.

-Creo que nunca estuve realmente en peligro.

-Si lo hubiera sabido... Es probable que haya perdido unos buenos doce años de mi vida en este último día y medio.

-¿Qué habrías hecho si no me hubieran dejado ir? -Las imágenes de una batalla sangrienta la hicieron temblar. Pero por magnífico que Matt fuera, seguramente habría perdido. Era un granjero, no un soldado, y un hombre solo. ¿Qué clase de batalla podría haber librado contra toda una tribu?

-Hubiera hecho un trueque por ti. -Por el rabillo del ojo Caroline vio que su boca se aflojaba en una sonrisa vaga-. El caballo, el abrigo, el mosquete, lo que fuere. Hasta he traído algunas pieles conmigo. Y una lonja de tocino y dos jarros de ron. Confiaba bastante en que podía llegar a un acuerdo para negociar, si todavía estabas intacta cuando te encontrara -hizo una pausa y un matiz de tensión entró en su voz-. Estás intacta, ¿no? ¿no te han tocado?

Caroline negó con la cabeza.

-Estoy cansada y casi muerta de hambre, pero eso es todo. ¿Estabas verdaderamente asustado cuando descubriste que no estaba, Matt?

-Un poco.

Le dio un codazo en represalia. Gruñó, pero ella pensó que era difícil que lo hubiera sentido a través del abrigo grueso.

-Cuando descubrí que no estabas y encontré el cesto y el arma al lado del sendero... fue un momento que espero no volver a vivir otra vez.

El áspero reconocimiento hizo que el corazón de Caroline se detuviera. Había tanto que deseaba decir -y más que deseaba oír de él- pero estaba exhausta y el movimiento del caballo casi la invitaba a dormir. Sería mejor que pospusiera la conversación que tenía en mente hasta que hubiera recuperado todas sus fuerzas.

-¿Crees que podremos detenemos para comer? -fue todo lo que dijo.

-¿No te han dado de comer? -sin detener el caballo, se volvió sobre la montura, hurgó en la bolsa que estaba atada detrás y extrajo una manzana, la cual le entregó.

-Preferiría llegar lo más lejos posible antes de que se desate el mal tiempo, si esto evita que te mueras de hambre hasta que nos detengamos.

Con un gruñido inexpresivo y una mirada afligida a la manzana, Caroline la aceptó e hincó los dientes en la piel roja. La fruta, acídula y jugosa, sabía a néctar. La masticó y acabó con ella hasta que no quedó nada más que el trozo más delgado del corazón, entonces lo arrojó al suelo mientras se relamía los dedos pegajosos. Cuando observó a Matt, esperando encontrar una mirada divertida, en lugar de eso descubrió su aspecto preocupado mientras contemplaba el cielo a través de las brechas en la bóveda de follaje encima de ellos.

-¿Sucede algo? -preguntó Caroline, inquieta por su expresión.

-Si no me equivoco, vamos a tener nieve antes del anochecer.

-¡Pero no estaremos en casa entonces!

-No.

-¿Qué haremos?

Matt sacudió la cabeza.

-Si es fuerte, refugiarnos hasta que termine. Si no, cabalgar a través de ella. Lo he hecho antes.

-¿De verdad?

-Muchas veces, cuando llegamos a este lugar, antes de que el pueblo estuviera bien establecido y la casa construida. Te asombraría saber qué salvaje era esta parte de la región.

Como a Caroline todavía le parecía salvaje, consideró la idea de que una vez había sido más agreste con consternación. Pero ahora que las punzadas más agudas de hambre se habían aplacado, el sueño la estaba venciendo. Se agazapó más en la manta, dejó caer su cabeza contra él y le sonrió cuando la miró.

-Pareces estar exhausta, amor -dijo, la curva de su boca con una expresión casi tierna-. ¿Por qué no te relajas y te duermes? Puedes confiar en que te llevaré a casa a salvo.

-Lo sé. Pero no estoy tan cansada.

-¿No?

-No.

No dijo nada más, sólo acomodó el brazo con más firmeza alrededor de su cintura mientras él guiaba el caballo hacia la casa, utilizando el río como mapa. Acunada por la oscilación apacible, el calor de su cuerpo detrás de ella y la certeza de saber que estaba segura en sus manos, Caroline cerró los ojos. Sólo por un minuto, para descansar los párpados agobiados.

Un momento después se había dormido. Y mientras dormía la nieve amenazante comenzó a caer.

Capítulo 37

Caroline pensó que el cese de movimiento la había despertado. Parpadeó y abrió los ojos con asombro cuando se vio envuelta en un torbellino blanco y se sintió brevemente

desorientada. Era consciente de que estaba cabalgando, con Matt detrás que le gritaba algo al oído y que la cortina cegadora que se desplazaba delante de sus ojos era nieve arrastrada por el viento.

-¿Qué? -preguntó, pero el viento se llevó la pregunta y no lo oyó. De todos modos no tenía por qué preocuparse. Matt ya la estaba repitiendo, con el brazo apretándola cerca de su tórax y la mandíbula barbuda raspando su oído mientras rugía.

-No vamos a lograrlo. Tendremos que refugiamos.

-¿Dónde? -Pero también esta pregunta se fue en un remolino de nieve. Él ya estaba desmontando y Caroline sintió la pérdida de su calor y su fortaleza. El viento la abofeteó, clavando agujas heladas de nieve en la piel de su rostro, debido a que cuando él se fue, soltó el borde de la manta que debía de haber levantado para protegerla mientras dormía. Tiritó, sosteniéndose de la punta de la montura y luchando para recobrar el aliento en ese frío cruel. ¿Cómo pudo cambiar la temperatura en tan poco tiempo?

Matt, en el suelo al lado del caballo, le gritó algo que no pudo entender. Pero cuando alzó los brazos hacia ella, se deslizó, permitiendo que la bajara y la situara de pie el lado de él. La gruesa alfombra de hojas que yacía sobre el suelo del bosque ahora estaba cubierta quizá con un centímetro de nieve resplandeciente. Más nieve, cayendo de un cielo de color plomizo, era llevada por el viento ululante en costras blancas que se adherían rápidamente a los troncos de los árboles ya las rocas. Matt señaló lo que parecía la cara sólida de un risco, y aunque todavía no podía entender lo que Matt le decía, le permitió guiarla hacia allí. El caballo, arrastrando las riendas, quedó atrás.

Con la vista empañada por la nieve no vio la cavidad en la roca hasta que él la empujó adentro. No era una cueva verdadera, no tenía más que tres metros de profundidad y tal vez dos metros y medio de ancho; parecía como si un gigante hubiera mordido un pedazo de risco y después lo hubiera colocado de nuevo en su lugar. Matt entró y luego la hizo entrar a ella. El cese repentino de nieve hiriente que golpeaba el rostro y el viento que silbaba en sus oídos fue un bendito alivio.

-Tendremos que permanecer aquí hasta que pare. -Matt ya no estaba gritando y examinó la profundidad de las hojas sobre el suelo. Caroline, tiritando en su manta, se volvió para mirarlo. La nieve brillaba en el reborde de su sombrero y adornaba con gotas la piel oscura de su abrigo. Sus ojos estaban muy azules en la oscuridad sombría de la cueva.

-Nos congelaremos -protestó, pero él negó con la cabeza.

-Quédate aquí, que no hay viento, y yo iré a buscar lo que necesitamos -le dijo, y entonces salió otra vez hacia la cortina de remolinos blancos. Era obvio que quería juntar lo necesario para montar un campamento y podría permitir que lo ayudara. No es que la apreciara, su ayuda por supuesto, pero dudaba que en este momento tuviera el tiempo suficiente para atarla, que es lo que tendría que hacer para evitar que cumpliera con su parte. Contrajo la mandíbula previendo la reacción por su desobediencia, se arropó mejor con la manta y lo siguió hacia la tormenta.

Aunque el caballo, con Matt a su lado, estaba a menos de cuatro metros, era difícil distinguir más que una mancha oscura. Pensó que Matt ni siquiera era consciente de que se acercaba hasta que llegó hasta allí. La miró con los ojos entrecerrados, pero no perdió tiempo con palabras que el viento no permitiría que escuchara. En lugar de eso le llenó rápidamente los brazos con bultos que desmontó del caballo y la envió de regreso para que los depositara en la cueva. Él iba detrás, llevando jarros y bolsas y la montura del caballo. Dejó caer toda la carga en un montón desordenado justo a la entrada, aunque los jarros recibieron un trato más cuidadoso. Se irguió y sus cejas congeladas se encontraron sobre su nariz cuando la regañó.

-Te he ordenado que te quedes aquí donde no hay viento, y lo he dicho en serio -dijo con severidad-. Estoy vestido para este clima y tú no, y me moveré con mucha más rapidez si no tengo que preocuparme por ti. Si quieres hacer algo, revisa las provisiones para ver qué

tenemos. En una hora o menos, estaremos clavados aquí hasta que la tormenta acabe; por lo tanto, no tengo tiempo para discutir.

Matt se volvió y regresó al torbellino de viento cristalino. Caroline lo observó alejarse; entonces se dispuso a hacer como le había ordenado. Sus palabras tenían sentido. Estaba poco vestida para semejante tiempo desconcertante, y a pesar del calor la manta corría peligro de humedecerse por la nieve que se derretía. Deslizándola por sus hombros, Caroline la sacudió y después volvió a arroparse. Comenzó a hacer un inventario y a ordenar las provisiones.

Una hora más tarde la entrada de la cueva quedó bloqueada con las ramas de un pino achaparrado, arrastrado hasta allí por Matt y acomodado contra el afloramiento de la roca , que formaba el techo. Una buena provisión de ramas caídas para leña estaba amontonada justo del lado interior de esa pared provisional. Había dejado una apertura de quizá medio metro de ancho en el lado derecho para el fuego, el cual les proporcionaba el calor necesario.

Matt se arrodilló allí, arreglando con cuidado las ramas, el matorral y la mecha. Cuando abrió el mosquete para echar pólvora encima de todo eso y desarmó el muelle del percutor para hacerse de un pedernal y un eslabón temporal aunque práctico, Caroline no aguantó más. Como bien sabía, tenía un miedo terrible al fuego, aunque desde luego afortunadamente él ignoraba su conocimiento. Había estado observándolo con disimulo durante unos instantes, notando el espanto que aumentaba en su mandíbula y la determinación de sus ojos. Entonces pensó que sus dedos, cuando se preparó para frotar el incómodo encendedor, no eran demasiado firmes y ella, ni siquiera por respeto a su orgullo masculino, pudo mantener la boca cerrada.

-Yo haré eso, si no te importa -dijo de pronto, dirigiéndose hacia él. Sus palabras emergieron como pálidas bocanadas de humo en el aire helado. Hasta en ese refugio acogedor, el calor del fuego era necesario con urgencia.

Matt levantó la vista hacia ella, con los ojos entrecerrados. Pero notó que detuvo lo que estaba haciendo, agradecido, sospechó, por la más leve excusa que lo hiciera demorarse.

-¿Hacer qué?

-Encender el fuego. Tú puedes salir a ver al pobre caballo, si quieres.

-Lo he soltado. Le irá mejor que a nosotros y es probable que hasta encuentre el camino a casa. ¿Pero por qué quieres encender el fuego?

-Porque tengo una habilidad especial para encender fuegos. No es justo que tú seas el único que puede mostrar aptitudes. -Mientras hablaba extendió las manos para tomar el pedernal y el eslabón.

Pero en lugar de pasárselos sumisamente, como Caroline pensó ahora que había tenido una salida grata para una tarea aborrecible, se puso de pie, en toda su extensión, que con el sombrero puesto estaba a medio centímetro del techo, y la observó.

-De modo que lo sabes, ¿no? -dijo, con desagrado-. Supongo que Mary estuvo hablando más de la cuenta. Si alguna vez ha habido un hombre suelto de lengua, ese tiene que ser James Mathieson.

Por el nerviosismo con que Matt vaciló al nombrar a su hermano, Caroline sospechó que, si James hubiera estado presente, habría tenido que soportar una buena reprimenda, o algo peor.

-No, estás equivocado -dijo, y mientras estaba distraído le arrebató el muelle de las manos y se arrodilló para encender el fuego. Frotando el pedernal y el eslabón, le bastaron unos instantes para que brotaran las chispas sobre la mecha. Entonces, ayudada por una infusión rápida de aire al acercarse y soplar, la mecha y las ramitas que la rodeaban prendieron el fuego.

Mientras el fuego crepitaba cada vez con más fuerza, Caroline colocó el muelle al lado de la pared rocosa con cuidado y se puso de pie. Matt se había alejado a una distancia de

quizás un metro. Sus mejillas habían enrojecido, aunque bien podría haber sido tanto por el frío como por la confusión, y su mirada era cautelosa.

Hablar menos y hacer más, pensó Caroline, cuando el calor comenzó a aumentar en su pequeño paraíso. Observó el montón de alimentos con interés.

-¿Fue Daniel? -preguntó Matt. El sombrero sumía su rostro en la penumbra e impedía que Caroline pudiera adivinar su expresión.

-No. -Sabiendo que se disgustaría si llegaba a descubrir de qué manera precisa había llegado a ese conocimiento, Caroline no dijo nada. En lugar de eso se inclinó para recoger algunas tiras de carne seca que se encontraban entre las provisiones que los Corchaugs les habían dado. Se le hizo agua la boca cuando el olor ahumado alcanzó las ventanas de su nariz. Decidió que lo que seguía en el orden de necesidades era la cena.

-¿Te parece que esto es carne de conejo o de venado? -se volvió para preguntar a Matt, levantando las tiras de carne.

Se le veía pensativo y enfurruñado, pero sus ojos parpadearon con un reflejo de lo que pensó que podría ser divertimento por su pregunta.

-Probablemente sea perro.

-¡Perro! -Horrorizada, Caroline tiró la carne como si le hubiera quemado. Aunque nunca sería una de las defensoras absolutas de Raleigh, la idea de comerlo a él o a sus hermanos perrunos le resultaba aborrecible.

-Los indios lo consideran una exquisitez. -Matt recogió las tiras de carne y volvió a colocarlas con cuidado con las otras provisiones.

-No te apresures a desperdiciarlo. Tal vez lleguemos a alegrarnos de disponer de esto antes de que estemos en casa de regreso.

-¿Y cuándo piensas que eso sucederá? -Caroline se volvió para levantar una longaniza ahumada que Matt había traído con él. Con el pan que le habían dado los indios y lo que quedaba de las manzanas, prepararía una comida sustanciosa.

-Cuando pare de nevar.

Se acercó al fuego, intentando colocarse en el círculo de calor mientras rebanaba pan y carne para comer. Matt estiró una mano para asir su brazo a través de la manta.

Caroline le lanzó una mirada inquisitiva. Su cabeza no llegaba a su barbilla, aunque era alta para ser una mujer y la mano que le sostenía el brazo era grande y lo suficientemente fuerte como para romperla por la mitad si se lo propusiera. Pero la sostenía con bastante suavidad. Sólo su mirada era severa y estaba a la defensiva, mientras la observaba desde el refugio que formaba el borde de su sombrero.

-¿ Vas a decirme cómo descubriste que tengo una... aversión... al fuego, o vas a dejar que trate de adivinarlo durante toda la noche? -Había ironía en su voz y también perseverancia, la cual pensó que era para disimular la vergüenza.

Caroline levantó la vista, vaciló y suspiró.

-Permíteme hacer esto, sólo tardaré un minuto y estoy demasiado hambrienta para esperar mucho más tiempo, y te hablaré de ello. Aunque te aviso que es probable que no te guste lo que vas a oír.

-No hay duda de eso -gruñó Matt.

Mientras Caroline cortaba la comida con rapidez, Matt juntó las hojas hasta formar un montón contra la pared derecha de su refugio -no demasiado cerca del fuego, notó Caroline mientras lo observaba con el rabillo del ojo-, y extendió la manta del caballo encima de ellas. Después recogió uno de los jarros de piedra y lo situó cerca del fuego.

-Para que se caliente -dijo al sentirse observado.

-¿El ron? -preguntó, inclinando la cabeza hacia él.

El tono de desaprobación lo hizo sonreír. -Sí.

-No pensé que los puritanos bebieran ron.

-Los puritanos tienen muchos vicios, mi amor, y espero que nunca los conozcas.

Caroline le tendió su comida y se puso de pie y ambos se retiraron al asiento provisional que Matt había ideado. Con la espalda contra la pared, comieron un poco y entonces Matt apoyó los hombros contra la roca y la miró.

-¿ Y? -preguntó. Caroline terminó lo último que le quedaba del pan y la longaniza y tomó una manzana. Le dio un buen mordisco, la masticó y la tragó antes de responder.

-Mientras estabas delirando por la fiebre después de que el árbol cayera sobre ti, tuviste una... pesadilla -dijo de mala gana-. De allí supuse que tenías miedo del fuego.

Caroline no deseaba dar más explicaciones, pero él no se conformó.

-¿Una pesadilla? -continuó-. ¿Qué hice, te di toda la información en detalle durante el sueño?

Caroline comenzó a morder otro pedazo de manzana, pero él le quitó la fruta de la mano. La miró con cierta añoranza, pero una ojeada al rostro de Matt le quitó de la cabeza la idea de mantener esa postura. Sus ojos estaban cerrados, su rostro terminante, como si quisiera aislarse de ella. A Caroline le hizo recordar su comportamiento cuando se habían conocido por primera vez, inflexible y reservado, y no pudo soportar que se alejara de ella otra vez.

-Daniel me contó que Elizabeth había prendido fuego al granero y que te quemaste al rescatarla -dijo claramente, los ojos fijos en el rostro de modo que lo vio retroceder como por un golpe-. Lo hizo porque yo había pedido que encendieran el fuego en tu dormitorio y cuando despertaste y lo viste te sobrecogió el terror y comenzaste a gritar.

Ante eso los ojos de Matt chispearon, con un color azul tan opaco que hasta parecía terciopelo. La mandíbula se afirmó y estaba segura de que el color oscuro que se levantó para teñir sus pómulos fue provocado por la vergüenza ante su conocimiento de lo que consideraba su debilidad.

-De modo que sentiste lástima por mí y pensaste ampararme esta noche ofreciéndote para encender el fuego. -Hubo cierta aspereza en su voz que hizo que Caroline se encogiera. Giró la cabeza para mirarlo mejor, recogiendo las piernas debajo de la manta que la cubría, con la mirada seria al fijarse en la de él.

-No tuve lástima por ti, Matt -dijo-. Lo entendí. -Cuando sacó una mano de debajo de la manta y la levantó, con intención de tocarle la cicatriz del rostro, él se alejó y se puso de pie bruscamente.

-No quiero tu "comprensión" -dijo con severidad, con los labios tan apretados que aparecieron pequeños círculos blancos en las comisuras de su boca.

-Matt... -Comenzó ella, levantándose también, pero él ya se estaba alejando-. ¿Adónde vas? -lo llamó cuando se dio cuenta de que iba a salir del refugio. Su tono era estridente y preocupado.

-A caminar -la miró por encima del hombro y vio que se ponía de pie. -No te preocupes, Caroline, volveré.

Con lo cual apartó algunas ramas y salió a la nieve.

Capítulo 38

No estuvo fuera mucho tiempo, aunque a Caroline, de pie en el centro del refugio, la espera le pareció en verdad una eternidad. Cuando regresó, golpeó con los pies en el suelo para desprenderse la nieve y se quitó el sombrero para sacudir los copos livianos; ella sintió una oleada de alivio. Por supuesto, sabía que Matt no era de ninguna manera autodestructivo por naturaleza, que era un hombre recio y maduro, capaz de resistir las vicisitudes de la vida con fortaleza, pero aun así se había preocupado porque sabía mejor que nadie cuán dolorosas eran las cicatrices.

-¿Cómo están las cosas afuera? -preguntó mientras le ayudaba a cepillar los cristales derretidos de su abrigo, porque no quería decir cualquier cosa que estuviera demasiado cargada emocionalmente.

-Mal. Hay ventisca, la primera del año -respondió, volviendo a colocar las ramas que bloqueaban el suave aullido del viento y el tranquilo susurro de la nieve cayendo pesadamente. Por su tono y su expresión cuando se volvió, supo que había hecho lo correcto al hacer un comentario impersonal. La mirada sombría estaba allí otra vez y sintió que había tomado una actitud reservada hacia ella con deliberación.

-¿Quieres decir que habrá más ventiscas? -preguntó, horrorizada. De alguna manera la tormenta de nieve le había parecido un hecho curioso, sobreviniendo de esta manera, cuando una calamidad tras otra se cernía sobre su cabeza.

-Es un poco prematuro para que sea tan abundante, pero la nieve es algo habitual en la colonia de Connecticut desde octubre hasta febrero.

-¿Y qué se hace durante todo el invierno? -Tales extremos climáticos eran ajenos a la experiencia de Caroline, y la idea la desesperó.

-Quedarse en casa cuando se puede y abrirse camino cuando no es así -respondió encogiéndose de hombros.

Ante la idea de tener que soportar meses dentro de la casa, encerrada como un castor en una trampa durante días y días de nieve, la opinión de Caroline del Nuevo Mundo, que nunca había sido favorable, decayó aún más.

-Tienes frío -dijo cuando vio que tiritaba. A pesar del fuego, el aire dentro de la cueva era lo suficientemente frío para que su nariz se enrojeciera.

-No demasiado -respondió ella, pero aunque lo negó sus dientes comenzaron a castañetear. Apretando la mandíbula, controló el sonido traicionero, pero era demasiado tarde. Maldiciéndose a sí mismo por ser un tonto ciego, Matt la hizo acostar sobre la manta del caballo y se quitó el abrigo para colocarlo encima de ella.

-Pero te vas a congelar -protestó Caroline, mientras se sentaba.

-Acuéstate -se arrodilló aliado de ella y la hizo reclinarse-. De haberlo pensado, te lo habría dado antes. Créeme, estoy bastante preparado para soportar este frío.

Tenía puesta una camisa, pantalones y un chaquetón de lana debajo del abrigo, Caroline vio que no discutiría el asunto con ella, de modo que se sometió a sus cuidados con obediencia. En verdad, el abrigo de piel trajo consigo un poco más de calor placentero. Pero pensó que eso provenía de su cuerpo y no de la piel.

Cuando terminó de acomodarla, le había puesto una alforja como almohada y las pieles de los animales que había traído para cambiarlas por ella encima del abrigo. Se habría quitado el chaquetón también, para ponerlo encima. Pero entonces Caroline se sentó, despojándose de todo su abrigo, y le dijo con vehemencia que si hacía eso rechazaría todo menos la manta que los indios le habían dado y se sentaría afuera en el frío hasta que se congelara.

Así que se dejó puesto el chaquetón y en verdad no parecía sentir frío mientras caminaba por el refugio. Caroline, acostada a su lado, lo observó con tranquilidad, sintiéndose curiosamente alegre. A pesar de estar lejos del hogar, abandonados en un refugio en medio de una ventisca furiosa, la cueva con su cortina de ramas y el fuego ardiendo en la entrada parecía un capullo de seguridad.

Debía de haberse dormido, ya que enseguida sus ojos se abrieron otra vez y descubrió a Matt desplomado contra la pared no lejos de donde estaba. Su mirada pensativa estaba fija en la pared opuesta. Tenía una rodilla levantada casi hasta el pecho, mientras que su pierna lisiada estaba extendida con rigidez. Sus brazos descansaban sobre la rodilla doblada. A su lado estaba el jarro, y mientras lo observaba lo alzó por el asa y tomó un trago largo.

-¿No vienes a la cama?

Su pregunta, expresada sin previo aviso en el silencio de la oscuridad, lo asustó e hizo que se ahogara con el ron. Cuando se hubo recuperado, pasó la mano por la boca y se volvió para mirarla.

-No.

-¿Te vas a quedar ahí sentado toda la noche? -En sus palabras se entrelazó cierto sarcasmo moderado. Hacía más frío dentro del refugio, aunque como estaba abrigada debajo de la pila de pieles, no se había dado cuenta en un principio. Pero sus palabras estuvieron marcadas con pequeñas bocanadas heladas y supuso que, con o sin ron, tenía que estar sintiendo frío.

-Sí.

-¿Y se puede saber por qué? -Sus respuestas monosilábicas la irritaron lo suficiente para sentarse y mirarlo con furia. Matt la recorrió con los ojos, notando sin lugar a dudas su cabello desgreñado, que había escapado de las pinzas por completo y caía sobre sus hombros; el montón de pieles de seda negro azulada, el aspecto enrojecido de su rostro por haber dormido y la ardiente somnolencia de sus ojos.

-¿Por qué no? -respondió con ciertos rodeos mientras bebía otro trago de ron.

-¿Estás borracho o simplemente eres tonto? -Caroline salió de debajo de las mantas, roja de ira mientras marchaba hacia él y se detenía con los brazos en jarras, para observarlo con el entrecejo fruncido.

-No estoy borracho. Vuelve a la cama... te vas a congelar -refunfuñó, recorriendo su cuerpo con los ojos desde sus piernas delgadas, desnudas hasta la rodilla, salvo por los zapatos y las calcetas finas, la prominencia de sus caderas, su cintura, la curva de sus pechos, todas contenidas en un vestido gris casero, hasta la belleza pálida de su cuello y su rostro enmarcados por el cabello negro que caía. Sus ojos parpadearon. Desvió la mirada y bebió otro trago del jarro.

-¡Tú eres el que se va a congelar, tonto e irresponsable! ¡Te digo que vengas a la cama y lo digo en serio! -Le habló en el mismo tono autoritario y regañón que habría utilizado con John o Davey.

Puso el jarro en el suelo, apoyó los brazos sobre las rodillas otra vez y la observó.

-¿ Y se supone que ahora debería decir, "sí, tía Caroline" y obedecer humildemente?

El hecho de que leyera su mente hizo que comprimiera los labios, pero Caroline asintió.

-Sí, por supuesto.

Rió secamente.

-Es una lástima que tenga más de diez años de edad, ¿no es cierto?

Caroline lo contempló. Aún tenía puesto el sombrero, por lo tanto estaba obligada a inclinar la cabeza hacia atrás para poder verla mientras hablaban. Sus pies calzados con botas estaban plantados con firmeza contra el suelo y parecía que se había acomodado muy decidido para la noche. Era demasiado grande para que ella lo llevara por la fuerza y la razón parecía escapar de él como el agua de un puerco engrasado, de modo que tendría que usar su astucia si abrigaba alguna esperanza de que abandonara el frío.

Por consiguiente se sentó al lado de él, imitando su postura con exactitud. Volvió la cabeza para observarla.

-¿En nombre de Dios, qué crees que estás haciendo?

Caroline sonrió dulcemente.

-Acompañarte.

-No me apetece que me acompañes.

-Bien -dijo-, eso es una lástima.

Asió el jarro de piedra (tuvo que utilizar ambas manos, porque esa cosa era muy pesada) y se lo llevó a los labios, lo inclinó y tragó. El líquido tibio y picante casi le quemó la lengua, se deslizó por su garganta con un ardor tan potente que hizo saltar las lágrimas de sus

ojos en cuanto bajó el jarro de nuevo al suelo. ¡De modo que así era como no tenía frío! Era eficaz, aunque el calor seco que el líquido provocaba era más ilusión que realidad.

-Es algo fuerte -observó Matt, con los ojos entrecerrados mientras esperaba que se ahogara o tosiera. Con un esfuerzo sobrehumano, Caroline no hizo ninguna de las dos cosas. En realidad, emitió un chasquido apreciativo y ruidoso con los labios y le dirigió una pequeña sonrisa de soslayo.

-Bien -dijo-, ¿de qué podemos hablar?

-Vete a la cama, Caroline -rehusó caer en su trampa.

-No voy a permitir que te quedes sentado aquí solo, meditando y congelándote.

-No estoy meditando ni me estoy congelando te lo aseguro.

-Bien, entonces. -Apretando los dientes por la absoluta terquedad del hombre, Caroline no dijo nada más. En lugar de eso fijó la vista con determinación en la pared opuesta mientras él bebía ron y le lanzaba miradas estimativas de reojo. Después de pasar quizás un cuarto de hora de esta manera, Caroline comenzó a tiritar.

-¡Tienes frío! -declaró en tono acusador.

-Sí, es verdad.

-Vete a la cama.

-No lo haré sin ti. ¡Quedarse aquí sentado toda la noche en tales circunstancias es tan estúpido que raya en la locura! Podemos dormir frente con espalda como cucharas, si eso es lo que te molesta. Estaremos más calentitos si nos acostamos de ese modo, con las pieles amontonadas encima, que si dormimos separados.

-No aguanto a las mujeres testarudas y regañonas.

-No me hagas caso, entonces y nos quedaremos sentados aquí hasta que se forme un carámbano bajo nuestras narices.

Caroline chasqueó la lengua como muestra de irritación cuando se acomodó para lo que amenazaba ser una noche fría y larga.

Matt gruñó, bebió otro trago de ron, colocó de nuevo el corcho y se puso de pie.

-Vamos, entonces -dijo, ofreciéndole una mano a ella, con una nota peculiar de resolución en la voz.

Suprimiendo una sonrisa victoriosa, Caroline permitió que la ayudara a ponerse de pie y después se acostó sobre la manta del caballo como le había dicho mientras él amontonaba otra vez las pieles encima de ella. Casi contuvo el aliento, esperando, pero sólo después de una breve vacilación se quitó el sombrero, se situó detrás de ella, levantó el borde de la manta india -la primera prenda de abrigo- y se deslizó debajo de ella.

Cuando se hubo acomodado, manteniéndose tan apartado como podía, Caroline sintió toda su dura extensión ardiendo a través de las ropas hasta su piel. Al igual que ella, tenía una alforja debajo de la cabeza como almohada y estaba de lado, frente con espalda. Parecía determinado a mantener un pequeño espacio entre ellos, pero la pared de roca estaba detrás y no tenía mucho sitio para moverse. Poco a poco Caroline permitió que su cuerpo se relajara y se acomodó hasta que estuvo tendida completamente contra él, el trasero curvado en la cavidad de su regazo, la espalda apretada contra su pecho, la cabeza recogida debajo de su barbilla. Matt dispuso de un brazo para plegarlo debajo de la cabeza. El otro, al no tener dónde ubicarlo, encontró el camino alrededor de su cintura, donde permaneció, rígido como una tabla, a causa de su rechazo a relajarse contra ella.

Caroline se arrellanó aún más cerca. Con discreción, Matt intentó separarse un poco, pero al tener la espalda contra la pared no había lugar adonde ir. Ella suspiró como si fuera a dormirse al mismo tiempo que sentía que se tornaba rígido desde las botas hasta los muslos, el pecho y la cabeza. Contra los muslos podía sentir la clara evidencia del efecto de su proximidad contra su cuerpo. Estaba respirando con dificultad ahora, mientras luchaba para minimizar el contacto. Aunque Caroline, fingiendo estar casi dormida -mantuvo los ojos

cerrados y por lo tanto no estaba segura-, tuvo la impresión de que estaba apretando los dientes.

Con un murmullo ininteligible arrimó sus nalgas contra su virilidad prominente y tiró de su brazo para acercarlo más a su cintura.

Matt se sentó erguido y rígido, quitando las pieles y tomando bocanadas profundas de aire fresco mientras ella lo miró fingiendo inocencia.

-Sabía que era un error -refunfuñó, mirándola con furia. Entonces Caroline decidió abandonar toda simulación.

Ese era el hombre que deseaba tener y por lo tanto quería demostrárselo. Si su cuerpo huía ante la perspectiva de la intimidad física, bien, su corazón cantaba ante la idea de tenerlo para sí. Y era su corazón el que la impulsaba.

-No es ningún error -murmuró, y se sentó también, para luego arrodillarse y volverse para mirarlo de frente, rodeando su cuello con los brazos.

Levantó las manos y las cerró alrededor de las muñecas de Caroline como para bajarle los brazos. Pero entonces sus ojos se encontraron y sus manos se inmovilizaron. Como él estaba sentado y ella arrodillada ante él, se encontraban a distinta altura y Caroline vio cada pequeño detalle de las emociones que titilaban a través de sus ojos; primero el deseo seguido de resolución, después el deseo seguido de duda, después sólo el deseo. Sus ojos fulguraban, ojos hambrientos, de un azul brillante, que podían haber pertenecido aun saqueador, mientras que la respiración se aceleraba y se tornaba inestable. Durante largos instantes Caroline se dio el lujo de contemplarlo, deleitándose con el modo en que la luz del fuego lanzaba chispas azules en las ondas negras y desgreñadas de su cabello, pintaba de color canela su hermoso rostro con ojos inquietos y su barba encrespada y bailaba sobre los hombros amplios y el pecho ancho.

Entonces se inclinó todavía más cerca, permitiendo que sus pechos descansaran de lleno contra el pecho de él mientras rozaba sus labios contra los suyos.

Matt tembló y sus manos apretaron un momento sus muñecas al mismo tiempo que sus párpados se cerraban.

-Que Dios me perdone -murmuró contra su boca, y entonces sus brazos comenzaron a rodearla y la llevó hasta su regazo, haciéndola girar de modo que su cabeza estuviera acunada en su hombro, y así unieron sus bocas.

La besó como si estuviese hambriento del sabor de su boca, la besó como si hubiera estado hambriento toda una eternidad y ahora, al habérsele sido ofrecido el sustento que buscaba, estaba decidido a saciarse. Este no era un suave galanteo, sino una captura feroz y necesitada, y Caroline no podía hacer nada sino asirse de sus hombros y abrir la boca y entregarse. La boca de Matt estaba caliente y mojada y sabía a ron, y la besaba con tanto ímpetu que no había lugar en su cabeza para recuerdos amargos o para ningún recuerdo o pensamiento que no fueran de él. Su mano buscó su pecho a través de las capas de su vestido y se deslizó. Su calor secó su carne, haciendo que su pezón se endureciera deliciosamente. Para su sorpresa, Caroline gimió contra su boca y el gemido era de placer, no de lamento.

Ante ese sonido minúsculo Matt se puso rígido; entonces se sacudió como si fuera por un escalofrío. Pero no era un escalofrío lo que lo afligía mientras la aplastaba en esa cama provisional bajo su peso, levantaba con furia sus faldas y hurgaba en sus pantalones para entrar en ella antes de que pudiera hacer más que separar las piernas con obediencia. Su demanda fue dura y rápida y no le trajo a Caroline mucho goce excepto el de dar lo que deseaba a quien amaba, pero no le provocó ningún disgusto tampoco. Se mantuvo contra él y pensó en lo que sería tener a este hombre a su lado todos los días de su vida y hasta sonrió débilmente cuando él empujó dentro de ella con un último impulso, gimió y diseminó su semen. Entonces, mientras yacía encima de ella, jadeando y exhausto, buscó su propia recompensa en ese acto propio del hombre, quitando el cabello de su frente húmeda por el

sudor y pasando las manos con mucha docilidad por la anchura de sus hombros todavía vestidos y a lo largo de su espalda.

Al fin levantó la cabeza para observarla minuciosamente. Caroline respondió con una sonrisa tierna. Matt dijo algo por lo bajo que pareció blasfemo, aunque no pudo discernir las palabras. Cerró los ojos y entonces los abrió de nuevo. Rodando fuera de allí hasta quedar de espaldas, la atrajo hacia él y fijó la vista en el techo rocoso durante largos instantes antes de volver la mirada hacia ella otra vez.

Capítulo 39

-No te he hecho daño, ¿no? -preguntó Matt cansado. Había tratado de combatir su demonio individual con tanto valor como pudo y al fin perdió, irremisiblemente. La realidad debía afrontarse cara a cara. A menos que nunca la viera otra vez -y esa era una posibilidad que no podía afrontar-, tenía que admitir que era algo imposible el hecho de intentar mantener sus manos lejos de ella. Quería hacerle el amor una vez y otra vez y otra vez, con la misma seguridad con que el sol salía por el este todas las mañanas. Dada la naturaleza inevitable del asunto, era menester que controlara la situación.

-En absoluto -respondió Caroline, bastante alegre. Tenía la cabeza acurrucada contra su pecho mientras que con una mano acariciaba el chaquetón en la vasta región de su corazón. Aun ese contacto mínimo hacía que el pulso de Matt, y algo más que su pulso, se acelerara. Las pieles estaban desordenadas alrededor y por debajo de ellos, bloqueaban la visión de sus pantalones todavía desabrochados y lo que contenían. Eso era todo lo que preservó su modestia cuando su cuerpo impenitente se despertó. Ya la deseaba de nuevo, pero la urgencia fiera y aguda de su necesidad había sido mitigada lo suficiente como para poder comenzar, poco a poco y suavemente, a enseñarle que había más en ese acto de lo que ya había descubierto.

-Me alegro. -Si había algún rastro de ironía en sus palabras, dudó que ella lo detectara. Yacía contra él tan confiada como un niño, inconsciente de que había algo impropio.

Matt tendría que soportar mucha responsabilidad por eso, por supuesto. Excepto por el bastardo que la había forzado -¡qué esa basura se queme por siempre en el infierno! -, había sido su único maestro en el delicado arte del apareamiento.

Sonriendo para sus adentros, Matt reconoció que sus lecciones, como herramienta educacional para Caroline, dejaban mucho que desear.

Se apoyó en un codo, observándola pensativo. Con ese movimiento, la cabeza de Caroline cayó para descansar sobre una alforja. Le estaba sonriendo, una sonrisa soñolienta y vaga, y sus ojos grandes y dorados estaban oscurecidos por la fatiga. El delicado óvalo pálido de su rostro estaba marcado en algunos lugares por el roce de su barba. Matt tomó nota mental; una vez que estuvieran a salvo en casa de nuevo, comenzaría a afeitarse por la noche al igual que por la mañana para no dañarle la piel. Al pensar en la burla que recibiría de parte de sus hermanos por eso, una esquina de su boca se crispó. Era la pena que debía soportar por tener una familia numerosa e irreverente y, mientras mantuvieran sus burlas lejos de los oídos de Caroline, sufriría sus ironías con todo el estoicismo que pudiera reunir.

-Eres muy hermosa -susurró, inclinándose hasta tocar los labios con los suyos. Caroline devolvió el beso dulcemente, esa boca exquisita y rosada con un leve sabor a ron, suave y condescendiente.

Antes de que pudiera tentarse a persistir y entonces caer hechizado hasta olvidar su propósito por completo, se puso de pie y se abrochó los pantalones lo suficiente para poder moverse sin que se le cayeran del todo. Caroline lo observó con interés mientras se restituía hasta la mínima decencia, sin nada en su mirada franca que hablara de disgusto.

Se estaba curando, estaba claro, y él dio gracias a Dios tanto por el bien de ella como por el propio. Si era suave con ella y cuidadoso, quizá todavía podría enseñarle lo gloriosa

que podía ser la unión de un hombre y una mujer. Con ese pensamiento su cuerpo se abultó contra la limitación restablecida de sus pantalones, e hizo todo lo que pudo para no arrojarse al lado de ella y comenzar las lecciones de inmediato.

Si hacía frío fuera de su nido acogedor, no lo sentía.

-¿Matt? -Fue una pregunta ociosa, expresada por alguien que obviamente tiene sueño. Matt simuló una sonrisa con bastante severidad mientras se agachaba para ayudarla a ponerse de pie.

-¿Qué... ? -Caroline se asió de los hombros de, Matt mientras la levantaba y parpadeó.

-Estaremos más cómodos si arreglo la cama -le dijo en tono conciliador, y procedió a hacer exactamente eso, Pero en lugar de dejar la manta espinosa del caballo en la parte inferior, cubrió el cojín grueso de hojas con su abrigo de piel. Entonces dio los pocos pasos necesarios para llegar al montón de leña y desde una distancia bastante segura lanzó algunos troncos gruesos sobre el fuego. Por un momento miró más allá de la llama hacia la noche tormentosa y entonces, cuando las llamas se avivaron para morder la madera nueva, por fuerza tuvo que volverse. Para concluir recogió el jarro de ron y se reunió con Caroline.

Aún estaba de pie al lado del camastro, con la cabeza inclinada un poco hacia un lado, mientras lo observaba. Colocó el jarro en el suelo al alcance de la mano, le sonrió y la acercó hacia sí. Entonces inclinó la cabeza para saborear sus labios al mismo tiempo que sus manos buscaban los ganchos que aseguraban el pobre vestido estropeado por la espalda.

-¿Matt? -Pensó que fue más pregunta que protesta, expresada al descubrir lo que estaba por hacer.

-Estaremos más abrigados si nos quitamos la ropa y nos acurrucamos bajo las mantas para compartir el calor del cuerpo.

Los broches de las mujeres eran cosas infernales y por desgracia estaba fuera de práctica, pero logró desabrochar los suficientes, pensó, como para quitarle el vestido.

-¿Quieres decir que nos acostaremos desnudos? -Pareció aterrada, como si nunca se le hubiera ocurrido semejante indecencia. Matt tuvo que sonreír un poco por la inocencia del comentario.

-Eso era lo que tenía en mente -confesó.

-Oh -dijo en tono pensativo, y mientras comenzaba a deslizar el vestido por sus hombros, vio que él estaba frunciendo el entrecejo.

-¿Matt? ..

-¿Hmmm? -Incapaz de resistir, inclinó la cabeza para besar el hombro cremoso que apenas había desnudado.

-¿Es... es hacerlo desnudos la manera usual? -Se ruborizó cuando hizo la pregunta y sus ojos cayeron para estudiar intensamente la punta de sus botas.

-Algunas personas lo prefieren -le dijo, deslizándole el vestido por los brazos. Para su agrado, Caroline le ayudó a sacar los brazos fuera de las mangas largas y ceñidas y entonces, cuando soltó el vestido más allá de sus caderas, la muchacha terminó de quitárselo con obediencia.

Allí, de pie, con su fina muda blanca y sus enaguas y con los bordes rasgados, estaba tan seductora que él hizo todo lo que pudo para no rodearla con sus brazos y besarla con frenesí, antes de proceder a otros asuntos más satisfactorios. Pero algunas marcas de escalofrío punteaban su piel suave y sabía que debía de tener frío, aunque él no lo sentía en absoluto. Algún día tendría la oportunidad de quitarle el vestido pieza por pieza y besar cada parte de su cuerpo que iba descubriendo, pero esta noche obviamente no era la indicada. Controló su deseo endemoniado y terminó de desvestirla con tanta rapidez y eficiencia como podía, aunque era incapaz de resistirse a dar algunos besos perdidos aquí y allá mientras lo hacía. Por fin apoyó una rodilla en el suelo delante de ella para quitarle los zapatos y

entonces, haciendo rechinar los dientes mientras luchaba consigo mismo para hacer sólo la tarea necesaria, le desató las ligas y enrolló las medias por sus piernas.

Se le antojó como la tarea más cruel que hubiera desempeñado alguna vez en su vida, pero logró contener su deseo de tumbarla de espaldas y agotar su deseo entre sus piernas.

Tocó la fresca y pálida delgadez de sus muslos y su corazón se aceleró. Deslizó las medias por sus rodillas con hoyuelos y las piernas bien formadas y contuvo la respiración. Todo lo que pudo hacer fue forzarse a ponerse de pie, para encontrarla sonrojada, y vio cómo Caroline se miraba las botas otra vez mientras que él se regocijaba la vista ante su desnudez.

Desnuda, era lo más bello que hubiera contemplado alguna vez en su vida. Sus pechos eran grandes, firmes y muy blancos, con pezones pequeños y adorables del color de las fresas. Se proyectaban desde su tórax estrecho en un ángulo provocativo, con una ostentación femenina sobre la cintura diminuta y las caderas curvas y exquisitas. Su estómago estaba ligeramente redondeado, el ombligo era como un círculo umbroso en el centro. Sus piernas eran largas y ágiles y el nido de rizos en el ápice de sus muslos se veía tan negro y sedoso como piel de cebellina.

Matt luchó contra el impulso, pero acabó por ceder. Con la respiración entrecortada, inclinó la cabeza e introdujo un gracioso pezón en su boca.

No sabía a fresas; era infinitamente mejor. Ella emitió un pequeño gemido y retorció las manos por su cabello. Las manos de Matt estaban en su cintura, grandes y oscuras, mientras se desplegaban sobre la piel de raso. Podía sentir los dedos de ella apretarse contra su cráneo al mismo tiempo que succionaba un pecho. El calor aumentaba en su torso y también aumentaba la presión que en cuestión de un instante sería demasiado fuerte para resistir, y en alguna parte encontró fortaleza para arrastrar la boca lejos de su pecho.

Sin palabras, levantó su rostro hacia él cuando se enderezó, con sus ojos grandes y más ambarinos que el oro, los labios separados y sin aliento. Matt observó su rostro sonrojado, confundido y extasiado, y apretó las manos alrededor de su cintura. No podía perder el control aún.

El frío en sus brazos lo detuvo de nuevo. Apretando los dientes, la recogió en sus brazos y la tendió en la cama de piel suave, besando su oreja y su mejilla, cuando ella ciñó los brazos alrededor de su cuello y no pareció dispuesta a dejarle ir.

-Es tu turno de observar ahora, amor -susurró en su oído, retirando los brazos de alrededor de su cuello y entonces, aunque le dolía hacerlo, cubrió su desnudez con la manta india para que no pereciera por completo de frío. Cuando estuvo abrigada y cómoda, desabrochó sus propios botones, primero el chaquetón, después la camisa, después las botas (tuvo que saltar de un pie a otro para eso, lo cual era poco digno aunque estaba demasiado excitado como para que le importara), después los calcetines. Por fin, con el pecho desnudo y los pies descalzos, se desabrochó los pantalones, esperando que la vista plena de un hombre completamente erecto la intimidara demasiado.

Hasta el momento ella lo había observado en silencio, aunque sus ojos, espiándolo por encima del borde de la manta, se habían agrandado con cada prenda que se despojaba. Ahora él se sentía algo cohibido, pero decidido también a mostrarle todo lo que podía ver de él, y en cuanto los pantalones cayeron por sus piernas, los empujó a un lado con el pie y se situó ante ella con toda su honra desnuda.

Sus ojos estaban fijos en su miembro, enorme y rígido que se proyectaba tieso desde su lecho de pelo negro y profuso. Cuando vio que lo observaba, por una vez en toda su vida de adulto, Matt sintió que comenzaba a ruborizarse.

Ella parecía muy joven y muy virginal, con los ojos grandes y la cara pálida mientras lo contemplaba con la boca abierta; la mata de cabello negro que caía suelto a cada lado de su rostro hacía que pareciera una niña. ¿La horrorizó esa imagen de él? ¿Le repugnó? ¿La asustó?

Si en realidad se sentía angustiada al verlo proceder de esa manera, ¿sería él capaz de apartarse de ella y dejarla en paz?

Sí, se dijo Matt a sí mismo con firmeza, lo haría. Por más difícil que fuera, le daría tiempo para acostumbrarse a este nuevo conocimiento de los hombres antes de comenzar con la lección más adelante.

Aunque por la manera en que se sentía en ese momento, era más que difícil.

Esperó con ansiedad nerviosa mientras ella tragaba y levantaba los ojos inmensos y sombríos hacia su rostro.

-¿Eso es todo? -preguntó como si se maravillara de la inocuidad de esa parte larga tan temida.

Por un momento Matt no pudo creer lo que oía. Entonces la miró boquiabierto como un tonto. Finalmente dejó escapar una carcajada. Aún estaba riendo cuando se arrastró debajo de la manta y la tomó en sus brazos.

Capítulo 40

-¡No tiene gracia! ¿De qué te ríes?

Indignada ante su ataque de hilaridad, Caroline lo golpeó en el hombro. Pero Matt dio un respingo, tomó el puño con su mano y presionó sus labios en los nudillos apretados. Pero su pecho aún saltaba por la risa que no podía contener mientras la apretaba contra él.

-¿Debo suponer que estabas esperando algo diferente? -la pregunta fue cortés. Demasiado cortés. Caroline sabía que aún estaba muy divertido, aunque no podía explicarse por qué.

-Por la sensación que tuve, pensé que era enorme -dijo, un tanto resentida por la risa a sus expensas que no podía compartir ni podía entender por qué lo había hecho reír a carcajadas otra vez. Rió hasta que se ahogó, sus brazos la sostuvieron con fuerza todo el tiempo como si estuviera asustado de que se ofendiera y lo dejara, lo cual bien podría haber hecho si no hubiera estado desnuda como un bebé.

Cuando al fin dejó de reír, estaba tendido contra la piel afelpada debajo de ellos, la cabeza apoyada sobre una alforja, con ojos brillantes.

-Temo que no hay más que eso. -Su tono estaba lleno de excusas, pero Caroline sabía cuándo se burlaban de ella. Aun así, le veía hermoso, feliz y tranquilo con sus ojos azules de un brillo chispeante y la boca estirada en una sonrisa ancha que le daba un aspecto increíblemente joven y descuidado, el cual no le permitía estimular una ira verdadera, aunque aún no entendía qué era lo que le había provocado tal paroxismo de alegría.

-Si vas a reírte de mí, entonces prefiero dormir -dijo, contoneándose hacia un lado y presentándole la espalda sólo para ver qué haría. De inmediato se inclinó sobre ella, acercando más su cuerpo debajo de las pieles que estaban amontonadas encima de ambos. Sentía toda su fuerte longitud, desde el pecho ancho con la mata gruesa de pelo, los músculos poderosos de sus piernas y muslos y el calor palpitante de su parte de él que había sido el tema de conversación, apretándose contra la redondez de su trasero.

-Oh, no, no lo harás. Todavía no.

Su brazo se deslizó alrededor de su cintura, su mano buscó y halló un pecho desnudo. Caroline sintió un inesperado temblor de placer que se extendió hasta sus pies cuando unos dedos rozaron el pezón. Su mano se extendió sobre el montículo suave, apretándolo y acariciándolo, haciendo que su pecho creciera bajo su palma moldeadora. Caroline nunca hubiera imaginado que cualquier fragmento del acto físico entre un hombre y una mujer pudiera hacerla sentirse tan bien, pero así era. Entonces su mano se desvió hacia su otro pecho y lo trató como al primero, y la sensación le cortó la respiración. Arqueó el cuello de modo

que él pudiera dirigir su boca hacia un lado del mismo y Caroline sintió que un calor lánguido comenzaba a serpentear en su estómago y se estremeció.

-Me encanta tocar tu piel. Durante mucho tiempo me pregunté si era posible que fuera tan suave como parecía. Y lo es.

La calidad indistinta de su voz era muy seductora. Caroline tembló ante el asalto combinado de palabras, besos y las manos errantes mientras que, apartando a un lado la mata de cabello, Matt le dio besos rápidos y ardientes en su nuca sensible; entonces arrastró la boca tibia a lo largo del hombro y la espalda para descansar de nuevo, mientras mordisqueaba, en la delicada cavidad debajo de su oreja. Su barba, tan masculina con esa abrasión que le derretía los huesos, raspaba su piel suave. Con una mano continuó acariciando y mimando los pechos mientras que su otra mano, deslizándose por debajo de ella desde su cintura, se movió por su vientre para explorar el ombligo con un dedo rastreador. Entonces su mano se aplanó y se deslizó más abajo, cubriendo esa parte de ella a la cual nunca le había dado un nombre. Ella comenzó a protestar instintivamente, intentando llevar su mano a algún otro lugar menos íntimo, pero él no iba a permitir que lo desalojaran.

-Confía en mí, amor -susurró en su oído. Caroline recordó brevemente a Eva y la serpiente, que alguna vez debía de haber murmurado algo muy similar. Pero entonces sus largos dedos se movieron más abajo todavía, deslizándose entre sus piernas para tocarla con tanta suavidad que el fuego que se encendió dentro de ella era casi vergonzoso y ya no pudo tener ningún pensamiento racional. ¡Porque seguro que esa presión modesta no debería ser suficiente para crear semejante ardor interior! Era como fuego líquido, un calor agradable que le aceleraba la respiración hasta hacerla jadear, mientras su cuerpo se retorcía bajo la mano que la acariciaba y el fuerte cuerpo masculino que presionaba contra su espalda.

Sus ojos estaban cerrados, pero era consciente de él en cada poro de su cuerpo. La respiración se tornó cada vez más ronca mientras él deslizaba la boca y la mandíbula barbuda a lo largo de la cuerda sensible a un lado de su cuello. Sus brazos la envolvían, la parte anterior de sus muslos velludos presionaban contra el lado posterior de los suyos sedosos, los amplios hombros empequeñecían los de ella. La sostenía contra él de modo que podía sentir la enormidad de su virilidad proyectándose contra la desnudez de sus nalgas redondeadas. ¡Era extraño cómo sentía la cosa más amenazante de lo que parecía! Le acarició los pechos y exploró el lugar secreto entre sus muslos hasta que ella comenzó a agitarse con temblores involuntarios, avasallándola con una dulzura ardiente que la hizo gemir y retorcerse en él.

Entonces deslizó los dedos dentro de ella, dentro del pasaje secreto y húmedo donde nunca había soñada que irían y comenzó a moverlos dentro y fuera con una semejanza delicada al modo en que lo hacía con su cuerpo.

Los ojos de Caroline se abrieron alborotados cuando se encontró al borde de ser consumida por una necesidad turbulenta y ansiosa como nunca hubiera soñado que podía sentir. Resolló, intentó débilmente detenerlo, se retorció, pero se encontró atrapada entre su mano delante y su cuerpo detrás. Con un sonido que era una mezcla entre un gemido y un sollozo sintió de nuevo el movimiento inexorable de esos dedos asombrosos, y pro fin se rindió con los párpados cerrados y un pequeño grito vergonzoso por el éxtasis de un temblor maravilloso que él había creado dentro de ella como un fuego atizado con cuidado.

Cuando hubo terminado, cuando hubo vuelto en sí otra vez, Caroline no se atrevió a abrir los ojos debido a la turbación que ese acto le había provocado. Matt yacía aún contra ella, sosteniéndola muy cerca, mientras sus manos posesivas se extendían sobre sus pechos y el triángulo oscuro en el ápice de sus muslos. Sus dedos ya no estaban dentro de ella, que por tal bendición estaba agradecida, pero permanecían todavía entre sus piernas y ahora que estaba en su sano juicio de nuevo encontró mortificante la intimidad extrema de su contacto.

Pero no desagradable, ni repugnante. Darse cuenta de eso le dio fuerza para abrir los ojos.

-Bien, pues ¿y qué piensas de eso? -Pareció tan satisfecho como curiosamente tenso al murmurar la pregunta en su oído, pero había un tono complaciente implícito en la pregunta que la hizo retorcerse para poder mirarlo con furia.

-Pienso que eres engreído y vil, y... -comenzó con furia cuando yacía acostada de espaldas sobre la piel suave del abrigo observando su rostro sonriente y barbudo. Pero a pesar de la sonrisa que pensó que era a expensas suyas, lo que vio en sus ojos la despojó de toda palabra. Había ternura para ella en las profundidades de esos reflejos azules y quizá la más leve sospecha de triunfo, pero lo más importante de todo era el deseo visible con un brillo ardiente. La contemplaba como un hombre muerto de hambre podría mirar la carne, y Caroline dejó pasar la sonrisa y la pregunta quedó sin respuesta cuando comprendió que necesitaba ser alimentado.

-Te amo, Ephraim Mathieson -susurró. Las palabras salían de ella por propia voluntad. Levantó la mano para acariciar la mejilla semejante a papel de lija.

Él atrapó sus dedos, los acercó para que el calor de su piel quemara en su palma, sin dejar de contemplarla. Sus ojos eran vulnerables de repente indefensos como los de un niño, y su sensibilidad la enterneció como nada en su vida lo había hecho nunca. Conmovida hasta su interior por la fuerza de lo que sintió, se levantó sobre un codo para dar un beso a la cicatriz que era su insignia de honor.

-¡Santo Dios! -murmuró cuando sus labios rozaron el reborde blanqueado y se retiraron. La sonrisa desapareció por completo a favor de una mueca cuando su mirada fulguró y se tornó oscura. Entonces la echó hacia atrás, y, descendiendo encima de ella, la besó como si fuera a robar su propia alma, sus manos la acariciaban por todas partes, excitantes y posesivas, levantándole las piernas para rodear su cintura aun cuando su cuerpo se aventuraba a la necesidad más primitiva de todas.

Esta vez, cuando la hizo suya, Caroline logró apreciar realmente cómo los hombres podían llegar a desear el acto físico de tal modo, debido a que el estallido que había engendrado en ella en respuesta justo momentos antes no fue nada comparado con la explosión de éxtasis que la sobrecogió cuando él se impulsó por última vez muy profundamente dentro de su cuerpo, gritando su nombre mientras diseminaba su semen.

Yacían entrelazados, Matt de espaldas con Caroline tendida sobre su pecho, escuchando feliz el latido cada vez más pausado de su corazón.

-Dime una cosa -dijo ociosamente después de un largo silencio, formando círculos con la punta de un dedo en la cuña fascinante de los pelos de su pecho. Sus pezones eran chatos y castaños oscuros, como los de ella y no obstante muy diferentes y los acarició y los pellizcó hasta que, con un gruñido, Matt la asió de las manos y le pidió que desistiera. Así que en lugar de eso onduló el pelo de su pecho con sus dedos, mientras que pensamientos variados ocupaban su mente. Había algo para lo cual había deseado una explicación desde hacía tiempo y ahora se había inmiscuido en forma inesperada, provocándole una leve irritación.

-¿Qué quisiste decir cuando dijiste que Hannah Forrester y yo éramos harina de distinto costal?

Matt levantó la cabeza para observarla, aunque ella había alzado la barbilla para poder mirarlo a los ojos.

-¿Así que te molestó, eh? -Ahora que su pasión se había calmado, el humor asomó de nuevo. Demasiado perezosa como para ofenderse ante la burla (además, cuando lo pensó, decidió que se alegraba de poder hacerlo reír), simplemente le sacó la lengua.

-Casi tanto como te molestó a ti el hecho de que Daniel me besara en la reunión -respondió dulcemente, y retorció un rizo encrespado del pecho.

-¿Tanto? -Parte del humor se desvaneció de su rostro y fue reemplazado por un destello oscuro. Aquietó sus dedos, apretándolos contra él para evitar que lo siguieran lastimando y deslizó un brazo, con el codo doblado, debajo de su cabeza para hacerse una almohada.

-¿Bien? -Ella deseaba una respuesta.

Su boca se encorvó en casi una sonrisa.

-Pues, porque tú, mi amor, eres la visión más tentadora que alguna vez pude haber esperado regalar a mis ojos a este lado del paraíso, y ella no lo es.

-Y mejor que sea de esa manera. -Complacida por su respuesta, no obstante lo miró con severidad.

-¡Porque usted se ha entregado a mí, señor, y le advierto que yo no lo comparto con nadie!

-¿Estás haciéndome una declaración, Caroline? -La sonrisa en sus ojos mientras repetía la pregunta que ya había planteado una vez se contradijo con el matiz ronco de su voz.

-¿Y si es así? -su respuesta era ronca también.

-Entonces te diré que es mi turno.

-¿Tu turno?

-Para hacerte una declaración. Pero piénsalo bien antes de responder. Deberás cargar con toda una banda y de forma permanente. Si quieres tenerme a mí, deberás aceptar también a Davey, a John, a James, a Dan, a Rob, a Thom y hasta al maldito perro. Vendrán más bebés, porque no seré capaz de mantener mis manos lejos de ti más de unas horas cada vez, y los bebés son el resultado inevitable de eso y todo el trabajo que traen consigo. Hasta un esclavo se libera cuando finaliza el contrato. En cambio tú te entregarás a mí para siempre.

Los ojos de Caroline se agrandaron y se apoyó en los codos para parpadear desde su posición supina sobre el pecho de Matt.

-¿Por casualidad me estás proponiendo matrimonio?

-Creo que sí.

-Es una manera muy negativa de hacerlo. ¿Puedo preguntarte qué la ha impulsado?

Matt alzó las cejas. Sus manos se movieron explícitamente por toda la longitud desnuda de su espalda para detenerse en la curva de su trasero. Caroline ignoró el temblor delicado que se proyectó por sus nervios como resultado del contacto de sus manos y frunció el entrecejo.

-Sólo me quieres en tu cama. -Si hubo un tono nefasto en eso, no lo pudo evitar.

-Sí, es verdad. -Sus dedos se crisparon y la apretó contra su cuerpo para que pudiera sentir cómo revivía su excitación.

-¡Es la cosa más insultante que he oído nunca! -Apenas pudiendo controlar el impulso de golpearlo, comenzó a ponerse de pie, sólo para ser detenida por Matt, que la rodeaba con sus brazos.

-¡Eh, bueno, señora cascarrabias, controla ese genio precipitado! ¿Quieres que niegue lo que es obvio? Te he querido en mi cama desde la primera vez que te vi, escapando por el campo con esa capa roja ondeando detrás de ti y con Jacob a tus talones. Una mujer que puede correr de ese modo, me dije a mí mismo, es una mujer muy superior al común de las mujeres.

Se estaba burlando de ella, pero sus sentimientos, ahora tan tiernos y vulnerables al dolor, no le permitían estar de humor para eso.

-¡Suéltame, tonto lujurioso!

Empujó sus hombros con fuerza. Matt debía de haber visto el dolor real en sus ojos, flotando justo por debajo de la superficie de su mal genio, porque su sonrisa se desvaneció. Sin previo aviso, giró junto con ella, reteniéndola cautiva hasta que quedó inmovilizada debajo de él, sin pelear para lanzándole una mirada feroz y dolorida.

-No, no he querido decir eso -dijo tranquilamente-. O, más bien sí, pero hay algo más que eso, que ya deberías saber. Quiero casarme contigo porque te amo, Caroline, como nunca antes he amado a nadie en mi vida. Te amo tanto que la idea de perderte me llena de miedo. Te amo tanto que, si me rechazas, soy capaz de pasar el resto de mi vida aullando a la luna como un lobo herido.

La sonrisa que acompañaba esto fue un simple temblor que no llegó a los ojos de Matt y enseguida desapareció. Escudriñando su rostro, Caroline se dio cuenta que hablaba en serio: la amaba. Pero al igual que ella, la vida lo había lastimado y por eso buscaba proteger sus emociones más tiernas por medio del humor o cualquier otro medio que se le ocurriera.

Ante eso su resentimiento desapareció y alzó los brazos para unirlos detrás de la cabeza de Matt.

-Me sentiré orgullosa y honrada de ser tu esposa -dijo, y le sonrió con todo el amor que había contenido dentro de sí floreciendo a través de sus ojos y su voz.

Matt la contempló tan sólo un momento y su mirada se volvió sombría.

-No, mi amor, soy yo quien se siente honrado -murmuró, e inclinó su cabeza para posar sus labios en los de ella en un largo y ansiado beso apacible.

Capítulo 41

Esa noche la nieve que caía fuera del refugio podía haberse convertido en un alboroto de querubines cantando en un coro celestial, que ni Caroline ni Matt lo habrían notado. Se amaron y susurraron y rieron y se amaron un poco más, y si la felicidad que encontraron juntos hablaba más de tierra que de cielo, aun así era suficiente paraíso para ellos.

Aunque ambos pasaron la noche en vela, cuando amaneció Caroline despertó con el primer rayo de luz que se insinuó. El interior del refugio estaba asombrosamente brillante por las propiedades reflectantes de la nieve afuera. El fuego continuaba ardiendo con firmeza -Matt lo había alimentado con regularidad, y aunque había arrojado leños sobre la llama desde una distancia cautelosa, ella se había complacido de que tuviera el valor de hacerlo- pero apenas eliminaba el aire frío que provenía del exterior. Sin embargo, envuelta y abrigada en su nido de pieles y mantas, Caroline estaba bastante calentita.

Ayudó, por supuesto, el hecho de tener a un hombre grande, velludo y musculoso compartiendo el calor corporal con ella.

Un brazo rodeaba su cintura y la mano descansaba justo debajo de su pecho, una pierna posesiva estaba desparramada sobre los muslos. Ella estaba acurrucada, frente con espalda, tan cerca de él como una manzana a la piel, y requirió un gran esfuerzo de su parte volverse lo suficiente para poder observarlo.

Dormido, tenía el aspecto de un ángel negro caído a la tierra, con su cabello oscuro en un revoltijo de rizos sobre la frente y alrededor de las orejas, las pestañas cortas y gruesas, las facciones delineadas con tanta fineza como si hubieran sido cinceladas por un escultor.

El vello duro de su rostro amenazaba con desarrollarse en una barba completa, y su amor dormía con la boca abierta.

En realidad, sin entrar demasiado en detalles, roncaba. No demasiado fuerte, pero el sonido áspero que emergía de esos labios esculpidos como una obra clásica no era en definitiva de origen celestial.

Con los ojos encendidos con ternura ante ese ronquido fuerte y particular que perturbaba la paz primitiva de la mañana, Caroline agradeció a Dios, o a la Providencia, o a quien fuera responsable, que Matt, con toda su belleza masculina y sus formales modos puritanos, no fuera un ángel.

Porque lo amaba tal como era, con ronquidos, cicatrices, barba y todo lo demás.

Cuando pensó en las cosas que le había hecho durante esa noche fría y salvaje que pasó, sintió que sus mejillas se sonrojaban. Recordando las cosas que le había enseñado a hacer, el tono rosado se tornó rojo. El recuerdo de su último acto de amor de los que debían haber sido por lo menos una media docena o más oscureció el rosa hasta convertirlo en rojo ardiente.

La había tomado de las caderas y la bajó sobre él. Y ella lo había montado con un abandono que la perseguiría cada vez que lo mirara a los ojos, unos cuantos días más.

Ante la idea de mirarlo a los ojos, la sobrecogió el pánico. ¿Qué podía decirle a un hombre después de semejante noche desenfrenada? En realidad, ahora los dos no tenían más secretos y Caroline cerró los párpados ante la idea de ver todo ese nuevo conocimiento acerca de su persona reflejado en el rostro de Matt.

Con su enseñanza, había descubierto una capacidad para amar sin restricciones que nunca hubiera sospechado que yacía dormida dentro de sí. Al final, ya no necesitaba los murmullos de aliento para tocar, mimar, persistir y acariciar.

Había hecho mucho de eso por cuenta propia. Lo que ella y Matt lograron juntos no tenía ninguna relación con el horror a que la habían sometido con anterioridad. Una cosa era hacer el amor; lo otro no era más que una abominación. Después de lo de la noche anterior, el fantasma de Simon Denker no arrojaría más una sombra oscura sobre su vida. Podría dejarlo a él y lo que había hecho en el olvido y continuar con la tarea de vivir. Matt la había liberado.

¿Iba a ser realmente su esposa?

Ante la idea casi se puso a reír como una colegiala tonta. Sólo la certeza de que podía despertarlo la detuvo.

De repente no pudo soportar enfrentarse a él tal como estaba, desnuda y despeinada, con las marcas de su acto amoroso aun por todos lados. Quería levantarse de la cama, lavarse y vestirse antes de que él despertara. Además, la naturaleza llamaba y la cuestión se estaba tornando urgente.

No era fácil levantarse; hasta sus miembros eran pesados y tuvo que moverlos sin despertarlo. Pero parecía profundamente dormido y logró levantar el brazo y deslizarse por debajo de su pierna sin causar ninguna alteración en el ritmo de sus suaves ronquidos.

De pie y desnuda al lado de la cama arrugada, Caroline descubrió que hacía un frío terrible. Se apropió de la camisa de Matt y se la puso con rapidez, divertida al descubrir que las mangas colgaban a unos treinta centímetros de la punta de sus dedos y los bordes rebasaban sus rodillas. Debía de estar ridícula, pero no había nadie que la viera y tenía intenciones de lavarse aunque se congelara en el intento. Por consiguiente, se calzó las botas de Matt. Casi podía haber dormido en una de ellas, por lo inmensas que eran. Recogiendo el jarro que estaba aun lleno hasta la mitad de ron, apartó algunas ramas y salió a la nieve.

No se alejó más que un paso o dos y se estremeció por la temperatura helada que le provocaba dolor al respirar y le pellizcaba la piel con dedos helados. El sol estaba saliendo, una bola pálida y brumosa apenas visible sobre el río, y el viento había amainado. Aunque aún nevaba abundantemente, los copos no eran tan pesados y no lastimaban la piel al caer. El manto de nieve resplandeciente que yacía en el suelo le llagaba a las rodillas -estaba agradecida por la enormidad de las botas de Matt- pero la ventisca había cesado. Si no era hoy, entonces seguramente mañana podrían ir a casa.

¿Qué dirían Davey, John y el resto de ellos de las noticias? Ella y los muchachos habían atravesado un puente crucial esa tarde en la aldea, ¿pero ese afecto reciente se extendería lo suficiente para que la aceptaran como la esposa de su padre?

Una vez que Caroline ese hubo ocupado del más urgente de sus asuntos, vació el resto de ron sobre un montón de nieve. En todos los lugares donde cayó, ascendió un vapor fuerte y aromático, lo cual la hizo recordar lo potente que era la bebida, y enseguida limpió el interior del jarro antes de llenarlo con nieve. A continuación, tiritando y castañeteando los dientes, regresó al refugio con su botín.

-¿Qué diablos crees que estás haciendo?

Para su desaliento, Matt estaba bien despierto ahora. Se encontraba de pie, gloriosamente desnudo y por lo visto nada avergonzado, justo al lado del camastro que había dejado hacía un momento. Tenía los puños plantados sobre sus estrechas caderas mientras dirigía una mirada ceñuda a Caroline, quien tenía tanto frío que apenas podía hablar, pero podía mirar y así lo hizo.

Con su rostro de arcángel en lo alto de ese cuerpo magnífico, era una visión capaz de detener el corazón de cualquier mujer que vivía y respiraba. Caroline se deleitó con su entera magnificencia, apenas advirtiendo cómo a la vez sus ojos la recorrían a ella.

-Dime, pequeña tonta, ¿cómo se te ocurre salir de ese modo?

Pareciendo mucho más irritado de lo que un amante debería estar, se agachó, tiró de su abrigo de piel que se encontraba debajo del montón de mantas y cruzó el pequeño espacio que los separaba para envolverlo alrededor de ella.

Caroline, después de colocar el jarro cerca del fuego para que la nieve pudiera derretirse, se estaba enderezando justo cuando llegó, y se sintió reconfortada por el calor repentino. Sus dientes castañeteaban y su piel se estremecía mientras entraba en calor, pero sabía que no había estado afuera lo suficiente como para hacerse daño.

-N-necesitábamos agua para l-lavarnos.

-¿Has salido desnuda para eso? -El volumen de su voz aumentó hasta que la última palabra se convirtió casi en un rugido.

Caroline frunció el entrecejo.

-¡No te atrevas a gritarme, Ephraim Mathieson!

-Gritaré si quiero... y no me llames Ephraim.

-Lo haré si quiero. En realidad el nombre me gusta bastante.

-¿Ah, sí?

-Sí.

-Veo que estás muy engreída esta mañana. No creas que no puedo arreglármelas con chiquillas impertinentes.

-¡Bah! ¡No me asustas! ¡A pesar de todas tus bravatas, nunca he visto que descargaras la mano sobre el trasero de uno de tus hijos!

-Son buenos muchachos y no necesitan esa clase de castigo, ¡pero no creas que no descargaría la mano sobre tu trasero, si alguna vez hicieras algo tan tonto como salir desnuda en un tiempo helado para buscar agua para lavarte!

Dicho de ese modo, en verdad parecía bastante necio.

-Había ... otras razones también -dijo con dificultad.

Su propia vacilación le indicó lo que quería decir. Cuando comprendió, los labios se comprimieron y su entrecejo se despejó.

-La próxima vez vístete primero ¿Alguna vez has oído hablar de la congelación?

-¡Eres justo el indicado para decirme que me vista! ¡Mírate, tan desnudo como un bebé!

-¡Resulta que tienes puesta mi ropa!

-No toda.

-La necesaria.

-Te quedan los pantalones, los calcetines y...

-Caroline, ¿realmente quieres pasar toda la mañana discutiendo conmigo?

Visto de esa manera, la respuesta fue clara.

-No.

-Bien. Porque hay varias cosas que se ocurren que podríamos hacer en lugar de eso. -Sonrió entonces, una sonrisa lenta y pervertida que provocó un aleteo en el interior de Caroline; entonces se dirigió hacia ella y deslizó la mano bajo su barbilla para inclinar su rostro y besarla. Cuando su boca tocó la de ella lo rodeó con sus brazos, se levantó sobre las puntas de los pies y se colgó de él para devolverle el beso.

-Esto está mejor -Matt levantó la cabeza para tocarle la nariz con el dedo-. Si me das mis botas, yo también tengo cosas que hacer ahí afuera.

-Ah.

-Sí, ah.

Caroline se dio cuenta de que habitar un lugar tan limitado iba a tener sus situaciones embarazosas. Se sonrojó hasta las orejas cuando le devolvió las botas y el abrigo y en lugar de eso se puso sus calcetines -eran de gruesa lana y mucho más abrigados que sus medias de algodón- y se envolvió en la manta india.

Todavía desnudo debajo del abrigo y las botas, Matt salió nada más que algunos minutos. Cuando regresó, Caroline había tenido tiempo de retirar del fuego la nieve, la cual ahora estaba derretida y tibia, pero sin duda no había tenido suficiente para lavarse. Arrodillada sobre el camastro, mientras humedecía un pedazo de lino que había rasgado de su enagua mutilada, dio un salto como si la hubiera pillado en algún acto vergonzoso cuando él se deslizó dentro de la cueva y volvió a colocar en su sitio las ramas que ella había movido.

-¿Seguro que no sientes vergüenza de mi? -preguntó, viendo que daba un salto y se ruborizaba.

-Quiero lavarme.

-Pues lávate.

No era perfecto este hombre que amaba. En realidad, estaba lejos de la perfección. La insensibilidad en los puntos más refinados de comportamiento caballeresco era uno de sus defectos. Pero si pudo entrenarla en el arte de amar, entonces ella podía enseñarle buenos modales. Parecía un trueque bastante justo.

-Requiero un poco de privacidad -dijo con gentileza, y no se sorprendió cuando él la observó con impaciencia.

-¿Hay algo más de tu persona que todavía tenga que ver?

Esa era justo la clase de respuesta que había esperado.

-¿Te importaría dejarme sola un momento, por favor? -La exasperación triunfó sobre la cortesía, pero entonces esa exasperación dio resultado. Matt resopló como lo haría ante una idea disparatada de mujeres, pero, recuperando su camisa, por lo cual exigió una multa para cada uno de sus pechos, se vistió en el mínimo de tiempo, recogió el mosquete y salió.

Manteniendo un ojo cauteloso hacia la pared hecha con ramas, Caroline se lavó lo mejor que pudo, dadas las condiciones frías y las escasas facilidades. En alguna parte allí afuera oyó la voz de Matt que bramaba un himno y por un momento detuvo lo que estaba haciendo para escuchar, con una sonrisa tierna que curvaba su boca. Entonces, al detenerse el canto, recuperó la cordura, encontró sus ropas y comenzó a vestirse. Estaba deslizando el pie en el último de los zapatos cuando el estampido del mosquete la hizo erguirse.

Se apresuró para mirar afuera y vio que se encaminaba a grandes zancadas hacia el refugio, con el mosquete que aún echaba humo en una mano y un conejo recién muerto en la otra. Cuando la vio, sonrió y levantó el animal por sus patas traseras.

-¡El desayuno! -dijo, y entró por su cuchillo. Cuando regresó, en un tiempo sorprendentemente breve, el cadáver estaba desollado, limpio y listo para cocinarlo.

-Tendremos un banquete. -Caroline le sonrió mientras le quitaba la carne de las manos, la atravesó con una estaca afilada y la apuntaló sobre el fuego para que se asara. Matt se quitó el abrigo, se lavó las manos y se mojó la cara con lo que quedaba de agua. Se le acercó por detrás para deslizar los brazos alrededor de su cintura. De pie, ella observaba ceñuda el jugo que ya goteaba para chirriar sobre el fuego, ¿sería mejor ubicar la carne en una parte menos caliente del fuego?, cuando fue tomada por sorpresa por las manos de Matt, que subieron para cubrir sus pechos.

Instintivamente se irguió y entonces, cuando él apoyó los labios en la cavidad debajo de su oreja se relajó. Al cabo de un momento se volvió en sus brazos y rodeó su cuello con los suyos y lo recompensó con un buen beso lento.

Entonces, cuando sintió que sus manos comenzaban a desabrochar los ganchos en su espalda, se alejó un tanto para mirarlo con desaprobación.

-¿Qué estás haciendo?

-Quitándote la ropa.

-¡Pero acabo de vestirme!

-Y estás muy atractiva también. Pero te prefiero desnuda.

La manera exacta de cómo pensaba él ocupar el resto de la mañana estalló sobre ella como el brillo del sol en el horizonte. Para entonces tenía el vestido desabrochado hasta la cintura y se le deslizaba por los hombros.

-¡Pero es de día!

La sincera desesperación de su protesta dibujó una sonrisa en Matt cuando ya había desnudado sus pechos.

-Será tanto mejor -le dijo, desnudándola y después hizo lo mismo con él, cayendo de nuevo en su nido. La hizo rodar hasta que estuviera de espaldas, ahuyentó las protestas con besos, entonces con las manos, con la boca y con su cuerpo le demostró que, después de todo, el día era un momento propicio para lo que tenía en mente.

Fue mucho más tarde cuando Caroline despertó del sopor y sintió el olor a la carne quemada del conejo.

Con un chillido se deshizo de su abrazo.

-¿Qué diablos...? -Inmediatamente alerta para encontrarse con cualquier cosa que los amenazara, Matt se dobló de un salto hasta quedar en posición de sentado, con las mantas cayendo de su pecho desnudo.

-¡Se ha quemado! -gimió Caroline, rescatando el conejo de su pira funeraria con una estaca.

-Pues rasparemos la parte quemada y comeremos lo que haya quedado.

Inconsciente de su desnudez en la desesperación, Caroline se arrodilló y puso la carne carbonizada encima de una piedra plana que sobresalía del suelo justo en la entrada. Para molestarla, Matt comenzó a sonreír y después a reír.

Entonces salió de debajo de las pieles y se acercó a buscarla.

-Eres una fuente constante de alegría para mí, mi amor. Vuelve a la cama.

-Pero el conejo...

-No importa el maldito conejo. Estás desnuda, hace frío y no tenemos nada más que hacer que pasar el día complaciéndonos. Pasará algún tiempo antes de que tengamos otra oportunidad como esta.

-Sí, pero...

Aunque lamentó el conejo, Matt la tomó en sus brazos y la llevó de vuelta al camastro. Pasó bastante tiempo antes de que tuvieran otra oportunidad de pensar en comida.

Pero, finalmente, Caroline consiguió comer algo cuando fuera del refugio las sombras de los árboles se estiraban hacia el río. La muchacha estaba envuelta tan sólo en el abrigo de piel. Matt había elegido la manta india que era menos abrigada a pesar de sus protestas. Se sentaron juntos sobre el camastro y devoraron los restos de pan, la longaniza y las manzanas y se lavaron con más agua derretida en el jarro de ron vacío. Matt bebió un trago de otro jarro, sólo un sorbo, nada más, y entonces se acostaron saciados el uno al lado del otro. Caroline apoyó la cabeza en el hombro de Matt.

-¿Qué supones que pensará la gente? -la pregunta había estado haciendo sombra sobre su felicidad desde hacía algún tiempo.

-¿Sobre qué? -recorrió con un dedo perezoso desde un pecho abultado al otro rozando su pezón.

-De nosotros. De que nos casemos.

-¿Qué deberían pensar? No es asunto de nadie, salvo de nosotros.

-Pero sabes que... yo... yo no soy aceptada por la mayoría en el pueblo.

-No te vas a casar con el pueblo.

-Es cierto, pero...

-¡Eh, la cueva! Matt, ¿eres tú el que está ahí? -El saludo desde fuera del refugio los asustó a ambos. Caroline se sobresaltó y se arrastró para volverse tan decente como podía con las mantas estiradas hasta su nariz, mientras que Matt se puso rígido y se sentó.

-Es Daniel, maldita sea su alma infame -le dijo con tirantez; entonces alzó la voz para bramar una respuesta afirmativa.

Capítulo 42

-Vístete -Matt ya estaba de pie poniéndose los pantalones mientras Caroline, sin necesitar esa admonición, buscó su ropa interior. Avistándola antes que ella, Matt se la arrojó, al igual que las enaguas y el vestido. Caroline se puso de un tirón la ropa mientras que Matt se echaba encima la camisa.

-¡Hey, Matt! -Una maldición apagada siguió a este nuevo grito. Parecía como si Daniel tuviera dificultad en llegar hasta ellos, pero estaba haciendo un buen intento.

-Que el diablo se lleve a mi hermanito -murmuró Matt, tratando de meter los pies en las botas y abotonarle la camisa al mismo tiempo.

Caroline se ató con furia las cintas de las enaguas alrededor de la cintura y alcanzó su vestido mientras que Matt, con la mínima decencia ahora, se dirigía a la barrera de ramas para contener a Daniel.

-Soy yo, basta ya -le oyó decir en un tono bastante más agrio de lo que merecían los esfuerzos de Daniel.

-¡Alabado sea el Señor! Temí que los indios o la ventisca pudieran haber acabado contigo, aunque debería haberlo sabido: eres demasiado malo para que te maten.

Si Matt respondió a ese intento de Daniel de hacer una broma, Caroline, que no estaba en posición de ver su rostro, no lo podía decir.

-¿Está Caroline contigo? -preguntó Robert. Ella se sobresaltó, asegurándose el vestido lo mejor que pudo y poniéndose las medias mientras se preguntaba cuán numeroso sería el grupo de rescate.

Ante la idea de emerger de su nido de amor para enfrentar a una multitud chismosa, Caroline se acobardó. Aunque nadie podría saber con demasiada exactitud cómo habían pasado la noche ella y Matt, sin duda especularían con inquietud cerca de la verdad. Caroline se puso las ligas y bajó aprisa las faldas, sintiéndose como la misma Jezabel.

-Sí -Había algo indiscutiblemente desconcertante en la respuesta breve de Matt-. Has tardado bastante en encontrarnos.

-Lo único que hemos hecho es seguir el río, y entonces hemos visto el humo. Hazte a un lado, hermano. Hace un frío maldito aquí afuera y quisiéramos utilizar un poco del calor de tu fuego.

Con una mirada rápida por encima de su hombro para asegurarse de que Caroline estuviera presentable, Matt entró en el refugio. Daniel lo siguió casi de inmediato y Robert entró después de él. Ambos hombres iban vestidos con abrigo largo de piel, sombreros de ala ancha y botas. Al entrar golpearon los pies en el suelo para desprender la nieve.

Caroline apenas había terminado de envolverse en la manta, pero sabía que estaba tan bien cubierta como siempre. Aun así no pudo evitar las marcas de rojo encendido que corrieron por sus mejillas cuando Daniel y Robert, que habían lanzado miradas rápidas y comprensivas alrededor del pequeño refugio, la saludaron con la cabeza. Daniel casi no la miró a los ojos, mientras que Robert mantenía un brillo divertido.

-Es evidente que nos hemos preocupado y apresurado por nada -dijo Robert, divisando el segundo jarro de ron que Matt había puesto a calentar. Apoyando una rodilla en el suelo al lado del fuego para destapar el jarro y luego levantarlo en algo, Robert bebió un trago largo.

-Veo que tienes todas las comodidades, como en casa -recalcó Daniel, con sus ojos en el camastro arrugado, mientras que Robert, con un suave codazo, le pasaba el jarro.

Caroline no pudo haberse sentido más avergonzada que si le hubieran cosido la insignia de una adúltera sobre el pecho.

-Caroline y yo vamos a casarnos -anunció Matt de pronto apartando sus ojos del rostro color escarlata de Caroline para posarse en la mirada sagaz de sus hermanos.

-¡Vais a casaros! -Daniel pareció aturdido y pasó la vista desde Matt hasta Caroline, para quedarse allí.

-¿Vais a casaros?¡Bien, eso es maravilloso! -La reacción de Robert fue más efusiva. Se cruzó hasta donde estaba Matt y lo palmeó el hombro, después sonrió a Caroline- ¿Estás segura de que quieres casarte con el hermano mayor? ¡No me lo imagino como alguien cariñoso!

-Cuida tus palabras, Rob. -Matt gruñó la mismo tiempo que Daniel se adelantaba por fin para ofrecer la mano a su hermano.

-Espero que seas feliz, Matt -dijo Daniel, con la voz sostenida pero el rostro pálido. Caroline observó cómo los dos se estrechaban la mano y sintió una sensación de angustia extraña en la región de su corazón. Había tanto amor entre ellos, entre todos los Mathieson, en realidad, que se preguntó si alguna vez superaría la noción de que a pesar de la declaración de Matt ella era una intrusa que miraba desde afuera.

-Gracias, Dan -el rostro de Matt se templó en una sonrisa mientras enviaba una mirada de soslayo a Caroline-. Sabes que es mejor casarse que estar ardiendo, y he estado ardiendo más de medio año ya.

Ante eso Caroline se irguió indignada, mientras que los hombres intercambiaban carcajadas sinceras y muy masculinas.

-¿Fuiste a buscar al doctor a New London? -Matt estaba juntando sus pertenencias al mismo tiempo que hacía la pregunta a Daniel. Caroline lo observó y luego se movió para ayudarlo, y comprendió con un estremecimiento de pena que su estancia lejos del mundo había llegado a su fin.

Matt debía de estar pensando algo parecido, porque mientras juntaba las mantas que reconfortaban el camastro sus ojos se encontraron. Había un fulgor dirigido hacia ella, y la sensación de secretos compartidos la confortó. No importaba lo que sucediera, tendría a Matt.

-Lo trajimos, y es un hombre bastante sabio también. Lo cual es una suerte, porque llegamos a casa para descubrir a media docena más de afectados... y Mary está enferma.

-¡Mary! -Caroline levantó la mano hacia su garganta. Matt se irguió y frunció el entrecejo. Daniel asintió con severidad.

-Sí. No estaba tan enferma como los otros, pero prometí a James que llevaría a Caroline lo más pronto posible. Ya ha procurado los servicios del médico, pero no quiere correr riesgos con su esposa.

-Será mejor que nos vayamos entonces. ¿Habéis traído caballos? -Matt se calzó el chaquetón, se acomodó el sombrero sobre la cabeza, agarró el abrigo y entonces, para sorpresa de Caroline, lo colocó alrededor de sus hombros.

-Llévalo tú. Yo me arreglaré con la manta -ella protestó, tratando de quitarse la prenda.

-Mujer, si vas a estar siempre discutiendo, preveo una vida de casados tempestuosa en el futuro -Matt le metió los brazos dentro de las mangas y la rodeó para colocarse frente a ella y asegurar los cierres-. Has de saber que tengo la intención de ser el que manda en mi propia casa. Seré obedecido o si no te enfrentarás a consecuencias terribles.

-¡Eh! -dijo Caroline con descaro, pero permitió que la envolviera con la piel hasta la barbilla.

-Haz que pierda la paciencia, Caroline. Le hará bien que alguien le baje los humos -dijo Robert, con la mirada encendida por la diversión.

-Me atrevo a decir que no será una esposa particularmente conformista -agregó Daniel con más lentitud, mientras arrugaba la frente. La idea parecía garantizarle algo de consuelo, y mientras pateaban nieve sobre el fuego pareció un poco más alegre.

Los caballos estaban esperando, los cuatro hundidos en la nieve hasta la rodilla. Tres de ellos eran prestados, pensó Caroline, y el otro era uno de los dos que guardaban con el propósito de cabalgar por la granja. Los animales pisoteaban el suelo con impaciencia, haciendo resonar las bridas y los estribos, mientras su aliento se cristalizaba en el aire.

La nieve iba a cubrir la parte superior de los zapatos de Caroline, lo cual no se le había ocurrido hasta que estuvo lista para dar el primer paso. Todos los hombres tenían botas, y se estaba apretando para no hacer caso del aguanieve helada cuando Matt, al percatarse de su dilema, fue por detrás de ella para alzarla en sus brazos.

-Yo puedo... -Comenzó cuando se hundió en la nieve con ella.

-Ahí va de nuevo. -Las palabras fueron inflexibles, pro sus ojos la burlaban. Detrás de él, Robert estalló en una carcajada, e incluso Daniel, que se encontraba al lado de Matt, dibujó una sonrisa recalcitrante.

-Te amo -esbozó con los labios cuando nadie podía verla. Los ojos de Matt resplandecieron en respuesta silenciosa pero satisfecha y sus brazos se ajustaron alrededor de ella, llevándola con más firmeza contra su pecho. Caroline se colgó de sus hombros, deseando poder besar la mandíbula barbuda que estaba tan cerca de su boca. Pero, consciente de su público, era demasiado tímida.

En el último minuto, Matt colocó su sombrero sobre la cabeza de Caroline y la alzó sobre la montura antes de que pudiera protestar. Entonces se envolvió con la manta y los tres hombres distribuyeron los pertrechos del refugio entre los caballos. Caroline los miraba trabajar juntos, con un intercambio mínimo de palabras, pero con la clase de eficiencia que resulta de la experiencia larga y simple, y sonrió dentro de la piel que cosquilleaba su labio inferior y se acomodó el enorme sombrero que Matt le había dado, más bajo sobre la frente.

La marcha era lenta debido a que los caballos se hundían en la nieve y hacía cada vez más frío. El día se transformó en noche, pero la luna creciente reflejaba el manto grueso de nieve, iluminando el camino de modo sorprendente. El viento arreció y de alguna parte no demasiado lejos les llegó el aullido de unos lobos. No uno, sino una manada, pensó Caroline, estremeciéndose. Los caballos avanzaban con cuidado a través del bosque en una sola fila, con Daniel frente a ella y Matt detrás. Se estaba congelando, hasta con el sombrero y el abrigo de Matt, que debía de estar en peor situación. Pero no había más remedio para eso que perseverar. Si el frío no se soportaba cuando estaban en movimiento, sería peor al detenerse, como tuvieron que hacer en ocasiones para comer y descansar

Fue cerca del mediodía del día siguiente cuando Robert divisó al fin el humo que se levantaba perezosamente sobre las copas de los árboles hacia el cielo.

-Lo hemos logrado -gritó, y Caroline sintió que su espíritu cansado se animaba al saber de que casi estaban allí. Si hubiera sido posible, habría instado a su cabalgadura a ir a toda velocidad, pero la marcha cautelosa que habían mantenido desde que dejaron el refugio era la única posible sobre la nieve.

Cuando divisaron la casa a través de los árboles, se inclinó sobre la montura. Estaba tan cansada, tan sumamente cansada y tan congelada y tan hambrienta y...

-¡Papá! -Davey y John salieron por la puerta principal con Thomas detrás, cuando los jinetes emergieron en el claro-. ¡Papá!

Los niños estaban saltando por la nieve, sin importarles, como todo niño, no llevar puesta la ropa para salir al aire libre, y estaban mojándose hasta la cintura. Raleigh los siguió, saltando por la nieve como un enorme conejo moteado mientras ladraba hasta más no poder. La completa efusividad de la bienvenida hizo sonreír a Caroline mientras sacudía la cabeza al pensar en cómo los muchachos -y el perro- se estaban mojando.

-¡Papá!

Matt detuvo el caballo, y la manta y todo lo demás cayó al suelo, para asirlos uno en cada brazo, dándoles a ambos un abrazo impetuoso que fue devuelto de la misma manera.

-¿Por qué no estáis en la escuela? -preguntó con el entrecejo fruncido alejándolos de él mientras Raleigh, con ladridos ensordecedores, brincaba alrededor de los tres.

-¡No hay clases a causa de la fiebre! -dijo John.

-¿No es maravilloso? -lo imitó Davey, y Caroline tuvo que reír ante su alegre egoísmo. Parecía que todo el mundo podría estar bien perdido en tanto no tuviera que ir a la escuela.

-Es maravilloso. Ahora entrad en la casa mientras guardamos los caballos. Caroline, ve con ellos.

Matt sentó a los muchachos sobre su montura y guió al caballo en esa distancia corta hasta la casa con el reto de ellos siguiéndolo. Una vez allí, bajó a sus hijos y luego caminó para extender las manos a Caroline. Con un murmullo se deslizó en sus brazos, sintiéndose protegida al entregarse a la fortaleza de Matt. No la bajó en la nieve, sino que la llevó, en volandas, contra su pecho, hasta la galería, donde finalmente la puso de pie. Al estar elevada de ese modo, sus ojos se encontraban a un mismo nivel. El fulgor repentino que los ojos azules lanzaron a los de ella fue la única advertencia antes de que se acercara para darle un beso fuerte y rápido en sus labios.

Entonces se volvió y montó de nuevo sin una palabra, dejándola con las mejillas sonrosadas y confundida para enfrentarse a dos muchachitos con ojos grandes y a su tío boquiabierto.

Capítulo 43

-¡Papá te ha besado! -las palabras de Davey eran casi acusadoras.

-¿Te quiere, tía Caroline? -los ojos de John eran tan grandes como los de Davey.

Thomas, aunque no decía nada, parecía esperar una respuesta con tanto interés como cualquiera de los dos muchachos.

Con una mirada exasperada a su amado, que desapareció en el granero con sus hermanos, el perro y los cuatro caballos, Caroline los hizo entrar en la casa y cerró la puerta.

Por unos instantes se apoyó contra ella, tan cansada que apenas podía estar de pie. El calor de la casa era casi doloroso, e hizo una mueca cuando un hormigueo vivo le recorrió los dedos congelados de las manos y los pies. Comida y descanso era lo que ella y sus compañeros de aventura necesitaban, y reconoció un deseo cobarde de aludir al hambre y la fatiga para dejar a Matt la responsabilidad de responder acerca del matrimonio a sus hijos y su hermano. Pero las expresiones en los rostros de Davey y John la detuvieron. Eran incrédulas, con los ojos enormes y llenos de preguntas.

-¡Llevas el sombrero de papá! -dijo Davey mientras Caroline se lo quitaba.

-¡Y su abrigo! -John pareció escandalizado.

-Hacía frío afuera y yo no tenía ninguno. -Caroline debía de haberse descubierto al encargarse primero de la cuestión menos delicada, debido a que Thomas, que la había estado observando casi con la misma expresión que sus sobrinos, comenzó a sonreír.

-¿Pero por qué te ha besado? -persistió Davey-. Sólo me besa a mí o a John, y sólo cuando nos hacemos daño o estamos realmente enfermos. No besa a nadie más, ¿no es cierto, John?

John sacudió la cabeza. Caroline suspiró, abrió la boca y descubrió que después de todo no tenía el valor para decírselo.

-Dadme un minuto para recuperar el aliento y después hablaremos de ello. -Ella hizo tiempo mientras se alejaba de la puerta hacia la cocina.

El borde del abrigo de Matt se arrastraba por el suelo y cuando Caroline entró en calor se lo quitó. Millicent se levantó de su cama abrigada al lado del hogar, se estiró y maulló un

saludo. Algo bullía sobre el fuego en la cocina -por el aroma eran gachas de maíz- y una punzada repentina de hambre acalambró su estómago. Los otros también estarían hambrientos, y debía pensar en preparar la comida. Además, estaba Mary, y después del almuerzo debería correr al lado de su amiga. Todos estos fragmentos de ideas recorrieron su mente durante el tiempo que le llevó colgar el abrigo de un clavo.

Regresó para encontrarse con la mirada de los tres hombres que observaban sus faldas cortas con interés.

Caroline levantó los ojos al techo y se dirigió a su alcoba.

-¡Pero, tía Caroline...! -protestó Davey cuando cerró la puerta en sus narices.

-Enseguida vuelvo -prometió Caroline-. Pero debo cambiarme el vestido.

Le llevó unos quince minutos lavarse, cambiarse de vestido y cepillarse el cabello. Justo cuando salió de la alcoba, los hombres volvían del granero, despidiendo nieve de sus pies y quitándola también de sus ropas.

-¡Thom, has cocinado! -exclamó Robert con un tono de sorpresa apreciativa.

Thomas lanzó a su hermano una mirada oscura y continuó agitando las gachas.

-Los muchachos y yo teníamos que comer, ¿no? Es una suerte para todos vosotros que me haya equivocado con las cantidades y haya preparado bastante. -Parecía estar casi a la defensiva, y Caroline supuso que temía que se burlaran de él. Desde que había vivido con ellos, se habían tomado la costumbre de considerar las tareas necesarias tales como cocinar por debajo de su dignidad masculina.

-Papá, ¿por qué le has dado un beso a tía Caroline? -Davey fue derecho al centro de la cuestión que lo preocupaba mientras Matt se quitaba la manta y se sentaba para quitarse las botas.

-Ven aquí, John, y ayúdame -dijo Matt, que parecía estar acostumbrado al requerimiento de su padre, se acercó y montó a horcajadas sobre su pie, dándole la espalda. Matt colocó la otra bota sobre el trasero de John y empujó. La bota se deslizó de su pie.

-¡ Papá! ¡ No me estás haciendo caso! -se lamentó Davey.

John estaba repitiendo el ejercicio con la otra bota de Matt mientras que Robert y Daniel desempeñaban casi la misma tarea el uno con el otro. Caroline apartó a Thomas de la olla y se hizo cargo de la cocina, justo cuando las gachas, olvidadas durante demasiado tiempo, amenazaban con cubrirse de grumos.

-Sí, te estoy haciendo caso, Davey -Matt estaba ahora en calcetines y comenzaba a desabrocharse el chaquetón-.

-¿Entonces por qué la has besado?

-Porque voy a casarme con ella, enano -Matt lo dijo casi en tono de burla, pero el efecto en los muchachos fue espectacular. John detuvo lo que estaba haciendo para contemplar a su padre con la boca abierta, mientras que el labio inferior de Davey tembló como si fuera a llorar.

-¿Quieres decir que ella va a ser nuestra madre? -John pareció horrorizado.

-¡No quiero ninguna madre! -Davey comenzó a sollozar con mucho alboroto.

Demasiado para ser una oposición. Esto era peor de lo que Caroline había esperado. Se sintió herida ante el rechazo inequívoco de los muchachos, pero alejó ese sentimiento y se esforzó por considerar la cuestión desde su punto de vista. Después de todo, la experiencia que habían tenido de una madre había sido desastrosa, y debían sentirse muy dueños de Matt también. Era probable que la idea de que podría tener otra esposa nunca se les hubiese ocurrido.

-Nunca podré ser vuestra madre -se interpuso con tranquilidad, mientras se volvía para revolver las gachas aunque su atención estaba en la pequeña escena que tenía lugar detrás de ella-. Cuando me case con vuestro padre, todavía seguiré siendo vuestra tía Caroline.

-¡No! -Davey salió corriendo del cuarto, sollozando. John, al ser mayor, mantuvo más el control, así que sólo arrugó los labios y se mostró tenso.

-Será mejor que vaya con él -dijo. Con gran dominio de sí mismo, abandonó el cuarto. Entonces su estoicismo por lo visto lo dejó. Caroline dio un respingo al escuchar los pasos golpeando por las escaleras y el piso de arriba para luego, al igual que su hermano menor, huir hacia su habitación.

-Qué bien lo has manejado -dijo Daniel, frunciendo el entrecejo a Matt.

-Deberías haberles dado la noticia con más suavidad -apoyó Robert.

-Pobres chiquillos -murmuró Thomas.

Matt entrecerró los ojos y lanzó miradas indignadas a sus hermanos.

-Cambiarán de opinión -dijo, y poniéndose de pie, salió detrás de sus hijos.

-No los fuerces a que me acepten, por favor -dijo Caroline cuando se retiró, pero si la oyó, pareció no prestarle ninguna atención.

No más de diez minutos más tarde, justo cuando las gachas estaban listas para ser servidas, los tres reaparecieron, con Matt -la mirada seria- que los empujaba delante de él.

-Estamos contentos de que te cases con papá, tía Caroline -dijo John con displicencia, su expresión adulta en forma sorprendente a pesar de sus escasos años mientras la miraba con ira apenas disimulada.

-Gracias, John -Caroline respondió con tanta gentileza como pudo, sintiendo que se formaba un nudo en su garganta ante el orgullo inflexible del muchacho. ¡Cómo ansiaba rodearlos con sus brazos y asegurarles que todo iba a estar bien! ! Pero el instinto le dijo que se abstuviera, para darles tiempo a que se acostumbraran a las noticias. Pensó que su oposición se debía más al resultado de la conmoción que a la aversión personal, pero sintió como si hubiera perdido todo el terreno que ya había ganado.

Matt dio un leve codazo a Davey en la espalda.

-Yo también -Davey hizo eco a su hermano, sin duda obligado por el peso de la autoridad paterna. Su expresión era rebelde y sus labios aún tendían a estremecerse.

Caroline le sonrió.

-La comida está lista -dijo, juzgando que era mejor cambiar de tema-. Sentaos a comer.

Los muchachos, contentos de verse libres de un deber tan molesto, enseguida escaparon hacia la mesa. Robert, Thomas y Daniel se unieron a ellos, mientras que Matt se demoró para sonreír con bastante amargura a Caroline.

-Se acostumbrarán a la idea, no te preocupes -le prometió por lo bajo. Caroline negó con la cabeza.

-No puedes ordenarles que les guste la idea de nuestro casamiento -le advirtió, pero él sólo le sonrió, le dio un golpecito bajo la barbilla y se dirigió a la mesa.

Cuando el almuerzo hubo terminado, Caroline quiso ir a la casa de Mary de inmediato, pero Matt insistió que primero necesitaba descansar. Le dijo que tenía el rostro pálido por la fatiga y no quería que enfermara. Su interés enterneció su corazón y se encontró más dispuesta a someterse a sus deseos, lo cual, se prometió a sí misma, sería el caso una vez que la novedad de su compromiso se desvaneciera.

-Una hora o dos más no tienen importancia, y te sentirás mejor. Además, James ha llamado a un médico verdadero para que la examine -fue el comentario decisivo y Caroline tuvo que admitir que sus palabras teman sentido. Estaba tan cansada que apenas podía mantener los ojos abiertos. Tan pronto como se metió en la cama se quedó dormida y entonces Matt se negó a permitirle que se levantara. Así pues casi anochecía cuando por fin partieron hacia la casa de James.

Matt la llevó en el trineo, la envolvió con mantas gruesas de piel y le proporcionó un ladrillo caliente para sus pies. Afeitado ahora, se veía pálido por la falta de sueño. Caroline se

arrellanó muy cerca de él mientras marchaban deprisa hacia el pueblo, y casi lo habría disfrutado si no hubiera sido por la seriedad del problema que los llevaba hasta allí.

Pero era probable que Mary estuviera bien y en vías de recuperarse en este momento, y ella se estuviese preocupando sin fundamento alguno.

El pueblo se veía casi desierto, preso de una extraña quietud que Caroline atribuyó a la nieve. El sol poniente lanzaba un resplandor naranja sobre el paisaje, pintando hasta la bahía con el color del fuego. Las luces brillaban en las ventanas de un gran número de casas, pero sólo una figura solitaria, un hombre vestido todo de negro, corría por la calle en la que vivían James y Mary.

Cuando Matt detuvo el caballo delante de la casa, la puerta se abrió y James quedó recortado en la abertura por la luz que provenía desde el interior y se desparramaba a su alrededor. Matt levantó una mano para saludarlo, rodeó el trineo y ayudó a bajar a Caroline. En todo ese tiempo James no se movió, sino que sólo los observó como si lo hubieran congelado en el sitio.

No fue hasta que llegó al pórtico cuando Caroline pudo ver bien el rostro de James. Pálido y ojeroso, con los ojos rojos por el llanto, parecía tan perturbado que Caroline sintió que un puño le apretaba el corazón.

La ignoró, mirando más allá de ella, casi ciegamente, a Matt.

-Ha muerto. Mary ha muerto -dijo James con la voz quebrada, y de inmediato estalló en sollozos.

Caroline lanzó una exclamación mientras Matt se abría paso para abrazar a su hermano.

Capítulo 44

Dos días después, en el funeral de Mary, el goteo continuo de la nieve que se derretía fue lo que ardía con más fuerza en el cerebro de Caroline. Hundida hasta los tobillos en aguanieve gris, estaba de pie al lado de Matt, tan sobrio como siempre, vestido todo de negro con el sombrero entre las manos mientras mantenía la cabeza gacha en respuesta a la exhortación del pastor para que los pocos que estaban reunidos rezaran.

-Padre nuestro, que estás en los cielos...

Las palabras familiares de la querida oración emergieron de los labios de Caroline cuando se unió a los otros en un canto irregular. Al otro lado de Matt, James se encontraba de pie como aturdido y su voz titubeó una docena de veces durante la oración que debía saber como su propio nombre. Matt lo observó alguna que otra vez durante el servicio, el cual iba a ser más rápido de lo habitual ya que había otras dos víctimas de la fiebre para enterrar ese día. Su expresión era casi tan contenida como la de su hermano. Era evidente que cuando uno sufría todos lo hacían. Daniel estaba de pie al otro lado de James, y Robert y Thomas estaban justo detrás, todos pálidos e inmóviles por el dolor, que era tanto por su hermano viudo como por la mujer que había perdido. Parecían establecer una guardia alrededor de James, y Caroline sabía que sus corazones estaban afligidos por él, como lo estaba el de ella.

¡ Ah, y por la pequeña Hope! Las lágrimas se deslizaron por las mejillas de Caroline cuando miró a la pobre niña huérfana de madre. Demasiado joven para saber en modo alguno nada de su desgracia, Hope se agarraba del pecho de James, donde cantaba alegremente y de vez en cuando trataba de tocar la nariz o la boca de su padre. El permitía esas exploraciones como si no fuera siquiera consciente de ellas, pero no quería dejar a la niña a otro para que la sostuviera. Caroline se había ofrecido para tenerla, al igual que los muchos amigos de Mary lo habían hecho. Los ojos azules brillantes de la niña chispeaban y era toda sonrisas, debido a que le agradaba estar en compañía y había bastante. Su felicidad inconsciente era dolorosa de ver.

El agujero a sus pies ya albergaba el ataúd de pino de Mary. Sólo faltaba que James arrojara el primer puñado de tierra. Todos permanecieron a la expectativa, pero James contemplaba la tumba y no parecía comprender qué se esperaba de él.

Matt apretó los labios y se inclinó para recoger un puñado de tierra y después dejarlo en la mano libre de su hermano. James bajó la vista hacia su mano, luego miró con angustia a Matt, como si su hermano hubiera hecho algo que le provocara un dolor terrible.

-Arrójalo -murmuró Matt.

El rostro de James se transformó en una máscara sombría. Con una mueca de conmoción, obedeció.

La tierra cayó sobre el ataúd con un ruido sordo, y Caroline se estremeció junto con James.

-Que se haga la voluntad de Dios, en la vida eterna. Amén.

Cuando la voz del pastor entonó las palabras finales, Caroline se encontró con su mirada por casualidad. Estaba tan llena de odio hacia ella que la desconcertó. La boca del pastor se torció con desprecio. Los ojos de Caroline se agrandaron y de manera instintiva dio un paso atrás. Pero el servicio había terminado y Matt y Daniel, a cada lado de James, ya estaban llevándose a su hermano. Davey y John los seguían, ambos tristes y solemnes, aunque Caroline no creía que Davey entendiera demasiado que habían puesto a Mary bajo tierra para siempre, para nunca más ser vista en este mundo otra vez. No había razón para eso, supuso, cuando se colocó detrás de Robert y Thomas, quienes se encaminaban con discreción a los muchachos. Una realidad tan terrible concordaba mal con el optimismo eterno de la juventud.

El pequeño grupo de amigos de Mary y otros familiares se despidieron de los hombres Mathieson, con miradas compasivas y murmurando palabras de consuelo. Pero cuando Caroline pasó entre ellos, se sorprendió al ver que los ojos que una vez la habían estimado ahora eran crueles. Los hombres la despidieron con miradas despectivas, mientras que las mujeres, a quienes nunca había perjudicado, se alejaban.

Hannah Forrester lloraba junto a su hermana Patience, sosteniendo un pañuelo sobre los ojos. Alzó la mirada para seguir a Matt cuando pasó, y entonces, mientras que él no advirtió su presencia, sus ojos descubrieron a Caroline y se tornaron severos. Cuando Caroline saludó con la cabeza, Hannah le dio la espalda deliberadamente y Patience, que Caroline supuso que estaría imitando a su hermana, hizo lo mismo.

Cuando fue consciente de que estaba siendo excluida, un rubor cubrió por completo el cuerpo de Caroline. ¿Se habían enterado de algún modo de lo que ellos sin lugar a dudas considerarían un pecado?

-¡Allí está! ¡Es la bruja! Procura que no te mire... son sus ojos... ¿ves su color? Si ella te mira, caerás con la fiebre tú también y es probable que mueras por eso, como la pobre señora Mathieson, que ofreció su amistad a esa criatura -oyó que le susurraba una mujer a otra. Sorprendida, se volvió para mirarlas, sólo para verlas retroceder y levantar una mano como para protegerse de ella.

¿Podían creer en serio que ella era una bruja? Asustada, mortificada, Caroline desvió los ojos de la mujer que hablaba y su amiga y casi corrió detrás de los hombres. A sus espaldas, oyó que el murmullo aumentaba de volumen y en un tono más repulsivo.

-Es el demonio, buena gente -siseó una voz que Caroline creyó reconocer como la del pastor-. La amante de Ephraim Mathieson, experta en alquimia, quizá ni siquiera la hermana de su primera esposa sino la primera en su mismo ser, que se levantó de la tumba en una nueva forma para vengarse de nosotros por entregarla al fuego del infierno. ¡Ella maldijo nuestro pueblo, causó las muertes de los hombres temerosos de Dios con sus hechizos! ¡Pero no nos engañará! ¡No, no nos engañará!

Hubo un murmullo general de conformidad y algo suave golpeó a Caroline con firmeza en la espalda. ¡Una bola de nieve! Giró y se encontró con varios riendo entre la pequeña

muchedumbre que guardaba luto, mientras que otros se volvían para que ella no los mirara. Pero no había nadie a quien pudiera identificar como el culpable y sintió una gran vergüenza al ser singularizada en público.

No gritó a la multitud, sino que giró otra vez y corrió tras los hombres, que no eran conscientes de la que había ocurrido mientras marchaban con paso lento hacia la casa de James. Ante el dolor de James, no le pareció correcto mencionar la injuria que había padecido, de modo que mantuvo la boca cerrada cuando les preparó algo de comer, mientras que los hermanos de James se turnaban para sentarse con él en la alcoba que, hasta dos días atrás, había compartido con su esposa.

-Está muy mal -le dijo Matt más tarde, cuando James se había dormido al fin y se preparaban para partir. Daniel pasaría la noche con James, mientras que la madre de Mary, que había llegado desde Wethersfield el día anterior, cuidaría a Hope. Como Mary había sido su hija mayor y tenía niños pequeños en su casa, podría quedarse sólo algunos días. Después de eso, quedaba en manos de James cuidar a su hijita como mejor pudiera, aunque Caroline resolvió que asumiría voluntariamente el cargo si se la permitían. Adoraba a ese bebé de rostro tan dulce, y se despidió de ella con un abrazo fuerte y un beso compungido.

Camino a casa, ambos muchachos estaban silenciosos de manera poco común. Caroline supuso que los efectos prolongados del funeral habían inmovilizado sus lenguas normales de urraca.

-Papá, ¿el tío James también encontrará una nueva esposa ? -Davey, a quien le habían permitido viajar en el asiento entre su padre y Caroline, se puso a hablar.

-Algún día, quizás. Encontrar otra esposa es algo difícil -dijo Matt después de sólo una pausa, y desordenó el cabello de su hijo. Davey no dijo nada más, pero se apoyó contra Matt y Caroline se dio cuenta de que estaba comparando la situación de la pequeña Hope con la suya y la de John y que de algún modo sutil, al menos, estaba aceptando la idea de que ella sería la esposa de su padre.

Más tarde esa noche, después de que todos se hubieran ido a la cama y la casa quedara en silencio, Caroline se sentó un momento frente al fuego en la cocina. No podía dormir, y pensar en la pobre Mary, Hope y James le traía lágrimas a los ojos. El mundo era un lugar duro y cruel, pensaba, para separar a alguien como ellos.

Un crujido detrás de ella la hizo sobresaltarse y mirar alrededor. Matt estaba de pie en el umbral, con un brazo descansando contra el quicio de la puerta mientras la observaba. Su rostro estaba sombrío, sus ojos hundidos por el agotamiento, ya que había pasado las últimas noches acompañando a James en su dolor. Los días habían pasado con los quehaceres y los detalles del entierro, y esta era la primera ocasión que tenía para tomarse un descanso respetable desde que había regresado de rescatarla de los indios.

-¿Qué estás haciendo? -le preguntó Caroline en un ligero tono de regaño.

-Oí que había alguien aquí abajo y pensé que podrías ser tú. -Se alejó de la puerta y se quedó mirándola. Estaba descalzo, vestido sólo con unos pantalones negros. El pecho y los hombros desnudos parecían muy amplios en las sombras lúgubres de la cocina. Llevaba los pantalones muy bajos sobre las caderas y más arriba de ellos los músculos de su estómago eran tensos y duros.

-Debes dormir -pero ella lo tomó de la mano y la acercó a sus labios.

-Tú también. -Con los ojos inexpugnables, la llevó hasta su lado y le deslizó los brazos alrededor de la cintura. Caroline le rodeó el cuello con sus brazos, sintiéndose de repente muy contenta de que hubiera venido a compartir su pena y se levantó de puntillas, para acercar su boca a la de él.

Él la acercó aún más y la besó. Caroline permitió que sus ojos se cerraran y que sus pensamientos renunciaran a su pena y se concentraran en él. Su mano subió deslizándose por su espalda, levantando el fino camisón a su paso.

-¡Pa! ¡Pa! -Era John, casi cayendo en su prisa por bajar las escaleras. Al pie de los escalones los vio, todavía abrazados aunque habían dejado de besarse, mientras se volvían para mirarlo, pero John no tropezó-. ¡Pa! ¡Tía Caroline! ¡Es Davey! ¡Está muy enfermo!

Capítulo 45

Durante los dos días que siguieron, cuando la vida de Davey estaba en peligro, Matt daba vueltas alrededor de la cama del niño. Lo mismo hacía John, aterrorizado ante la idea de que su hermano pudiera morir, hasta que Matt, temeroso de que se contagiara la enfermedad, le prohibió que entrara en la habitación. Los otros permanecieron fuera también por orden de Matt, salvo Caroline, quien cuidaba a Davey con una devoción tan irrefrenable que no podía haber sido más determinante si hubiera sido su propio hijo.

El médico, un hombre erudito llamado doctor Samuel Smith, iba y venía, sacudiendo la cabeza ante el muchacho al mismo tiempo que hacía lo que podía. El resultado en tales casos, le dijo a Matt y a Caroline con franqueza, dependía por completo de Dios. Matt sostenía la mano de Davey y cada tanto rezaba y volvía las páginas de la Biblia para buscar fuerzas en este momento de necesidad extrema. A Caroline se le rompió el corazón cuando pensó lo que le supondría perder a su hijo.

Parte de Matt moriría con Davey.

-Tía Caroline, no permitirás que Davey muera, ¿ verdad? Tú salvaste a papá. -Al no tener clases que lo mantuvieran ocupado y al no poder entrar en la habitación del enfermo, John no tenía otra cosa que hacer más que preocuparse. El corazón de Caroline se brindó hacia él mientras servía más agua de cebada en un jarro para Davey, que estaba vomitando casi todo el tiempo. John estaba jugando sin interés a las damas con Thomas, aunque tales pasatiempos eran en general desaprobados por los puritanos. Pero para mantener la mente de su sobrino mayor lejos de su hermanito, los tíos de John parecían dispuestos a intentar lo que fuera.

-Haré todo lo posible -le dijo Caroline, incapaz de resistir la tentación de desordenarle el cabello cuando pasó a su lado. Para su sorpresa, a cambio, John dio un salto y la abrazó.

-Davey y yo... te queremos, tía Caroline -le dijo con ímpetu, y hundió la cabeza en sus pechos blandos-. En realidad está bien si te casas con papá.

-Bueno, John, yo también os quiero a ti ya Davey. -Con jarro y todo, Caroline lo rodeó con los brazos y lo besó en su cabello sedoso-. Ya verás cómo los cuatro seremos muy felices juntos...

Aunque tenía graves dudas acerca de si Davey sobreviviría, no se lo diría a John. En lugar de eso luchó para pintar mientras pudiera una imagen alegre para él.

-Si Davey no se muere -dijo con sequedad, inclinando la cabeza de nuevo al soltarse y regresar con desánimo a su silla.

-Todos debemos rezar para que eso no suceda -dijo Caroline con toda la firmeza que pudo reunir, intercambiando una mirada significativa con Thomas por encima de la cabeza de John. Las cejas de Thomas se alzaron, inquiriendo en silencio por el estado de Davey. Caroline sacudió la cabeza.

En la habitación del enfermo, Matt estaba rezando. Caroline había intentado todos los trucos de su arsenal curativo, desde las sábanas heladas hasta las medicinas que aún poseía, y se sentía impotente de hacer algo más por Davey que forzarlo a ingerir líquidos y mojar su cuerpo ardiente. La suerte estaba en manos de Dios, y ya llevaba más de dos días enfermo.

Casi todas las víctimas morían en tres. Cuando el reloj avanzó hacia la medianoche, Davey estaba tan inmóvil que Caroline temió varias veces que ya hubiera muerto. Matt se sentó cerca de la cama, sosteniendo la mano de su hijo y ella intercambió sólo algunas palabras con él antes de sentarse al otro lado.

Temía con dolor que perdieran a Davey para el amanecer.

-El Señor es mi pastor, nada me faltará...

Sosteniendo la mano pequeña de Davey con ternura infinita en las suyas enormes, Matt cerró los ojos y repitió las palabras de la antigua oración. Al otro lado, Caroline también asió la mano de Davey y se unió a él.

-Sí, aunque cruce el valle de las sombras de la muerte, no temeré a la perversidad...

Las palabras la consolaron y esperó que surtieran el mismo efecto en Matt. Temió que Davey estuviera más allá de oír.

Entonces, para su sombro, los ojos del niño parpadearon y se abrieron y los observó, primero a ella, después a Matt.

-Papá -dijo como si se aliviara de encontrar a Matt allí-, estoy muerto de hambre, papá.

Con eso sus ojos parpadearon y se cerraron y las manos que ellos sostenían se aflojaron.

-Davey, oh, no, oh, por favor, Dios, no...

Las lágrimas surgieron de los ojos de Matt y se inclinó sobre su hijo. Caroline se inclinó sobre el niño también, llevando la mano a su frente, con los ojos grandes.

-¡No, Matt, no está muerto! -gritó con alegría, cuando su inspección le confirmó la primera esperanza infundada-. ¡No va a morir! ¡La fiebre ha bajado... y tiene hambre! ¡Una vez que tienen hambre, nunca mueren!

Le llevó un momento asimilar eso. Entonces Matt se desplomó en la silla y cerró los ojos.

-¡ Alabado sea Dios! -murmuró. A Caroline se le rompió el corazón cuando vio una única lágrima emerger por debajo de las pestañas negras y gruesas y rodar por la mejilla sólida y bronceada.

-¡Matt! Matt, mi tesoro, ¿no me has oído? ¡Davey no va a morir! -Conmovida hasta el corazón al ver llorar a Matt, Caroline rodeó la cama y sus brazos se deslizaron por sus hombros y lo sostuvieron muy cerca.

-Te he oído. -Sus brazos la rodearon entonces y la apretó contra él, hundiendo la cabeza en sus pechos como John había hecho antes en la cocina, con la misma inocencia.

Caroline acarició el cabello negro y grueso, le dio algunos besos y murmuró esas cosas tranquilizadoras y sin significado que supuso que las mujeres siempre murmuran en los momentos de catarsis emocional a las personas que aman.

-Oh, Dios, te amo -dijo con voz temblorosa y extraña. Ahora que la crisis había pasado, su fortaleza decayó. Caroline podía sentir que el agotamiento lo sobrecogía, sentía cómo su cuerpo se tornaba flojo y pesado contra ella. En un momento estaría dormido, allí mismo en la silla, y ella podría permanecer así toda la noche o dejar que se cayera al suelo. Se sentiría mejor, mucho mejor, en su propia cama. De acuerdo con eso, Caroline un poco lo levantó, un poco lo instó a ponerse de pie. Aunque había insistido que ella durmiera algunas horas, él casi no lo había hecho desde el comienzo de la enfermedad de Davey.

-Davey estará bien y tú necesitas dormir -le dijo con firmeza cuando protestó porque lo llevaba a su habitación.

-No quiero dejarlo solo -Matt estaba cansado, pero era testarudo.

-No lo estará. Regresaré con él cuando termine contigo.

-No estoy ni enfermo ni soy un niño.

-Lo sé. Pero me gustaría mucho meterte en la cama. Y le pediré a Daniel que se quede con Davey hasta que yo regrese.

Al pasar por la puerta de Daniel ella llamó, y cuando Daniel respondió le repitió la solicitud. Daniel parpadeó al verlos a ambos, tan juntos, el brazo de Matt alrededor de los hombros de Caroline y los de ella alrededor de su cintura. Una expresión resignada apareció en sus ojos como si hubiera descubierto de repente que pertenecían el uno al otro y eso no se discutiría ya más.

-Por supuesto. Me quedaré con Davey -acordó tranquilamente. Ya se dirigía por el pasillo cuando Caroline guió a Matt hasta su habitación. Una vez allí, encendió la vela que llevaba, cerró la puerta y procedió a ayudarlo a quitarse la ropa como si fuera un niño. Desabrochó su camisa y los pantalones y le quitó los calcetines. Cuando estuvo desnudo, lo arropó en la cama y lo estaba cubriendo cuando él la retuvo.

-Quédate un momento -murmuró; primero los ojos y luego sus manos se movieron hacia sus pechos. Entonces entendió que, a pesar de su agotamiento, tenía necesidad de ella, necesidad de ese acto vivificante como un antídoto contra el ángel de la muerte. Sin una palabra se quitó la ropa y se metió en su cama.

-Te necesito tanto -murmuró cuando sus bocas se encontraron y entonces se lo demostró también, con sus manos y su boca, hasta que la llama que se encendió entre los dos fue lo suficientemente brillante como para desterrar la oscuridad que había pasado tan cerca.

Capítulo 46

Fue al anochecer del día siguiente cuando vinieron por ella. Caroline estaba en la habitación del enfermo cuando un golpe fuerte sacudió la puerta principal. Le pareció extraño que algún visitante golpeara con tanta furia la puerta de su anfitrión, pero aun así, mientras se dirigía a responder no tenía la menor idea del desastre. La cena bullía en la cocina y los hombres, que se habían sentido capaces de alejarse de las inmediaciones de la casa por primera vez en muchos días, estaban todavía en el campo sur, cortando leña del árbol que había roto la pierna de Matt. Arrastrado a un costado del campo, pudo secarse durante el verano y ahora, al tener que hacer frente a un invierno duro, sería tan útil seco como lo había sido en vida.

Pero esperaba que regresaran en cualquier momento y entonces se sentarían todos juntos a cenar. A pesar de la continua pena por Mary, con la amenaza de Davey suprimida, la cena estaría dentro de lo normal de una celebración. Había cocinado los platos favoritos de los hombres y hasta combinó harina de maíz, huevos, miel salvaje y leche para moldear un pequeño pastel.

Así que sin esperar nada, Caroline abrió la puerta para encontrarse frente a una multitud de quizá dos docenas de hombres y algunas mujeres, que llevaban antorchas de pino fulgurantes y murmuraban entre ellos.

-Bueno, buenas noches a todos ustedes. ¿En qué puedo ayudarlos? -Aunque Caroline estaba sorprendida, fue cortés. No tenía indicios del propósito de su misión hasta que, al verla, la multitud de repente guardó silencio. Millicent, atraída por la puerta abierta, se acercó al lado del hogar para frotarse en las piernas de Caroline.

-¡Ahí está! ¡Es la bruja! -chilló una voz desde el fondo de la multitud. Tratando de ver en la oscuridad, su visión impedida por la luz parpadeante de las antorchas, a Caroline le fue imposible individualizar los rostros con alguna exactitud. Aunque le pareció ver el faldón de la túnica del pastor escondido en la parte trasera y más cerca en el centro de la multitud la cabeza calva típica del señor Williams brillando a la luz de la antorcha que el hombre sostenía.

-¿Bruja? -Repitió, confundida.

-¡Miren, tiene a su familiar con ella! ¡Cuidado con el gato!

-¡Atrápenla! ¡Mi bebé se está muriendo y es todo por su culpa! -Había histeria en la voz de la mujer.

-¡Atrapen a la bruja! De pronto, Caroline se sintió asustada y dio un paso atrás, mientras sostenía la puerta con la mano para cerrarla. Tropezó con Millicent, que aulló y salió disparada hacia la oscuridad.

Algunos en la multitud gritaron y otros se esparcieron. Pero como si su retirada los volviera intrépidos, todo el grupo se lanzó hacia adelante, asiendo a Caroline por los brazos y arrastrándola hacia fuera.

Caroline gritó.

-¡Tía Caroline! -John, que estaba haciendo sumas en la cocina, corrió para ver qué estaba ocurriendo. Sus ojos se agrandaron, su rostro palideció y entonces apretó los puños. Caroline vio que, a pesar de lo pequeño que era, tenía la intención de volar en su ayuda contra la multitud.

-¡John, no! -gritó-. ¡Corre! ¡Busca ayuda!

Entonces fue silenciada por la palma de una mano sobre su boca.

-¡Agarren al muchacho! ¡Agarren al muchacho!

Resonó un disparo y la sangre de Caroline se congeló.

-¡Qué el diablo te lleve, Will, has hecho que errara el blanco!

-¡Ha sido a propósito, tonto! ¡No queremos hacer daño al niño! ¡No es él quien causó el mal!

-¡Pero irá a buscar a su maldito padre y al resto de ellos también, y tendremos una guerra sangrienta en nuestras manos!

-Para cuando ellos estén aquí, habremos terminado con lo que hemos venido a hacer. Apresúrense ahora y continuemos con lo nuestro.

La arrastraban con ellos mientras discutían, con las manos atadas detrás y con una venda en los ojos. Pateó y la levantaron con los pies en el aire. Entonces, algunos con las manos debajo de los sobacos y otros rodeando sus tobillos, la llevaron al bosque. Podía decir que era allí donde estaban por el crujido de las hojas y el sonido de las vestiduras rozando contra los troncos ásperos de los árboles y los gritos de los animales nocturnos que salían para cazar y ser cazados.

Era obvio que el tropel que la sostenía pretendía una maldad.

-Oh, por favor -suplicó, el terror enronquecía su voz-. ¡Por favor, yo no soy una bruja! ¡Por favor, no me hagan daño!

Pues había reconocido, o creyó reconocer, la voz de uno de los hombres. Era el señor Peters, el padre de Lissie, quien pensaba que era un hombre justo.

-Señor Peters, por favor...

-No hay nadie con ese nombre aquí. ¡Cállate, muchacha! Eh, que alguien le tape la boca con algo.

Alguien lo hizo con una bufanda de lana que casi la sofocó y la hizo arquearse.

-¡Será mejor que nos apresuremos...!

-Sí.

-Levanta tu antorcha por aquí. ¿Es este el árbol?

-¡Sí, es este, donde ella talló las palabras malditas! ¡Ten cuidado de no tocar la escritura!

-¡Bah! ¡La escritura no puede hacerte daño!

-¿Cómo lo sabes? No sería imposible que lo hiciera. De todos modos, ¿por qué arriesgarse?

-Pónganla allí, entonces.

Caroline estuvo de pie otra vez y sintió el tronco áspero del árbol contra su espalda. Intentó patear a sus captores y escapar, pero en sólo un momento la ataron junto con el árbol.

Estaban apilando cosas alrededor de sus pies.

-¡Apresúrense !

-¡Rápido, ahora!

-Es conveniente que encuentre su fin atada al mismo árbol que lleva las marcas diabólicas. ¡Puede llevarse sus hechizos con ella al diablo!

-¿Crees que deberíamos quitarle la mordaza de la boca para que pueda rezar?

-¡Las brujas no rezan!

-¡Tal vez el fuego purifique su alma antes de que el diablo pueda reclamarla! ¡Si eso ocurriera, no le negaría la oportunidad de rezar!

¡Fuego! La sangre de Caroline se heló cuando comprendió lo que querían hacer: ¡quemarla en la hoguera!

-¿Deseas rezar, muchacha?

Caroline asintió débilmente. La mordaza le fue quitada y pasó la lengua alrededor de la boca seca.

-¿Por qué me hacen esto? -preguntó con voz lastimera. La cuerda que la amarraba estaba muy ajustada y le lastimaba los brazos, los pechos y los muslos. Forcejeó, pero los nudos eran firmes y sabía que no se soltarían por todo el esfuerzo que hiciera. Sus ojos se llenaron de lágrimas, atravesaron la venda y mojaron sus mejillas. ¿Era posible que encontrara su fin de esta manera? No podía ocurrir así, no cuando la cena aún se estaba haciendo en la cocina y sus hombres llegarían en cualquier momento para comer y...

-¡Ya les dije que no rezaría!

-¡No creas que podrás persuadirnos con tus lágrimas!

-¡Es un truco del diablo para hacernos dudar! ¡Las pruebas contra ella son rigurosas !

-¡Paren de hablar y enciendan las ramas! ¡A este ritmo estaremos aquí toda la noche!

-¡No soy ninguna bruja! ¡Se los suplico, tienen que creerme! -Caroline estaba sollozando de miedo.

-¡No presten atención a sus ruegos! ¡Todos sabemos que practica la alquimia y la escritura de sus hechizos está tallada en este mismo árbol encima de ella!

-¡Cuando un perro rabioso corrió por el pueblo, lo alejó con los ojos !

-¡Miró a mi Faith y al día siguiente la niña contrajo la enfermedad!

-¡Por las noches envía a su espíritu en el alma de ese gato y vaga por el bosque haciendo el mal!

-¡Enciendan las ramas!

-¡EI gato es su espíritu familiar! ¡Se le parece!

-¡Enciendan las ramas!

-¡Es una bruja y la hermana de una bruja!

-¡Enciendan las ramas!

-¡No, por favor, deben escuchar...!

-¡Ahhh! -fue un sonido de satisfacción de la multitud, como si un gran depredador sangrara por primera vez.

-¡Por favor...!

Caroline estaba cerca de la histeria. El crujido del fuego llegó a sus oídos. El olor a brea de pino quemada se levantó hasta las ventanas de su nariz. Una sensación de calor atacó sus pies y supo que las ramas habían sido encendidas.

¿Cuánto tiempo pasaría antes de que las llamas alcanzaran su falda? Cuando eso ocurriera ya estaría acabada...

Caroline dio un grito, largo, agudo y fuerte; su cabeza cayó hacia atrás contra el árbol. La multitud comenzó a cantar, primero una voz, después otra, y muchas se unieron en un solo canto.

-¡Quémate, bruja, quémate!

-Padre nuestro, que estás en el cielo... -Caroline se retorció en sus ataduras, contra el calor que aumentaba a cada segundo, contra la agonía que sabía que pronto sería suya, contra la imposibilidad de la muerte terrible y amenazante.

-¡Quémate, bruja, quémate!

-Santificado sea tu nombre... -Su cabeza raspó el árbol y la venda se soltó. Podía ver las llamas ahora, bailoteando cada vez más cerca, crujiendo con regocijo mientras se acercaban para reclamarla, como su presa.

La multitud estaba jubilosa ahora, bamboleándose mientras cantaban, lanzando miradas fulgurantes como bestias salvajes en la oscuridad. Observaban con avidez jadeante cómo la invadía el pánico.

Disfrutarían al ver cómo se quemaba...

Las llamas alcanzaron sus pies, lamieron el borde de su falda y la atraparon. La tela azul oscura se encendió como una antorcha. El humo secó sus pulmones, mientras que las llamas disparaban hacia su rostro y Caroline abrió la boca para un último grito de terror.

Se oyeron disparos en la oscuridad. Los hombres gritaron, las mujeres chillaron y la gente se esparció. Mientras las llamas la devoraban, Caroline fue apenas consciente de esto hasta que un cuerpo oscuro e inmenso unido a una mano que sostenía un cuchillo irrumpió en la conflagración, cortó las cuerdas que la sostenían y de un tirón la liberó. Tropezando, con su vestido aún en llamas, fue arrojada al suelo húmedo de un empujón y rodó una y otra vez hasta que la parte ardiente de su vestido se rasgó por completo.

Durante todo este tiempo no cesó de gritar.

-¡Caroline! -Era la voz de Matt, que al fin la había encontrado, el rostro de Matt que causaba impresión en la niebla roja de terror que llenaba sus ojos, los brazos de Matt que la sostenían.

-¡Matt! -Lo reconoció con un lloriqueo, se entregó a sus brazos que la mantenían contra su pecho, estremeciéndose y temblando, sollozando y murmurando su nombre.

-Está todo bien, amor, estás a salvo. -Le canturreaba mientras la llevaba, dando zancadas por el sendero que conducía a través del bosque hacia la casa, con Daniel, Robert, Thomas y John, los tres primeros portando mosquetes y el último desarmado, como guardias austeros. La multitud había desaparecido, desvaneciéndose como fantasmas por entre los árboles, y Caroline comprendió que nunca conocería la identidad de la mayoría de los que habían deseado que ella muriera.

Entonces le vino a la mente lo que Matt había hecho para salvarla.

-El fuego -susurró con voz quebrada y ronca por el humo-, atravesaste el fuego.

Se había enfrentado a lo que más temía por ella.

Epílogo

Un mes después, Matt y Caroline fueron casados por un predicador itinerante en la habitación del frente de la casa de James. Caroline llevaba uno de sus vestidos ingleses, el azul de seda fina que era el preferido de Matt, mientras que él vestía de sobrio negro puritano. Un delicado velo de Malinas que una vez había pertenecido a su madre cubría el cabello de Caroline, mientras sostenía en sus manos un libro de oraciones que había sido de Mary.

James se lo había dado, diciendo que Mary habría deseado que lo tuviera. Caroline sintió que el espíritu de su amiga estaba muy cerca ese día. James y Daniel, Robert y Thomas, John y Davey estaban de pie Con ellos mientras tomaban sus votos. Cuando Matt deslizó el anillo por su dedo y Caroline se volvió para que la besara, estallaron los aplausos.

-Está hecho, entonces -dijo Matt como si se sintiera aliviado, cuando sus hermanos lo saludaron con palmadas en el hombro y el ministro, después de que Daniel le pagara, se despidió y se fue.

Caroline, que tenía una razón mucho más valedera para creer en la profundidad de su amor, le dirigió una tierna sonrisa.

-¿Ahora eres nuestra mamá, tía Caroline? -preguntó Davey, Con aspecto de preocupación.

-Sólo si lo deseas -respondió Caroline con firmeza.

-Sí, lo deseamos -dijo John y la abrazó.

Apoyando las dos rodillas en el suelo sin pensar en lo que le hacía a su vestido, Caroline le devolvió el abrazo y después incluyó a Davey cuando este la rodeó con sus brazos también.

-Os quiero a los dos -les susurró, y como eran demasiado hombrecitos para confesar algo parecido, se sometieron a un beso cada uno antes de escurrirse del abrazo.

Los muchachos se escaparon para jugar con Hope, los hombres volvieron a importunar a su hermano recién casado y la novia fue abandonada a sus propios asuntos sin otra cosa que hacer sino observar a su nueva familia. Al contemplar a esos cinco hombres altos y hermosos -aunque su propio marido era el más alto y el más hermoso-, Caroline sintió que un pequeño brote de felicidad afloraba a la vida dentro de ella.

Era amada y lo sabía. Esa noche en la que Matt se había atrevido a enfrentarse a lo que más temía en el mundo para salvarla, se lo había demostrado sin duda. Después de ese acontecimiento, la había cuidado con ternura mientras habían ido en busca del doctor, quien declaró que sus quemaduras eran superficiales y fáciles de curar. En realidad, se había curado y su piel volvió a ser tan fina y suave como siempre.

Pero las llamas habían disecado el disgusto que sentía por Saybrook para siempre en su corazón.

Matt le había hablado de las brujas que practicaban sus ritos en el bosque y de cómo habían intentado reclutar a la pobre loca Elizabeth. Él había examinado la escritura en el árbol donde la habían atado, la escritura que había notado antes de que los indios se la llevaran y parecía estar compuesta por un alfabeto de origen céltico, llamado runa. El alfabeto de las brujas.

Y entonces había escuchado que el tropel que vino por ella estaba tan loco como había supuesto, porque realmente había brujas en Saybrook. Sólo que la identidad de su objetivo era errónea.

Pero aun así, no podían descansar tranquilos sabiendo que lo mismo podría ocurrir de nuevo. De modo que iban a marcharse, todos ellos, no sólo Matt, ella, John y Davey sino Daniel, Robert y Thomas también, y James y Hope. La granja había sido vendida con bastante ironía al señor Peters por tanto dinero que Caroline pestañeaba cada vez que pensaba en ello. Vendieron el ganado, también, junto con la mayoría de los muebles. Tres carros cargados con todo lo que ahora poseían en el mundo esperaban afuera. Raleigh -los hombres se habían negado en redondo a dejarlo- estaba atado al último carro, mientras Millicent esperaba dentro de su canasto en el asiento delantero en el carro que llevaría a Caroline.

Irían al sur, quizás a Maryland, quizá más allá, a algún lugar donde pudieran vivir, todos, sin que el pasado los molestara.

-Bien, si nos vamos a ir, adelante -dijo James, recuperado de la muerte de Mary por fuera aunque Caroline temía que en su interior estuviera aún bastante afectado. Pero ella sabía que no podía apresurar la recuperación. Quizá le llegaría a su tiempo.

Con un grito, los muchachos salieron deprisa, emocionados por la aventura que los esperaba. Los hombres siguieron con más serenidad, pero Caroline sentía que también estaban excitados. Sólo Matt se retrasó, reteniéndola con una mano en su brazo.

-Tengo un regalo de bodas para ti -dijo con voz áspera, sacando del bolsillo de su abrigo una caja, la cual le entregó. Por un momento Caroline lo observó a él en lugar de al regalo, con una sorpresa complaciente que se dibujaba en su sonrisa y su amor resplandeciendo en sus ojos.

-Bien, ábrelo.

Así lo hizo. Cuando vio lo que estaba dentro, sus ojos se agrandaron. Era un broche, casi una réplica exacta del pavo real de la suerte de su padre. Sólo que las gemas de este no eran de vidrio.

-Es auténtico -dijo, confirmando la suposición de Caroline mientras lo observaba, estupefacta-. ¿No vas a decir nada?

Alzando ese objeto delicado de su caja, lo mantuvo contra la luz. Los colores fulguraron y brillaron, rojo rubí, azul zafiro y verde esmeralda.

-¿De dónde lo has sacado y cuánto has pagado por él? -susurró, ya que era imposible imaginar que algo semejante se hubiera hecho en Saybrook y sólo las joyas debían de haber costado una fortuna.

-Le encargué a Tobías que lo comprara por mí en Boston -respondió-. Y con respecto a cómo lo pagué... Jacob. Tobías se sintió más que feliz al quitármelo de las manos a cambio de tu broche.

Ante la idea de que ese inmenso toro había sido trocado por una joya tan delicada, Caroline se echó a reír. Matt la miró por unos instantes, como si le hubiera crecido una segunda cabeza, y entonces también comenzó a sonreír.

-Muy apropiado -exclamó Caroline, arrojándose en sus brazos.

-Apropiado sin duda -murmuró Matt y detuvo la risa con su boca.